

Libre 1

Che Guevara Inéditos

Cortázar Cuento

Vargas Llosa Análisis

Paz Ensayo

Fuentes Novela

Luis Goytisolo Textos

Petkoff Debate

Padilla Documentos

Donoso Entrevista

Brasil Denuncia

España Poesía

Franqui Lam Tàpies Notas

Libre

*Revista crítica trimestral
del mundo de habla española*

Número 1. Septiembre, Octubre, Noviembre.

Colaboradores

Claribel Alegría	Salvador Garmendia	José Emilio Pacheco
Rubén Bareiro Saguier	Juan Gelman	Octavio Paz
Carlos Barral	Jean Genet	Teodoro Petkoff
Albina du Boisrouvray	Adriano González León	Sergio Pitol
Alfredo Bryce	Juan Goytisolo	Ángel Rama
Italo Calvino	Luis Goytisolo	Julio Ramón Ribeyro
José María Castellet	José Agustín Goytisolo	Vicente Rojo
Antonio Cisneros	Rodolfo Hinostroza	Severo Sarduy
Julio Cortázar	Noé Jitrik	Jorge Semprún
José Donoso	Roberto Juarroz	Susan Sontag
Ariel Dorfman	Wifredo Lam	Antonio Skármeta
Carlos Droguett	Enrique Lihn	Nicolas Suescún
Jorge Edwards	Luis Loayza	Antoni Tápies
Hans Magnus Enzensberger	Plinio Apuleyo Mendoza	Francisco Urondo
Carlos Fuentes	Carlos Monsiváis	José Ángel Valente
Carlos Franqui	Daniel Moyano	Mario Vargas Llosa
Gabriel García Márquez	José Miguel Oviedo	Manuel Vásquez Montalbán

Este número aparece bajo
la dirección de Juan Goytisolo

Jefe de Redacción :
Plinio Apuleyo Mendoza

Secretaría Administrativa :
Grecia de la Sobera

Publicación de Editions Libres S.A.
Oficina de Información en Francia
26, rue de Bièvre, París (5^e). Teléfono : 325 26-45
Sede social : Domaine de Sien, Echandens (Vaud)
Suiza.

La simple lectura del índice de este primer número de *Libre* puede ser más ilustrativa que cualquier declaración razonada de intenciones : cuando una revista reúne a escritores como los que firman estos trabajos y como lo que han de colaborar en números venideros, su propósito no puede prestarse a equívocos ni a interpretaciones apresuradas. Las circunstancias existentes en América Latina y en España reclaman con urgencia la creación de un órgano de expresión común a todos aquellos intelectuales que se plantean de modo crítico la exigencia revolucionaria. *Libre*, publicación trimestral de financiación absolutamente independiente¹, dará la palabra a los escritores que luchan por una emancipación real de nuestros pueblos, emancipación no sólo política y económica sino también artística moral, religiosa, sexual.

Por razones materiales y de circunstancias, esta revista se inicia en Europa con la intención de difundirla de la manera más amplia posible en toda América Latina. Somos conscientes de que su precio actual puede distanciarla de aquellos lectores a quienes está fundamentalmente destinada : los estudiantes y la juventud revolucionaria en general ; pero esperamos obtener un volumen de circulación que nos permita ponerla en breve lapso a su alcance. Contrariamente a lo que haya podido prejuizarse, *Libre* no pretende ser una revista de intelectuales exilados, sino una plataforma de lanzamiento para los mejores escritores de habla española que, allí donde estén, puedan aportar una contribución a la causa de nuestros pueblos. La balcanización latinoamericana, mantenida a toda costa por el imperialismo y los regímenes a su servicio (y también, desgraciadamente, por un nacionalismo a ultranza), hace que ninguna revista publicada en un país latinoamericano llegue en cantidades apreciables al público de los otros países ; confiamos

en que la fórmula de *Libre* permita propagar ampliamente la obra de nuestros escritores.

En la actual división del mundo en bloques rivales, *Libre* se propone luchar contra la injusticia fundamental del sistema capitalista, particularmente en su bárbara explotación del tercer mundo, así como ha de luchar por la libertad de expresión y la auténtica democracia toda vez que le parezcan amenazadas dentro de cualquiera de los países socialistas. *Libre* se propone una labor revolucionaria en todos los planos fundamentalmente accesibles a la palabra : el « cambiar el mundo » conforme al propósito de Marx, y el « cambiar la vida » según el anhelo de Rimbaud.

Por lo que se refiere al contenido literario (del político se habla en nota aparte), es obvio que en nuestro tiempo resulta muy difícil hacer una revista abierta a las formas más variadas y avanzadas de creación ; automáticamente surge el reproche de « eclecticismo », cuando no de « escapismo », por parte de sectores cuya idea del comrpiso del escritor tiene siempre algo de castrense cuando no de burocrático. Al buscar los testimonios más ligados al proceso revolucionario, al abrir sus columnas a todo diálogo o polémica donde se debata el inevitable problema de la situación del intelectual respecto a dicho proceso, *Libre* entiende que las posibilidades de la creación literaria siguen siendo abiertas e infinitamente variadas, y que toda experiencia nueva, por más distanciada que pueda parecer a primera vista de un cierto contexto geopolítico, debe pasar por la prueba de la lectura y del tiempo. En estos últimos años se advierte una especie de coagulación, de mecanización de conceptos y vocabularios en lo que se refiere a la concepción de lo literario en un mundo en crisis ; en el caso de América Latina y de España, no sólo esta-

mos sometidos al imperialismo, al colonialismo, al gorilismo, sino que padecemos también de una esclerosis en el nivel de los conceptos, de las ideas recibidas, de una dialéctica primaria que va incluso hasta la negación total del acto literario como acto positivo de creación. Sobre todo eso puede y debe discutirse, y *Libre* reitera su voluntad de ser una tribuna abierta a todas las opiniones de buena fe ; pero a la vez inicia su marcha con páginas donde poetas y prosistas buscan robar una vez más el fuego para ofrecerlo a sus hermanos, para estar junto a

ellos en la lucha por la libertad que cada uno libra ahí donde le ha tocado hacerlo. La humanidad, decía un autor del XIX, ha procedido siempre del mismo modo : empieza por tener aspiraciones y acaba por tener sistemas. Los escritores agrupados en torno a *Libre* se proponen defender las aspiraciones liberadoras de la época en que vivimos, y en su búsqueda de la más alta libertad intelectual y estética modelada por el ideal revolucionario, someter iglesias y sistemas a una crítica necesaria y purificadora.

1) Para su realización, *Libre* ha contado con el apoyo financiero de Editions Libres, firma dirigida por Albina du Boisrouvray, conocida productora cinematográfica, especializada en films de vanguardia política y artística. Desde luego, dicho apoyo no implica ninguna suerte de compromiso para la publicación, y sólo fué aceptado en atención a que Albina du Boisrouvray, también colaboradora de revistas y semanarios tales como « Il Manifesto », « Le Nouvel Observateur », « Politique-Hebdo » y « J'accuse », comparte los propósitos y orientación de *Libre*.

Textos inéditos o poco conocidos de Ernesto Che Guevara

recopilados y presentados por Carlos Franqui. Incluyen cartas dirigidas a Fidel Castro en momentos culminantes de la guerra revolucionaria; fragmentos de una conferencia pronunciada ante los miembros del Departamento de Seguridad del Estado de La Habana, en la cual hizo significativas advertencias sobre los peligros que representaban el sectarismo y los abusos de la autoridad; un análisis sobre la Ley del Valor y comentarios acerca de la moral revolucionaria.

Al seleccionar estos textos inéditos o poco conocidos, Franqui se propone destacar el aporte histórico del Che Guevara a la revolución cubana en la etapa de la guerra y posteriormente, durante la primera etapa de construcción del socialismo en Cuba.

La división del Partido Comunista en Venezuela

es un estudio político del venezolano Teodoro Petkoff realizado con la contribución de Freddy Muñoz y Luis Bayardo Sardi.

Luego de haber participado activamente en la lucha armada que el Partido Comunista y otras organizaciones revolucionarias promovieron en la década del 60, Petkoff encabezó la corriente « renovadora » del P.C.V. Autor de « Checoslovaquia o el socialismo como problema » y de « Socialismo para Venezuela », sus tesis lo enfrentaron a la vieja guardia del Partido dando lugar a un debate que culminó con la escisión del mismo y la formación del M.A.S. (Movimiento al Socialismo). En el trabajo que publicamos, Petkoff muestra las implicaciones teóricas que conlleva la división del comunismo venezolano. Según sus palabras, dicha crisis y su desenlace tienen un interés continental en la medida en que constituyen la tentativa por superar a la vez el stalinismo y el vanguardismo o *foquismo*, producto de una asimilación acrítica de la revolución cubana, a través de una teoría revolucionaria que « corresponda a nuestra propia exigencia de tiempo y espacio ».

El novelista y sus demonios

es fragmento del libro de Mario Vargas Llosa titulado « García Márquez : Historia de un deicidio », que en el mes de octubre publicará Barral Editores.

Lugar llamado Kindberg
es un cuento inédito y reciente de Julio Cortázar.

Celeste :
Siete textos breves de Luis Goytisolo, del libro « Ojos, círculos, buhos ».

« Nowhere » :
fragmentos de una novela inédita de Carlos Fuentes.

El simio gramático
es fragmento de un libro en prosa de Octavio Paz, que será editado en breve lapso por la Editorial Skira.

La antología de la nueva poesía española
incluye poemas de Ullán, Gil de Biedma, Valente y Vázquez Montalbán.

Resistencia palestina : Una nueva etapa de su larga marcha
por Francisco J. Carrillo, es un análisis con numerosos elementos informativos sobre la situación política del Oriente Próximo.

Revisión de la dialéctica
Juan Nuño, venezolano, autor de un libro sobre Sartre, analiza en este trabajo las vicisitudes de la dialéctica en nuestros días.

Entrevistas :
A José Donoso, a propósito de su último libro, « El obscuro pájaro de la noche »; a Hugo Santiago, con motivo de su film « Invasión ».

Cado Padilla
El caso Padilla — como ha dado en llamarse la serie de episodios y declaraciones originados en la detención del poeta cubano Heberto Padilla — ha sido objeto de interpretaciones contrapuestas en América Latina y en Europa. Cumpliendo una misión eminentemente informativa, hemos recogido los documentos directamente relacionados con el caso, así como opiniones de numerosos escritores europeos y latinoamericanos sobre el particular.

La Tortura en el Brasil
Documento firmado por trece presos políticos.

Chile
Una experiencia política analizada por el sociólogo brasileño Thetonio dos Santos.

Nuevas perspectivas revolucionarias se abren hoy a la América Latina. El desconcierto transitorio producido por la muerte del Che Guevara, los reveses y dificultades sufridos por los movimientos guerrilleros y la fuerte represión desencadenada en algunos países, como el Brasil, contra las fuerzas de izquierda, no han podido liquidar la lucha revolucionaria en el continente.

A tiempo que en algunos países se desarrollan formas audaces de acción urbana, en otros se acentúan el descontento social, el cansancio frente a las viejas estructuras políticas y la rebeldía estudiantil y campesina. Fracasados el reformismo y las ilusiones sobre un desarrollo económico progresivo, que bajo el lema de la « Alianza para el Progreso » quisieron presentarse como sustitutos a la alternativa revolucionaria, la situación tiende hoy a radicalizarse : se agudiza por una parte la represión oficial, y por otra, el descontento popular busca expresarse a través de diversas formas de lucha.

Hechos recientes demuestran que serios cambios se han operado o están en vías de operarse en nuestro panorama político. En Chile, el gobierno popular presidido por Salvador Allende emprende una gestión anti-imperialista a fin de devolverle a la nación el control de sus riquezas naturales, de modificar fundamentalmente la estructura agraria del país y de asegurarle una independencia política y económica, en su camino hacia el socialismo. En el Perú, un gobierno antifeudal y antioligárquico entra en contradicción con el imperialismo, abriendo vías a un proceso que la participación popular puede convertir en revolucionario. Por otra parte, la lucha de los negros norteamericanos, de los estudiantes y otros sectores progresistas, unida a los movimientos de masas contra la guerra del Vietnam, en los Estados Unidos, es susceptible de influir en las luchas del continente.

Hay una relación íntima entre estos hechos y la creciente pauperización de Latinoamérica. Estadísticas de organismos internacionales revelan que el 70 % de la población latinoamericana sufre de desnutrición; que faltan 19 millones de alojamientos y que — con la única excepción de Cuba — el analfabetismo, en vez de disminuir, aumenta de manera alarmante. Cada vez resulta más evidente que nuestro subdesarrollo está íntimamente vinculado a una situación de dependencia, agravada por la voraz penetración del capital norteamericano en la estructura industrial y financiera

de nuestros países. Dicha dependencia encuentra su apoyo en la clase económica dominante de Latinoamérica : en las oligarquías que detentan el poder o se colocan bajo la protección de un régimen militar. Por consiguiente, toda tentativa real de acabar con nuestra situación de dependencia se ve enfrentada por fuerza no sólo al imperialismo, sino también a la oligarquías nacionales y a sus agentes políticos y militares. Liquidado el mito de la burguesía nacional y la posibilidad de un tránsito reformista con la colaboración de esta clase, toda auténtica revolución en América Latina tiene necesariamente que situarse en una perspectiva socialista. Parafraseando palabras de Teodoro Petkoff, la revolución en América vencerá como socialista o será derrotada como revolución.

Ahora bien : ¿ cuáles pueden ser las vías revolucionarias en América Latina ? Nos limitamos a comprobar que la realidad ha terminado por desbordar esquemas demasiado rígidos. Cada país tiene sus condiciones particulares. Como lo advierte el Presidente Allende, la lucha revolucionaria puede asumir la forma de la insurrección armada en el campo, de la acción urbana, o aún, como en el caso de Chile, de la vía electoral. Las apreciaciones generales sobre formas de lucha en América Latina tienen que ceder ahora el paso al análisis específico de cada realidad nacional, análisis que deber ser producto de una discusión ajena a todo dogmatismo y simplificación, a fin de que las vanguardias revolucionarias no resulten aisladas dentro del contexto político y social en que se mueven.

Hay que crear, pues, condiciones propicias para la discusión y el diálogo. Contra la concepción stalinista de un marxismo sin debate, autoritario y dogmático, debe darse oportunidad al pensamiento revolucionario de expresarse y difundirse libremente. Es preciso discutir las diversas concepciones sobre vías, formas y objetivos de lucha, y facilitar a los teóricos e intelectuales revolucionarios un terreno común, muy amplio, para debatir sus ideas. Tal es el propósito y la razón de ser de *Libre*.

Dentro de esta perspectiva, publicamos a continuación textos inéditos o poco conocidos del Che Guevara, y un estudio de Teodoro Petkoff sobre las divergencias teóricas que dieron lugar a la escisión del partido comunista venezolano y a la creación del M.A.S., Movimiento al Socialismo.

Notas de Carlos Franqui

La capacidad de observación, reflexión y crítica. la implacable voluntad de ver simultáneamente la realidad y de transformarla hacia la creación de un socialismo verdadero, se reflejan y son la constante en la acción y el pensamiento del Che.

Sus ideas militares y políticas originales y creadoras, aún si aplicadas con impaciencia y forzando las situaciones, fueron ampliadas y desarrolladas por Fidel, con mayor sentido de la oportunidad y de la realización concreta.

En la guerra y la paz Fidel Castro y Che Guevara se completaban y equilibraban.

No se concibe la Revolución cubana sin el uno y sin el otro.

Si el pueblo fué el factor decisivo y el Movimiento 26 de Julio, el instrumento de realización de la lucha en la montaña y la ciudad, y Fidel Castro el líder y la voluntad detonadora de la Revolución, el Che fue la voluntad de cambiar el carácter de la Revolución.

Algunos aportes fundamentales del Che a la R cubana :

1. *La creación del primer territorio libre, fijo, en la zona del Hombrito, a finales del primer año de la guerra, diciembre del 57.*
2. *La instalación de la primera radioemisora rebelde.*
3. *La construcción de los primeros talleres de armamentos, de industrias rudimentarias de hornos de pan, zapaterías, edición del primer periódico guerrillero, del primer hospital.*
4. *Dirección de la campaña de Las Villas. Las columnas invasoras del Che y Camilo Cienfuegos atraviesan tres provincias. Che se dirige al sur, a las montañas del Escambray, Camilo al norte, hacia Yaguajay. El Che culmina sus operaciones con la toma de Santa Clara, la mayor ciudad y fortaleza militar ocupada por las fuerzas rebeldes. Aspectos decisivos de sus luchas después de la toma del poder :*
5. *Por el carácter socialista de la R.*
6. *Por la creación de una industria como base del desarrollo económico.*
7. *Por evitar las deformaciones del socialismo*

(sectarismo, satelismo, burocratismo, revisionismo, economismo, corrupción).

8. *Por la reafirmación de una posición revolucionaria independiente de Cuba, y por una justa posición en el conflicto sovietico-chino.*
9. *Por más profundas relaciones con el tercer Mundo (viajes y misiones por Asia y Oceanía, luchas en África).*
10. *El hombre como creación fundamental del socialismo.*
11. *Por la R. latinoamericana que Cuba inicia, de cuyo destino depende y cuyo desarrollo es decisivo para la R. mundial.*

Agosto de 1957

Comandante Fidel :

Te escribo para tratar dos asuntos importantes. El primero ya habrás oído hablar por la radio y habrás palpado sus efectos. Mi estreno como Comandante fué un éxito desde el punto de vista de la victoria y un fracaso en la parte organizativa. A pesar de todo tomamos el cuartel, les hicimos 6 heridos y 6 prisioneros, tomamos una Browning — como la de Uvero — 5 garand, unos 10 Springfield, algunos revólveres 45 — y bastante más parque que el gastado (el combate duró unos 20 minutos) Ramiro y Raúl Castro Mercader decidieron la lucha atacando por detrás. Volamos dos puentes de madera, quemamos el cuartel (que es de material) y nos dimos el lujo de soltar al sargento y a un chivato llamado Oirán ante el pedido de una especie de asamblea popular que me hiciera esa demanda. El combate finalizó a las 5:20 y recién cerca de las 10 de la mañana tomamos el monte sin que nos molestaran los aviones. Factor decisivo en el éxito de la operación fué la decidida, entusiasta cooperación de algunos vecinos que no quiero nombrarte, los que nos facilitaron tres camiones para transportarnos hasta el lugar del combate. Actualmente somos cien hombres, de los que sólo hay unos diez sin alguna clase de arma. En la lucha tuvimos un muerto, Pedro Rivero, de Campechucla y dos heridos, uno de ellos es de cierta importancia en el hombro derecho, pero que le permite caminar per-

fectamente. No me puedo extender más y paso el segundo punto, la muerte de Frank, tan dolorosa por ella misma como por las consecuencias que pueda acarrearle al movimiento de Santiago. Tal vez estamos frente al colapso definitivo de Batista después de esta nueva suspensión; pero si no fuera así, creo que tendrías que tomar una determinación fuerte y mandar como jefe de Santiago a un hombre que reuniera las condiciones de ser un buen organizador y tener una trayectoria en la Sierra, a mi entender, ese hombre debe ser Raúl o Almeida y en caso contrario Ramirito o yo (que lo digo sin hipocresía de modestia pero también sin el menor deseo de ser yo el elegido).

Creo que un hombre de la Sierra, no identificado y cuidándose bastante más de lo que lo hacía Frank, rendiría un provecho inmenso.

Sólo me resta tratar el tema secundario de la expulsión de varios elementos que se apendieron en el combate. Son cinco o seis.

Queda el tema importante de nuestra actividad futura; pienso si no hay orden específica tuya contra hacer una maniobra de diversión sobre la playa y volver rápidamente para intentar ata-

(1) Carta enviada a Fidel, en agosto de 1957, después de la muerte de Frank País, dirigente del 26 de Julio en las ciudades.

Prueba la importancia que tenía para Che la lucha de la ciudad y la existencia del Movimiento. Obsérvese que propone que a dirigirla vaya uno de los principales comandantes de la Sierra, incluso él mismo.

Esta carta y otras numerosas pruebas contradicen la teoría «foquista».

La teoría «foquista», aparte de la concepción estratégica o política, fué una forma guerrillera de camuflaje de iniciar la Revolución en la América Latina, sin la creación inicial de partidos o movimientos revolucionarios, que provocarían un enfrentamiento y una ruptura con la Unión Soviética y los partidos comunistas latinoamericanos.

Los otros textos no necesitan aclaraciones.

El Che había madurado como revolucionario y como pensador. Había vivido la experiencia de Cuba, conocía los problemas y conflictos del mundo socialista (véase su último discurso de Argel donde acusa las nuevas formas del colonialismo soviético), había luchado en África, viajado por todo el mundo, conocía la lucha de Vietnam, la voluntad china de no repetir el camino soviético y la necesidad y posibilidad de enfrentar directamente en la América Latina el enemigo principal de la humanidad, el imperialismo yanqui, como enseñan lúcidamente sus últimos textos.

car algún otro poblado del llano, que bien puede ser Guisa.

Cualquier orden, contraorden o sugerencia mándamela con el mismo mensajero a casa de Polo en el Zorzal. Te recuerdo, para finalizar, la tropita que debe estar en Palma Mocha, donde dicen que hay un primo tuyo; en mi opinión no vale un carajo (la tropa).

Dada la índole de la comunicación, trataré de asegurarme de su llegada.

Che

Nov. 24-57.

Comandante :

Sí, como tantas veces (¿No hay un puestito de Tte. Coronel?) su ilustrísima tenía razón y el Ejército se nos vino a las barbas. No te preocupes que no hubo nada hasta ahora en ninguno de los dos sentidos.

Antes que nada me fué imposible mandarte a Pazos porque lo necesitaba para la defensa y todavía no lo puedo hacer por lo que te mando alguien para informarte y no tengas preocupaciones.

Al llegar aquí me encontré con una situación nueva, los grupos que dejamos se habían enseñoreado de la región y el Ejército los respetaba. Decidimos entonces crear una base de operaciones fija en el Hombrito y Zarzal y crear allí nuestra industria pesada. Tenemos ya la armería funcionando a todo trapo aunque no se ha podido hacer el morterito por la mala asistencia de Bayamo que no manda materiales. Encargué la fabricación de dos modelos experimentales de balistas lanzagranadas que creo pueden dar buenos resultados. Ya se han fabricado varias minas muy potentes pero no ha explotado ninguna todavía y el Ejército se apoderó de una.

La máquina de zapatería está instalada y capacitada para fabricar toda clase de implementos de talabartería y zapatería pero no se han recibido los materiales.

Tenemos dos embriones de granja para la cría de puercos y aves de corral, se ha construido un horno de pan que tirará probablemente el primer kake al día siguiente de escrito esto, aniversario del embarque que nos hiciste. Hemos iniciado la construcción de una presa pequeña para dar energía hidroeléctrica a esta zona. Se creó un hospital estable, se va a iniciar la construcción

de otro con buenas condiciones higiénicas. Los materiales ya están donados.

Toda la zona se está cubriendo de refugios antiaéreos. Tenemos la intención de aguantar a pie firme y no ceder este lugar por nada.

Ahora viene la parte triste de los fracasos : los guardias se nos metieron en Caña Brava y California coronándonos nosotros las alturas en una posición de media luna defensiva prácticamente invulnerable, se les tiroteó varias veces ocasionándole probablemente un herido (a mí no me lo creas) en una de esas, un irregular armado de revolver disparó con tan buena puntería que se metió un balazo en la garganta volándose la cabeza. Ese era el encargado de poner una mina unipersonal y en la confusión quedó allí mismo. Los guardias descubrieron la mina al día siguiente y unieron el descubrimiento a la lectura de las proclamas bastante bien regadas y el resultado fué que caminan con unas precauciones enormes y suben campesinos a los camiones en que van ellos. Ordené un avance paulatino, la gente lo cumplió con bastante entusiasmo pero Camilo se excedió y en su afán de irseles arriba confió en un par de vigías con anteojos y dejó desguarnecido un camino defendible por dos hombres y por allí se nos colaron con una pujante vanguardia de 40 guajiros en previsión de las minas. El resultado fué que dieron un « paseo triunfal » pasando por Santana, retornando a Caña Brava y quemando dos casas y algunas mochilas de Carlos Mas.

El Ejército pasó por 6 emboscadas nuestras y no les tiramos. Algunos dicen que no tiraron por consideración a los niños, además te puedo decir que no tiré porque estaba a 500 ms. eran muchos y había perdido contacto con las otras emboscadas, estaba detrás de un plátano, árbol no muy duro de la Sierra Maestra y había 2 preciosos P. 47 rondándonos constantemente. Como dicen los intelectuales, nos comimos el mojón con pelo. El Ejército se fué para el carajo y con la coordinación que los caracteriza iniciaron el avance por Pinalito y sorprendieron a Pazos que iba a sorprenderlos sacándole un susto sin consecuencias por ahora. (Nítico está extraviado pero nada más.)

En este preciso instante llega tu mensajero con la carta. Lo de Pazos ya está contestado. Te lo enviaré inmediatamente en cualquier condición que estemos. El incidente de Argimiro está solucionado y en principio fué nombrada otra es-

cuadra a ese lugar que no se puede abandonar, lo de Camagüey lo giré a la Dirección Nacional avisándole que yo no tenía ninguna autoridad para tratar con ellos pero de todas maneras le pedí las ligas para el mortero casero y ya llegaron. Me parece muy bien el nombramiento de Calixto ; era un hombre inútil, no puede joder a Camagüey más de lo que está y contribuye a crear la expansión centrípeta que se ha demostrado es la única eficaz para resolver nuestros problemas. Lo de Mabay fué una cogida : no tomaron el cuartel y ni siquiera le pudieron quemar los cañaverales que estaban húmedos. La culpa fué mía que creí a los que me aseguraron que con esas armas (muy pobres) podían tomar el cuartel. Parece que los guardias huyeron, pero los nuestros también. Ese trabajo lo realizó la patrulla de las Minas, yo no podía mandar gente porque estaba ocupado en la ambiciosa operación de descojonar a todos los de Caña Brava. Por esa misma razón no mandé a hacer las otras operaciones que habíamos convenido.

Vienen las noticias con una secuencia cinematográfica. Ahora los guardias están en Marverde. Vamos a toda máquina para allá. La continuación de esta interesante historia la leerás después. Me olvidaba decirte que la bandera del 26-7 está en la punta del Hombrito y trataremos que siga allí. Pusimos otra bandera en la Corcabá para hacerle una emboscada a la avioneta y los dos voluntarios les cayeron 3 047 que le llenaron el culo de metralla (verídico ; pero pedacitos chicos, sin novedad los voluntarios y también la avioneta).

Mientras se prepara la tropa te voy contando otras cosas : llegó aquí un periodista gringo de New York Herald Tribune que no podía caminar por lo gordo y pesado. Me mandó a decir que no caminaba más y como no fuí a verlo con la velocidad requerida se fué para el carajo. Llegó con él un mejicano con credenciales de Teniente del Ejército que parece ser cierta pues tiene conocimientos militares y lo estoy empleando. Se llama Armando Ayesh Villegas, dice que viene a servir a Cuba lo que sea, pero creo que tiene intenciones de dinero o alguna otra escondida, viene con una nebulosa oferta de ir a buscar armas a Méjico y traerlas en una lancha rápida. Dice que podrían ser cuatro antiaéreas, dos bazookas, dos morteros, todas con su parque. Que sino se acepta ese ofrecimiento, se queda aquí para lo que sea. Dice también que la constitu-

ción de Méjico autoriza al gobierno la beligerancia de un movimiento revolucionario al cumplirse un año de lucha. No sé si es otro bolazo pero se podría tallar. El dice que se trata de sobornar a un general y que por sus manos no pasa dinero. Sus gastos lo paga el. El dinero se entregaría por el Movimiento allá, calcula de \$ 1,000.00 a \$ 2,000.00 dólares. El se encarga de todo el planteamiento de la acción.

Te mando el periódico y las proclamas que se han imprimido. Tengo la esperanza de que su baja calidad te sirva de shock y colabores con algo que tenga tu firma. El editorial del segundo número será sobre la quemada de caña. En este número colaboraron : Noda en la reforma agraria, Quialo en la reacción frente al crimen, el médico en la realidad del campesino cubano, Ramiro en últimas noticias y yo en la explicación del nombre, el editorial y sin bala en el directo. La indicación de los temas la dí yo. Se necesita urgentemente todas las noticias de acciones, crímenes, asensos, etc. y comunicación regular pero lo que se puede crear un cuerpo especial. Me falta hablarte de los temas que me parecen importantes :

1) La necesidad de la creación de una patrulla colocada sedentariamente en los altos de la Maestra que domina Palma Mocha para asegurar nuestras comunicaciones por ese punto y asegurarlo pues está vulnerable por la playa.

2) Es muy importante la creación de una tercera columna que opere del otro lado de Pino del Agua con un jefe muy capacitado. Aún considerando la falta de armas se puede hacer sacrificando gente de esta columna y algunos de aquella. Si hubiera habido alguna columna en esas condiciones, actualmente hubiéramos podido actuar bien sin necesidad de regar tanto la tropa y asumir la ofensiva sobre las Minas. Piensa bien ésto, están Raúl, Almeida y Ramiro (éste no está muy bien en disponibilidad).

Me falta comunicarte algo importantísimo : cumpliendo tus órdenes, aunque en la imposibilidad de hacer accionar patrullas mandé emisarios a quemar todos los principales centrales de Oriente. Los cercanos a Bayamo no se empezaron a quemar porque la gente recibió órdenes terminantes del movimiento de no hacer nada hasta el 25 de este mes, debido a que ellos se iban a encargar de ésto y se llenarían de guardias los centrales, impidiéndoles actuar si se iniciaba ante. Mandé gente a Mabay que fracasó pero se repetirá, Contra maestre, Preston, Boston, Cha-

parra, Manatí, Delicias y otros menores. La gente me parece bastante buena y todos son cono cedores de la zona. Te mandaré noticias en cuanto haya.

Este mensajero va conmigo y tratará de pasar ahora. En cuanto pueda va Pazos con resultados de la acción.

Kilométricamente,

Che

Fidel :

Ya nos dejaron nuestro Hombrito libre, aunque un poco rebajado de categoría. Todavía no lo hemos ocupado hasta no tener noticias concretas de una tropa que estaba por subir. Ahora parece que ha tomado el rumbo de Yoo. Si es así, la esperaremos en Pico Verde.

El combate tuvo repercusiones inesperadas pero al día siguiente nuestros exploradores encontraron la mirilla exactamente donde la habían dejado. Los soldados subieron a sacar sus muertos y de allí mismo se fueron con 60 mulos cargados de café hacia las minas. En la zona cercana al combate se encontraron 2 tumbas de soldados, una de las cuales parece para más de uno y, según dicen, en la Mina murió un teniente herido. Es la primera vez que la tropa de Sánchez Mosquera pierde su espíritu de lucha que era bastante elevado. Uno de los misterios de esta guerra es un cadáver que apareció carbonizado con un fusil 22, en el mismo lugar donde están enterrados los de ellos. Debe ser una venganza, pero no sabemos quién pueda ser.

La pérdida más sensible sufrida por nosotros es la destrucción de nuestro horno de pan, el que será reconstruido. No quedó una sola de nuestras casas en pie, calculo unas 30 casas quemadas ahora, más las 40 que quemaron anteriormente. En este momento llega el mensajero con tu nota

La guerra :

El Hombrito, primer territorio libre creado por el Che, a fines de 1957, destruido por el Ejército, y que Fidel mas tarde trasladó a la zona de La Plata, Sierra Maestra, donde el Ejército Rebelde en una fase mas desarrollada de la guerra resistió y derrotó la ofensiva general de las tropas de Batista, creando con la intensificación de la lucha popular en todo el país las condiciones para la victoria del 1º—. de enero de 1959.

del 13. Te confieso que junto con la nota de Celia, me llenó de tranquilidad y alegría. No por ninguna cuestión personal, sino por lo que significa para la Revolución ese paso. Ruptura del Pacto de Miami.

Desgraciadamente, tenemos que afrontar la del tío Sam antes de tiempo. Pero hay una cosa evidente, el 26 de Julio, la Sierra Maestra y vos, son tres individuos y un solo Dios verdadero.

Acaban de llegar las balas. Fue más ruido que otra cosa, pero vinieron 1,000. 30.06 que me apropié íntegro. Lo demás lo un poco salvo los de M-1 que van íntegros. Allí verás cómo se distribuye.

Tengo 30 hombres de pelea que he puesto en 150 balas los automáticos y 100 los Springfields. Te adjunto una foto, la última, de Ciro. Está muy natural; consérvala.

Me acaba de llegar una bandera de 6.50 m. de largo que dice : « Felicidades 1958, M.R. 26-7 » La vamos a poner en el Hombrito el día 24, si se puede.

Espero tus noticias con nuevas victorias y bastante material bélico. Mi pie está perfectamente cicatrizado, pero todavía no puedo asentarlo. La moral de mi tropita es magnífica. Te abraza con sincera emoción.

Che

Dic. 15, por la noche.

Tres cartas de un día difícil de la guerra

Junio, 1958.

Celia :

Es urgente que Fidel me conteste el siguiente mensaje. Firma Che.

Fidel :

Ya sabrás las noticias de Las Vegas. No me animo a mandarte la gente, que, por otra parte, no llega todavía, pues queda el camino del Purgatorio abierto completamente. Yo no he intervenido directamente atendiendo a tus órdenes de dejar Las Vegas a tu cargo, pero entiendo que debo estar en más estrecho contacto. Debes darme, con toda urgencia, como se va a distribuir la gente, si como supongo mañana caen Las Vegas. Y si puedo asumir la iniciativa por la retaguardia con gente de otro lado. (Crescencio tiene algunos hombres disponibles en La Haba-

nita.) Me es imprescindible recibir respuesta antes del amanecer. Hasta el momento no mando las gentes, aunque lleguen aquí. Me refiero a la gente que pediste para Santo Domingo. Si hubiera un detonador lo necesito para aquí.

Tengo tres bombas grandes y cinco granadas.

Firma, Che.

Día 19. 9:25 p.m.

Che :

Te adjunto el mensaje de Pedrito, para que veas que la situación en La Plata es extraordinariamente peligrosa con la presencia de una tropa enemiga que ni siquiera está localizada. Se corre el riesgo de perder no sólo el territorio, sino también el Hospital, la planta de radio, las balas, las minas, la comida, etc.

Yo aquí no tengo más que mi fusil para afrontar esta situación nueva; no puede ni siquiera tener seguridad de que el mensajero enviado a Paz esta mañana pidiéndole hombres, pueda haber llegado a él.

Necesito perentoriamente los hombres que te pedí mañana si es que vamos a hacer siquiera el esfuerzo por salvar la zona de La Plata.

Voy a ordenar a Pedrito abandonar la Playa y moverse hacia arriba de ser veraz la noticia.

Moviliza la columna de Crescencio y comienza a mover personal de la misma hacia ti, para tratar de defender desde el alto de la Vigía hasta esta zona, abandonando el frente de la Habanita.

Igualmente debe retirarse la gente del Macho para ir reconcentrándola.

Mientras quede una esperanza de mantener el territorio de La Plata, no debemos variar la estrategia.

El problema esencial es que no tenemos hombres suficientes para defender una zona tan amplia. Debemos intentar la defensa reconcentrándonos antes de lanzarnos de nuevo a la acción irregular. Si las Vegas cae, distribuye el personal entre las minas del Infierno y el Alto de Monpie.

Fidel.

P.D. Reportaron que el piloto Willy llegó bien, ha sido la única noticia positiva hoy.

Comandante-Jefe :

Ordeno inmediatamente lo ordenado, pero te aviso

que, al parecer la resistencia en la zona de Las Vegas ha sido vencida y nuestras avanzadas están en la loma del Desayuno. Mandé órdenes para que tomaran los firmes de los lados de Las Vegas, ya que nosotros estamos aquí a la intemperie. Ordeno, además, a Raúl que estire sus líneas, y a Fonso, que se repliegue algo. Te paso aviso a Crescencio de lo que está pasando. Si crees que se puede dejar algún arma por aquí me avisas. Te mande lo que me pides y te recuerdo que hay una trípode con 500 tiros. Firmado Che.

Posdata : Dime cuál es mi tarea. Junio 19 de 1958. 2:10 p.m.

Nota : Este mensaje del Che, fué pasado por teléfono por Franqui a las 5:15 p.m., que sale inmediatamente para donde está usted.

Orestes.

4 — Sectarismo

Aquí en América sucedió un caso que tiene mucha similitud, aunque no era un gobierno de las características del gobierno popular húngaro; fue en Bolivia.

En Bolivia había un gobierno burgués, antinorteamericano por lo menos, que encabezaba el mayor Villarroel, abogaba por la nacionalización de las minas, por una serie de medidas y aspiraciones del pueblo boliviano. Ese gobierno acabó en la forma más terrible, el mayor Villarroel acabó colgado de un farol, en la plaza, por el pueblo y era un gobierno popular ¿Por qué? Porque saben manejar los especialistas norteamericanos, ciertas debilidades que suceden en el seno de los gobiernos, por más progresistas que sean y nosotros hemos andado por el camino de las debilidades un buen rato, y todos ustedes tienen su parte de culpa en ese camino; parte mínima naturalmente, nosotros somos mucho más culpables, dirigentes del gobierno con la obligación de ser perspicaces, pero anduvimos por ese camino que se ha llamado sectario, que es mucho más sectario, estúpido; el camino de la separación de las masas, el camino de la ligación rígida a veces, de medidas correctas a medidas absurdas, el camino de la supresión de la crítica, no solamente de la supresión de la crítica por quien tiene legítimo derecho a hacerlo, que es el pueblo, sino la supresión de la vigilancia crítica por parte del aparato del partido que se convirtió en ejecutor y al

convertirse en ejecutor perdió sus características de vigilancia, de inspección. Eso nos llevó a errores serios económicos, recuérdese que sobre la base de todos los movimientos políticos está la economía, y nosotros cometimos errores económicos, es decir, fuimos por el camino que al imperialismo le interesaba. Ellos ahora quieren destruir nuestra base económica mediante el bloqueo; mediante todas estas cosas nosotros los íbamos ayudando.

¿Por qué les digo que ustedes tienen su parte? Por ejemplo, los Comités de Defensa, una institución que surgió al calor de la vigilancia popular que representaba el ansia del pueblo de defender su revolución se fue convirtiendo en un hazlo-todo, en la imposición, en la madriguera del oportunismo. Se fue convirtiendo en una organización antipática al pueblo. Hoy creo poder decir, con mucha razón, que los C.D.R. son antipáticos al pueblo; aquí tomaron una serie de medidas arbitrarias, pero aquí no se vió tanto y no es para nosotros tan importante eso; el campo que es nuestra base, de donde salió nuestro ejército guerrillero con el cual se nutrió durante dos años, que triunfó sobre las ciudades, nosotros lo descuidamos totalmente, lo tiramos al abandono y lo dejamos en manos de los C.D.R. Comités de Defensa de la Revolución llenos de garrucho, llenos de gente de ese tipo, oportunistas de toda laya que no se pararon en ningún momento a pensar en el daño que les estaban haciendo a la revolución. Y como todo es parte de una lucha, el imperialismo empezó a trabajar sobre esto, a trabajar cada vez más y trabajó bastante bien; creó en algunas zonas un verdadero antagonismo entre la revolución y algunos sectores de la pequeña burguesía, que fueron excesivamente abrumados por la acción revolucionaria. Todo eso establece una lección que tenemos que aprender y establece además una gran verdad, y es que los cuerpos de seguridad de cualquier tipo que sean, tienen que estar bajo el control del pueblo, a veces puede parecer y a veces es imprescindible tomar medidas expeditivas con el peligro que se corre de ser arbitrario. Es lógico que en momentos de excesiva tensión no se puede andar con paños tibios, aquí se ha apresado a mucha gente sin saber exactamente si eran culpables. Nosotros, en la Sierra hemos fusilado gentes, sin saber si eran totalmente culpables, pero hay un momento en que la revolución no podía pararse a averiguar demasiado, tenía la obligación sagrada de triunfar. En

momentos en que ya las relaciones naturales entre las gentes vuelven a tener su importancia, tenemos que dar un pasito atrás y establecer esas relaciones, no seguir con las relaciones del fuerte y del débil, del yo lo digo y se acabó. En primer lugar, porque no es justo y en segundo lugar y muy importante, porque no es político. Así como los C.D.R. se han convertido en organismos anti-páticos, o por lo menos han perdido una gran parte del prestigio que tenían y del cariño que tenían, los cuerpos de seguridad se pueden convertir en lo mismo, de hecho han cometido errores de ese tipo. Nosotros tenemos la gran virtud de habernos salvado de caer en la tortura, en todas las cosas tremendas en que se han caído en muchos países defendiendo principios justos. Establecimos un principio que Fidel defendió mucho siempre, de no tocar nunca a la gente, aún cuando se le fusilara al minuto, y puede ser que haya habido excepciones, yo conozco alguna excepción, pero lo fundamental es que este cuerpo mantuvo esa actitud, y eso es muy importante porque aquí todo se sabe, todo lo que nosotros a veces no decimos por el periódico todo lo que no queremos ni enterarnos siquiera, después nos enteramos. Yo llego a mi casa y mi mujer me dice : mira, se metió en la embajada fulano, o mira una guagua que un soldado tiroteó, todo se sabe y así también se saben los atropellos y las malas acciones que comete un cuerpo, por más clandestino que sea, por más subterráneo que trabaje, el pueblo tiene muchos conocimientos y sabe apreciar todas esas cosas. Ustedes tienen un papel importantísimo en la defensa del país, menos importante que el desarrollo de la economía, acuérdense de eso, menos importante. Para nosotros es mucho más importante tener malanga que tenerlos a ustedes, pero de todas maneras ustedes tienen un papel importante y hay que saber desempeñarlo, porque todavía tenemos batallas muy duras y durante quién sabe cuanto tiempo, porque todos nosotros tenemos que ir a poner nuestras vidas a disposición de la revolución, en un campo o en otro, con mayor o menor premura, en un futuro más o menos cercano. Pero las batallas seguirán. Hasta qué grado de tensión, hasta qué grado de batalla abierta, hasta qué grado de profundidad, yo no soy profeta, no lo puedo decir ; todos mis deseos, toda mi ambición, es que no sea hasta el grado extremo. Si lo es hasta el grado extremo, realmente ni la actuación de ustedes ni la mía tendrá mucha importancia en el desenlace final ; pero si

no lo es, y estamos todos no solamente con deseos sino luchando porque no lo sea, si el imperialismo puede ser sujetado ahí donde está, si puede ir reduciéndose en su agresividad, como decía Nikita, porque el elefante es fuerte, aunque el tigre siga siendo tigre, entonces la tarea de ustedes adquiere la importancia que tiene, la de descubrir lo que hay, lo que prepara el enemigo y también la de saber informar lo que siente el pueblo. Ustedes podrían ser grandes informadores al gobierno de lo que siente el pueblo ; pero por ejemplo, en Matanzas, los jefes de la revolución salían con unas sogas por el pueblo diciendo que el I.N.R.A. ponía la soga, que el pueblo pusiera el ahorcado y no hubo ningún informe, por lo menos yo no leí de que sucediera eso, no se supo cumplir con el deber y ni siquiera supo enterarse el cuerpo de seguridad de que sucedían cosas como esas. Eso es como el ejemplo del llamado terror rojo que se quiso imponer en Matanzas contra el terror blanco, sin darse cuenta que el terror blanco no existía nada más que en la mente de algunos extraviados ; el terror blanco lo desatamos nosotros con nuestras medidas absurdas y después metimos el terror rojo. En Matanzas ocurrió un caso curioso y triste de las medidas absurdas que puede tomar un grupo revolucionario cuando no tiene control ; ahora eso se puede repetir y todos tenemos que estar vigilantes para que no se repita. Contrarrevolucionario es todo aquel que contraviene la moral revolucionaria, no se olviden de eso. Contrarrevolucionario es aquel que lucha contra la revolución, pero también es contrarrevolucionario el señor que valido de su influencia consigue una casa, que después consigue dos carros, que después viola el racionamiento, que después tiene todo lo que no tiene el pueblo, y que lo ostenta o no lo ostenta pero lo tiene. Ese es un contrarrevolucionario, a ése sí hay que denunciarlo enseguida, ya al que utiliza sus influencias buenas o malas para su provecho personal o de sus amistades, ese es contrarrevolucionario y hay que perseguirlo pero con saña, perseguirlo y aniquilarlo. El oportunismo es un enemigo de la revolución y florece en todos los lugares donde no hay control popular, por eso es que es tan importante controlarlo en los cuerpos de seguridad. En los cuerpos en donde el control se ejerce desde muy arriba, donde no puede haber por el mismo trabajo del cuerpo, un control de cada uno de los pasos, de cada uno de los miembros, allí sí hay que ser inflexibles por las mismas dos razones :

porque es de justicia y nosotros hemos hecho una revolución contra la injusticia y porque es de política el hacerlo, porque todos aquellos que hablando de revolución violan la moral revolucionaria, no solamente son traidores potenciales a la revolución, sino que además son los peores detractores de la revolución, porque la gente lo ve y conoce lo que se hace, aún cuando nosotros mismos no conociéramos las cosas o no quisiéramos conocerlas, las gentes las conocía y así nuestra revolución, caminando por ese sendero erróneo, por el que caminó unos cuantos meses, fue dilapidando la cosa más sagrada que tiene, que es la fe que tiene en ella, y ahora tendremos que volver a trabajar todos juntos con más entusiasmo que nunca, con más austeridad que nunca, para recuperar lo que dilapidamos. Es una tarea dura, uno lo percibe, no es el mismo entusiasmo el de este año que el del año pasado ; hay una cosita que se ha perdido, que se recupera, que cuesta recuperarla, porque crear la fe en los hombres y en la revolución en los momentos que vivía Cuba era fácil. Ahora después que esa fe en algún momento es traicionada o se debilita, hacer que se recupere ya no es tan fácil ; ahora ustedes tienen que trabajar para ello, al mismo tiempo ser inflexibles con la contrarrevolución ; al mismo tiempo ser herméticos en todo lo que sean asuntos del estado y siempre vigilar y considerar a Cuba como una parte de América para hacer cualquier análisis, el que ustedes tengan que hacer. En cualquier momento para ustedes Cuba debe ser una parte de América, una parte directamente ligada a América. Aquí se ha hecho una experiencia que tiene una trascendencia histórica y que aún cuando nosotros no lo quisiéramos, se va a trasladar al continente. En algunos pueblos ya se ha hecho carne, pero en todos ya se hará carne La Segunda Declaración de La Habana tendrá una importancia grande en el desarrollo de los movimientos revolucionarios en América. Es un documento que llamará a las masas a la lucha, es así, guardando el respeto que se debe guardar a los grandes documentos, es como un manifiesto comunista de este continente y en esta época. Está basada en nuestra realidad y en el análisis marxista de toda la realidad de América. Por eso me pareció correcto charlar con ustedes un poco esta noche sobre América. Ustedes me perdonarán que no haya sido más convincente por falta de datos, en que no haya abundado en el aspecto económico de la lucha, que es tan im-

portante. Hubiera sido muy interesante por lo menos para mí, no sé si para ustedes, poder traerles toda una serie de datos que explican la penetración imperialista, que explican diáfana-mente la relación que hay entre los movimientos políticos y la situación económica de nuestros países, cómo a tal penetración corresponde tal reacción y cómo tal penetración se produce también por tales antecedentes históricos o económicos. El desarrollo de las luchas entre el imperialismo en la América por penetrar la burguesía en algunos lugares, o de un imperio contra otro, el resultado de la monopolización absoluta por parte de los Estados Unidos de las economías y de que toda la economía de América depende de lugares comunes. Como Colgate por ejemplo, es una palabra que se repite en casi todos los países de América, o Mejoral, o Palmolive, o miles de esos artículos que uno consume aquí todos los días. El imperialismo ha utilizado nuestro continente como fuente de materias primas y de expansión para sus monopolios. Eso ha creado también nuestra unión, unión que tiene que ser sagrada, unión que tenemos que defender y que alimentar.

Como moraleja, digamos de esta charla, queda el que ustedes deben estudiar más a Latinoamérica ; yo he notado en general que hoy por hoy conocemos en Cuba más de cualquier lugar del mundo quizás que de Latinoamérica, y eso es falso. Estudiando a Latinoamérica aprendemos también un poquito a conocernos, a acercarnos más, y conocemos mejor nuestras relaciones y nuestra historia. Estudiar Latinoamérica significa estudiar la penetración imperialista, es decir, estudiar su economía ; allí verán los gérmenes de todo lo que está ocurriendo hoy y nada más.

La ley del valor

Fragmentos

Comandante Guevara : Yo les voy a decir una cosa primero, que es la más consoladora de todas. Yo estaba viendo las caras de ustedes, mezcla de aburrimiento en algunos, y otros preguntándose qué es lo que querrá decir éste, otros, « cuando acabará de hablar ». En Moscú tuve una reunión con todos los estudiantes, entonces sale por allí uno y me hace las tres preguntas de rigor : La Ley del Valor en

el Socialismo; la Autogestión... Unas preguntas para contestar porque era una información general, pero ellos están al tanto de todas las cosas de Cuba y entonces más o menos era una cosa de preguntas y respuestas. Entonces les dije : Bueno, esto es un problema ya de tipo muy específico, no vamos a discutir aquí, (había una serie de compañeros soviéticos), plantear los problemas ahí. Entonces los invité a la Embajada. Ahora, bueno, vamos a ver los economistas. En seguida se ofrecieron una serie de voluntarios de automatización, en resumidas cuentas, se me juntaron como 50. Yo fui dispuesto a dar una tremendísima batalla contra el sistema de autogestión. Bueno, pues yo nunca había tenido un auditorio en ese tipo de descarga más atento, más preocupado y que más rápido entendió las razones mías. ¿ Ustedes saben por qué ? Porque estaban ahí, y porque muchas de las cosas que yo las digo, y que las digo aquí en forma teórica porque no las sé, ellos sí las saben. Las saben porque están ahí, van al médico, cuando van al restaurant, van al restaurant, cuando van a comprar algo a las tiendas van a las tiendas y entonces pasan hoy en la Unión Soviética cosas increíbles.

Entonces esa ligazón que tú dices, de la autogestión entre la masa, es mentira. En la autogestión lo que hay es una valoración del hombre por lo que rinde, que eso el capitalismo lo hace perfectamente, perfectísimamente, pero tampoco hay ninguna ligazón entre la masa y el dirigente, ninguna. Es decir, qué si nosotros tenemos aquí defectos que estamos anotando para corregirlos, ese defecto no se corrige con el método de darle un peso más a aquel que de esto o un peso mas aquel que dé aquello, de ninguna manera.

Y aquella gente planteó cosas interesantísimas, salvo uno que hizo una intervención defendiendo los puntos de vista tradicionales. Todo el mundo intervenía y hacían preguntas realmente interesantes sobre una serie de problemas de eso que uno plantea que ustedes más o menos conocen.

(De manera que es allí, precisamente en la Unión Soviética, donde se pudo precisar más claramente ¿ Quiere decir eso de revisionismo hasta trotskismo pasando por el medio ? Bueno, cuando empezamos nosotros a plantearnos estas cosas, no sé si aquí queda algún sobreviviente de aquella época. Pues decían : (está revisando), (esto hay que preguntárselo al Partido), (porque esto está feo). Ahí es donde se empezó a plantear, claro, era

una cosa violenta. La Biblia, que es el Manual, porque desgraciadamente la Biblia no es el Capital aquí, sino, es el Manual. De pronto estaba impugnada en algunos puntos y otras series de cosas peligrosamente capitalistas, entonces de ahí surge el asunto de revisionismo. El trotskismo surge por dos lados, uno (que es el que menos gracia me hace) por el lado de los trotskistas que dicen que hay una serie de cosas que ya Trozki dijo. Lo único que creo es una cosa, que nosotros tenemos que tener la suficiente capacidad como para destruir todas las opiniones contrarias sobre el argumento o sino dejar que las opiniones se expresen. Opinión que haya que destruirla a palos es opinión que nos lleva ventaja a nosotros. Eso es un problema que siempre debamos hacer. No es posible destruir las opiniones a palos y precisamente es lo que mata todo el desarrollo, el desarrollo libre de la inteligencia.)

Los trotskistas lo plantean desde ese punto de vista y entonces toda una serie de gente que murmuran del trotskismo. (Creo que en esto hay una implicación política que no se refiere solamente a la actitud que uno toma frente a los problemas, tales como el Sistema Presupuestario, sino que como hay una bronca encendida ahí, muy violenta, muy amarga y como todas las broncas de este tipo poco flexible, poco generoso en el reconocimiento de la opiniones ajenas. Y en toda una serie de aspectos yo he expresado opiniones que pueden estar mas cerca del lado chino ; en la Guerra de Guerrillas, en la Gerra del Pueblo, en el desarrollo de todas esas cosas, el Trabajo Voluntario, el estar contra el estímulo material directo como palanca, toda esa serie de cosas que también las plantean los chinos y como a mí me identifican con el Sistema Presupuestario también lo del trotskismo surge mezclado. Dicen que los chinos también son fraccionistas y trotskistas y a mí también me meten el « San Benito ».)

(Mire, yo tuve allí en Moscú varias broncas, broncas de tipo científico, digamos, en un Instituto de Matemáticas aplicadas a la economía, y nos da así a una serie de estudios interesantísimos. Estaban trabajando allí gente seria, gente muy profunda como todos los soviéticos que tienen una fuerza, una capacidad técnica tremenda. Sin embargo, la discusión la empezamos con los precios, tuvimos que dejar el problema de los precios porque por ahí no podíamos llegar a ningún lado. Seguimos discutiendo y en una de esas me preguntan si conozco un sistema que se está probando

en una fábrica de la Unión Soviética, en una empresa soviética, que trabaja en relación directa con el público. Tiene su surtido de acuerdo con las exigencias del público que también (inaudible) cuando la calidad es mala y la rentabilidad está de acuerdo con las ventas que hagan, en fin de acuerdo también con la calidad del producto, o sea, un surtido dado por el público. Entonces me pregunta : ¿ Ud. conoce ese sistema ? Realmente yo ya estaba un poquito, es decir, les dije : « Yo ese sistema no lo conozco aquí en la Unión soviética, pero yo lo conozco muy bien. En Cuba había mucho de eso y en el capitalismo hay mucho de eso, y eso es capitalismo puro.)

Porque sencillamente tenemos una empresa que vaya y venga y haga su surtido de acuerdo con lo que el público pide y tenga una rentabilidad de acuerdo con la gestión que esa empresa haga en relación con el público, eso no es ningún secreto, el capitalismo hace eso. El único problema que hay es que cuando eso se traslada de una fábrica a todo el conjunto de la sociedad, se crea la anarquía de la producción, y viene la crisis, y después tiene que venir el socialismo de nuevo.»

Yo quería decir otre puntico, esto sucede en algunos lugares en la Unión Soviética en puntos muy específicos y por supuesto esto no quiere significar de ninguna manera que uno vaya a estar de acuerdo en una afirmación de que en la Unión Soviética haya capitalismo. (Lo único que la indicación de algunas aclaraciones que se producen y yo creo que se producen, porque la teoría está fallando, y está fallando la teoría, porque se olvidan que existió Marx y toda una época anterior y se basan nada más, digamos, Lenin y una parte de Lenin. Lenin del año 20 en adelante y esos son pocos años de Lenin, porque Lenin vivió muchos años y estudió mucho. Yo una vez les decía a ustedes de los tres Lenin, y ahora hay una bronca que no son tres Lenin que son dos Lenin. Evidentemente el del « Estado y la Revolución » y del « Imperialismo Fase Superior del Capitalismo », al Lenin de la N.E.P. y de toda esa época, hay un abismo. Ahora, se tomó esa última época más y entonces se han tomado como verdades cosas que teóricamente no son verdades, que fueron impuestas por la práctica, pero que habría que revisar esa práctica y estudiar además, como yo les decía, la Economía Política del periodo de transición, que es un período nuevo.) Se refiere al Manual soviético.

La moral revolucionaria

Eso es uno de los aspectos más delicados para tratar que hay, porque con el avance de la Revolución, la nueva moral revolucionaria, muchas cosas que antes constituían una especie de orgullo de la gente, lo ponían como un hecho especialmente remarcable. Hoy constituye un hecho más o menos repudiable. Pero el problema es que el hecho repudiable se sigue cometiendo, lo único que ahora se esconde. Yo he visto toda un espacio de ensañamiento con toda una serie de compañeros que caen en errores de este tipo que a mí me parece que no son sanos.

Evidentemente la moral socialista no puede estar, no puede ser, condescendiente con este tipo de relaciones y tenemos que discutir con los compañeros que tienen estas debilidades, discutir seriamente, porque sus debilidades que constituyen al mismo tiempo indicio que hay fallas en el carácter que pueden conducir a otras debilidades más serías.

Pero el problema es que todavía nadie ha establecido que en las relaciones humanas tenga un hombre que vivir con una mujer todo el tiempo, y quizás sea el hombre el único animal de todas las especies conocidas que tenga en una limitación. Entonces generalmente se cometen toda una serie de transgresiones que ahora la gente lo oculta y antes la hacía ostensible y son cosas que no deben ser de ninguna manera apañadas ni dejadas pasar sin un análisis político de estos problemas. Yo decía que no sabía por qué tanta discusión, porque considero que es un caso lógico que le puede suceder a cualquiera, incluso habría que analizar si la sanción, en mi concepto, si la sanción no es extrema.

Todo esto parte de una mentalidad un poquito feudal que todavía tenemos nosotros. Es el hecho, el hecho de considerar al hombre culpable de una cosa de esas, es un poquito desconsiderar a la mujer como mujer. Evidentemente para que se produzca un hecho, es porque la mujer quiere, si no sería un delito grave, pero sin el consentimiento de la mujer no hay tal cosa. Entonces siempre hay un análisis de tipo desde el hombre, el hombre es el culpable, incluso de toda una serie de cosas que deben ser compartidas. En otros casos se toman toda una serie de medidas drásticas con la secretaria y en definitiva no es ni más ni menos culpable que el funcionario, en muchos casos menos. Nosotros hemos defendido en

no ser extremistas en estas cosas; además hay un poquito de beatería socialista en una serie de manifestaciones de éstas y la verdad verdadera es que si uno pudiera andar metido en la conciencia de todo el mundo habría que ver quién tira la primera piedra en estos asuntos. Entonces varias veces hemos tenido discusiones porque éste es un problema que siempre se habla más aquí y nosotros siempre hemos sido partidarios de no extremar la cosa y sobre todo no hacer de esto una cosa capital y además que no esté en boca de todo el mundo que pueda incluso llegar a destruir hogares que podían no destruirse pues son cosas bastante naturales, bastante normales, y que suceden. Aquí desde el primer momento incluso en la constitución del Partido muchas veces el espíritu autocrítico de los compañeros le llevaban a hacer confesiones de ese tipo.

Cosas que no tenían nada que ver con la actitud de un hombre frente a la Revolución. Y si hemos mantenido dos cosas que no pueden ser de ninguna manera, y que son sancionables desde todo el punto de vista. El dar escándalo y el favorecer de alguna manera a la compañera que está en relaciones con un funcionario. Y hemos tratado de limitar la cosa hasta ahí. Y en los casos que el hecho ocurre en una forma tal que ponen en entredicho la autoridad del director pues quitarlo, trasladarlo.

El socialismo no consiste en ese tipo de moral, es una cosa más profunda y yo creo que ahí hay una interpretación falsa. Y una vez más, repito, que no quiero decir que estoy de acuerdo que suceda esto, no debe suceder. Evidentemente constituye una indisciplina ideológica, una indisciplina mental, pero no es para provocar un escándalo. Y sobre todo me parece muy mal que los mismos compañeros del imputado estén haciendo propaganda sobre eso. Lo he visto varias veces y lo considero malsano. Hay algunos que se dedicaban a hacer inspecciones oculares, se quedaban en la empresa hasta tarde para mirar por un ventanillo para ver lo que hacía fulano o mengano. Cosa completamente reñida con lo que es la moral revolucionaria. Ustedes conocen más o menos el caso del miliciano aquel de la primera época, un caso así, de perversión de la vigilancia revolucionaria. Y a mí me parece que hay que ser comprensivo con esta clase de errores. Muchas veces los mismos errores de los casos que van a Guanahacabibes no traen frente al compañero imputado una reacción de este tipo, a veces

son desde el punto de vista revolucionario, más graves. Sin embargo se trata que los compañeros comprendan su falta, que la superen. Y todo el mundo está de acuerdo y ayuda a todo eso. Ahora, en todos estos casos hay una serie de compañeros que tienen unas interpretaciones de todo esto de un puritanismo que no es marxismo. Marx, por lo menos que uno sepa a través de la historia, era monógamo y lo fue toda su vida y sin embargo no se puso a escribir tanta cosa moral sobre eso, sin tanto problema. Incluso a veces tenía algunas diferencias. Para que sepan que la cosa llega hasta bastante arriba, estos problemas, las debilidades humanas, no para que sirvan de justificación, pero hay las cartas de Engels a Marx, la correspondencia entre Engels y Marx; no sé si ustedes le han leído, había una carta de Engels a Marx en que se queja de que él le avisa de la muerte de su compañera y que Marx en vez de hablar de eso, en vez de decir algunas palabras, le pide que haga un trabajo. El problema es que la mujer de Marx, una gran compañera por todo lo que se sabe, también era una pequeña burguesa, era de una familia noble alemana y Engels vivía con su ama de llaves o con su sirvienta y vivió toda su vida y cuando se murió fue toda una tragedia para él. Y así como en aquella época, también los revolucionarios tenían sus debilidades, tenía relaciones extra-maritales pues nunca se casó. Pues cuando se murió le comunicó muy sentido a Marx la muerte y la mujer de Marx entendió que no debía condolerse oficialmente de la muerte de una persona que no era la mujer del otro, a pesar de la amistad que lo unía. De manera que estos problemas nacen casi con el socialismo, con el socialismo científico y lo que hay que hacer es entenderlo de una vez y darle el tratamiento que debe tener. El hombre por un lado es un animal fisiológico como todos, tiene una fisiología como todos los animales y por otro lado tiene toda una serie de superaciones que le permite atemperar hasta cierta medida los instintos.

Buscar el método exacto no se ha podido encontrar en ningún país. En algunas cosas se caía en los extremos que se llaman hoy stalinistas, quizás producto de la moral de un momento en que era necesario una moral sumamente rígida. La moral que tiene hoy los chinos también y en otros casos se llega a las cosas que hay en Polonia por ejemplo. A mí me parece realmente peligroso para el porvenir de un país socialista.

Y dentro de eso es en muchos países socialistas donde se tratan estos asuntos con una libertad extrema. Ahora, encontrar el punto exacto, ahí si es que yo no puedo decir. A mí realmente me parece que hay que pensar un poco con la cabeza propia y ser lo menos chismoso que se pueda ser cada vez que se trate de un problema de esto y tratarlo políticamente. Cada vez que se crea un hecho de estos las discusiones giran siempre sobre los mismos problemas. Realmente nosotros hemos tratado de definirlos así: que una sanción, digamos, una remoción o traslado cuando el hombre ha perdido la autoridad en un centro de trabajo, debido a esos hechos ha perdido la autoridad, y una sanción de tipo moral de ir e Guanahacabibes o lo que sea si ha cometido, amparando o por debilidades en estas relaciones, ha cometido debilidades o ha cometido ventajas en el trabajo, pero más allá yo creo que no podemos ir por ahora. ¿Vamos a hacer un tratado de «Filosofía de las Relaciones entre el Administrador y la Secretaría»? Es un poco difícil, entonces vamos a dejarlo así. El que no esté de acuerdo que piense y escriba el tratado y lo discutimos después, yo creo que perdemos mucho tiempo en eso. Realmente hay muchas cosas muy importantes; además todo el mundo sabe que eso no se puede hacer. Perdemos mucho tiempo en ese problema cuando tenemos enfrente problemas sumamente serios que no hemos tratado.

Las instituciones revolucionarias

Todo esto entraña, para su éxito total, la necesidad de una serie de mecanismos, las instituciones revolucionarias. En la imagen de las multitudes marchando hacia el futuro, encaja el concepto de institucionalización como el de un conjunto armónico de canales, escalones, represas, aparatos bien aceitados que permitan esa marcha, que permitan la selección natural de los destinados a caminar en la vanguardia y que adjudiquen el premio y el castigo a los que cumplen o atentan contra la sociedad en construcción.

Esta institucionalidad de la Revolución todavía no se ha logrado. Buscamos algo nuevo que permita la perfecta identificación entre el gobierno y la comunidad en conjunto, ajustadas a las condiciones peculiares de la construcción del socialismo y huyendo al máximo de los lugares comunes de la democracia burguesa, trasplantados a la socie-

dad en formación (como las cámaras legislativas, por ejemplo). Se han hecho algunas experiencias dedicadas a crear paulatinamente la institucionalización de la Revolución, pero sin demasiada prisa. El freno mayor que hemos tenido ha sido el miedo a que cualquier aspecto formal nos separe de las masas y del individuo, nos haga perder de vista la última y más importante ambición revolucionaria que es ver al hombre liberado de su enajenación.

El Reino de la libertad

Creemos que se está desperdiciando, en cierta manera, las posibilidades de desarrollo que ofrecen las nuevas relaciones de producción para acentuar la evolución del hombre hacia El Reino de la libertad. Precisamente, puntualizamos en nuestra definición de los argumentos fundamentales del sistema la interrelación existente entre educación y desarrollo de la producción. Se puede abordar la tarsea de la construcción de la nueva conciencia porque estamos frente a nuevas formas de relaciones de producción y, aunque en sentido histórico general la conciencia es producto de las relaciones de producción, deben considerarse las características de la época actual cuya contradicción fundamental (en niveles mundiales) es la existente entre el imperialismo y el socialismo. Las ideas socialistas tocan la conciencia de las gentes del mundo entero, por eso puede adelantarse en desarrollo al estado particular de la fuerzas productivas en un país dado.

Orden de los textos Cartas de la guerra:

1. *Carta del Che a Fidel de agosto de 1957. Es su primera acción como comandante de la segunda guerrilla, y se refiere a la toma del cuartel de Bueycito, el 31 de julio de 1957. El asesinato de Frank País en Santiago de Cuba había desencadenado la huelga de agosto. Obsérvese la importancia que el Che da al M-26-7 y a la lucha en la ciudad.*
2. *Carta del Che a Fidel de 24 de noviembre de 1957. Informa de la creación de una base de operaciones fija en el Hombrito. Este territorio libre fue un salto de calidad que transformó la guerra.*
3. *Carta del Che a Fidel de 15 de diciembre de 1957.*

Informa del pase del Ejército por el Hombrito. La ruptura del Pacto de Miami, firmado en noviembre del 57, por la oposición burguesa con la anuencia del Departamento de Estado norteamericano, fué el primer acto antimperialista de la R. cubana.

4. *Carta del Che a Fidel via Celia Sanchez de junio 19 de 1958.*
5. *Carta de Fidel al Che del mismo día.*
6. *Mensaje del Che a Fidel, por intermedio de Carlos Franqui, de junio 19 de 1958. Este fue un día decisivo en la Sierra Maestra. Si los 14 batallones de Batista hubieran tomado el último reducto rebelde defendido por 280 guerrilleros, la derrota podía ser total o en el mejor de los casos habría que comenzar de nuevo. La resistencia se prolongó diez días. El 29 de junio el Ejército Rebelde derrotó a las tropas de Batista en Santo Domingo, y allí comenzó el principio del fin de la tiranía.*
7. *El Sectarismo. (Final de una conferencia del Che*

Guevara, pronunciada el 18 de mayo de 1962, ante los miembros del Departamento de Seguridad del Estado de La Habana.)

Páginas 460 a 464 de la obra : Che. Ediciones Políticas. Editorial de Ciencias Sociales. Instituto del Libro. Habana, septiembre de 1969.

Edición limitada de la Dirección Política del Ministerio de las Fuerzas Armadas.

8. *La Ley del Valor. (Fragmento final de la grabación de la reunión del 5 de diciembre de 1964 en el Ministerio de Industrias.) Obras Completas del Che Guevara, Ministerio de Industrias, edición restringida.*
9. *La Moral Revolucionaria. (Obras Completas del Che Guevara, Ministerio de Industrias, edición restringida.) Grabación de las palabras del Che en la reunión del 12 de septiembre de 1964.*
- 10 y 11. *Párrafos de grabación de la misma reunión. (Che Guevara, Obras Completas, Ministerio de Industrias, edición restringida.)*

Teodoro Petkoff

La división del Partido Comunista de Venezuela*

La reciente división del partido comunista de Venezuela (P.C.V.) presenta características cuyo conocimiento puede resultar del mayor interés para los revolucionarios del continente. Por lo general, nada de lo que ocurre dentro de un partido comunista deja de tener importancia; por muy maltrecho, débil o mediocre que aquel sea, el reflejo de la luz de un vasto movimiento planetario siempre le presta un brillo particular y da una resonancia muy especial a los acontecimientos de su vida interna.

En el caso del P.C.V., el mero hecho de que en su división, la disidencia que hoy constituye un movimiento comunista diferente — cabalgando sobre la época y profundamente humanista —, provenga del enfrentamiento con un agrupamiento prosoviético, sin haber buscado, ni antes ni hoy, ninguna filiación en las posturas chinas o cubanas, es ya de por sí algo que debe llamar la atención. Porque la crisis y el desenlace de ella no acusan, por parte nuestra, el recurso al andamiaje teórico y político de cualquiera de las grandes estrellas polares del movimiento comunista. De este modo escapamos al sello supranacional que tantas crisis y rupturas han evidenciado y desarrollamos — quizás con mayor fuerza que anteriores disidencias latinoamericanas — un punto elevadísimo en el proceso continental — del cual formamos parte — hacia una teoría revolucionaria que corresponda a nuestras particulares exigencias de tiempo y espacio.

« Una vía venezolana hacia el socialismo » es casi la divisa de nuestro movimiento y ciertamente que ella no corresponde a una frase hecha o a una definición apriorística. En realidad, deriva, como colorario, de un prolongado curso que nos ha permitido descubrir en nosotros mismos, en nuestro propio pueblo, las posibilidades de una revolución socialista. Fue tan serio nuestro intento de conquista del poder mediante la lucha armada y ha sido tan seria la discusión para tratar de encontrar la causa del fracaso experimentado, que de bien poca utilidad resultaban las explicaciones *ad usum*, basadas en tales o cuales textos de los grandes teóricos revolucionarios. La discusión, en suma, hundió sus raíces tan profundamente en la

especificidad nacional que la proclamación de una vía venezolana hacia el socialismo, más que ser una consigna abstracta expresa la voluntad de aprovechar los logros teóricos de aquella en relación con las motivaciones nacionales de nuestra lucha y con las características y cualidades que, en consecuencia, debe poseer una organización revolucionaria inmersa en tal realidad.

En las páginas que siguen se encontrará una severa denuncia del stalinismo y ello nos obliga a una advertencia necesaria. En efecto, ¿ cómo fue posible que dentro de un partido stalinista haya podido tener lugar un debate de más de dos años, público y a todos los niveles de la organización, cuando que ello sería la negación misma del stalinismo? La pregunta es perfectamente pertinente.

El P.C.V. siempre fue un partido « raro », con ciertos rasgos que lo distinguían de sus congéneres latinoamericanos. Que haya tomado las armas, en una época reciente, y que luego haya tenido el coraje de abrir una discusión pública que no tiene precedentes en ningún partido comunista del mundo, post-Lenin, son, ciertamente, características bien singulares. Y es que, a pesar de todo, el P.C.V. ha sido un partido *nacional*, muy metido dentro de la trama de la nación. Quizás porque nació en momentos en que la III Internacional daba ya sus boqueadas finales, quizás porque con excepción de los dos hermanos Machado, Gustavo y Eduardo, ninguno de sus dirigentes definitivos — excluyendo algunos diletantes que hacia la década de los 30 se vincularon a las primeras y efímeras organizaciones comunistas — tuvo algún género de experiencia internacional hasta bien crecido ya el partido, quizás debido a factores personales, lo cierto es que dentro del P.C.V. aquellos rasgos de intolerancia y rigidez que son tan propios del stalinismo estuvieron siempre muy atenuados.

De otro lado, ese ambiente interno, relativamente ajeno al autocratismo y a la regimentación, facilitó la aparición y desarrollo de corrientes de pensamiento fresco y anti-dogmático, que nunca fueron reprimidas y que encontraron expresión aún en la dirección del partido. La suma de todos estos factores mantenía un amplio clima de libertad interna, que encontró natural la decisión de realizar una discusión pública. Esa atmósfera de libertad fue enriqueciéndose a medida que avanzaba el debate; el stalinismo comenzó a sacar la cara cuando descubrió una oposición que iba mucho

(*) Este trabajo sería bastante más imperfecto e incompleto sin la contribución de los camaradas Freddy Muñoz y Luis Bayardo Sardi.

más allá de las críticas convencionales. Al final, la unidad del partido no pudo ser preservada porque, una vez jugadas todas las cartas, la vieja guardia, en minoría, no se resignó a acatar una nueva mayoría y fue entonces cuando hizo erupción, tan brutal como una ofensiva de tanques, todo el stalinismo contenido y que durante años había sido matizado por las modalidades nacionales del P.C.V.

I. Balance de una época terrible

Cuando se iniciaron los debates internos en el P.C.V., con vistas a su IV Congreso, un gran tema los presidía: el balance de esa época terrible que los comunistas venezolanos vivieron entre 1959 y 1969, y que conmovió de pies a cabeza a todos los militantes y les hizo confrontar con la realidad, como nunca antes, su propia definición de comunistas, tanto en la obligante esfera moral como, sobre todo, en la formación que de una manera u otra habían recibido. Por eso el análisis de lo que entre nosotros se ha llamado, no sin cierta petulancia, el periodo de la guerra, tocaba el corazón de nuestra historia partidista y ayudaba a revelar sus coordenadas esenciales. La conciencia sobre los repetidos fracasos en momentos estelares, llevó a preguntarse por sus causas y desde allí — después de un periodo tan definitorio — se pasó como hecho colectivo, históricamente justificado, a resistir lo que habíamos venido siendo. El P.C.V. ya no podía continuar como antes. La exigencia de una sustancial renovación se fue diseñando entonces entre los comunistas. El fondo de toda la cuestión, y lo que verdaderamente importaba, era explicar por qué el movimiento revolucionario venezolano, del cual los comunistas fueron en buena medida el soporte principal durante casi todo ese tiempo, terminó por ser derrotado al cabo de una lucha que se había iniciado bajo los mejores auspicios.

La otra discusión, aquella entre los partidarios de haber empuñado las armas y quienes nunca dejaron de considerar esa decisión como un puro disparate, una aventura, tenía un interés relativamente menor puesto que para la inmensa mayoría de la militancia del partido y de la juventud comunista ya ese era un asunto zanjado: había sido justo lanzarse a la lucha armada y cualquier polémica a ese respecto no era sino mero bizantinismo.

Efectivamente, la determinación de responder con las armas a la agresión de Betancourt, y la ulterior transformación de esa auto-defensa en una concepción positiva de la lucha armada como medio para la conquista del poder político, estuvieron enmarcadas dentro de un contexto económico, social y político que autorizaba la decisión tomada así como una visión triunfal del desenlace.

La lucha no comenzó como acción exclusivamente voluntarista de alguna vanguardia revolucionaria sino que se engarzó, viva y concretamente, dentro del complejo y fluido proceso político que siguió al derrocamiento de la dictadura militar de Pérez Jiménez en 1958. En el país se vivió un estado de notable efervescencia popular, sobre todo en la población de las grandes ciudades, en particular en Caracas (un quinto de la población total del país), y en menor grado, pero con rasgos significativos, en el campo. El auge de masas que precedió y siguió a las jornadas insurreccionales que liquidaron la dictadura, se mantuvo e incluso se incrementó después del ascenso al poder de Rómulo Betancourt, en 1959. El sentimiento de frustración que ganó a las masas pobres a medida que se fue haciendo evidente que con la caída de Pérez Jiménez las cosas habían cambiado precisamente para que nada cambiara, contribuyó en no poca medida a alimentar la tensión social de la época. Y por si fuera poco, el poderoso aliento de la revolución cubana — tan cara y tan cercana a nosotros (no por acaso Fidel visitó Venezuela dos semanas después de su entrada victoriosa a La Habana) — literalmente inflamó el espíritu combatiente de la gente sencilla.

La victoria de Acción Democrática y de su candidato, Betancourt, abrió una muy peculiar coyuntura política en el país. Este hombre, frente al cual en Venezuela no existen medias tintas: se le ama y se le odia con igual pasión, delineó una estrategia para mantenerse en el poder cuya clave era el anti-comunismo. Derrocado su partido en 1948, tras una campaña en la cual la derecha ultramontana había logrado presentar como « comunistas » algunas timidas reformas que A.D. promovió en su primer gobierno, Betancourt retornó al solio presidencial convencido de que para sostenerse en el poder sólo tenía dos caminos: enfrentar a la derecha mediante la revolución o aliarse con ella. Escogió lo segundo y para ello dió como prenda su condición de gran campeón del anti-comunismo. Un anti-comunismo violento, pugnaz y agresivo, cuya lógica interna lo llevó de

la represión al partido comunista a la violencia sobre cualquier expresión de combate popular. En condiciones de auge de masas, la agresión gubernamental actúa como gasolina sobre el fuego, avivándolo, enardecándolo.

El calor de las luchas populares de toda clase — obreros, desempleados, estudiantes, campesinos tomando tierras — disolvió la coalición gubernamental tripartita que apoyaba a Betancourt. Unión Republicana Democrática (U.R.D.), partido liberal-burgués, para la época con una fuerte ala izquierda en su seno, abandonó el gobierno en 1960 y pasó a ejercer una oposición combativa, que dió una amplitud excepcional al frente anti-betancourista que ya cuajaba. U.D.R. había sido la primera fuerza electoral, en diciembre de 1958, en las áreas urbanas del centro del país, sobre todo en Caracas, y el P.C.V. la segunda en esta misma ciudad, captando entre ambos el sentimiento de las masas marginales y más pobres. En estas condiciones, afirmada en los sentimientos de rebeldía que fuera del marco electoral se hicieron aún más visibles y combativos, la lucha armada encontró un apoyo de masas — expreso o de benévola tolerancia — verdaderamente excepcional. Ese sostén popular a una forma de lucha tan especial se explicaba por la acción de varios factores: por una parte, el país carecía de tradición institucional y no había sufrido los efectos, en cierta forma aletargantes, de una larga vida democrática; por otra parte, la caída de Pérez Jiménez había producido una explosión desbordante, poco proclive a dejarse encerrar en los moldes de la democracia representativa y menos estando tan fresca la lección de Cuba.

Pero la salida de U.R.D. del gobierno no fue el único incidente político que cambió la correlación de fuerzas a favor de la rebelión. Ya antes, el propio partido de gobierno, A.D., había conocido su primera fractura, cuando en abril de 1960, nació el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (M.I.R.), una disidencia que arrastró a toda la juventud del partido (la primera fuerza estudiantil de aquellos años) y a una gran porción de cuadros medios y de base, amén de no pocos sindicalistas. A finales de 1961, A.D. experimentó otro desgarramiento, con la aparición de una segunda disidencia, que hasta las elecciones de 1963 se conoció como A.D.-Oposición. Ambas escisiones fueron efecto de la tremenda tensión interna que vivía un partido como A.D., confrontando continuamente su pasado y su programa de avan-

zada con la práctica de un Betancourt que gobernaba a contrapelo del partido y de una movilización popular que habría podido ser un sólido cimiento para cualquier acción transformadora desde el poder. Y como es natural, los dos agrupamientos ex-adecos entraron en caudaloso torrente anti-betancourista, uno en plan insurreccional, el otro como activo opositor.

Pero no solamente el aparato político del gobierno se resquebrajó, sino que su estructura militar también mostró fisuras. A mediados de 1962, en mayo y junio, con un mes de diferencia, y tras diversas intenciones e incidencias de signo progresista particularmente significativas, y que objetivamente colocaban el empeño popular insurgente en condiciones de utilizar una fuerza militar considerable, superior a la hasta entonces producida en América Latina, se produjeron dos insurrecciones militares, en las bases navales de Carúpano y Puerto Cabello, que hicieron entrar en escena movimientos militares de izquierda. Después de aquellas insurrecciones (la segunda de las cuales costó alrededor de 500 víctimas), la intranquilidad en el seno de Las Fuerzas Armadas continuó siendo muy grande y se produjeron nuevos agrupamientos conspirativos de contenido nacionalista y avanzado.

Así, pues, para comienzos de 1963 se había desplegado en el país un vasto frente anti-betancourista, civil y militar, de cuyos integrantes unos realizaron, otros apoyaron y otros, finalmente, utilizaron de manera instrumental la lucha armada, pero, en todo caso, le dieron, entre todos, un sostén político y de masas realmente importante.

Last but not least, hay que señalar la influencia de la depresión económica que vivió el país a comienzos de la década anterior. Una fuerte tasa de desempleo, una devaluación monetaria que liberó los resortes inflacionarios, un descenso brusco de la inversión capitalista y la paralización de la hipertrófica industria de la construcción, con sus efectos depresivos sobre todas las industrias conexas, el chantaje petrolero; la crisis económica, en resumen, constituyó un prominente factor objetivo sobre el cual se apoyó la convulsión social y política de la época.

En estas condiciones, la lucha por un poder revolucionario, a partir del enfrentamiento que planteó Betancourt con una línea de conducta de gran violencia represiva, no puede ser considerada, en modo alguno, como disparatada. Vistas las cosas

con la perspectiva que ya nos dan los diez años transcurridos, es legítimo concluir en que, por lo que respecta a la decisión política de haber iniciado la lucha armada, ésta no fue equivocada. La victoria no era imposible.

II. ¿Por qué fuimos derrotados?

¿Por qué, entonces, un movimiento desarrollado dentro de semejante marco referencial pudo ser derrotado?

Una primera aproximación a la respuesta es la relativamente convencional: descartando ese factor objetivo que es la propia fuerza del enemigo — en fin de cuentas toda pelea es a dos y aún si no se cometiera ningún error siempre existe una posibilidad matemática de que el contrario venza —, y que en este caso ya sabemos cuan colosal es, hay que apuntar que la dirección del movimiento cometió una suma de errores mucho mayor que la que cualquier «margen de seguridad» tolera.

El momento crucial del periodo podría establecerse a comienzos de 1963, cuando la campaña electoral había pasado a dominar la vida política del país, tras importantes obstáculos políticos. U.R.D., que había venido actuando de forma muy peculiar en los acontecimientos insurreccionales, pues caminaba con un pie en la legalidad y otro en la isurrección, decidió concurrir a las elecciones. La lucha armada era un elemento importante en la escena política nacional, pero, por supuesto, no la dominaba y ya a mediados de 1963, la campaña electoral había logrado atrapar el interés de la mayor parte de las masas populares. En ese momento el frente anti-betancourista virtualmente se escindió, y no precisamente por la determinación electoral de U.R.D. sino porque la dirección del movimiento revolucionario no percibió los alcances que habría tenido una eventual decisión suya de apoyar la candidatura presidencial de U.R.D., como parte de una línea de conducta destinada a compensar la inversión que ya experimentaba la coyuntura. Había que dar «un paso atrás» en la implementación de la línea insurgente y la participación en el proceso electoral, a través del apoyo a U.R.D., habría tenido ese sentido.

Si el frente anti-betancourista se hubiera mantenido también en el terreno electoral — lo cual exigía de la dirección revolucionaria una compren-

sión cabal de la complejidad del proceso político que vivíamos y una estimación justa de la combinación de las distintas formas de lucha — se habría podido asegurar, por lo menos, el mantenimiento del bloque de fuerzas anti-betancourista más allá del evento electoral, lo cual era esencial para garantizar que la insurgencia armada no sería aislada. En todo caso, la participación electoral de la izquierda armada, alrededor de la fórmula que contribuía menos al reforzamiento del status, que dividía menos el bloque de oposición popular, era la línea de conducta apropiada para un movimiento que ya buscaba un «segundo aire», que ya había recibido golpes decisivos (Carúpano, Puerto Cabello) y que no podía, a corto plazo, rehacer una correlación que ya se dibujaba como desfavorable.

Aunque pudiera parecer un ejercicio de especulación, lo cierto es que, en el mejor de los casos, una victoria electoral de ese agrupamiento en torno a U.R.D. — en el cual la izquierda revolucionaria habría contado con un peso específico tal que podía si no hegemonizar al menos neutralizar a los sectores más moderados —, y su nada improbable desconocimiento por el sistema abría posibilidades insurreccionales que podían transformar en verdadera guerra del pueblo lo que hasta ese momento constituía un heroico componente insurreccional que, sin embargo, no llegaba a justificar la pretenciosa denominación de «guerra» usada por nosotros. Un triunfo electoral y su desconocimiento eventual daban a la lucha armada ese «segundo aire», esa modificación cualitativa de su amplitud y su profundidad que habrían podido hacer de ella el factor determinante y decisivo de la escena política del país. Por supuesto, es ocioso especular acerca de todo el mundo de posibilidades que se podía presentar si el triunfo electoral de U.R.D. hubiera sido reconocido.

En el peor de los casos, una derrota electoral, que con el apoyo de la izquierda habría sido por un margen muy estrecho, podía conservar para U.R.D. el rol de primera fuerza de la oposición y su mantenimiento en ese campo. Por el contrario, el melancólico resultado electoral de U.R.D., precipitó un brusco cambio en su orientación. Sus sectores más moderados lograron expulsar a la izquierda del partido e impusieron la entrada al gobierno Leoni. Con este episodio el cambio negativo en el cuadro político experimentó una elocuente comprobación. A partir de él el aisla-

miento de la insurgencia armada se precipitó. La correlación política de fuerzas se hizo perceptiblemente desfavorable para ella y el gobierno de A.D. logró ensanchar su base, al mismo tiempo que se estrechaba la del movimiento revolucionario. Por otra parte, un factor de no menor importancia comenzó a actuar sin que lo percibiéramos: el auge de masas — condición sin la cual ningún proceso revolucionario puede marchar — entró en su fase depresiva y la combatividad popular disminuyó progresivamente, dejando poco a poco sin apoyo de masas a la acción armada.

La falta de sentido de la realidad, la incompreensión de la dinámica de los procesos políticos, el peso tremendo de la subjetividad y el voluntarismo revolucionarios, contribuyeron a que privara una línea unívoca, inflexible, que no podía aprovechar la riqueza de una situación compleja, en la cual se movían contemporáneamente otros factores además del atinente a la lucha armada. Y es que no se entendió básicamente la realidad de un país donde la lucha armada tenía lugar dentro de los marcos de un régimen formalmente democrático, en el cual los canales tradicionales para la expresión de la protesta popular no estaban totalmente cegados. La existencia de mecanismos políticos, sindicales o de medios de comunicación social operando dentro de los marcos de la democracia representativa actuaba un poco a modo de válvula de seguridad del sistema, permitiendo que la presión popular encontrara otras vías, además de la armada, para expresarse, incluso cuestionando, con mayor o menor fuerza, según las alternativas políticas del periodo, el propio uso de la violencia revolucionaria. Ello obligaba a una tenaz batalla por la conciencia y la voluntad de las masas, en la cual, la lucha armada, por nutrirse de la lucha política, debe seguir el ritmo y las condiciones que esta le imponga, hasta que llega a ser el principal motor político. No era el caso de una dictadura militar gorila o de una clásica colonia, donde el surgimiento y uso de la lucha armada pueden encontrar desde el inicio mayores fundamentos políticos y mayores posibilidades de ser comprendi-

(1) No menos elocuente fue el fracaso de la línea abstencionista decretada por el movimiento revolucionario.

dos, pues por lo general, cualquier otro camino está cerrado por el sistema, de tal manera que la lucha armada aparece como una exigencia objetiva de la realidad.

En nuestras condiciones era preciso asumir las circunstancias que describimos. Comprender que la lucha revolucionaria era mucho más compleja, y que si se había iniciado un proceso armado, éste, mientras no fuera un elemento dominante y absorbente en la vida del país, debía tomar en consideración todas las otras formas de lucha y combinarse con ellas. Correspondía a la dirección establecer, en cada momento, cuál forma de pelea era preciso acentuar, cuál su ritmo y su tensión. De ese modo, era fácil entender la importancia del proceso eleccionario, no desde el punto de vista electoral, precisamente, sino desde el que interesaba a la dirección de un movimiento armado: desde el ángulo de sus potencialidades insurreccionales.

La pérdida del sentido de la realidad y el voluntarismo que le es correlativo se acentúan después de los comicios de diciembre de 1963, cuando las modificaciones en el cuadro político (nueva victoria de A.D., descenso lento pero perceptible y marcado del auge revolucionario de masas, salida del partido social-cristiano del gobierno y tímida apertura hacia el centro-izquierda moderada del gobierno Leoni al conformar la coalición con U.R.D. y otro partido de oposición, este de centro-derecha; ostensible sustracción de otras fuerzas menores a la periferia de la insurgencia — F.D.P., A.D. — Oposición, cuya beligerante oposición había alimentado el frente anti-betancourista; reducción del campo revolucionario a su izquierda — M.I.R. y P.C.V.), no fueron apreciadas por nosotros y la política del movimiento revolucionario alcanzó un grado de exasperado sectarismo — parecíamos ganados por la fórmula de «mientras más solos, mejor».

Fue sólo en 1965 cuando en el seno del P.C.V. comenzó el retorno a tierra y se inició una discusión que debía conducir a un reexamen táctico de gran importancia, concretado en abril de 1967 en el llamado «repliegue», cuando el P.C.V. admitió la derrota y propuso un viraje táctico, en el sentido de suspender la lucha armada, ya agotada en sí misma para aquel momento como medio viable de la estrategia revolucionaria, para trasladar el centro de gravedad de nuestra acción al terreno no armado, con vistas a permitir una recuperación posterior del movimiento y su rein-

serción dentro de un contexto político que prestara una motivación coyuntural real a la lucha revolucionaria. Fueron estos los años de la gran polémica con los camaradas cubanos y los del surgimiento del movimiento dirigido por Douglas Bravo, desprendido del P.C.V. Ya a esta distancia es posible emitir un juicio sobre nuestra decisión. No nos cabe ninguna duda de que ella fue absolutamente correcta e inobjetable. Esta posibilidad de revitalización de la izquierda que encarna hoy el M.A.S. sólo era posible pagando el precio de aquella inteligente jugada táctica. Nuestro objetivo fundamental, con ella, era el de desbloquear la izquierda. Y lo logramos. Cualquier observador de la política venezolana podría decir cual ha sido el resultado de la táctica que se opuso a la propuesta por nosotros en el P.C.V.

Hemos señalado lo que a nuestro juicio marca el punto donde la dirección revolucionaria perdió la brújula. Se produjeron, sin embargo muchos otros yerros, que en el fondo expresaban una misma realidad de debilidad teórica, de desconocimiento de la realidad y, por lo mismo, de asimilación acrítica de experiencias foráneas. Uno de ellos fue la sectarización del movimiento, al violentar la relación entre su contenido de liberación nacional y la expresión anti-betancourista que aquel asumía, fijando en forma caprichosa y prematura objetivos radicales que superaban el interés del bloque de fuerzas enfrentado a Betancourt. En el enfrentamiento a Leoni, su sucesor, estos errores se hicieron más dramáticos, máxime si recordamos que nos tocó combatir entonces a fuerzas que venían de pisar el mismo terreno que nosotros aún pisábamos.

La dispersión de esfuerzos militares, al valorar exageradamente la importancia del campo en la lucha revolucionaria venezolana y crear decenas de focos guerrilleros que no tenían justificación — el trabajo y los recursos de todo tipo invertidos allí, de haber sido aplicados a la lucha urbana habrían potenciado enormemente las posibilidades militares de un movimiento revolucionario que en Venezuela no puede dejar de tener por escenario principal las áreas urbanas. A este respecto la copia de la experiencia cubana y la intoxicación que nos produjo la lectura dogmática de la obra militar de Mao, escrita para una guerra campesina, es la única explicación que se puede dar para una tan notable confusión en cuanto al terreno principal de la lucha en Venezuela.

Sin embargo, repetimos, todo esto — que es un

típico fruto de esa opacidad teórica de la dirección del movimiento — es la explicación que puede proporcionar un primer análisis, aquel que no va más allá de la valoración política obvia de lo acontecido. ¿Por qué, sin embargo, aquella pobreza teórica, aquel distanciamiento de la realidad, aquella petrificación de la táctica? Había pues, que ir más hondo.

III) Vanguardismo y Stalinismo

El partido comunista de Venezuela ha sido sujeto de la acción de dos corrientes fundamentales del campo revolucionario. La más reciente es aquella que se volcó sobre el continente a partir de la instauración del régimen revolucionario cubano. La otra es la que en gracia a la brevedad podemos designar con el nombre de stalinismo: toda esa concepción sobre el partido y la revolución que se conformó durante el liderazgo de Stalin sobre la III Internacional Comunista — y que aún sobrevive, aunque en lenta, lentísima, pero inexorable descomposición. Ambas corrientes se entremezclaron, rechazándose primero, interpenetrándose después, hasta moldear ese singular producto histórico que fue el partido comunista de Venezuela entre los años 1959 y 1970.

La revolución cubana actuó en un doble sentido sobre nosotros. Por un lado — y ello constituye su indiscutible importancia histórica — nos hizo descubrir el sentido de la revolución. Operando a manera de poderoso revulsivo, rompió la costra de reformismo y conformismo que nos envolvía y nos ayudó a recuperar el significado profundo de la misión revolucionaria. Aquella consigna que de Cuba se difundió por toda América, « el deber de todo revolucionario es hacer la revolución », que por evidente parecía una tautología, no lo era si se comprende que durante varias décadas el movimiento comunista latinoamericano había luchado en tal forma que la revolución no parecía estar entre las variables que manejaba.

Pero, de otro lado, al calor de la revolución cubana se influyó grandemente en la conformación de un pensamiento vanguardista, cuya expresión más extrema vino a ser el libro de Régis Debray, donde se teorizó la revolución a partir de las virtudes taumatúrgicas de un puñado de guerrilleros, capaz de crear, gracias a su sola acción, al margen de toda circunstancia política y social concreta, las

propias condiciones objetivas para el desencadenamiento del proceso revolucionario. Según esta concepción, la revolución, en cuanto problema político práctico, siempre está madura, y la lucha armada siempre tiene ante sí condiciones favorables, por lo cual la cuestión se reduce a encontrar un núcleo avanzado que se decida a iniciar la acción revolucionaria armada. La política llega, aquí, a un altísimo grado de simpleza.

Las concepciones vanguardistas del movimiento revolucionario, aquellas que hacen descansar todo sobre la acción de vanguardias heroicas, provienen de una confusión de perspectivas bastante frecuente después de cada revolución triunfante. Se trata de esa disolución de fronteras entre la *tendencia histórica* y la *coyuntura política concreta*, que lleva a no diferenciar la táctica de la estrategia. La comprobación de una determinada tendencia en el curso de la historia proporciona las bases para el establecimiento de una cierta estrategia revolucionaria, pero la pura tendencia histórica mal puede dar pie para la toma de decisiones tácticas, cuyo trazado es inseparable de la coyuntura concreta que se vive. Formulaciones gandillocuentes sobre la « era de las revoluciones » pueden resultar de bien poca ayuda en la situación concreta de algún país donde el signo sea, por ejemplos, la depresión del movimiento popular y la consolidación de algún régimen reaccionario.

Pero ocurre que cada revolución victoriosa, al confirmar la validez universal de la tendencia, en no pocas oportunidades ha conducido a sobrevalorar las posibilidades objetivas de tal tránsito revolucionario en otros países, con el resultado de que una vez desencadenado el movimiento, este viene a ser tan sólo la acción de un grupo relativamente reducido, al cual las masas miran con indiferencia, cuando no con rechazo. La historia reciente de América Latina está llena de ejemplos sobre el caso.

Nuestra experiencia, la venezolana, ha demostrado sobradamente que la acción revolucionaria eficaz es inseparable de un mínimo de condiciones contextuales. La exitosa actividad armada del período 60-63 depende de la peculiar coyuntura política, económica y social que hemos descrito más arriba. Así mismo, el aislamiento progresivo del movimiento revolucionario armado, la acentuación de su fase depresiva, corresponden a la modificación coyuntural que siguió, ya marcadamente a las elecciones de 1963.

Hasta ese año, el vanguardismo de que estaban

empapados nuestro pensamiento y nuestra acción no se habían evidenciado abiertamente porque en la práctica la acción revolucionaria estaba engarzada, de hecho, dentro de un proceso de masas que la justificaba, la apoyaba y la motivaba. Pero a partir de comienzos de 1964 — gobierno Leoni —, brotó con fuerza entre nosotros todo el vanguardismo que ya se había manifestado precedentemente, cuyos efectos, sin embargo, eran fuertemente atenuados por la fuerza que el movimiento tuvo en sus inicios, y que se había alimentado abundantemente tanto del éxito — a veces real, a veces aparente — de nuestras espectaculares acciones de *commando*, así como de la copiosa literatura que mitificaba la experiencia cubana del « Granma » y de los 12 sobrevivientes de la Sierra Maestra. Y conjuntamente con el vanguardismo saltó a la superficie aquel sorprendente desconocimiento de la realidad a que ya hemos hecho referencia.

Una vez producida la inversión de la coyuntura, cuando el balance de fuerzas comenzó a tornarse desfavorable para el movimiento revolucionario, hicimos llegar al clima la concepción del « foquismo ». Y mientras más evidente era nuestro aislamiento y el cese progresivo del auge revolucionario, tanto más se exaltaban entre nosotros las casi mágicas facultades de los pequeños grupos de acción... operando cada vez más en el vacío.

La superación crítica del vanguardismo y del « foquismo » se inicia, como ya hemos apuntado anteriormente, a partir de 1966 y se concreta en abril de 1967 cuando el P.C.V. decidió replegarse en el terreno militar. Hoy está perfectamente claro para nosotros — claro como interiorización y no como repetición de un truismo — que un nuevo asalto revolucionario — cualquiera sea la forma que revista — sólo podrá ser exitoso si tiene lugar a partir del macizo pedestal de la participación conciente de las masas populares. No debemos olvidar que nuestra modalidad revolucionaria está alejada de la estrategia de guerra prolongada, como comúnmente se la entiende, y que debido a la circunstancia de encontrar los escenarios principales en las grandes ciudades, la participación conciente de las masas, no sólo la simpatía ni la benevolencia al juzgarnos, aparece como una condición insustituible.

Sin embargo, la discusión crítica sobre el vanguardismo bien podía ser común a los dos sectores que en definitiva se dibujaron dentro del P.C.V. posteriormente, puesto que ella no hacía otra cosa

que retornar a ciertas verdades tradicionales condiciones objetivas, participación de las masas, etc.), que durante toda la década pasada fueron esgrimidas por más de un partido comunista latinoamericano como respuesta al voluntarismo de algunos grupos revolucionarios. Sólo que, en esos casos, o en la mayor parte de ellos, esa respuesta fue casi siempre una coartada; la elusión, mediante la repetición de las verdades abstractas, del dilema esencial planteado por el fidelismo: revolución o reformismo. Se volvía sobre el tópico de las « condiciones objetivas », sobre la temática del « realismo político », sobre el ritornello de la « lucha de masas », para justificar la pasividad, para explicar el reformismo, para abogar por largas décadas de estéril heroísmo paciente, cuyo mérito consiste muchas veces tan sólo en no haberse dejado destruir.

De igual modo, el vanguardismo y el « foquismo » fueron, y de manera muy marcada, la réplica a toda la distorsión teórica y práctica que convierte las formulaciones generales — y de innegable valor — sobre « condiciones objetivas », « lucha de masas », « realismo político », etc., en una charlatanería pseudo-marxista. De modo, pues, que toda la discusión sobre el « foquismo » podía resultar parcial y engañosa si ella no profundizaba más aún, en busca de las raíces de esa singular concepción que abrasó a las corajudas vanguardias revolucionarias del continente durante los años sesenta. Y ya en este terreno la discusión condujo a divergencias insalvables, porque la exploración en profundidad debía poner en cuestión algunos valores que hasta ese momento lucían como consagrados.

Es evidente que el vanguardismo intentó llenar un vacío en la izquierda. En el camino de crear una teoría y una práctica revolucionaria correctas, la primera respuesta, la de la inmadurez, al oportunismo de derecha, al reformismo, viene a ser la del ultra-izquierdismo, la del vanguardismo, la de la reacción exasperada ante los cuarenta años de una política comunista que, de pronto descubrimos, no conducía a ninguna parte. Ultra-izquierdismo que no pocas veces lleva su rechazo hasta los extremos del absurdo, negando cualquier razonamiento positivo, por poco que él encuentre parentesco con el de Lenin, al cual preferentemente sólo se conoce en la versión desnaturalizada y emascularada que de él da el stalinismo.

Pues bien, si es cierto, como Lenin lo apuntó en una ocasión, que el ultraizquierdismo no es sino

la expiación de los pecados oportunistas de derecha, entonces, ¿de dónde proviene ese oportunismo de derecha, que tan hondo vacío ha creado en la izquierda latinoamericana, y en particular en nuestro país?

Los venezolanos poseemos un episodio contemporáneo cuyo conocimiento es fundamental para esta discusión. Se trata del período que siguió del derrocamiento de la dictadura militar de Pérez Jiménez, en enero de 1958. La caída del dictador se produjo mediante la intervención militar, después que un movimiento insurreccional de masas había creado una crisis política de tal magnitud que el golpe militar venía a ser la carta del sistema para preservar sus intereses. Sin embargo, una vez caído Pérez Jiménez, la movilización y la combatividad popular alcanzaron un formidable auge nacional urbano y campesino. Por otra parte, las fuerzas populares habían creado una forma de poder (la Junta Patriótica), que hasta su desnaturalización definitiva, expresaba el poder de la calle. Más aún, en el seno de las Fuerzas Armadas, brotó un agrupamiento alrededor del coronel Hugo Trejo, marcadamente nacionalista y avanzado, y que buscó una confluencia con las fuerzas populares civiles... sin encontrar casi eco.

Por el otro lado, el gobierno estaba en manos de la oligarquía capitalista, en un grado de representación física de ella en las instituciones del Estado como en ningún otro momento de nuestra historia. Los principales oligarcas del país eran miembros de la Junta de Gobierno y ministros. El país era, ciertamente, el más libre del mundo y vivió varios meses prácticamente sin fuerza policial organizada. Es cierto que las Fuerzas Armadas estaban intactas pero con una fuerte disidencia de izquierda en su seno y con sus gorilas a la defensiva, si no a la desbandada, después de desplomado su sostén fundamental, la propia dictadura. El respeto por las libertades democráticas fue casi total. Sin embargo, nadie veía en ello un resultado de la colosal movilización popular y se le imputaba más bien al « espíritu democrático » del gobierno. Esta descripción tal vez pueda parecer esquemática

(1) Algo semejante intentaron las clases dominantes en Cuba, al caer Batista. La pretensión de constituir un gobierno provisional con el general Cantillo, que escamoteara la gran epopeya combatiente, fue frustrado por el espíritu revolucionario de Fidel Castro, quien se negó a aceptar semejante fórmula.

y excesivamente simplificada. Empero, cabe decir que difícilmente podría encontrarse un ejemplo más cabal de una situación revolucionaria de « manual », de « librito », donde todo era evidente, donde los pasos de una política revolucionaria estaban marcados tan claramente que sorprende el que una dirección revolucionaria hubiera podido errar el tiro en condiciones donde todo parecía tan obvio. La situación, en verdad, era bien semejante al período de febrero a octubre del 17 en Rusia.

Y, sin embargo, la dirección del partido comunista de Venezuela — que era una fuerza importante, no marginal —, se equivocó. Puso en práctica una política absolutamente contraria a los intereses revolucionarios.

Comenzando por algo básico, la caracterización del gobierno. Aquel gobierno compuesto por los equivalentes venezolanos de los Rockefeller, los Morgan, los Vanderbilt, los Mellon, etc., fue definido por el P.C.V. en abril de 1958, como de « difícil ubicación clasista »; se exaltaron sus virtudes democráticas y se finalizó este análisis « marxista » señalando que la presidencia de la Junta de Gobierno era ejercida por un hombre simpático y de sensibilidad popular (el contralmirante W. Larrazabal).

Frente al auge popular, la recomendación de celebración de elecciones cuanto antes, coincidiendo plenamente con la burguesía, que, exigía lo mismo, conciente como estaba de que era preciso terminar rápidamente con la inestabilidad propia de toda provisionalidad. La Junta Patriótica fue penetrada y castrada por la burguesía, hasta que pereció de pura inanición y ridículo, sin que el P.C.V. lograra calar las intenciones de aquella maniobra envolvente que liquidó esa forma embrionaria de poder popular. Con respecto a las masas obreras, el P.C.V. participó como artífice principalísimo (era la segunda fuerza obrera del país y la primera del área metropolitana) en el logro de un acuerdo llamado de « avenimiento obrero-patronal », por el cual toda huelga o reivindicación obrera debía ser subordinada al presunto interés « nacional » (la lucha contra el « golpismo »).

Ante el fenómeno « trejista » en las Fuerzas Armadas, un incómodo silencio y la prevención ante las « provocaciones » que dieran pretexto al « golpismo ».

El conjunto, el P.C.V. apareció como promotor

conspicuo de abstracciones tan poco revolucionarias como la « unidad nacional », la « paz laboral », la « constitucionalidad », la « prudencia », y la « sensatez ».

¿Fue este un error « casual »? ¿Una pérdida momentánea de la orientación? ¿Era tan compleja la situación cómo para que encontrar el camino revolucionario fuera tan difícil?

No es posible admitirlo porque más atrás aún en el tiempo, hacia la época de la segunda guerra mundial, durante el gobierno del general Medina, encontramos los mismos errores con nombres diferentes, envueltos todos bajo el manto del « browderismo ». Fueron años de « unidad nacional » contra el fascismo, años de « no huelga » en aras del interés « nacional », fueron años de considerar las inversiones yanquis como factor de desarrollo y de negar la existencia del imperialismo norteamericano.

Forzoso era concluir entonces que la discusión no podía llevar a nada si no era trasladada hasta el terreno de los fundamentos mismos del partido comunista venezolano como fuerza revolucionaria. Y de este modo, por una vía absolutamente original y propia, el debate dentro del P.C.V. se anidó dentro de la gran corriente mundial de polémica y renovación existente en el movimiento comunista. Pero, en esta oportunidad, nuestra discusión no fue un reflejo de esa crisis, sino una manifestación nacional de ella. De allí que el caso checoslovaco, por ejemplo, tuviera una importancia episódica. Nosotros — quienes hoy estamos en el M.A.S. — nos negamos en todo momento a caer en la trampa de la discusión exclusiva sobre Checoslovaquia porque ello habría falseado completamente el debate, reduciéndolo a un encuentro entre partidarios de la U.R.S.S. y « anti-soviéticos ». Trampa que apelando a los reflejos condicionados de los viejos comunistas habría impedido toda discusión sobre los temas de fondo, reduciéndola a un simple torneo de autos de fe, por una parte, y, por la otra a una elaboración crítica tan estéril como la trotskista — ese stalinismo al revés, que todo lo reduce a la crítica de la burocracia soviética, perdiendo de vista el fondo de un debate que va mucho más allá y que en América Latina se asemeja poco a la problemática que al respecto se maneja en Europa.

Por este camino vivimos, mediante una reflexión vinculada a una práctica que nos hizo conocer incluso los mecanismos psicológicos y represivos que le dan tan particular connotación, la expe-

riencia de ese implacable dispositivo que es el stalinismo. Y descubrimos que la limitación básica del P.C.V., la que no le permitió aprovechar su gran momento histórico (el de 1958), la que lo desvió tantas veces hacia el oportunismo de derecha, la que condujo al florecimiento de las concepciones vanguardistas y ultra-izquierdistas en su seno, la que petrificaba su táctica, la que impedía adecuar la organización a las demandas terribles de la lucha armada, es precisamente aquella que tiene los cimientos en su origen y conformación stalinistas.

De allí a la conclusión lógica no hay más que un paso: un partido comunista que no logre romper los férreos moldes políticos, ideológicos (en la acepción más estricta de falsa conciencia), organizativos, psicológicos y ético-morales del stalinismo, es una fuerza bloqueada, cuya generosa carga revolucionaria se diluye y dispersa en la persecución de múltiples objetivos reformistas y no revolucionarios. Sólo mediante la aplicación de una inmensa dosis de realismo político podría un partido marcado por la impronta stalinista — tal el caso del chileno — superar algunas limitaciones esenciales.

Marx apunta en alguna parte que detrás de toda revolución victoriosa hay una revolución vencida y que las derrotas de la revolución tienen la importancia de permitir a las fuerzas revolucionarias deslastrarse de sus « apéndices pré-revolucionarios ». Esta discusión dentro del P.C.V., consecutiva a la derrota en la lucha contra el betancourismo, nos ha conducido a dejar atrás los « apéndices pre-revolucionarios », en particular ese tan gordo que es el stalinismo. La renovación implicada en ello habría podido efectuarse sin ruptura en el partido, dentro de sus marcos, de no haber mediado aquella intervención, tan típicamente stalinista, como la expresada por el artículo de Mosinev en « Pravda » que precipitó los acontecimientos en el P.C.V. Pero no nos adelantemos.

La formidable y tentacular imagen del stalinismo fue dibujándose a medida que avanzaba la discusión y ello iba poniendo en juego ya no solamente la valoración del periodo de la lucha armada, sino la visión del país, de la revolución necesaria, del socialismo, del internacionalismo y, como telón de fondo, la concepción sobre el marxismo y sobre el propio partido como instrumento revolucionario. Al final, las incidencias mismas del desenlace la dramática tensión de los enfrentamientos fraccionales — que, guardando las proporciones

y dentro de la modestia de nuestro caso — nos recordaba tan vividamente las descripciones de Deutscher sobre los congresos bolcheviques post Lenin, la nada sutil intervención del P.C.U.S., la rara finura que en algunos momentos alcanzó el regateo táctico, nos sumergieron dentro del kafkiano universo stalinista de un modo que ninguna descripción literaria de él habría logrado hacerlo, proporcionándonos una experiencia que no vacilamos en calificar de decisiva para el porvenir revolucionario de nuestro país.

IV. ¿Qué país es Venezuela?

« ¿Qué país es Venezuela? Para nosotros la respuesta no tiene mayores misterios. Un país dependiente del imperialismo norteamericano, dentro de cuyas fronteras ha crecido un capitalismo, también dependiente, cuya burguesía ha devenido en clase dominante. De ella, una oligarquía monopolista, estrechamente asociada al capital norteamericano, controla el poder político. Fuertemente urbanizado (75 % de población urbana), con un latifundismo económicamente insignificante y en vías de desintegración, — gracias a la creciente penetración capitalista en la agricultura (hoy es éste el principal problema agrario nacional y no el del latifundismo) y al proceso, cojitrancado y parcial pero evidente, de reforma agraria —, el estereotipo de país campesino semi-feudal tiene bien poco que ver con el nuestro. Dependiente y sub-desarrollado, satelizado por el imperialismo yanqui, Venezuela plantea, sin embargo, la problemática del anti-imperialismo como una función de la confrontación con nuestro propio capitalismo y con nuestra propia burguesía. De tal modo que el contenido histórico básico del proceso revolucionario que vivimos es *socialista*, y sólo puede concebirse una supresión verdadera de la dependencia a través de una apertura hacia el socialismo, que implica, necesariamente, una impugnación de nuestro capitalismo y de su poder político.

En tal sentido, la revolución venezolana posee además un carácter profundamente *popular*. Su punto de apoyo se encuentra en la clase obrera, en las capas medias de la sociedad, en los sectores marginales y en el campesinado pobre. La ilusión de que una sedicente burguesía « nacional » pudiera participar en un proceso revolucionario anti-imperialista la hemos descartado absolutamente. Desde

luego, aunque hoy la clase obrera posee un peso específico considerable en el espectro social del país, las características de éste no permiten postular una revolución *proletaria*, en el sentido que la palabra podría tener en países altamente industrializados. La dependencia y el subdesarrollo, el capitalismo dependiente, afectan por igual a los sectores sociales más variados y ello da a la lucha por el socialismo un carácter plural, múltiple, que es específico de nuestro país. Dentro de la iglesia, en el seno de los partidos tradicionales, fuera de ellos, en la juventud de *todas* las clases sociales, en los sectores profesionales, técnicos, intelectuales, aparecen, con fuerza, corrientes explícitamente socialistas o en curso de cristalización como tales. Una visión de secta o puramente instrumental de ellas — tan propia del stalinismo — podría conducir a dolorosas frustraciones. Por supuesto, no hay ni que decir que esta manera de ver el país significa, entre otras cosas, prescindir de la anti-cuada formulación sobre la alianza obrero-campesina como eje de la revolución. Tal dispositivo de alianzas carece de sentido en un país como Venezuela, donde un bloque de clases populares luce mucho más ajustado a la realidad, con un particular acento sobre aquellas clases urbanas.

Una puntualización más sobre la clase obrera se hace necesaria. Existe una tendencia a considerar que este sector de la sociedad venezolana — dada su pasividad hasta hoy — estaría « integrado al sistema », careciendo de potencial revolucionario. Este punto de vista, aunque no lo parezca, es uno de los lamentables resultados de la mitologización stalinista de la clase obrera. Habiendo marcado el acento sobre la revolución « proletaria », sobre la clase obrera como « vanguardia » revolucionaria, en una época en que la clase obrera era más una entelequia, una categoría metafísica del « marxismo » venezolano subdesarrollado, que una clase real, al no producirse adecuación entre el postulado teórico y la práctica social, algunos han extraído la conclusión arriba anotada. Incapaces de pensar fuera de los marcos del molde stalinista, en lugar de apreciar que la clase obrera era pasiva porque mal podía ser activa una clase casi inexistente y en proceso de gestación, concluyen en que está « integrada al sistema ». Y eso justamente cuando la clase obrera venezolana hace en 1970 una espectacular irrupción en la escena histórica, mediante una ola de huelgas que totaliza una cifra, en ese solo año, superior varias veces a la suma de huelgas habidas en el país en los

treinta años anteriores. En Venezuela existen 2 millones 200.000 asalariados y de ellos un proletariado industrial que se acerca al medio millón de personas. Semejante clase social constituye, potencialmente, un principalísimo agente del cambio histórico. Ello depende de que la izquierda revolucionaria logre ganar el desafío que plantea el reformismo, como concepción hoy dominante en los medios obreros.

A esta visión del país y de la revolución se opone la del stalinismo. Para éste el problema de la dependencia comporta una disociación entre penetración imperialista y capitalismo venezolano. Disociación que es fundamental para poder continuar sosteniendo la idea de que existe una burguesía nacional plenamente capaz de asumir la responsabilidad de la lucha de liberación nacional. Además, se insiste, aún reconociendo la importancia de la capitalización de la agricultura, en la imagen de país latifundista, semi-feudal. Este punto de vista que en su conjunto no hace sino repetir, con las variantes de la época, las anacrónicas formulaciones de la III Internacional sobre el bloque de cuatro clases, sobre la revolución agraria-anti-imperialista y sobre la alianza obrero-campesina, es responsable, en tanto que fundamento teórico, de algunos de los errores capitales del P.C.V. La procura de una alianza con la burguesía se ha transformado, en la práctica, en colocarse a su cola y en cederle la dirección de los procesos políticos. Típico de este modo de proceder fue el año 1958. El espíritu de permitir la penetración y desnaturalización de la Junta Patriótica por parte de la burguesía, la « dificultad » para definir, mediante un análisis de clase, el carácter del gobierno provisional, la antiquísima incapacidad del P.C.V. para ubicar, en términos de clase, su enemigo *interno*, todo ello no es sino manifestación de una concepción teórica *prestada*, tomada de formulas extrañas al país. Esta disposición para la alienación, este dejar que otros piensen, este limitarse a ser caja de resonancia para decisiones y líneas políticas adoptadas por otros, en centros de poder revolucionario muy distantes de nuestras fronteras, constituye una característica ampliamente generalizada en los partidos comunistas forjados en el crisol de la III Internacional stalinista.

Por supuesto, la visión stalinista del país es inmutable. Los cambios ocurridos en él le son ajenos. Puesto que no los puede explicar según los esquemas que conoce, prefiere ignorarlos, no tomarlos en consideración. El stalinismo se irrita

ante la sólo mención del término « marginales », aplicado a esa vasta porción de la población de los barrios miserables de las grandes ciudades latino-americanas. Siendo esta « marginalidad » un producto absolutamente específico del capitalismo dependiente, no entrando dentro de la categoría del « ejército industrial de reserva », el stalinismo lo suprime de su « realidad », porque los viejos esquemas que maneja no incluyen nada al respecto. Igualmente inmovible se muestra en lo que respecta a la ya inefable alianza obrero-campesina. No importa que la realidad del país le dé en las narices, no importa que las propias cifras que maneja para sustanciar su tesis agraria desmientan sus conclusiones : continúa impertérrito, blandiendo citas de Marx y de Lenin, que no tienen nada que ver con el contexto venezolano, afirmando que la revolución en Venezuela tiene como eje la susodicha alianza.

Absolutamente impermeable a toda otra noción de la pequeña burguesía que no sea la que Marx estableció para la clase media de su época, el stalinismo no puede captar el potencial revolucionario que el crecimiento capitalista dependiente acumula en esas capas medias, en particular en sus sectores técnicos, intelectuales, estudiantiles. Y ante las expresiones vivas de ese potencial, puesto que no puede ignorarlo, no alcanza sino a formular una concepción instrumental de él. De este modo, la supuesta « amplitud » de la política stalinista, su apertura hacia los sectores burgueses, se reduce a fórmulas que petrifican — y por tanto despojan de toda sustancia revolucionaria — la idea de las etapas en la revolución, imaginándolas no como una sucesión dialéctica de episodios entre los cuales no existe frontera alguna y que se interpenetran mutuamente, plásticos y variables, condicionados por múltiples circunstancias concretas, sino como rígidos compartimientos estancos, en los cuales la Historia (con mayúscula) coloca a sus protagonistas, prohibiéndoles saltar los muros. De allí que el stalinismo no entienda el planteamiento sobre el carácter historicamente socialista de nuestra revolución y lo confunda con una supuesta apelación a la implantación « ya » del socialismo.

Al final, todo esto, incluida la idea de « amplitud », no pasa de ser el pensamiento de una secta, de un grupo estrecho que se auto-erige en vanguardia única de la revolución, en camino único hacia ella, en portadora exclusiva de la verdad revolucionaria. Una verdad, por lo demás, tan abstracta,

tan alejada del país coerreto, vivo y palpitante, que termina por hacer de la secta que la encarna — la stalinista — un simple instrumento de la burguesía. Objetivamente, para decirlo con una expresión que le es tan cara. Desligada de las masas, imposibilitada de entenderlas y más imposibilitada aún de ser entendida por éstas, deviene en un grupo de presión que deriva toda su fuerza de la « representación » que ejerce.

Es evidente que una discusión sobre las características de nuestro país y las de la revolución que exige, es inseparable del debate sobre el socialismo, en particular sobre el socialismo que ya existe y, sobre todo, después que en su seno se producen acontecimientos tan espectaculares como la querrela chino-soviética y la intervención en Checoslovaquia.

Para el stalinismo, fiel a su interpretación maniquea y policial de la historia, los países socialistas encarnan la suma de todas las perfecciones y los problemas que en ellos se presentan no pueden ser atribuibles sino a la mano del imperialismo. El stalinismo jamás discute críticamente lo que ocurre en los países socialistas. De ellos no tiene otra imagen que la puramente apologética. El stalinismo reprocha, con una tartufería innoble, la recepción a Nixon en Rumania, pero cierra los ojos pudicamente cuando ella tiene lugar en Polonia : no es la revolución mundial lo que le importa ; lo de Rumania simplemente le ofrece la ocasión de golpear a quien trata de afirmar su independencia dentro del campo socialista. Y así *ad nauseam*.

Para el stalinismo, el movimiento comunista de cada país no puede tener más política internacional que la del alineamiento incondicional sobre las posiciones soviéticas, y muchas veces la política nacional que postula no hace sino adecuar a las condiciones de su país los lineamientos internacionales soviéticos.

Resulta casi innecesario decir que nuestro punto de vista al respecto es completamente diferente. Por una parte, rechazamos el simplismo chantajista de que la discusión crítica sobre los países socialistas y sus problemas pueda ser tomada por alguna forma de anti-sovietismo. Como bien apunta nuestro camarada Luis Bayardo Sardi en un trabajo suyo sobre esta materia, « más allá de los elementos objetivos existe un campo de estimaciones, un área subjetiva sobre la cual no sólo es posible discutir, sino que es necesario hacerlo. Y discutir desde una perspectiva marxista. Mal podríamos cerrar la puerta al marxismo

cuando ocurre examinar nuestra obra y nuestros problemas. No se trata de una demostración de humildad. Es que el marxismo nos obliga a ello. Así se desprende de su esencial condición : el permanente debate. Como bien lo señala Jorge Semprún al decir que el stalinismo es marxismo sin debate, no solamente debatimos con 'la espontaneidad de las fuerzas objetivas' o con los resultados de la acción ajena, sino también con los de nuestra propia acción, todo lo cual conduce a un debate del marxismo consigo mismo. Hoy sentimos la necesidad de avanzar, de desarrollar, a partir de 'nuestra' visión del mundo, todo lo que justifica la acción política que emprendemos. Semejante avance se dificulta si negamos la conveniencia de acercarnos a las sociedades socialistas existentes, en especial a la Unión Soviética, a fin de examinar su concreción como sociedad superior »¹.

Pensamos, en la aplicación de esta idea, que un enfoque marxista, desde las posiciones del compromismo militante, sobre la compleja realidad de los países socialistas constituye un aspecto de la mayor importancia en la búsqueda de nuestra propia imagen socialista. Establecer, aunque sea en forma muy general, y teórica, sus modalidades particulares y los rasgos específicamente nacionales que necesariamente deberán caracterizarla, sería imposible si se acepta el criterio de una versión única — y por lo mismo perfectamente repetible — del socialismo. En todos los países socialistas se pueden distinguir aspectos que les son comunes — sin hablar de una estructura económica básicamente igual, por supuesto —, pero igualmente otros que los diferencian notablemente, y que poseen un condicionamiento histórico, social o cultural absolutamente original en cada caso ; de allí la diversidad de modelos.

Y de allí también los graves errores cometidos por el desconocimiento de la originalidad nacional y por el intento de establecer pautas comunes allí donde la vida misma imponía invención y creatividad.

Estamos lejos de creer que todo problema humano ha encontrado solución en los países socialistas. Nos preocupan notablemente las insuficiencias y los retardos en la creación de una institucionalidad

política socialista realmente operativa, que viabilice el nuevo tipo de relaciones sociales y el autogobierno de los trabajadores por la base y que rompa los patrones paternalistas establecidos en la relación entre Estado y sociedad civil. Las deformaciones burocráticas y burocratizantes, las limitaciones injustificadas a la libertad, la desigualdad nacional que ponen de manifiesto los planteamientos rumanos o coreanos — ¿ no parece sugerir Kim Il Sung la existencia de países socialistas *dependientes* ? —, son algunos de los temas ante los cuales no podemos mostrarnos insensibles. Nuestro combate por una sociedad socialista para Venezuela parecería excesivamente limitado si no abordamos críticamente la consideración de los problemas que la construcción de esa sociedad ha planteado ya en un plano concreto.

Del mismo modo, nuestra ubicación dentro del conjunto del movimiento revolucionario mundial la establecemos como la de una fuerza solidaria de todos y cada uno de los destacamentos combatientes contra el imperialismo, el capitalismo y el colonialismo — estén dentro o fuera del poder —, pero al mismo tiempo, preservamos y defendemos la independencia y soberanía de nuestro movimiento. Nuestra política, nuestra conducta nacional e internacional están dictadas exclusivamente por las conveniencias de la revolución venezolana y no por las de la política de ningún país socialista. Rechazamos la idea de que los intereses de la revolución mundial puedan ser identificados de manera global, absoluta, permanente, en todo tiempo y lugar, con los de la política de cualquier país socialista. La experiencia hasta hoy conocida no abona precisamente a favor de esta tesis.

Pensamos que nuestra mayor contribución al internacionalismo revolucionario es hacer la revolución en Venezuela y con ella ayudar al conjunto del movimiento revolucionario mundial. A tal fin, la conveniencia de la revolución en Venezuela, y por tanto la conveniencia del desarrollo revolucionario mundial, exige una acción internacional de nuestra parte que debe caracterizarse por la más absoluta independencia y soberanía. No negamos a nadie el derecho a discutir o criticar, públicamente, nuestra política y reclamamos el mismo derecho para con otros — sin lo cual no podría haber un genuino intercambio mundial de experiencias, diferente al apologético y formal que hoy existe — pero toda decisión y la responsabilidad del éxito o el fracaso nos es privativa y no

(1) Luis Bayardo Sardi, El « anti-sovietismo », « Deslinde » 26, 29-1-71.

la compartimos con nadie. Seremos incapaces de entender a nuestro pueblo y éste será incapaz de comprendernos si, de una u otra manera, para responder a las exigencias de un «internacionalismo» *sui generis*, nuestra política pudiera aparecer como la proyección, como la sombra, de la política de cualquier grande o pequeño país socialista, o de cualquier grande o pequeño partido comunista o revolucionario en general.

Esta línea de conducta es justamente el mayor antídoto contra el chovinismo y contra la tentación de creer en una supuesta excepcionalidad venezolana. Defender nuestra soberanía como movimiento revolucionario es defender nuestra igualdad con el resto de las fuerzas revolucionarias de todo el mundo; establecer ésta es la única manera de impedir que el movimiento se contamine de ese complejo de minusvalía internacional, que alimentando la frustración se convierte en fuente de chovinismo y exclusivismo nacional. Parafraseando a Fidel Castro, podríamos decir, a riesgo de ser cursis, que la revolución en Venezuela sólo podrá ser universal si logra ser tan venezolana como el araguaney.

Una confrontación a propósito de todos estos temas sería imposible sin un debate simultáneo sobre el partido mismo. Para el stalinismo, el partido resume todo, sublimiza todo, es el alfa y omega de la revolución, del socialismo, del internacionalismo y nada de esto puede ser sometido a discusión sin implicar al propio partido.

Para el stalinismo el partido ha devenido en objeto de culto. Los estatutos del partido, sus normas organizativas, su estructura orgánica, han perdido todo carácter concreto, toda sustancia histórica y circunstancial, para pasar a ser formas exteriores de un nuevo misticismo. El espíritu revolucionario asume la forma y la naturaleza del espíritu de partido. Para el stalinismo el partido es un fin en sí mismo; el medio revolucionario se transforma en objetivo y fin último; la Revolución (con mayúscula) es reducida a la condición de espejismo destinado a reforzar el espíritu de partido a hacerlo vivir para su mayor gloria. Y al mismo tiempo, el stalinismo establece una relación única entre partido y revolución: la única fuerza genuinamente revolucionaria, la única capaz de llevar a término la revolución, es el partido. Por esta vía la conciencia del partido como ombligo del mundo recibe un refuerzo adicional. El stalinismo concibe al partido como una secta, como una organización introvertida, con ritos, mitos y

liturgia absolutamente propios e intransferibles, cuanto más ajenos al común de las gentes, tanto mejor. No importa el tamaño de la secta: el stalinismo logra el milagro de aislarla del cuerpo de la nación.

¿Cómo ha sido posible semejante confusión de objetivos? La respuesta puede ser encontrada, en buena medida, en la deformación de que fue víctima el movimiento comunista después de que Stalin impuso su control total sobre la III Internacional. Cuando la *necesidad* de emprender la construcción del socialismo en un solo país, de ganar tiempo hasta la llegada de la próxima gran oleada revolucionaria mundial, fue ideologizada y elevada a la condición de principio rector de las relaciones entre el movimiento comunista mundial y la U.R.S.S., comenzó a operarse aquella distorsión. La defensa de la U.R.S.S. — absolutamente necesaria y legítima, como preservación de la única base estatal con que podía contar la revolución mundial — se entendió, sin embargo, dentro de los marcos de un esquema que seguramente consideraba muy lejana la posibilidad de un nuevo cambio revolucionario en el mundo, como una defensa pasiva, — no defensa a través de la revolución en otros países sino esa suerte de aceptación del *statu quo* que consistía en oponer al fascismo, por ejemplo, el apoyo al capitalismo «democrático» —, pero que además era algo así como la tarea central de todo el resto del movimiento comunista. Ello comportó, para éste, por la vía de la aceptación incondicional de la política del P.C.U.S. y por la vía de la asimilación de ésta con la política de *todo* el movimiento, el abandono de una política revolucionaria *activa* y en consecuencia la pérdida objetiva de la finalidad revolucionaria. Pospuesto indefinidamente el objetivo revolucionario, el partido mismo devino en objeto de toda la devoción y dedicación de los militantes. Independientemente de que muchos, al volcarse sobre el partido, concibieran ésto como una orientación dirigida a la conservación y fortalecimiento del instrumento revolucionario para tiempos «que algún día «terminarían por llegar, en la práctica el partido mismo pasó a ser el fin de todo. El engranaje funcionó a través de la mitificación del partido y ésta a su vez operó como un medio de mayor mitificación y sacralización. El militante vive para el partido, en nombre de una revolución que se ve cada vez más lejana, pero el partido mismo no puede sustraerse a la práctica social y entonces su participación en ella responde a los

patrones del reformismo. Carente de finalidad revolucionaria, o más bien habiéndola pospuesto en el tiempo hasta el punto de sacarla de la política real, su acción no puede sino agotarse en la lucha reivindicativa inmediata y, en lo político, tras la fachada de los «frentes populares» o «democráticos» o «nacional-democráticos», abdica de su derecho a la dirección de los procesos políticos y lo concede a la burguesía. La otra cara del stalinismo es precisamente el reformismo.

De este modo, cuanto más cerrado, estrecho y sectario es el partido, cuanto más exalta las tradiciones revolucionarias de los bolcheviques, cuanto más «duro» parece, tanto más derechista y reformista es en su conducta política concreta. Liado para la práctica revolucionaria en su propio país, sublimiza la carga revolucionaria de sus militantes en la defensa y difusión de los éxitos y victorias de *otras* revoluciones: la política internacional subsume a la nacional y es así como los partidos populistas, en los años 30 y 40, en América Latina, volcados sobre las realidades nacionales, casi no tienen contendores en la batalla por la conciencia de las masas; en Venezuela, en los años 40, mientras Acción Democrática se esforzaba por interpretar al país y sus problemas, los comunistas dedicaban la mayor parte de su esfuerzo a cantar el heroísmo de los stajanovistas de Irkutsk. Casi para la misma época, partidos como el chino y el vietnamita escapan a esta suerte precisamente por no asumir la conducta señalada. No es casual que se trate de partidos no marcados por el stalinismo.

No quisiéramos dejar de lado una consideración que tiene su importancia. En general, las indecisiones, la espera de las condiciones, el «realismo», comportan una pérdida del objetivo revolucionario, pero no significan necesariamente que en los partidos stalinistas se produzca una pérdida *immanente* del objetivo revolucionario. Tales partidos no son reformistas en el sentido en que lo son los socialdemócratas. De allí que en determinadas circunstancias algunos de ellos puedan dar un viraje. La sustancial presencia de los dogmas stalinianos — el frentismo, las etapas infranqueables de la revolución, la errónea caracterización de países como el nuestro, la comprensión determinista del proceso social, etc. — les impide tener una política revolucionaria. Pero no se trata de un «abandono» expreso del objetivo revolucionario, semejante al de los socialdemócratas, que los convertiría, por supuesto, en unos oportunistas

miserables, a los cuales poco les faltaría para coludirse con el enemigo.

La exaltación del partido como fin asume proporciones semi-religiosas cuando se apela a la inmensa autoridad de Lenin para respaldar las discusiones de carácter organizativo. El Lenin que precisamente pedía una «herramienta», un partido, para conmovir a Rusia hasta sus cimientos, el Lenin que en «Qué Hacer» piensa al partido en términos de una respuesta operativa para las particulares condiciones de la lucha bajo la autocracia zarista, pero que dos años más tarde modifica su concepción, para adecuarla a las exigencias del poderoso envío revolucionario de 1905, el Lenin que más tarde escribe que es imposible valorar «Qué Hacer» abstrayendo la obra del marco referencial de la época en que fue escrita, el Lenin que entendía al partido como un instrumento, como un medio maleable y vivo, capaz de amoldarse a cualquier situación, ese Lenin, en fin, marxista, y por tanto concreto, ha sido santificado y su pensamiento, embalsamado, se utiliza para avalar esas inverosímiles aberraciones que llevan a considerar las normas organizativas apuntadas por Lenin a comienzos de siglo como Principios (con la inevitable mayúscula solemnizadora) eternos, intemporales, a-históricos, totalmente abstractos.

Muy brevemente podría resumirse nuestra opinión, diametralmente opuesta a la que reseñamos. Pero antes de exponerla conviene advertir que para quien no haya respirado la absurda atmósfera del universo stalinista, lo que sigue pudiera parecer la repetición de verdades obvias, de concepciones axiomáticas, pero para nosotros, este doloroso proceso de desalienación incluye también el riesgo de parecer ridículos estableciendo postulados que para la gente normal se caen de maderos.

Es obvio que el partido no puede ser un fin en sí mismo sino un medio, un instrumento para promover la conquista del objetivo revolucionario. Es obvio que sus normas organizativas no son más que respuestas operacionales al desafío planteado por la necesidad de vincularse, articularse y participar con las masas en el combate revolucionario. Es obvio que esas normas organizativas generales dependen completamente de las circunstancias y por tanto poseen un carácter histórico concreto. Es obvio que los llamados principios leninistas de organización, desprovistos de toda connotación dogmática, de toda intangibilidad,

constituyen apenas normas generales sobre organización, susceptibles de modificación o sustitución, por no decir de discusión, a tenor de las circunstancias. Y en este sentido es muy apropiado subrayar que el «centralismo democrático», piedra angular de la concepción leninista del partido, comporta una interrelación dialéctica muy ajustada entre centralización y juego democrático interno, siendo imposible disociar ambas categorías. Ha sido precisamente el stalinismo quien ha creado una dicotomía entre ellas, liquidando el debate interno, promoviendo la ficción del *monolitismo* del partido¹, que aniquila la dialéctica interna en nombre de una unidad que no es sino uniformidad esterilizante, y llevando la centralización hasta los límites del poder personal o del de alguna reducida camarilla. Para nosotros la condición *sine qua non* del desarrollo teórico del partido, de su aptitud para aprehender el marxismo, para emplearlo en el reconocimiento de la realidad nacional, es precisamente la admisión del debate interno, a todos los niveles, del derecho de la militancia a estar informada, a participar efectivamente en la elaboración y reelaboración de la política del partido. Sin esta condición — el debate —, la centralización deriva hacia una caricatura de sí misma, que anula la iniciativa de la base, haciendo del partido una colectividad de autómatas, con todo su poder resumido en un pequeño grupo de dirigentes — en el cual no pocas veces se opera también el mismo proceso selectivo que acumula todo en poquísimas personas o en una sola de ellas.

La experiencia venezolana demuestra elocuentemente que el origen de los agrupamientos fraccionales dentro del partido es precisamente el monolitismo ficticio que tan celosamente defiende el stalinismo. Negando cualquier posibilidad de disentimiento y de debate interno, provoca, inexorablemente, el agrupamiento fraccional. Nuestro punto de vista hace suyos planteamientos que como, por ejemplo, el de los comunistas italianos sostiene: ni monolitismo ni fraccionalismo.

Finalmente, en la base de toda la discusión, en su urdimbre misma, se encuentra el marxismo, y a propósito de él, las dos maneras antagónicas de entenderlo y aplicarlo. De un lado, el «marxismo» del stalinismo; dogmatizado, reducido a un pesado compendio de citas polivalentes (una misma cita de Lenin o de Marx, en manos del stalinista, puede servir para demostrar las cosas más contradictorias entre sí), salmodiado como

un catecismo, ideologizado, exprimida su sustancia crítica, transformado en una suerte de super-ciencia o meta-historia y también en una antología de profecías que deben cumplirse ineluctablemente.

Es fácil comprender cómo los portadores de este «marxismo» no pueden moverse sino en medio de una nebulosa teórica que les impide cualquier comunicación verdadera con la realidad. Esta se les escapa continuamente y en su lugar son puestos a operar los esquemas, los estereotipos y las representaciones subjetivas de aquella — que con semejanza pobreza teórica no pueden ser sino opacas trivialidades o fantasmagóricas alucinaciones.

¡Cuántas veces el análisis de clases no fue sustituido por anécdotas personales, sobre las cuales se ha fundado toda una línea política! ¡Cuántas veces la indignancia teórica no fue la brecha por la cual se colaron las concepciones liberal-burguesas, las opiniones de la burguesía y las más burdas falsificaciones del pensamiento revolucionario! Del otro lado, nuestro esfuerzo por redescubrir el marxismo, por reencontrar su sentido profundo en las propias fuentes, por deslastrarlo de toda connotación dogmática, por recuperar esa su «alma viva» — el análisis concreto de cada situación concreta —, por entenderlo como una visión del desarrollo histórico y también como una metodología para el análisis de los fenómenos sociales, para el descubrimiento de sus contradicciones y tendencias fundamentales, y para aplicarlo, en fin, como quería Marx, no sólo en la explicación del mundo sino también en su transformación revolucionaria.

Este resumen rápido, esquemático, forzosamente sumario, de la gran polémica de dos años en uno de los más controversiales partidos comunistas del mundo (recuérdese su famosa disputa con Fidel Castro), puede dar una idea de como su conclusión estaba asociada a una *renovación* del P.C.V., indispensable para anular aquellas limitaciones que en tan trabajoso proceso fueron saliendo a flote. ¿Era posible la renovación salvando la unidad del partido? Para evitar la escisión ha-

(1) La cual se hace extensiva al conjunto del movimiento revolucionario mundial. La idea de que éste pueda permanecer unido aceptando su diversidad es, a los ojos del stalinismo, una herejía de primer grado.

bría bastado con que la minoría stalinista negara su propia formación — y por momentos pareció que el «milagro» pudiera darse pero la intervención soviética (artículo de Mosinev en «Pravda»), pulsando las cuerdas sensibles del reflejo condicionado stalinista habría de hacer imposible cualquier solución democrática y la división sobreviviría inevitablemente. La «vieja guardia», que llegó a vacilar entre el respeto a la democracia interna y el desconocimiento de ella, quebró su resistencia *in extremis*, tal como calcularon los Mosinev (nos tocó oír a un viejo dirigente del P.C.V. argumentar que el artículo de Mosinev era una «orden» y que ella debía ser acatada), y mediante un recurso, que al momento mismo de presentarlo fuera calificado por el secretario general del partido como un «golpe de Estado» contra el congreso partidario, violentó las reglas del juego, quiso anular la mayoría ya creada y... nació el «MOVIMIENTO AL SOCIALISMO» (M.A.S.).

V. La aparición del M.A.S.

La división del P.C.V. ha tenido una notable particularidad: es la única habida en el tormentoso campo de la izquierda venezolana que no se ha traducido en mayor desmoralización para ella. En esta izquierda, donde ya son incontables los grupos y sub-grupos, por el contrario, la aparición del M.A.S. ha significado un perceptible estímulo hacia su reagrupamiento.

El P.C.V. fue siempre un punto de referencia obligado para toda la izquierda. Admitida abiertamente su tución, tolerada con reservas o simplemente rechazada, el P.C.V. llenó 40 años de historia de la izquierda marxista venezolana, de la cual fue, alternativamente, eje, punto de apoyo o manzana de la discordia. Ni uno solo de los grupos de la izquierda ha podido hacer una política que de una u otra manera, en unos más en otros menos, no estuviera determinada por la del P.C.V. Sin embargo, el estrecho grillete del stalinismo, de no producirse la renovación del partido — o su ruptura —, habría terminado por asfixiar a toda la izquierda, incluyendo la esterilización definitiva de las corrientes renovadoras que en su seno se movían. La ruptura ha provocado una suerte de reacción de alivio, una especie de liberación de fuerzas contenidas y una revitalización — todavía cautelosa y a veces levemente escéptica — de la confianza, de la fe, en la iz-

quierda revolucionaria y en sus posibilidades. Ese «raro» partido comunista — en el sentido que explicamos al comienzo tal vez nos ha marcado de por vida. Quienes hoy formamos el M.A.S. dejamos detrás entre 15 y 30 años de militancia en él. Mucho de lo que nos dió no es negativo ni desechable. Pero entre todo lo de su herencia que pudiera sernos propio, hay dos elementos que no podemos ni debemos dejar de lado. Uno, que constituye un logro nada despreciable de su vieja dirección, el fuerte sentido del realismo político que impidió al P.C.V. ser una fuerza marginal en la sociedad venezolana. A diferencia de tantos partidos comunistas de América Latina que en sus respectivos países son poco menos que ignorados, el P.C.V., aún en sus momentos de mayor debilidad organizativa, nunca fue un partido que viviera al margen de los procesos políticos fundamentales del país, y todos, de una u otra manera tuvieron que contar con el partido comunista para su desenvolvimiento. Que su política haya sido derechista o ultra-izquierdista, reformista y sindicalera, es ya otra cosa. Pero aquella habilidad para rehuir la fácil trampa del purismo revolucionario, que se auto-complace en su minúscula capilla de iniciados, que practica una política tan solo para amigos y relacionados... y para consumo exterior, forma parte de ese legado del P.C.V. que no vamos a perder. En este sentido, nuestra declaración inicial, la de bautismo, reza textualmente: «...es necesario restablecer el vínculo efectivo entre el movimiento revolucionario y los procesos políticos decisivos de la nación, luchando contra las tendencias a convertir aquel en un sector marginal, derribando las barreras que obstaculizan el acercamiento entre las vanguardias revolucionarias y la clase obrera y el pueblo en general».

El segundo elemento es la casi increíble habilidad de la vieja dirección del P.C.V. para la búsqueda de compromisos internos, para encontrar zonas de avenencia, para tratar de salvar la unidad casi a cualquier precio. Aquel agónico proceso de los años, durante el cual una y otra vez se mantuvo precariamente la unidad en base a concesiones de parte y parte, lo tenemos muy presente. La historia de muchas disidencias es la de su posterior atomización. Es difícil que ello ocurra con nosotros porque incluso si no hubiera otras razones históricas y personales que salvan nuestra cohesión, basta con lo que a ese respecto heredamos del P.C.V. para impedir nuevas fracturas.

Ante el antiguo partido ningún odio, ningún rencor. Nos sentimos partícipes de un proceso histórico y no de una reyerta grupúscular, de un pleito sectario por la explicación del dogma. Movidos por sentimientos positivos, no podríamos renegar de tantos afectos y amistades que han quedado del otro lado. Por lo demás, tampoco polémicas inútiles. Poder mirar el país real excluye las disputas entre sectas, que no dejan ver nada, como no sea los pequeños y mezquinos intereses propios.

Dos breves apuntes, para terminar. Uno referente a nuestra concepción política general. Consideramos al país como históricamente maduro para una transformación socialista. Creemos que Venezuela ha entrado en ese período histórico en que se plantea un relevo social, un desplazamiento del poder político del conjunto de fuerzas pequeño-burguesas y burguesas que a partir de 1945, en estrecha colusión con el imperialismo yanqui, lo han controlado para beneficio del crecimiento del capitalismo dependiente y para el reforzamiento de la penetración económica, política y cultural del imperialismo norteamericano. Nos proponemos contribuir a la construcción de ese nuevo bloque histórico, de ese nuevo agrupamiento social de los sectores trabajadores, de las capas medias y las fuerzas de la cultura, de los sectores marginales y de los campesinos pobres, que produzca ese relevo social en el poder político y en el aparato estatal.

Consideramos que el capitalismo dependiente ha fracasado, históricamente visto, y que toda solución real para los problemas de la sociedad venezolana es inseparable de su reorganización socialista. Soluciones puramente nacionalistas, que no signifiquen una apertura hacia el socialismo, podrían traducirse, rápidamente, en una nueva y más terrible frustración, al mantener las bases del capitalismo dentro del país. No comprender el nexo esencial que existe entre penetración imperialista y capitalismo venezolano es moverse aún entre las coordenadas de treinta años atrás, cuando las soluciones democrático-burguesas y nacionalistas tenían al menos pertinencia teórica.

Entendemos la construcción de ese nuevo bloque histórico como un proceso en el cual los diarios combates que plantea la conflictiva sociedad venezolana deben ser inscritos dentro del contexto de la impugnación total del sistema y ubicados sobre una perspectiva no sólo anti-imperialista sino también anti-capitalista. Se trata de construir

una fuerza social y política capaz de comprender y dar dinamismo a una lucha que planteada en términos de alternativa a lo que existe — como gobierno y como estructura económico-social — debe colocar necesariamente ante el país esta disyuntiva : o desarrollo capitalista dependiente, con toda su carga de miseria y frustraciones, o desarrollo hacia el socialismo, guiado por una nueva forma de poder político y un nuevo Estado. Se trata pues, de ensamblar, de manera viva y real, las luchas reivindicativas inmediatas con toda una concepción sobre la reestructuración socialista del país.

Una práctica revolucionaria, con combates emprendidos a todos los niveles del movimiento popular, destinada a desarrollar la conciencia de nuestro pueblo y a apoyar sobre ella una fuerza capaz de conquistar el poder es hoy el único camino cierto de victoria para la izquierda venezolana. No proponemos un revolucionarismo doctrinarista y vacío, que se limite a declaraciones grandilocuentes y se niegue a luchar en torno a las cuestiones concretas de cada día, o que se desgaste, por el contrario, en una « lucha de masas » entendida como una especie de « trabajo social » más o menos filantrópico, enteramente desligado de los procesos políticos vitales de la nación o se limite únicamente a la defensa estrecha de los intereses materiales, importante, si, pero incapaz de producir soluciones definitivas para los males sufridos por el pueblo. Por ese camino, la izquierda, — ahora muy marginal — no haría sino profundizar esa condición. Por el contrario, la única manera de hacer que el rigor revolucionario y principista cumpla un papel movilizador eficaz es a través de su articulación con la realidad política nacional.

El segundo apunte, sobre las vías de la revolución y las formas de lucha. Una fuerza genuinamente revolucionaria, madura y experimentada, no se considera casada de manera definitiva con ninguna forma de lucha en particular. Cada una de ellas puede ser útil al propósito revolucionario y su utilización depende de factores coyunturales muy concretos. La forma de lucha, por sí misma, no es índice de nada y su eficacia depende del contenido de la política que la anima.

Sin embargo, aunque en última instancia la utilización de tal o cual forma de lucha depende sobre todo de las opciones del enemigo, una fuerza revolucionaria venezolana cometería un error suicida si descartara de los datos que maneja aquel

que tiene que ver con la excepcional importancia de Venezuela dentro del dispositivo imperialista y la presumible determinación de este de impedir mediante la violencia cualquier cambio revolucionario que afecte sus intereses, así como los de la oligarquía capitalista que nos gobierna. Cualquier prefiguración realista del porvenir debe hacerse a partir de esta comprobación y obliga, por tanto, a una implementación estratégica que guarde correlación con ella.

Es cierto que el poderío militar y policial del sistema parece no dar chance a la lucha armada. Empero, la experiencia demuestra que una lucha armada políticamente correcta y talentosamente dirigida, puede aprovechar las fisuras del sistema y, a través de ellas, hacerlo saltar.

También es cierto que los mecanismos institucionales del sistema parecen segregar continuamente a las fuerzas de izquierda, creando una marginalidad institucional que pareciera hacer nugatorio

cualquier esfuerzo revolucionario realizado dentro de los marcos de la « legalidad ». Sin embargo, la vida demuestra, no menos convincentemente, que el sistema, con todo su ventajismo institucional, no es omnipotente, y que le es imposible no dejar brechas a través de las cuales una lucha revolucionaria que sepa ser subversiva, en el sentido más general del término, dentro del margen legal, políticamente correcta y talentosamente dirigida, puede sacar partido de aquellas brechas.

Por lo demás, la experiencia histórica general, y la nuestra en particular, demuestran que, en definitiva, la revolución es un problema de coyuntura. Lo importante es construir una fuerza que pueda participar vitalmente en la maduración de ella y que una vez sobrevenida, sepa orientarse y descubrir ese casi mágico punto de inflexión que permite decir « el 6 de noviembre es demasiado temprano, el 8 demasiado tarde, debe ser el 7 ». Entendido ese « 7 » en el plano más general y no en su estrecha acepción insurreccional.

Escribir novelas es un acto de rebelión contra la realidad, contra Dios, contra la creación de Dios que es la realidad. Es una tentativa de corrección, cambio o abolición de la realidad real, de su sustitución por la realidad ficticia que el novelista crea. Este es un disidente : crea vida ilusoria, crea mundos verbales porque no acepta la vida y el mundo tal como son (o como cree que son). La raíz de su vocación es un sentimiento de insatisfacción contra la vida ; cada novela es un deicidio secreto, un asesinato simbólico de la realidad.

Las causas de esta rebelión, origen de la vocación del novelista, son múltiples, pero todas pueden definirse como una relación viciada con el mundo. Porque sus padres fueron demasiado complacientes o severos con él, porque descubrió el sexo muy temprano o muy tarde o porque no lo descubrió, porque la realidad lo trató demasiado bien o demasiado mal, por exceso de debilidad o de fuerza, de generosidad o de egoísmo, este hombre, esta mujer, en un momento dado se encontraron incapacitados para admitir la vida tal como la entendían su tiempo, su sociedad, su clase o su familia, y se descubrieron en discrepancia con el mundo. Su reacción fue suprimir la realidad, desintegrándola para rehacerla convertida en otra, hecha de palabras, que la reflejaría y negaría a la vez.

Todos los novelistas son rebeldes, pero no todos los rebeldes son novelistas. ¿Por qué? A diferencia de los otros, éste no sabe por qué lo es, ignora las raíces profundas de su desavenencia con la realidad : es un rebelde ciego. La demencia luciferina a que lo empuja su rebeldía — suplantando a Dios, rehacer la realidad —, el carácter extremo que ésta adopta en él, es la manifestación de esa oscuridad tenaz. Por eso escribe : protestando contra la realidad, y, al mismo tiempo, buscando, indagando por esa misteriosa razón que hizo de él un supremo objector. Su obra es dos cosas a la vez : una reedificación de la realidad y un testimonio de su desacuerdo con el mundo. Indisolublemente unidos, en su obra aparecerán estos dos ingredientes, uno objetivo, el otro subjetivo : la realidad con la que está enemistado, y las razones de esta enemistad ; la vida tal como es y aquello que él quisiera suprimir, añadir o corregir a la vida. Toda novela es un testimonio cifrado : constituye una representación del mundo, pero de un mundo al que el novelista ha *añadido* algo : su

resentimiento, su nostalgia, su crítica. Este *elemento añadido* es lo que hace que una novela sea una obra de creación y no de información, lo que llamamos con justicia la originalidad de un novelista.

Temas y demonios

No es fácil detectar el origen de la vocación de un novelista, es decir el momento de la ruptura, la o las experiencias que viciaron su relación con la realidad, que hicieron de él un inconforme ciego y radical y lo dotaron de esa voluntad decidida que lo convertiría en un suplantador de Dios. Y no lo es porque, en la mayoría de los casos, la ruptura no es el resultado de un hecho único, la tragedia de un instante, sino un lento, solapado proceso, el balance de una compleja suma de experiencias negativas de la realidad. En todo caso, la única manera de averiguar el origen de esa vocación es un riguroso enfrentamiento entre la vida y la obra : la revelación del enigma está en aquellos puntos en que ambas se tocan o confunden. El *por qué* escribe un novelista está visceralmente mezclado con el *sobre qué* escribe : los « demonios » de su vida son los « temas » de su obra. Los « demonios » : aquellos hechos, personas, sueños, mitos, cuya presencia o cuya ausencia, cuya vida o cuya muerte lo enemistaron con la realidad, se grabaron con fuego en su memoria y atormentaron su espíritu, se convirtieron en los materiales de su empresa de reedificación de la realidad, y a los que tratará simultáneamente de recuperar y exorcizar, con las palabras y la fantasía, en el ejercicio de esa vocación que nació y se nutre de ellos, en esas ficciones en las que ellos, disfrazados o idénticos, omnipresentes o secretos, aparecen y reaparecen una y otra vez, convertidos en « temas ». (Sabiduría del lenguaje popular : un hombre con obsesiones que recurren en su conversación es un « hombre con temas », un « temático »). El proceso de la creación narrativa es la transformación del « demonio » en « tema », es decir el proceso mediante el cual unos contenidos subjetivos se convierten, gracias al lenguaje, en elementos objetivos, la mudanza de una experiencia individual en experiencia concreta universal.

La historia de un novelista, según Roland Barthes, es la historia de un tema y sus variaciones. Discutible para autores como Tolstói, Dickens o

Balzac, la fórmula es válida para aquellos que, como Kafka o Dostoyevsky, parecen haber escrito su obra azudados por una idea fija. Es el caso de García Márquez : obsesiva, recurrente. una intención central abraza toda su obra, una ambición única que sus ficciones van desarrollando a saltos y retrocesos, desde perspectivas diferentes y con métodos distintos. Este denominador común hace que sus cuentos y novelas puedan leerse como fragmentos de un vasto, disperso, pero al mismo tiempo riguroso proyecto creador, dentro del cual encuentra cada uno de ellos su plena significación. Esta voluntad unificadora es la de edificar una realidad cerrada, un mundo autónomo cuyas constantes proceden esencialmente del mundo de infancia de García Márquez. Su niñez, su familia, Aracataca constituyen el núcleo de experiencias más decisivo para su vocación : estos « demonios » han sido su fuente primordial, a los que otros han venido a enriquecer, a matizar, pero, hasta ahora, nunca a sustituir. El exageraba apenas cuando declaró a Hars « *qué todo lo que ha escrito hasta ahora lo conocía ya o lo había oído antes de los ocho años* » y que desde la muerte de su abuelo « *no me ha pasado nada interesante* ». En cambio, no exagera nada cuando afirma : « *Yo no podría escribir una historia que no sea basada exclusivamente en experiencias personales* ». Ningún escritor podría hacerlo ; aun en la ficción más impersonal o imposible se esconde un « demonio ». Los suyos proceden casi todos de Aracataca : ¿ cuál es la razón ? Estas experiencias determinaron su vocación, de ellas vino su conflicto con la realidad :

« G.M. : *Mira : Yo empecé a escribir « Cien años de soledad » cuando tenía dieciseis años...*

« V.L.L. : *¿ Por qué no hablamos mejor ahora de tus primeros libros ? Desde el primero.*

« G.M. : *Es que el primero, precisamente, fue*

« *Cien años de soledad* »... *Yo empecé a escribirlo y de pronto me encontré con que era un « paquete » demasiado grande. Quería sentarme a contar las mismas cosas que ahora he contado...*

« V.L.L. : *¿ Querías contar ya, a esa edad, la historia de Macondo ?*

« G.M. : *No sólo eso sino que escribí en ese momento un primer párrafo que es el mismo primer párrafo que hay en « Cien años de soledad ». Pero me di cuenta que no podía con el « paquete ». Yo mismo no creía lo que estaba contando, me di cuenta también que la dificultad era puramente técnica, es decir que no disponía yo de los elementos técnicos y de lenguaje para que esto fuera creíble, para que fuera verosímil. Entonces, lo fui dejando y trabajé cuatro libros mientras tanto. Mi gran dificultad siempre fue encontrar el tono y el lenguaje para que esto se creyera ».*

Con injusticia respecto de su propia obra, García Márquez reduce sus primeros cuatro libros a una mera gimnasia preparatoria de la prueba decisiva : « *Cien años de soledad* ». Esta injusticia es, sin embargo, locuaz : explica el sentimiento de frustración que lo poseyó al terminar sus ficciones anteriores, aclara por qué las enviaba a la maleta. No le parecían logradas, el 'demonio' rebasaba el 'tema' en ellas, sólo en « *Cien años de soledad* » sintió a aquél objetivado. Pero su testimonio es claro : comenzó a escribir a los dieciseis años, urgido por una ambición determinada, y todo lo que ha escrito hasta ahora es producto de esa ambición : « *No me interesa una idea que no resista muchos años de abandono. Si es tan tenaz como la de mi última novela que resistió 17 años no me queda más remedio que escribirla. Entonces la he pensado durante tanto tiempo, que puedo contarla muchas veces al derecho y al revés, como si fuera un libro que ya he leído* ».

(1) Luis Harss, « *Los nuestros* », Buenos Aires, editorial Sudamericana, 1966, p. 393.

(2) García Márquez y Vargas Llosa, « *La novela en América Latina* », Lima, Carlos Milla Batres Ediciones-U.N.I., 1968, pp. 9-10.

(3) *Ibidem*, pp. 26-27.

(4) « *García Márquez : calendario de 100 años* », en « *Ercilla* », Santiago, 24-4-1968, p. 50.

¿Qué experiencias decisivas le ocurrieron antes de los dieciséis años que hicieron de él un escritor? Es casi seguro que la separación física de Aracataca, para ir a un internado, fue algo desgarrador y que en esos años de soledad, en Zipaquirá, comenzó a envenenarse la relación de ese niño con la realidad, a brotar en él el deseo de rechazarla, de sustituirla. Sus primeros cuentos — esos textos que le publica «El Espectador» entre 1947 y 1952 — son la expresión de esa vocación todavía balbuciente. Pero el acontecimiento que consolidaría esa vocación definitivamente y la orientaría en una dirección precisa no fue partir de, sino regresar a Aracataca; ese maravilloso mundo que se había llevado en la memoria a Bogotá, en el que había vivido emocionalmente durante sus años de interno, a través de la nostalgia y los recuerdos, se hizo pedazos: la realidad lo destruyó. Su venganza fue destruir la realidad y reconstruirla con palabras, a partir de esos escombros a que había quedado reducida su infancia:

« Bueno, ocurrió un episodio del que, solamente en este momento, me doy cuenta que probablemente es un episodio decisivo en mi vida de escritor. Nosotros, es decir mi familia y todos, salimos de Aracataca, donde yo vivía, cuando tenía ocho a diez años. Nos fuimos a vivir a otra parte, y cuando yo tenía quince años encontré a mi madre qui iba a Aracataca a vender la casa esa de que hemos hablado, que estaba llena de muertos. Entonces yo, en una forma muy natural, le dije: « Yo te acompaño ». Y llegamos a Aracataca y me encontré con que todo estaba exactamente igual pero un poco traspuesto, poéticamente. Es decir, que yo veía a través de las ventanas de las casas una cosa que todos hemos comprobado: cómo aquellas calles que nos imaginábamos anchas, se volvían pequeñitas, no eran tan altas como nos imaginábamos; las casas eran exactamente iguales, pero estaban carcomidas por el tiempo y la pobreza, y a través de las ventanas veíamos que eran los mismos muebles, pero quince años más viejos en realidad. Y era un pueblo polvoriento y caluroso; era un mediodía terrible, se respiraba polvo. Es un pueblo donde fueron a hacer un tanque para el acueducto y tenían que trabajar de noche porque de día no podían agarrar las herramientas por el calor que había. Entonces, mi madre y yo, atravesamos el pueblo como quien atraviesa un pueblo fantasma: no había un alma

en la calle; y estaba absolutamente convencido que mi madre estaba sufriendo lo mismo que sufría yo de ver cómo había pasado el tiempo por ese pueblo. Y llegamos a una pequeña botica, que había en una esquina, en la que había una señora cosiendo; mi madre entró y se acercó a esta señora y le dijo: « ¿ Cómo está comadre? » Ella levantó la vista y se abrazaron y lloraron durante media hora. No se dijeron una sola palabra sino que lloraron durante media hora. En ese momento me surgió la idea de contar por escrito todo el pasado de aquel episodio.⁵

« Me surgió la idea »: tal vez la expresión no sea la justa, quizás hubiera sido más exacto decir 'la necesidad', 'la tentación'. La vocación de novelista no se elige racionalmente: un hombre se somete a ella como a un perentorio pero enigmático mandato, más por presiones instintivas y subconcientes que por una decisión racional. En todo caso, el impulso mayor de esta vocación parece efectivamente arrancar de ese recuerdo lastimoso, de esa precoz frustración. El adolescente está allí, de regreso después de algunos años en ese pueblo del que, psicológica y afectivamente en realidad nunca se había apartado, y no cree lo que sus ojos ven: el pueblo que recordaba no coincide con el que tiene delante, aquél estaba vivo y éste parece muerto, es un « pueblo fantasma ». Las casas se han achicado, angostado, y todo ha envejecido. Pero además, y sobre todo, el pueblo se ha vaciado de gente: a él lo había deprimido la 'tristeza' de Bogotá, la 'tristeza' de Zipaquirá, porque comparaba esas ciudades de 'cachacos sombríos', con el aspecto bullicioso y populoso de « su » pueblo. Y ahora llega a Aracataca y « no había un alma en la calle »: « y estaba absolutamente convencido de que mi madre estaba sufriendo lo mismo que sufría yo de ver cómo había pasado el tiempo por ese pueblo ». Sufre, pero, en verdad no tanto por su pueblo como por él mismo. Su dolor es sincero aunque egoísta: se siente langañado, traicionado, contradicho por la realidad; una infidelidad es el premio que merece su más honda lealtad: la Aracataca a la cual se había mantenido aferrado con toda la furia de sus recuerdos, aquella que lo había hecho sentirse un forastero en el internado, ya no es más. ¿ El tiempo destruyó realmente el pueblo o fue su propia memoria lo que el tiempo alteró? No importa: el adolescente, confrontado con ese desmentido brutal que le inflige la realidad, se

siente súbitamente privado de lo que más ansiosamente añoraba, de lo mejor que tenía: su infancia. Un 'demonio' que no lo abandonará más acaba de instalarse en él, y allí permanecerá, azuzándolo, hasta que él sienta que lo ha exorcizado del todo y lo instale a su vez en el título de un libro: la soledad⁶.

Tendrán que pasar muchos años y tendrá que vencer él duras pruebas hasta que ello sea posible: el origen de la vocación es sólo un punto de partida y de ningún modo un indicio fatídico de su trayectoria y menos aún de sus resultados. Se trata sólo de una posibilidad, de una disposición abierta sobre un vacío que, ahora sí, su razón, su terquedad, su energía y, desde luego, su locura, irán poblando con aciertos o fracasos. Pero ahora, en este momento, se trata únicamente de hacer frente a esa cruda verdad que tiene ante los ojos y que no coincide con la de su memoria y sus sueños: ¿ sacrificará esta realidad ficticia y aceptará la realidad real? El adolescente no admite el descalabro de su ilusión: prefiere, demencialmente, sacrificar la realidad. Con todo el ímpetu de su rencor, desde el fondo de su desengaño, se rebela: « En ese momento me surgió la idea de contar por escrito todo el pasado de aquel episodio. » Ese pueblo que ya no es, será; la realidad acaba de desmentir la Aracataca de su memoria; él dedicará su vida a desmentir a la realidad, a suplantarla con otra que creará a imagen y semejanza del modelo ilusorio de sus recuerdos, y que nacerá contaminada de la terrible desilusión, de la compacta soledad de este instante. A partir

(5) García Márquez y Vargas Llosa, *op. cit.*, pp. 27-28.

(6) De esta experiencia nace también otro tema persistente en su obra: la nostalgia. Esa nostalgia que, en buena parte, le dará fuerzas para emprender la recuperación del mundo de su infancia a través de la palabra. En « Cien años de soledad », el coronel Aureliano Buendía regresa a Macondo, en medio de una de sus guerras, y en su ausencia el tiempo ha deteriorado a su pueblo y a su casa, como había deteriorado a Aracataca cuando García Márquez volvió con su madre. Dice la novela, refiriéndose al Coronel: « No percibió los minúsculos y desgarradores destrozos que el tiempo había hecho en la casa, y que después de una ausencia tan prolongada habían parecido un desastre a cualquier hombre que conservara vivos sus recuerdos. No le dolieron las peladuras de cal en las paredes, ni los sucios algodones de telaraña en los rincones, ni el polvo de las begonias, ni las nervaduras del comején

en las vigas, ni el musgo de los quicios, ni ninguna de las trampas insidiosas que le tendía la nostalgia » (p. 151). Lo que no le ocurrió al Coronel le ocurrió a García Márquez: él sí percibió los destrozos, a él sí le pareció aquello un desastre, él sí cayó en la trampa.

de ese momento, García Márquez se consagrará a demostrar, mediante el ejercicio de una vocación deicida, lo que Aureliano y Amaranta Ursula descubren en un momento de sus vidas: « que las obsesiones dominantes prevalecen contra la muerte » (p. 346). La elección de esa vocación de suplantador de Dios hará posible que, algún día, esta derrota que acaba de sufrir por obra de la realidad se convierta en victoria sobre esa misma realidad. El también, después de largos trabajos, podrá decir, como el narrador de « Para una tumba sin nombre », de Juan Carlos Onetti, al terminar su última novela: « al terminar de escribirla me sentí en paz, seguro de haber logrado lo más importante que puede esperarse de esta clase de tareas: había aceptado un desafío, había convertido en victoria por lo menos una de las derrotas cotidianas »⁷.

Esta vocación, nacida así, asumirá en este caso específico, todas las características de una fijación: se alimentará maníaticamente de esa masa de experiencias que fueron las determinantes del trauma original, de la ruptura con la realidad real, ellas serán la cantera que le suministrará una y otra vez los materiales para la edificación de la realidad ficticia, y ellas la razón de ser del designio que atraviesa todas sus ficciones como una idea fija. Su rebelión contra la realidad era, en el fondo, una negativa radical a aceptar esa negación de su infancia que significaba el espectáculo de esa Aracataca deteriorada y solitaria, tan diferente de la de sus recuerdos: el escritor vivirá adherido a esos recuerdos y los esgrimirá como su mejor arma en el combate que hoy inicia. Ellos serán sus 'demonios' primordiales: su estímulo creador, el paradigma de sus ficciones, sus 'temas' recurrentes. Él dirá más tarde, en las entrevistas, de una manera risueña, que 'todo lo que ha escrito hasta ahora lo conocía ya o lo había oído antes de los ocho años', y en el corazón de esa broma hay una implacable verdad. Repetirá una y otra vez, creyendo bromear, « que escribe sólo para que sus amigos lo quieran más », y resulta que es cierto: 'decidió' escribir el día que descubrió la soledad⁸.

Un escritor no elige sus temas, los temas lo eligen a él. García Márquez no decidió, mediante un movimiento libre de su conciencia, escribir ficciones a partir de sus recuerdos de Aracataca. Fue lo contrario lo que ocurrió: sus experiencias de Aracataca lo eligieron a él como escritor. Un hombre no elige sus 'demonios': le ocurren ciertas cosas, algunas lo hieren tan hondamente que lo llevan, locamente, a negar la realidad y a querer reemplazarla por otra. Esas 'cosas' que están en el origen de su vocación, serán también su estímulo, sus fuentes, la materia a partir de la cual esa vocación trabajará. No se trata, desde luego, ni en el caso de García Márquez ni en el caso de ningún escritor, de reducir el arranque y el alimento de la vocación a una experiencia única: otras, en el transcurso del tiempo, complementan, corrigen, sustituyen a la inicial. Pero en el caso de García Márquez la naturaleza de su obra permite afirmar que aquella experiencia, sin negar la importancia de otras, constituye quizá el impulso principal para su tarea de creador.

*De la condición 'marginal'
al tema de la 'marginalidad'*

Ningún novelista se libera de esa 'fijación', el peso del instante de la ruptura lastra toda la praxis del suplantador de Dios. No hay aguas bautismales capaces de lavarle de ese crimen de suprema soberbia que, en un instante dado, lo llevó a esa rebeldía total: la voluntad de asesinato de la realidad. El ejercicio de su vocación es un paliativo, no un remedio. Nunca triunfará en su vertiginoso, casi siempre inconsciente designio de sustitución: cada novela será un fracaso, cada cuento una desilusión. Pero de esas

(7) Juan Carlos Onetti, «*Para una tumba sin nombre*», Montevideo, editorial Arca, 1967, p. 85.

(8) «*En realidad, uno no escribe sino un libro. Lo difícil es saber cuál es el libro que uno está escribiendo. En mi caso, si es el libro de Macondo, que es lo que más se dice. Pero si lo piensas con cuidado, verás que el libro que yo estoy escribiendo no es el libro de Macondo, sino el libro de la soledad*», en Ernesto González Bermejo, «*García Márquez: ahora doscientos años de soledad*», «*Triunfo*», año XXV, N° 441, Madrid, 14 de noviembre de 1970, p. 12.

derrotas sistemáticas sacará nuevas fuerzas, y otra vez lo intentará, y fracasará y seguirá escribiendo, en pos de esa imposible victoria. Su vocación será un simulacro continuo gracias al cual podrá vivir.

Esta vocación, en su origen, es una comprobación, o, en el peor de los casos, una invención: quien la asume, automáticamente establece una diferencia entre él y los demás, aquellos que se resignan en todo o en parte a la realidad, y se declara a sí mismo un ser *marginal*. ¿Esta diferencia es cierta? ¿Quien la proclama no puede, por razones psicológicas y sociales auténticas, someterse como los otros a la evidencia implacable de lo real? ¿O, simplemente, no quiere hacerlo? ¿Es un apestado o un simulador? La cuestión será zanjada por la praxis de esta vocación: ella convertirá, objetivamente, a quienes la asumen en seres marginales, en suplantadores de Dios. Esta condición de marginalidad, origen y al mismo tiempo resultado de esa vocación, se proyecta en formas varias, complejas, a veces huidizas y casi indecibles, a veces obvias, en los productos de esa praxis: esa condición marginal, ese 'demonio' mayor de todo rebelde deicida, es el denominador común de sus 'simulacros', de todas las realidades ficticias erigidas en el vano combate contra la realidad real desde que, en un momento dado de la historia, la evolución social, económica y cultural hizo posible y necesario que surgiera la vocación de novelista. El tema de la 'marginalidad' atraviesa toda la literatura narrativa como una flecha infalible, es su carta de presentación, su marca; ese tema en el que el rebelde en guerra contra la realidad disfraza su propio drama, representa su propia condición, el destino marginal que le ha deparado su disidencia frente al mundo. Su manifestación más corriente es, desde luego, la anecdótica: no es fortuito que el tema del 'excluido', del 'apestado', del 'ser distinto', reaparezca maníaticamente en las ficciones, desde los superhombres caballerescos, como el Amadís, Parsifal o el Rey Artús, hasta Joe Christmas, el misterioso K. o el coronel Aureliano Buendía, pasando por Vautrin, Madame Bovary, Julian Sorel o d'Artagnan. En ciertas épocas, como en la Edad Media y el período romántico, el culto de la marginalidad se encarna en personajes fuera de serie; en otras, como la última postguerra, en anti-héroes. En muchos casos se proyecta, más sutilmente, no en la materia sino en la forma narrativa y la toma de distancia, la voluntad de dife-

rencia, cuaja en una organización sui-generis del tiempo, como en Proust, en una reestructuración distinta de los planos de la realidad, como en Joyce o Musil, en un ritmo nuevo del curso de la vida, como en Virginia Woolf, o en un lenguaje absolutamente singular, como en Faulkner o Guimarães Rosa. En el caso de muchos novelistas, partiendo del tema de la marginalidad tal como aparece en sus ficciones, podría llegarse a identificar la o las experiencias cruciales que son el origen de su vocación.

La imagen clave

Esta experiencia decisiva ocurrió cuando García Márquez tenía, no quince años, como dice la cita, sino veintiuno o veintidós. Había escrito ya unos cuentos rebuscados y morbosos, pero inmediatamente después del impacto que significó el retorno a Aracataca, cambió de estilo y de asunto: en esos días comenzó a escribir «*La Hojarasca*». Desde esa primera novela hasta la última, toda su obra da fe, a través de una imagen recurrente, de ese instante terrible.

El primer cuento de «*Los funerales de la Mama Grande*», «*La siesta del martes*», fue escrito en Caracas, en 1958, y está basado en un recuerdo de infancia que ha evocado en varias entrevistas: «*Todo el argumento de «La siesta del martes», que considero mi mejor cuento, surgió de la visión de una mujer y una niña vestidas de negro, con un paraguas negro, caminando bajo el sol abrasante de un pueblo desierto*», dijo en 1968⁹, y tres años antes le había contado algo semejante a Hars: «*Dice que un día una mujer y una joven llegaron al pueblo con un ramo de flores, y pronto se difundió la voz: «Aquí viene la madre del ladrón». Lo que lo impresionó fue la dignidad invencible de la mujer, su fuerza de carácter en medio de la hostilidad popular*»¹⁰. Esta imagen corresponde idénticamente a aquella, también elíptica, que cierra «*La Hojarasca*», el episodio silenciado hacia el cual está orientada toda la historia: alguien — el coronel que acompaña el ataúd en la novela, la madre del ladrón en el cuento — sale a enfrentarse a una comunidad hostil y debe atravesar la calle central de un pueblo adverso. Es evidente que esta imagen tiene su origen en el regreso de García Márquez con su madre a Aracataca: «*Entonces mi madre y yo atravesamos el pueblo como quien atraviesa un pueblo fantasma. No había un alma en la calle...*» La frustración que significó el reencuentro con

Aracataca lo decidió 'a contar por escrito' el pasado de aquella realidad. ¿Cuál? Porque en ese momento Aracataca dejó de ser para él indivisible, se fragmentó en dos realidades, la que se había llevado en la memoria y que traía de vuelta, seguramente embellecida, y esa realidad miserable que tiene ante los ojos. Contará ambas realidades, fundidas en una sola. Esa soledad, ese vacío que los reciben a él y a su madre se ha convertido en las imágenes reincidentes de «*La Hojarasca*» y de «*La siesta del martes*», en lo que él sintió en ese instante: en hostilidad. Esas ventanas cerradas son ahora miradas odiosas, esas veredas desiertas se han llenado de puños y de caras crispadas. La imagen reactualiza simbólicamente el instante del conflicto con la realidad vivido por el propio creador y reafirma su insuñición ante el mundo.

Siguiendo las reencarnaciones de esta situación clave en la obra de García Márquez, descubrimos una de las formas que adopta en su mundo ficticio el tema de marginalidad. En casi todas sus ficciones, vez que surge esta situación — un individuo enfrentado a, o separado de la colectividad que lo rodea — el narrador deja de ser neutral y (siempre con discreción) toma partido por el excluido. En el caso de «*La siesta del martes*» es evidente que las simpatías del narrador acompañan a la mujer. «*Es el mejor cuento que he escrito*», dijo García Márquez a Durán, y, según Hars, «*Para García Márquez «La siesta del martes» es el más íntimo de todos los cuentos de «Los Funerales de la Mama Grande»*. La intimidad no aparece en este relato anclado en el plano más exterior de lo real objetivo y en el que la realidad es paisaje, objeto y acto. La acción sólo es interiorizada un brevísimo instante, en el caso de un personaje secundario, y esta fugaz irrupción es intrascendente desde el punto de vista de la historia. ¿A qué se refiere García Márquez cuando llama a este cuento 'el más íntimo'? Es 'íntimo' para él, pues toca directamente su intimidad de escritor, su más importante experiencia de creador, aquella que hizo nacer en él la voluntad de competir con la realidad creando reali-

(9) Armando Durán, «*Conversaciones con Gabriel García Márquez*», Revista Nacional de Cultura, Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes, Caracas-Venezuela, año XXIX, N° 185, julio-agosto-septiembre, 1968, p. 32.

(10) Hars, *op. cit.*, p. 403.

dades. La misma subjetiva razón hace que lo considere 'el mejor cuento que ha escrito'.

Otra versión de la misma imagen aparece en « *En este pueblo no hay ladrones* », cuando el negro acusado del robo cometido por Dámaso es llevado hacia el embarcadero : « *Lo llevaron por el medio de la plaza, las muñecas amarradas a la espalda con una soga tirada por un agente de la policía. Otros dos agentes armados de fusiles caminaban a su lado. Estaba sin camisa, el labio inferior partido y una ceja hinchada, como un boxeador. Esquivaba las miradas de la multitud con una dignidad pasiva. En la puerta del salón de billar, donde se había concentrado la mayor cantidad de público para participar de los dos extremos del espectáculo, el propietario lo vio pasar moviendo la cabeza en silencio. El resto de la gente lo observó con una especie de fervor* ».

La situación es idéntica : un apestado atraviesa 'con una dignidad pasiva' el centro de un pueblo, ante las miradas de la gente que se ha reunido allí para gozar del espectáculo. La naturaleza de esta curiosidad resulta implícitamente condenatoria para el pueblo ; el narrador toma partido así, con delicadeza pero con claridad, por el ser marginal. Se puede asociar a estas imágenes, uno de los episodios finales de « *El coronel no tiene quien le escriba* » : el paseo que hace el coronel por el pueblo, con el gallo en brazos, entre los aplausos de la gente. Allí, el personaje no es víctima ; al contrario, es vitoreado como héroe. ¿Cuál es su reacción ? No de entusiasmo, no de gratitud. No participa de esa apoteosis. Se siente 'intimidado', 'aborto', y el narrador precisa : « *Nunca había sido tan largo el camino hasta su casa.* » Una vez que llega a su hogar, el coronel, extrañamente enfurecido, arroja a la calle a los niños curiosos amenanzándolos con darles de correazos¹¹. La situación es distinta sólo en la superficie, ya que la imagen opone los mismos ingredientes : una colectividad y un individuo, distanciados, incommunicados uno del otro. La corriente de simpatía que mana de aquella no encuentra eco en el beneficiario, éste la registra más bien de una manera 'dolorosa'. Otra variante de la imagen-clave, aparece en « *Un día después del sábado* » : el 'apestado' del cuento, el Padre Antonio Isabel, acostumbra dar un paseo, a diario, a la hora de la siesta, por las calles desiertas, en dirección a la estación de ferrocarril. Cuando toda la gente retoza en el interior de las casas bajo el bochorno, el alucinado sacerdote atraviesa el

pueblo solitario, como una figura fantasmal : en uno de esos paseos 've' al Judío Errante¹². Más fieles a la estructura de la imagen-clave, son las llegadas a Macondo del coronel Aureliano Buendía en « *Cien años de soledad* » : victorioso o derrotado, siente siempre una barrera invisible entre él y la comunidad agolpada en las calles que atraviesa : « *Parecía un pordiosero. Tenía la ropa desgarrada, el cabello y la barba enmarañados, y estaba descalzo. Caminaba sin sentir el polvo abrasante, con las manos amarradas a la espalda con una soga que sostenía en la cabeza de su montura un oficial de a caballo. Junto a él, también astroso y derrotado, llevaban al coronel Gerineldo Márquez. No estaban tristes. Parecían más bien turbados por la muchedumbre que gritaba a la tropa toda clase de improperios* » (pp. 109-110). Es sintomático que 'mientras la muchedumbre tronaba a su paso' el coronel esté « *concentrado en sus pensamientos, asombrado de la forma en que había envejecido en un año* » (p. 111). Más tarde confesará a su madre haber tenido la impresión « *de que ya había pasado por todo eso* ». Esa sensación de marginalidad que se apodera de él cuando atraviesa Macondo, se materializa luego en el círculo de tiza de tres metros de diámetro que sus ayudantes trazan a su alrededor y que nadie puede trasponer (p. 145). En cuanto a « *El otoño del patriarca* », García Márquez ha declarado : « *De la novela que escribo ahora, la única imagen que he tenido durante muchos años es la de un hombre inconcebiblemente viejo que se pasea por los inmensos salones abandonados de un palacio lleno de animales* »¹³. Aquí la ciudad desierta u hostil es 'un palacio abandonado' ; la soledad del

(11) « *Los funerales de la Mamá Grande* », Xalapa México, Universidad Veracruzana, 1962, p. 50.

(12) « *El coronel no tiene quien le escriba* », Buenos Aires, editorial Sudamericana, 1968, pp. 84-85.

(13) « *Los funerales de la Mamá Grande* », ed. cit., pp. 96, 100, 102.

(14) Véase también cómo atraviesan Macondo, en « *Cien años de soledad* », entre repiques y flores don Apolinar Moscote y su hija Remedios el día de la boda del Coronel (p. 75) ; la entrada, entre estampidos de cohetes, del coronel Buendía (p. 117), y su salida del pueblo (p. 128).

(15) Armando Durán, op. cit., p. 32.

'ser distinto' está subrayada por esos imposibles compañeros, los animales, que hacen las veces de los puños crispados, la curiosidad malsana o el entusiasmo intolerable.

Si un novelista no elige sus temas, sino, más bien, es elegido por éstos como novelista, la conclusión es, en cierto modo, deprimente : el novelista no es libre. Efectivamente, no lo es, pero en el mismo sentido que ningún hombre es libre de elegir sus sueños o sus pesadillas.

El saqueo de la realidad

En el dominio específico de sus fuentes, el suplantador de Dios es un esclavo de determinadas experiencias negativas de la realidad, de las que ha extraído la voluntad de escribir y de las que esta voluntad se nutre incansablemente al traducirse en una praxis. Pero en el ejercicio de su vocación, en la operación concreta de convertir sus obsesiones en historias, el suplantador de Dios recupera su libertad y puede ejercerla sin límites. El esclavo es un ser absolutamente libre en el dominio de la forma, y es precisamente en este dominio — el del lenguaje y el orden de una ficción — en el que se decide su victoria o su fracaso como suplantador de Dios. Irresponsable en lo que concierne a los temas de su obra, está enteramente librado a sí mismo — es decir a su obstinación, a su esfuerzo — en la empresa de desalojar de sí a sus demonios, de objetivarlos mediante palabras en ficciones que, para él, son verdaderos exorcismos. En otros términos, como la verdad

o la mentira de un mundo de ficción dependen exclusivamente de su forma, no de sus 'temas' sino de su objetivación en una escritura y una estructura, el suplantador de Dios es plenamente responsable, como escritor, de su mediocridad o de su genio.

La afirmación « *Yo no podría escribir una historia que no sea basada exclusivamente en experiencias personales* » encierra una triste verdad : el suplantador de Dios no sólo es un asesino simbólico de la realidad, sino, además, su ladrón. Para suprimirla, debe saquearla ; decidido a acabar con ella, no tiene más remedio que servirse de ella siempre. Así, respecto a la materia de su mundo ficticio, ni siquiera es un creador : se apropia, usurpa, desvalija la inmensa realidad, la convierte en su botín. De esa ilimitada cantera que él pone al servicio de su empresa deicida, surgen ciertos rostros, ciertos hechos, ciertas ideas que ejercen sobre él una fascinación particular, que él aísla de los demás para, combinándolos, organizándolos, nombrándolos, edificar « su » realidad. Pero es precisamente en la operación posterior al acto delictivo inicial, es decir en la de dar nombre y orden a esos hurtos, que éstos (si el suplantador de Dios triunfa en su empresa) dejan de serlo, y adquieren una vida distinta, una naturaleza propia. También en este caso es la forma lo que decide si la realidad ficticia se aparta de su modelo, la realidad real, y llega a constituir una entidad soberana, o no lo consigue y es una mera réplica, inválida por sí misma, de vida prestada. Es por el uso que hace de sus hurtos que el suplantador de Dios puede convertirse de plagiario en creador.

Lugar Llamado Kindberg

Llamado Kindberg, a traducir ingenuamente por montaña de los niños o a verlo como la montaña gentil, la amable montaña, así o de otra manera un pueblo al que llegan de noche desde una lluvia que se lava rabiosamente la cara contra el parabrisas, un viejo hotel de galerías profundas donde todo está preparado para el olvido de lo que sigue allí afuera golpeando y arañando, el lugar por fin, poder cambiarse, saber que se está tan bien, tan al abrigo; y la sopa en la gran soperá de plata, el vino blanco, partir el pan y darle el primer pedazo a Lina que lo recibe en la palma de la mano como si fuera un homenaje, y lo es, y entonces le sopla por encima vaya a saber por qué pero tan bonito ver que el flequillo de Lina se alza un poco y tiembla como si el solido devuelto por la mano y por el pan fuera a levantar el telón de un diminuto teatro, casi como si desde ese momento Marcelo pudiera ver salir a escena los pensamientos de Lina, las imágenes y los recuerdos de Lina que sorbe su sopa sabrosa soplando siempre sonriendo.

Y no, la frente lisa y aniñada no se altera, al principio es sólo la voz que va dejando caer pedazos de persona, componiendo una primera aproximación a Lina: chilena, por ejemplo, y un tema canturreado de Archie Shepp, las uñas un poco comidas pero muy pulcras contra una ropa sucia de auto-stop y dormir en granjas o albergues de la juventud. La juventud, se ríe Lina sorbiendo la sopa como una osita, seguro que no te la imaginas: fósiles, fíjate, cadáveres vagando como en esa película de miedo de Romero.

Marcelo está por preguntarle qué Romero, primera noticia del tal Romero, pero mejor dejarla hablar, lo divierte asistir a esa felicidad de comida caliente, como antes su contento en la pieza con chimenea esperando crepitando, la burbuja burguesa protectora de una billetera de viajero sin problemas, la lluvia estrellándose ahí afuera contra la burbuja como esa tarde en la cara blanquísima de Lina al borde de la carretera a la salida del bosque en el crepúsculo, qué lugar para hacer auto-stop y sin embargo ya, otro poco de sopa osita, cómame que necesita salvarse de una angina, el pelo todavía húmedo pero ya chimenea crepitando esperando ahí en la pieza de gran cama Habsburgo, de espejos hasta el suelo con mesitas y caireles y cortinas y por qué estabas ahí bajo el agua decime un poco, tu mamá te hubiera dado una paliza.

Cadáveres, repite Lina, mejor andar sola, claro

que si llueve pero no te creas, el abrigo es impermeable de veras, no más que un poco el pelo y las piernas, ya está, una aspirina si acaso. Y entre la panera vacía y la nueva llenita que ya la osezna saquea y qué manteca más rica, y tú qué haces, por qué viajas en ese tremendo auto, y tú por qué, ah y tú argentino? Doble aceptación de que el azar hace bien las cosas, el previsible recuerdo de que si ocho kilómetros antes Marcelo no se hubiera detenido a beber un trago, la osita ahora metida en otro auto o todavía en el bosque, soy corredor de materiales prefabricados, es algo que obliga a viajar mucho pero esta vez ando vagando entre dos obligaciones. Osezna atenta y casi grave, qué es eso de prefabricados, pero desde luego tema aburrido, qué le va a hacer, no puede decirle que es domador de fieras o director de cine o Paul McCartney: la sal. Esa manera brusca de insecto o pájaro aunque osita flequillo bailoteándole, el refrán recurrente de Archie Shepp, tienes los discos, pero cómo, ah bueno. Dándose cuenta, piensa irónico Marcelo, de que lo normal sería que él no tuviera los discos de Archie Shepp y es idiota porque en realidad claro que los tiene y a veces los escucha con Marlene en Bruselas y solamente no sabe vivirlos como Lina que de golpe canturrea un trozo entre dos discos, su sonrisa suma de free-jazz y bocado gúlash y osita húmeda de auto-stop, nunca tuve tanta suerte, fuiste bueno. Bueno y consecuente, entonces Marcelo revancha bandoneón, pero la pelota sale de la cancha, es otra generación, es una osita Shepp, ya no tango, che.

Por supuesto queda todavía la cosquilla, casi un calambre agrídulce de eso a la llegada a Kindberg, el parking del hotel en el enorme hangar vetusto, la vieja alumbrando el camino con una linterna de época, Marcelo valija y portafolios, Lina mochila y chapoteo, la invitación a cenar aceptada antes de Kindberg, así charlamos un poco, la noche y la metralla de la lluvia, mala cosa seguir, mejor paramos en Kindberg y te invito a cenar, oh sí gracias qué rico, así se te seca la ropa, lo mejor es quedarse aquí hasta mañana, que llueva que llueva la vieja está en la cueva, oh sí dijo Lina, y entonces el parking, las galerías resonantes góticas hasta la recepción, qué calentito este hotel, qué suerte, una gota de agua la última en el borde del flequillo, la mochila colgando osezna girl-scout con tío bueno, voy a pedir las piezas así te secas un poco antes de cenar. Y la cosquilla, casi un calambre ahí abajo, Lina mirán-

dolo toda flequillo, las piezas qué tontería, pide una sola. Y él no mirándola pero la cosquilla agradesagradable, entonces es un yiro, entonces es una delicia, entonces osita sopa chimenea, entonces una más y qué suerte viejo porque está bien linda. Pero después mirándola sacar de la mochila el otro par de blue-jeans y el pulóver negro, dándole la espalda charlando qué chimenea, huele, fuego perfumado, buscándole aspirinas en el fondo de la valija entre vitaminas y desodorantes y after-shave y hasta dónde pensás llegar, no sé, tengo una carta para unos hippies de Copenhague, unos dibujos que me dió Cecilia en Santiago, me dijo que son tipos estupendos, el biombo de raso y Lina colgando la ropa mojada, volcando indescriptible la mochila sobre la mesa franciscojosé dorada y arabescos James Baldwin kleenex botones anteojos negros cajas de cartón Pablo Neruda paquetitos higiénicos plano de Alemania, tengo hambre, Marcelo me gusta tu nombre suena bien y tengo hambre, entonces vamos a comer, total para ducha ya tuviste bastante, después acabás de arreglar esa mochila, Lina levantando la cabeza bruscamente, mirándolo: Yo no arreglo nunca nada, para qué, la mochila es como yo y este viaje y la política, todo mezclado y qué importa. Mocosá, pensó Marcelo calambre, casi cosquilla (darle las aspirinas a la altura del café, efecto más rápido) pero a ella le molestaban esas distancias verbales, esos vos tan joven y cómo puede ser que viajes así sola, en mitad de la sopa se había reído: la juventud, fósiles, fíjate, cadáveres vagando como en esa película de Romero. Y el gúlash y poco a poco desde el calor y la osezna de nuevo contenta y el vino, la cosquilla en el estómago cediendo a una especie de alegría, a una paz, que dijera tonterías, que siguiera explicándole su visión de un mundo que a lo mejor había sido también su visión alguna vez aunque ya no estaba para acordarse, que lo mirara desde el teatro de su flequillo, de golpe sería y como preocupada y después bruscamente Shepp, diciendo tan bueno estar así, sentirse seca y dentro de la burbuja y una vez en Avignon cinco horas esperando un stop con un viento que arrancaba las tejas, vi estrellarse un pájaro contra un árbol, cayó como un pañuelo fíjate: la pimiento por favor.

Entonces (se llevaban la fuente vacía) pensás seguir hasta Dinamarca siempre así, pero tenés un poco de plata o qué? Claro que voy a seguir, no comes la lechuga?, pásamela entonces, todavía

tengo hambre, una manera de plegar las hojas con el tenedor y masticarlas despacio canturreándoles Shepp con de cuando en cuando una burbujita plateada plop en los labios húmedos. boca bonita recortada terminando justo donde debía, esos dibujos del renacimiento, Florencia en otoño con Marlene, esas bocas que pederastas geniales habían amado tanto, sinuosamente sensuales sutiles etcétera, se te está yendo a la cabeza este Riesling sesenta y cuatro, escuchándola entre mordiscos y canturreos no sé cómo acabé filosofía en Santiago, quisiera leer muchas cosas, es ahora que tengo que empezar a leer. Previsible, pobre osita tan contenta con su lechuga y su plan de tragarse Spinoza en seis meses mezclado con Allen Ginsberg y otra vez Shepp: cuánto lugar común desfilaría hasta el café (no olvidarse de darle la aspirina, si me empieza a estornudar es un problema, mocosa con el pelo mojado la cara toda flequillo pegado la lluvia manoteándola al borde del camino) pero paralelamente entre Shepp y el fin del gúlash todo iba como girando de a poco, cambiando, eran las mismas frases y Spinoza o Copenhague y a la vez diferente, Lina ahí frente a él partiendo el pan bebiendo el vino mirándolo contenta, lejos y cerca al mismo tiempo, cambiando con el giro de la noche, aunque lejos y cerca no era una explicación, otra cosa, algo como una demostración, Lina mostrándole algo que no era ella misma pero entonces qué, decime un poco. Y dos tajadas al hilo de gruyere, por qué no comes, Marcelo, es riquísimo, no comiste nada, tonto, todo un señor como tú, porque tú eres un señor, no?, y ahí fumando mando mando mando sin comer nada, oye, y un poquito más de vino, tú querías, no?, porque con este queso te imaginas, hay que darle una bajadita de nada, anda, come un poco: más pan, es increíble lo que como de pan, siempre me vaticinaron gordura, lo que oyes, es cierto que ya tengo barriguita, no parece pero sí, te juro, Shepp.

Intútil esperar que hablara de cualquier cosa sensata y por qué esperar (porque tú eres un señor, no?), osezna entre las flores del postre mirando deslumbrada y a la vez con ojos calculadores el carrito de ruedas lleno de tortas compotas merengues, barriguita, sí, le habían vaticinado gordura, sic, ésta con más crema, y por qué no te gusta Copenhague, Marcelo. Pero Marcelo no había dicho que no le gustara Copenhague, solamente un poco absurdo eso de viajar en plena lluvia y semanas y mochila para lo más

probablemente descubrir que los hippies ya andaban por California, pero no te das cuenta que no importa, te dije que no los conozco, les llevo unos dibujos que me dieron Cecilia y Marcos en Santiago y un disquito de *Mothers of Invention*, aquí no tendrán un tocadiscos para que te lo ponga?, probablemente demasiado tarde y Kindberg, date cuenta, todavía si fueran violines gitanos pero esas madres, che, la sola idea, y Lina riéndose con mucha crema y barriguita bajo pulóver negro, los dos riéndose al pensar en las madres aullando en Kindberg, la cara del hotelero y ese calor que hacía rato reemplazaba la cosquilla en el estómago, preguntándose si no se haría la difícil, si al final la espada legendaria en la cama, en todo caso el rollo de la almohada y uno de cada lado barrera moral espada moderna, Shepp, ya está, empezás a estornudar, tomá la aspirina que ya traen el café, voy a pedir coñac que activa el salicílico, lo aprendí de buena fuente. Y en realidad él no había dicho que no le gustara Copenhague pero la osita parecía entender el tono de su voz más que las palabras, como él cuando aquella maestra de la que se había enamorado a los doce años, qué importaban las palabras frente a ese arrullo, eso que nacía de la voz como un deseo de calor, de que lo arroparan y caricias en el pelo, tantos años después el psicoanálisis: angustia, bah, nostalgia del utero primordial, todo al fin y al cabo desde el vamos flotaba sobre las aguas, lea la Biblia, cincuenta mil pesos para curarse de los vértigos y ahora esa mocosa que le estaba como sacando pedazos de sí mismo, Shepp, pero claro, si te la tragás en seco cómo no se te va a pegar en la garganta, bobeta. Y ella revolviendo el café, de golpe levantando unos ojos aplicados y mirándolo con un respeto nuevo, claro que si le empezaba a tomar el pelo se lo iba a pagar doble pero no, de veras Marcelo, me gustas cuando te pones tan doctor y papá, no te enojés, siempre digo lo que no tendría que, no te enojés, pero si no me enojo, pavota, sí te enojaste un poquito porque te dije doctor y papá, no era en ese sentido pero justamente se te nota tan bueno cuando me hablas de la aspirina y fijate que te acordaste de buscarla y traerla, yo ya me había olvidado, Shepp, ves cómo me hacía falta, y eres un poco cómico porque me miras tan doctor, no te enojés, Marcelo, qué rico este coñac con el café, qué bien para dormir, tú sabes que. Y sí, en la carretera desde las siete de la mañana, tres autos y un camión, bastante bien en conjunto salvo la tormenta al

final pero entonces Marcelo y Kindberg y el coñac Shepp. Y dejar la mano muy quieta, palma hacia arriba sobre el mantel lleno de miguitas cuando él se la acarició levemente para decirle que no, que no estaba enojado porque ahora sabía que era cierto, que de veras la había conmovido ese cuidado nimio, el comprimido que él había sacado del bolsillo con instrucciones detalladas, mucha agua para que no se pegara en la garganta, café y coñac; de golpe amigos, pero de veras, y el fuego debía estar entibiando todavía más el cuarto, la camarera ya habría plegado las sábanas como sin duda siempre en Kindberg, una especie de ceremonia antigua, de bienvenida al viajero cansado, a las oseznas bobas que querían mojarse hasta Copenhague y después, pero qué importa después, Marcelo, ya te dije que no quiero atarme, no quiero, Copenhague es como un hombre que encierras y dejas (ah), un día que pasa, no creo en el futuro, en mi familia no hablan más que del futuro, me hinchaban los huevos con el futuro, y a él también su tío Roberto convertido en el tirano cariñoso para cuidar de Marcelito huérfano de padre y tan chiquito todavía el pobre, hay que pensar en el mañana m'hijo, la jubilación, ridícula del tío Roberto, lo que hace falta es un gobierno fuerte, la juventud de hoy no piensa más que en divertirse, carajo, en mis tiempos en cambio, y la osezna dejándole la mano sobre el mantel y por qué esa succión idiota, ese volver a un Buenos Aires del treinta o del cuarenta, mejor Copenhague, che, mejor Copenhague y los hippies y la lluvia al borde del camino, pero él nunca había hecho stop, prácticamente nunca, una o dos veces antes de entrar en la universidad, después ya tenía para ir tirando, para el sastre, y sin embargo hubiera podido aquella vez que los muchachos planeaban tomarse juntos un velero que tardaba tres meses en ir a Rotterdam, carga y escalas y total seiscientos pesos o algo así, ayudando un poco a la tripulación, divirtiéndose, claro que vamos, en el café *Rubi* del Once, claro que vamos, Monito, hay que juntar los seiscientos guros, no era fácil, se te va el sueldo en cigarrillos y alguna mina, un día ya no se vieron más, ya no se hablaba del velero, hay que pensar en el mañana, m'hijo, Shepp. Ah, otra vez; vení, tenés que descansar, Lina. Sí doctor, pero un momentito apenas más, fijate que me queda este fondo de coñac tan tibio, pruébalo, sí, ves cómo está tibio. Y algo que él había debido decir sin saber qué mientras se acordaba del *Rubi* porque de nuevo Lina con esa

manera de adivinarle la voz, lo que realmente decía su voz más que lo que le estaba diciendo que era siempre idiota y aspirina y tenés que descansar o para qué ir a Copenhague por ejemplo cuando ahora, con esa manita blanca y caliente bajo la suya, todo podía llamarse Copenhague, todo hubiera podido llamarse velero si seiscientos pesos, si huevos, si poesía. Y Lina mirándolo y después bajando rápido los ojos como si todo eso estuviera ahí sobre la mesa, entre las migas, ya basura del tiempo, como si él le hubiera hablado de todo eso en vez de repetirle vení, tenés que descansar, sin animarse al plural más lógico, vení vamos a dormir, y Lina que se relamía y se acordaba de unos caballos (o eran vacas, le escuchaba apenas el final de la frase), unos caballos cruzando el campo como si algo los hubiera espantado de golpe: dos caballos blancos y uno alazán, en el fondo de mis tíos no sabes lo que era galopar por la tarde contra el viento, volver tarde y cansada y claro los reproches, machona, ya mismo, espera que termino este traguito y ya, ya mismo, mirándolo con todo el flequillo al viento como si a caballo en el fondo, soplándose en la nariz porque el coñac tan fuerte, tenía que ser idiota para plantearse problemas cuando había sido ella en el gran corredor negro, ella chapoteando y contenta y dos piezas qué tontería, pide una sola, asumiendo por supuesto todo el sentido de esa economía, sabiendo y a lo mejor acostumbrada y esperando eso al acabar cada etapa, pero y si al final no era así puesto que no parecía así, si al final sorpresas, la espada en la mitad de la cama, si al final brusca-mente en el canapé del rincón, claro que entonces él, un caballero, no te olvidés de la chalina, nunca vi una escalera tan ancha, seguro que fue un palacio, hubo condes que daban fiestas con candelabros y cosas, y las puertas, fijate esa puerta, pero si es la nuestra, pintada con ciervos y pastores, no puede ser. Y el fuego, las rojas salamandras huyentes y la cama abierta blanquísima enorme y las cortinas ahogando las ventanas, ah qué rico, qué bueno, Marcelo, cómo vamos a dormir, espera que por lo menos te muestre el disco, tiene una tapa preciosa, les va a gustar, lo tengo aquí en el fondo con las cartas y los planos, no lo habré perdido, Shepp. Mañana me lo mostrás, te estás resfriando de veras, desvestite rápido, mejor apago así vemos el fuego, oh sí Marcelo, qué brasas, todos los gatos juntos, mira las chispas, se está bien en la oscuridad, da pena dormir, y él dejando el saco en el respaldo de un sillón, acer-

cándose a la osezna acurrucada contra la chimenea, sacándose los zapatos junto a ella, agachándose para sentarse frente al fuego, viéndole correr la lumbre y las sombras por el pelo suelto, ayudándola a soltarse la blusa, buscándole el cierre del sostén, su boca ya contra el hombro desnudo, las manos yendo de caza entre las chispas, mocosa chiquita, osita boba, en algún momento ya desnudos de pie frente al fuego y besándose, fría la cama y blanca y de golpe ya nada, un fuego total corriendo por la piel, la boca de Lina en su pelo, en su pecho, las manos por la espalda, los cuerpos dejándose llevar y conocer y un quejido apenas, una respiración anhelosa y tener que decirle porque eso sí tenía que decirse, antes del fuego y del sueño tenía que decirse, Lina, no es por agradecimiento que lo hacés, verdad?, y las manos perdidas en su espalda subiéndolo como látigos a su cara, a su garganta, apretándolo furiosas, inofensivas, dulcísimas y furiosas, chiquitas y rabiamente hincadas, casi un sollozo, un quejido de protesta y negación, una rabia también en la voz, cómo puedes, cómo puedes Marcelo, y ya así, entonces sí, todo bien así, perdóname mi amor perdóname tenía que decirte perdóname dulce perdóname, las bocas, el otro fuego, las caricias de rosados bordes, la burbuja que tiembla entre los labios, fases del conocimiento, silencios en que todo es piel o lento correr de pelo, ráfaga de párpado, negación y demanda, botella de agua mineral que se bebe del gollete, que va pasando por una misma sed de una boca a otra, terminando en los dedos que tantean en la mesa de luz, que encienden, hay ese gesto de cubrir la pantalla con un slip, con cualquier cosa, de dorar el aire para empezar a mirar a Lina de espaldas, a la osezna de lado, a la osita boca abajo, la piel liviana de Lina que le pide un cigarrillo, que se sienta contra las almohadas, eres huesudo y peludísimo, Shepp, espera que te tape un poco si encuentro la frazada, mírala ahí a los pies, me parece que se le chamuscaron los bordes, cómo no nos dimos cuenta, Shepp.

Después el fuego lento y bajo en la chimenea, en ellos, decreciendo y dorándose, ya el agua bebida, los cigarrillos, los cursos universitarios eran un asco, me aburría tanto, lo mejor lo fui aprendiendo en los cafés, leyendo antes del cine, hablando con Cecilia y con Pirucho, y él oyéndola, el *Rubi*, tan pareciblemente el *Rubi* veinte años antes, Arlt y Rilke y Eliot y Borges, sólo que Lina sí, ella sí en su velero de auto-stop, en sus

singladuras de Renault o de Volkswagen, la osezna entre hojas secas y lluvia en el flequillo, pero por qué otra vez tanto velero y tanto *Rubi*, ella que no los conocía, que no había nacido siquiera, chilena mocosa vagabunda Copenhague, por qué desde el comienzo, desde la sopa y el vino blanco ese irlle tirando a la cara sin saberlo tanta cosa pasada y perdida, tanto perro enterrado, tanto velero por seiscientos pesos, Lina mirándolo desde el semisueño, resbalando en las almohadas con un suspiro de bicho satisfecho, buscándole la cara con las manos, tú me gustas, huesudo, tú ya leíste todos los libros, Shepp, quiero decir que contigo se está bien, estás de vuelta, tienes esas manos grandes y fuertes, tienes vida detrás, tú no eres viejo. De manera que la osezna lo sentía vivo a pesar de, más vivo que los de su edad, los cadáveres de la película de Romero y quién sería ése debajo del flequillo donde el pequeño teatro resbalaba ahora húmedo hacia el sueño, los ojos entornados y mirándolo, tomarla dulcemente una vez más, sintiéndola y dejándola a la vez, escuchar su ronrón de protesta a medias, tengo sueño, Marcelo, así no, sí mi amor, sí, su cuerpo liviano y duro, los muslos tensos, el ataque devuelto duplicado sin tregua, no ya Marlene en Bruselas, las mujeres como él, pausadas y seguras, con todos los libros leídos, ella la osezna, su manera de recibir su fuerza y contestarla pero después, todavía en el borde de ese viento lleno de lluvia y gritos, resbalando a su vez al semisueño, darse cuenta de que también eso era velero y Copenhague, su cara húmeda entre los senos de Lina era la cara del *Rubi*, las primeras noches adolescentes con Mabel o con Nélida en el departamento prestado del Monito, las ráfagas furiosas y elásticas y casi en seguida por qué no salimos a dar una vuelta por el centro, dame los bombones, si mamá se entera. Entonces ni siquiera así, ni siquiera en el amor se abolía ese espejo hacia atrás, el viejo retrato de sí mismo joven que Lina le ponía por delante acariciándolo y Shepp y durmámomos ya y otro poquito de agua por favor; como haber sido ella, desde ella en cada cosa, insoporta-

blemente absurdo irreversible y al final el sueño entre las últimas caricias murmuradas y todo el pelo de la osezna barriéndole la cara como si algo en ella supiera, como si quisiera borrarlo para que se despertara otra vez Marcelo, como se despertó a las nueve y Lina en el sofá se peinaba canturreando, vestida ya para otra carretera y otra lluvia. No hablaron mucho, fue un desayuno breve y había sol, a muchos kilómetros de Kindberg se pararon a tomar otro café, Lina cuatro terrones y la cara como lavada, ausente, una especie de felicidad abstracta, y entonces tú sabes, no te enojas, dime que no te vas a enojar, pero claro que no, decime lo que sea, si necesitás algo, deteniéndose justo al borde del lugar común porque la palabra había estado ahí como los billetes en su cartera, esperando que los usaran y ya a punto de decirlo cuando la mano de Lina tímida en la suya, el flequillo tapándole los ojos y por fin preguntarle si podía seguir otro poco con él aunque ya no fuera la misma ruta, qué importaba, seguir un poco más con él porque se sentía tan bien, que durara un poquito más con este sol, dormiremos en un bosque, te mostraré el disco y los dibujos, solamente hasta la noche si quieres, y sentir que sí, que quería, que no había ninguna razón para que no quisiera, y apartar lentamente la mano y decirle que no, mejor no, sabés, aquí vas a encontrar fácil, es un gran cruce, y la osezna acatando como bruscamente golpeada y lejana, comiéndose cara abajo los terrones de azúcar, viéndolo pagar y levantarse y traerle la mochila y besarla en el pelo y darle la espalda y perderse en un furioso cambio de velocidades, cincuenta, ochenta, ciento diez, la ruta abierta para los corredores de materiales prefabricados, la ruta sin Copenhague y solamente llena de veleros podridos en las cunetas, de empleos cada vez mejor pagados, del murmullo porteño del *Rubi*, de la sombra del plátano solitario en el viraje, del tronco donde se incrustó a ciento sesenta con la cara metida en el volante como Lina había bajado la cara porque así la bajan las ositas para comer el azúcar.

Carlos Fuentes

Nowhere

Llegó al atardecer, encabezando a veinte hombres armados; galoparon a lo largo de los campos ahogados en la bruma; decapitaron los trigales a latigazos. Portaban antorchas en alto; al llegar a la choza en medio del llano, las arrojaron sobre el techo de paja y esperaron a que Pedro y sus dos hijos saliesen como animales de la guarida. Desde su alto corcel, el Señor acusó al viejo campesino de faltar a los deberes del siervo. Pedro dijo que no era así, que los viejos fueros le asistían para entregar al Señor sólo parte de la cosecha y guardar otra parte para alimentarse, alimentar a su familia y vender algo en el mercado. Pedro habló mirando del techo en llamas el amo montado en el caballo amarillo, de piel pecosa y gastada. La piel de Pedro se parecía a la del caballo.

El Señor afirmó: — No hay más ley que la mía; el lugar está apartado y no se puede invocar una vieja justicia en desuso.

Añadió que los hijos de Pedro serían llevados por la fuerza al servicio de las armas del Señor. La próxima cosecha debería ser entregada en su totalidad a las puertas del castillo.

— Obedece, dijo el Señor, o tus tierras serán convertidas en cenizas y ni siquiera la mala yerba crecerá sobre ellas.

Los hijos de Pedro fueron atados y montados y la compañía armada cabalgó de regreso al castillo. Pedro permaneció al lado de su choza en llamas.

El heredero

El halcón se estrelló ciegameamente contra las paredes de la celda. « Me va a sacar los ojos, me va a sacar los ojos », repetía continuamente el joven Felipe, tapándose los ojos con las manos mientras el ave perdía todo sentido de orientación y se lanzaba al vuelvo, se estrellaba contra los muros y volvía a arrojarse a una oscuridad que juzgaba infinita. El Señor abrió la puerta de la celda y la súbita luz aumentó la furia del pájaro de rapiña. Pero el Señor se acercó al azor cegado y le ofreció la mano enguantada; el ave se posó tranquilamente sobre el cuero seboso y el Señor acarició las alas calientes y el cuerpo magro; acercó el pico del halcón al agua y al alimento. Miró al muchacho con aire agraviado y le condujo a la sala del castillo, donde las mujeres bordaban, los menestresles cantaban y un juglar hacía cabriolas.

El Señor le explicó a su hijo que el halcón requiere sombra para descansar y tomar los alimentos; pero no tanta que le haga creer que el espacio infinito de la oscuridad le rodea, pues entonces el ave se siente dueña de la noche, sus instintos de presa se despiertan y emprende un vuelo suicida.

— Debes conocer estas cosas, hijo mío. A tí te corresponderá heredar un día mi posición y sus privilegios, pero también la sapiencia acumulada de nuestro dominio, sin la cual aquéllos son vana pretensión.

— Sabe usted que leo las viejas escrituras de la biblioteca, padre, y que soy un aplicado estudiante del latín.

— La sabiduría a la que me refiero va mucho más allá del conocimiento del latín.

— Nunca volveré a decepcionarle.

En medio de una cabriola, el bufón, cayó, ahogado; jadeó; le estallaron burbujas azules entre los labios; murió. La música cesó y las damas huyeron pero Felipe se libró a un impulso, se acercó al juglar y contempló el rostro muerto y maligno bajo las campanillas de la caperuza. Distinguió algo decididamente degradado, desfigurado y malhabido en esa máscara escarlata. De rodillas, Felipe abrazó el cuerpo del juglar; recordó los momentos de alegría que había proporcionado a la corte de su padre. Luego recogió el cuerpo y lo arrastró por los pasillos; imaginó al juglar haciendo lo que no deseaba hacer: mímica, cabriolas, saltos, equilibrios: ¿ a quién imitaba, a quién engañaba, a quién odiaba mientras cumplía, con mala intención, sus funciones? Pues su vida secreta se reveló en los rasgos de la muerte.

Los dos hijos de Pedro, el campesino, habían sido alojados en las habitaciones del payaso, de manera que Felipe les encontró allí cuando entró arrastrando el cadáver y lo depositó sobre el camastro de paja. Pero los dos jóvenes creyeron, al mirar su ropilla bien cortada y sus facciones agraciadas, casi femeninas, que Felipe era un criado del castillo, seguramente un paje, y le preguntaron si sabía qué suerte les reservaba el Señor. Hablaron de escapar y le contaron que ya había gente que vivía libremente, sin amos, recorriendo los caminos, cantando, bailando, amando y haciendo penitencia para que este mundo se acabara y empezase uno mejor. La promesa milenaria, la segunda venida de Cristo, se cumpliría si los hombres, al romper sus lazos de servidumbre, comenzaban a vivir de inmediato en el nuevo mundo sin amos

ni siervos : en la comunidad de los hombres libres.

— Escapemos, dijo el primer hijo de Pedro; tú puedes ayudarnos; conoces las salidas.

— Sólo dejaremos de ser esclavos si empezamos a ser libres, dijo el segundo hijo de Pedro; ayúdanos.

El halcón y la paloma

El alto monje agustino, con la piel del rostro restirada sobre los huesos prominentes, se dirigió al grupo de estudiantes tocados con sombreros de fieltro rojo y repitió tranquilamente la verdad aceptada : el hombre está esencialmente condenado, pues su naturaleza fue para siempre corrompida por el pecado de Adán; nadie puede escapar a las limitaciones de su naturaleza sin la asistencia divina; y semejante gracia sólo la procura la Iglesia.

Alonso, un joven estudiante de teología, se levantó impetuosamente e interrumpió al monje. Le pidió que considerase los pensamientos del hereje Pelagio, quien estimó que la gracia de Dios, siendo infinita, es un don directamente accesible a todos los hombres, sin necesidad de poderes intermedios; y también la doctrina de Orígenes, quien confiaba en que la grandísima caridad de Dios acabaría por perdonar al Demonio.

Por un instante, el estupor paralizó al monje; en seguida, ocultó el rostro con el capuz y se preparó a partir :

— ¿ Niegas el pecado de Adán?, le preguntó con furia contrita y ominosa al estudiante Alonso.

— No; pero sostengo que, creado mortal, Adán hubiese muerto con o sin pecado; sostengo que el pecado de Adán sólo dañó a Adán y no al género humano, pues cada niño que nace nace sin injuria, tan inocente como Adán antes de la caída.

— ¿Cuál es la Ley?, exclamó el alto monje y esperó en silencio la respuesta que jamás se hizo escuchar hasta que el propio monje, congestionado, se contestó a sí mismo : — ¡ El Sínodo de Cartago, el Concilio de Éfeso y las escrituras de San Agustín !

Entonces los estudiantes, quienes obviamente habían preparado la escena, soltarón simultáneamente a un halcón y una paloma. El ave blanca se posó sobre el hombro de Alonso, en tanto que el ave de presa golpeó con el pico el pecho del monje y luego dejó caer unas cagarrutas sobre su

cabeza, de manera que los estudiantes rieron de buena gana.

Las castellanas

Las dos mujeres no habían terminado de vestirse; el parto de la perra las interrumpió. Se hincaron junto a la perra y la mujer joven acarició a los cachorros mientras la más vieja miró de la herida abierta y sangrante de la bestia a su propio cinturón de castidad, pesadamente ahrojado entre los muslos. Le preguntó a la muchacha si se sentía bien. Sí, respondió la joven, bastante bien; no peor que todos los meses. Pero la dueña se quejó y dijo que el destino de las mujeres era sangrar, parir como animales y sofocar con candados lo que los poetas llamaban la flor de la fe.

Terminaron de vestirse y se dirigieron a la capilla del castillo. Allí se hincaron para recibir la comunión. Pero cuando la joven abrió la boca y el sacerdote colocó la hostia sobre la lengua larga y delgada, la oblea se convirtió en serpiente. La muchacha escupió y gritó; el sacerdote, encolerizado, la ordenó que saliese inmediatamente de la capilla : Dios mismo había sido testigo de la ofensa : ninguna mujer en estado de impureza puede poner un pie dentro del templo, y mucho menos recibir el cuerpo de Cristo; la muchacha gritó con horror y el sacerdote le contestó con estas palabras aulladas :

— La menstruación es el paso del demonio por el cuerpo corrupto de Eva.

Felipe amaba desde lejos a esta muchacha y presencié la escena en la capilla, sin dejar de acariciar su mentón lampiño y prógnata.

Jus prima noctis

Se estaba celebrando una gran boda campesina en la troje; se cantaba, bailaba y bebía. La pareja de recién casados, un herrero de rostro rojizo y una muchacha pálida y delgada de dieciséis años, bailaban, él con sus brazos en torno a la cintura de ella, ella con los suyos alrededor del cuello de él, y sus caras estaban tan cerca la una de la otra, que de tiempo en tiempo los besos eran inevitables. Entonces todos escucharon las pesadas heraduras en el corral y sintieron miedo; el Señor y su joven vástago, Felipe, entraron y el amo, sin

decir palabra, se acercó a la novia, la tomó de la mano y se la ofreció a Felipe.

En seguida condujo a la muchacha y a su hijo a una choza cercana y le ordenó a Felipe que se acostara con la novia. El joven se resistió; se acercó a la temblorosa muchacha empujado por su padre, y al rostro de esta niña sobrepuso las facciones de la muchacha del alcazar, la que durante la temprana misa había sido expulsada de la capilla. Sin embargo, ese rostro imaginado no bastó para excitarle; más bien, le confirmó en su profunda concepción del amor como algo que debería ser deseado mas no tocado; ¿ no cantaban los jóvenes y hermosos menestreses sólo la pasión de amantes separados, de damas adoradas porque habitaban una imposible lejanía ?

El Señor, de un golpe, derribó a su hijo; se quitó las botas y las calzas y fornicó con la novia, apresurada, orgullosa, fría, pesadamente, mientras Felipe miraba y los oídos le zumbaban. El padre partió y le dijo a Felipe que regresara solo al castillo.

Felipe le dijo su nombre a la muchacha sollozante y ella le dijo el suyo, Celestina.

El pequeño inquisidor

El estudiante Alonso había sido llevado ante el Santo Oficio por el monje de piel restirada y allí el monje le dijo al Inquisidor que las ideas del joven no sólo eran teológicamente equivocadas, sino prácticamente peligrosas, pues si se filtraban hasta el pueblo correrían la utilidad y la existencia misma de la jerarquía institucional.

El Inquisidor, que era un hombrecito encogido, con birrete de terciopelo, le pidió con dulzura a Alonso que se retractara; le prometió que todo sería olvidado; mi propósito, dijo el anciano mientras se chupaba los labios, no es ganar batallas con palabras, sino convencer a la cabeza y al corazón de que debemos aceptar, pacíficamente, el mundo tal cual es, ya que el mundo en que vivimos está bien ordenado y ofrece ricas recompensas a quienes aceptan su lugar en él sin protestar.

El apasionado Alonso se puso de pie y preguntó con violencia : — ¿ Un mundo del que Dios está ausente, secuestrado por unos cuantos, invisible para aquellos que libremente aspiran a su gracia ?

De manera que el Inquisidor también se levantó,

temblando como una hoja plateada y Alonso saltó hasta la ventana de emplomados azules y salió corriendo por los rojos tejados de la ciudad eclesiástica.

La peste

Los cadáveres yacen en las calles y las puertas están marcadas con cruces velozmente pintadas. Las banderas amarillas son azotadas por un viento rencoroso en los altos torreones. Los mendigos no se atreven a mendigar; sólo miran a un hombre perseguir a un perro alrededor de la plaza, finalmente capturarlo y luego matarlo a garrotazos, pues se dice que los animales son culpables de la pestilencia. Los enfermos han sido arrojados de sus hogares; deambularon en soledad y al cabo se han reunido con los otros infectados alrededor de las pilas de basura. Los cuerpos ennegrecidos flotan en el río y los peces negros mueren en las riberas contaminadas. Los sepulcros abiertos son incendiados. Unas cuantas orquestas tristes tocadas tocan en las plazas, con la esperanza de disipar la capiosa atmósfera de melancolía que se suspende sobre la ciudad.

Muy pocas personas se atreven a caminar por las calles, y entonces sólo vestidas con ropones largos, negros y gruesos, guantes de cuero, botas y máscaras con ojos de vidrio y picos llenos de bergamota. Los conventos han sido clausurados; sus puertas y ventanas, tapiadas. Pero un monje simple y bueno llamado Simón se ha atrevido a salir, pensando que su deber es atender y curar a los enfermos. Antes de acercarse a ellos, Simón empapa sus vestimentas con vinagre y se amarra alrededor de la cintura una faja teñida de sangre seca y adornada con ranas molidas. Cuando debe escuchar la confesión de los enfermos, siempre les da la espalda, pues el aliento de un apestado puede cubrir un cántaro de agua con una nata gris. Los afligidos se quejan y vomitan; sus úlceras negras estallan como cráteres de tinta. Simón administra los sacramentos finales humedeciendo las hostias en vinagre y luego ofreciéndolas en la punta de una larguísima vara.

La ciudad se ahoga bajo el peso de su propia basura; y casi todo el detritus no es sino cadáveres. Entonces, el Alcaide se acerca a Simón y le pide que vaya a la cárcel y allí hable con los presos para hacerles el siguiente ofrecimiento : serán liberados al terminar la peste, si ahora se prestan a trabajar en las calles, quemando a los muertos.

Simón va a la cárcel y hace el ofrecimiento, no sin advertir a los prisioneros del peligro que corren; aislados en sus mazmorras, se han salvado de la enfermedad; una vez fuera de ellas, recogiendo cadáveres en las calles, muchos entre ellos morirían, pero los sobrevivientes serían liberados. Los prisioneros aceptan el trato propuesto por Simón. El sencillo monje los conduce a las calles y allí los presos comienzan a amontonar cuerpos en las carretas.

Celestina

La novia pálida y delgada se metió a la cama y allí, de día y de noche, tembló. Su novio intentó acercarse a ella, pero cada vez Celestina gritó y rechazó la cercanía de su esposo. El joven herrero bajó la mirada y la dejó en paz. Cuando se quedaba sola, Celestina se acercaba al fuego, constantemente atizado para calmar los temblores de la enferma; tocaba las llamas con sus pálidas manos y ahogaba sus gritos y quejas mordiendo una sogá. Así siguió quemándose, mordiendo y quemando, hasta que la sogá no era sino un hilo húmedo y las manos una llaga sin cicatrices. Cuando el virginal marido vio las manos de su esposa y pregunto qué cosa ocurría, ella le contestó :

— He fornicado con el demonio.

La fuga

Esa noche, Felipe escapó del castillo junto con los dos muchachos campesinos. Los tres se escondieron en el bosque vecino y aspiraron su abrazo fuerte y verdoso. No durmieron, pues Felipe les interrogó y los muchachos, con todo detalle, le contaron dónde podía encontrar a los ejércitos de los hombres libres, de los heresiarcas y de los reyes tahures.

Al acercarse la aurora, tres de los cazadores del Señor entraron al bosque, guiados por canes feroces; Felipe se encaramó a un alto pino y allí se escondió, pero los dos hijos de Pedro fueron cazados y devorados por los mastines.

Cuando los cazadores partieron, Felipe descendió del árbol y siguió camino por su cuenta al lugar que los dos jóvenes habían mencionado. Al caer la noche, escuchó una música y se acercó a un

claro donde los hombres y las mujeres bailaban desnudos. El joven recordó los cuerpos sangrientos y desmembrados de sus desafortunados amigos; se desvistió y se unió a los danzantes. Se sintió embriagado, bailó y gritó.

El rostro de Simón

La peste en la ciudad ha terminado. Los presos entierran los últimos cuerpos y Simón el monje les ayuda. Las banderas amarillas son arriadas mientras el monje se reúne con los prisioneros alrededor de una fogata y todos hacen recuerdos del tiempo que han pasado juntos; son amigos. Hay un silencio final y breve. Simón les anuncia que ahora son libres. Muchos han muerto, es cierto; pero los sobrevivientes ganaron algo más que sus vidas; ganaron la libertad. Beben el último trago de la bota de vino cuando se acercan a ellos el Alcaide y los alabarderos. El Alcaide simplemente ordena a su compañía armada que tome a los prisioneros y los vuelva a encarcelar. Ha terminado el tiempo de la gracia. Todos los prisioneros sobrevivientes regresarán a la cárcel hasta el término de sus sentencias.

Uno de los presos escupe al rostro de Simón.

En el bosque

Celestina abandonó su hogar; también ella ambulaba por los bosques, lavándose las manos heridas en los frescos mantiales y comiendo nueces y raíces. De noche, se sentaba bajo un gran árbol y rellenaba de harina las muñequitas de trapo que llevaba escondidas entre los faldones; las acariciaba, las apretaba contra los pechos, invocaba al maligno y le pedía que la tomase y le diese un hijo. Pero sólo levantaba esta súplica cuando los rumores del bosque silbante, aullante, gimiente eran más intensos; sólo el bosque debía escucharla.

Una noche, dos viejos que regresaban, acalorados y premiosos, de una feria distante, la escucharon y luego apartaron unas ramas para verla; cuando la excitación de Celestina llegó a un nivel insostenible, los dos viejos cayeron sobre ella y la violaron, uno detrás del otro; pero la muchacha delgada y pálida ni siquiera se dio cuenta, pues estaba perdida en la intensidad total de su fantasía. Los viejos se preguntaron sobre el signifi-

cado de las muñequitas rellenas de harina, se encogieron de hombros, rieron y las destrozaron. Cuando los viejos se marcharon, Celestina permaneció sola y extenuada durante un largo tiempo. Luego escuchó los sonidos cada vez más cercanos de la música y el canto. Felipe avanzaba al frente de una vasta compañía de hombres y mujeres vestidos con cilicios y portando guadañas sobre los hombros. El corazón de Felipe dio un vuelco, pues reconoció en Celestina a la novia que, una tarde, su padre había tomado para sí. Se arrodilló junto a ella, le acarició el cabello y le dijo :

— No sufras más. Los pecados ya no serán castigados. Ahora, los pobres pueden amar sin ser condenados por su amor. Ven con nosotros.

Tomó las manos llagadas de Celestina y ella le contestó :

— No, ven tú conmigo. He tenido un sueño. Debemos ir hacia el mar.

La muchedumbre cantante continuó en una dirección; Felipe, que ya sabía que los sueños pueden ser reales cuando no hay otra acción posible, se fue con Celestina en el sentido opuesto.

La nave

El viejo campesino Pedro había llegado a la costa y allí construía una barca. Sus brazos aún eran fuertes y cada vez que miraba hacia el mar, sentía que la fuerza le aumentaba. Esa mañana, mirando del mar a las dunas, Pedro vio al monje Simón que bajaba envuelto en polvo; su hábito era una piltrafa. Le preguntó a Pedro :

— ¿Tú eres un marinero? ¿A dónde piensas dirigirte?

El viejo le dijo al monje que las preguntas sobraban; si quería acompañarle, podía empezar a trabajar en seguida. Pero antes de que los dos hombres recogiesen los martillos y los clavos, el estudiante Alonso, ahora vestido con las ropas de un mendicante, también apareció en lo alto de los arenales, descendió a la playa y les preguntó si podía acompañarles en el viaje, pues el barco podía llevarles lejos, muy lejos, de aquí.

Alonso también se unió al trabajo y, al terminar el día, Celestina, guiada por su sueño, apareció con Felipe y ambos solicitaron un lugar en la embarcación. Pedro les dijo que todos podían acompañarle, a condición de que primero trabajaran.

— Tú puedes hacer la cocina, muchacha; y tú, mozo, encuentra algo de comer.

Pedro entregó a Felipe un afilado cuchillo.

La ciudad del sol

Cuando terminaron el trabajo del día, las cinco personas comieron la carne del venado que Felipe había cazado y Celestina preguntó a dónde se dirigirían todos cuando la barca estuviese lista. Pedro contestó que cualquier tierra sería mejor que ésta que dejarían atrás. Y Alonso comentó que seguramente existían otras tierras, más libres, más pródigas; el mundo entero no podía ser una gigantesca prisión.

— Pero hay una catarata al final del océano, dijo el monje Simón; no podremos ir muy lejos.

Felipe rió : — Tienes razón, monje. ¿Por qué no nos quedamos aquí y tratamos de cambiar el mundo que ya conocemos? Pues todos, obviamente, estamos huyendo de cosas que nos han herido y de situaciones que sospechamos inmutables.

— ¿Tú qué harías?, preguntó Alonso el estudiante; ¿qué clase de mundo construirías si pudieses hacerlo?

Estaban muy cerca los unos de los otros, contentos del trabajo cumplido y del alimento sávido; Pedro dijo que él imaginaba un mundo sin ricos ni pobres, sin poderes arbitrarios sobre la gente y sobre las cosas. Habló con una voz a un tiempo soñadora y brusca sobre una comunidad en la que cada uno sería libre para pedir y recibir lo que necesitase de los demás sin otra obligación que la de dar a cada uno lo que a él le pidiesen. Cada hombre sería libre de hacer lo que más le gustase, puesto que todas las ocupaciones serían, a la vez, libres y útiles.

Todos miraron a Celestina y la muchacha apretó las manos contra los senos, cerró los ojos e imaginó que nada sería prohibido y que todos los hombres y todas las mujeres podrían escoger a la persona y el amor que más desearan, pues todo amor es natural y bendito; Dios aprueba todos los deseos de sus criaturas, si son deseos de amor y de vida y no deseos de odio y de muerte. ¿No plantó el propio Creador las semillas de todos los deseos en los pechos de sus criaturas?

El monje Simón dijo : — Sólo puede haber amor si deja de haber enfermedad o muerte. Yo sueño

con un mundo en el que cada niño que nazca sea tanto feliz como inmortal. Nadie volverá a temerle al dolor o a la extinción, pues llegar a este mundo significará habitarlo para siempre. — Pero esto, contestó el estudiante Alonso, supondría un mundo sin Dios, ya que en el mundo imaginado por ustedes, un mundo sin poder y sin dinero, sin prohibiciones, sin dolor y sin muerte, cada hombre sería Dios y Dios sería imposible, una mentira, porque los atributos de Dios serían los de cada hombre, cada mujer y cada niño : la gracia, la inmortalidad, el bien supremo. Entonces todos miraron al joven Felipe y esperaron en silencio. Pero el hijo del Señor dijo que él sólo hablaría después de imaginar, a su manera, lo que los demás acababan de imaginar en su nombre.

El sueño de Pedro

Tú vives en tu comuna feliz, viejo; las cosechas son comunes y cada uno toma y recibe de su vecino. La comuna es una isla de libertad rodeada por un mar de amos y esclavos. Un atardecer, mientras contemplas tranquilamente la puesta del sol desde tu choza reconstruída, oyes voces y conmoción. Un hombre es traído ante tí; ha sido capturado, se le acusa de robar, debe ser juzgado. Es el primer hombre que falta a la ley de la comuna.

Conduces a este hombre ante la asamblea del pueblo reunido en el granero y le preguntas : ¿ por qué robaste, si aquí todas las cosas son comunes ? El hombre pide que se le perdone; no sabía lo que hacía; la excitación de robar fue más fuerte que el sentimiento del deber; más que la codicia, pues aquí todo es de todos, le animaron el gusto del peligro, la aventura, el riesgo; ¿ cómo suplantar de un día para otro esos viejos deseos ?; ha regresado para ser perdonado y para confesarse : sometido a tortura, reveló la existencia de la comuna al Señor.

Contienes tu cólera, viejo; y disfrazas tu temor, pues sabes bien que tu mejor defensa es la invisibilidad; sabes que el Señor no les visitará hasta que se recoja la próxima cosecha o hasta que haya una boda, para ejercer su derecho de perna. Por ello has prohibido que nadie se case antes de la cosecha, confiando en que para entonces la comuna será lo suficientemente fuerte para enfrentarse al Señor. Le preguntas al hom-

bre sollozante que está ante tí : ¿ por qué regresaste, si podías haberte quedado bajo la protección del Señor con tus bienes robados ?

El hombre flaco, con los tobillos heridos por el torniquete, te contesta : — He regresado a hacer penitencia por mi doble traición; he regresado a luchar un defensa de mis amigos, pues mañana el ejército del Señor marchará contra nosotros y aplastará nuestro sueño...

Tú le preguntas : ¿ dónde están las cosas que robaste ? y él baja la cabeza y admite que el Señor, después de que los guardias le capturaron, le llevaron al castillo y le torturaron, le desposeyó de ellas; pero suplica :

— Soy un traidor y ladrón confeso; déjenme regresar con ustedes y luchar con ustedes. No desprecien mis pobres brazos.

Tú decides perdonarle. Pero la asamblea protesta; las voces se escuchan exigiendo la muerte del hombre como un ejemplo para cualquiera que se sienta tentado de repetir sus crímenes. Tú, viejo, argumentas con calor : jamás debe derramarse una gota de sangre aquí; y en silencio te dices que así como el ladrón y traidor no pudo cambiar de la noche a la mañana sus deseos, la multitud aquí reunida no puede sofocar los suyos. Los comuneros te desafían : una vez que el Señor ataque, la sangre será inevitable; simplemente, el plazo para esa lucha fatal ha sido brutalmente acertado; te acusan de evadir los hechos y varios hombres fuertes corren afuera; pronto escuchas los martillos y los serruchos trabajando en la tibia noche de primavera.

Dentro del granero, tu pueblo primero debate y luego dicta : sólo podremos vivir en paz cuando nuestras reglas de vida sean aceptadas por todo el mundo; mientras tanto, debemos olvidar nuestro propio código de fraternidad y destruir implacable y activamente a quienes no la merecen : nuestros enemigos. Tratas de calmarlos, viejo; dices que debemos vivir aislados y en paz, con la esperanza de que nuestro buen ejemplo, tarde o temprano, cunda; dices que debemos vencer con la persuasión, no con la guerra. Los comuneros te gritan a la cara : debemos defendernos, pues si somos destruídos no podremos ofrecer ejemplo alguno. Insistes, débilmente : negociemos con el Señor, entreguémosle la cosecha a cambio del derecho de proseguir nuestro nuevo estilo de vida. Entonces la asamblea se ríe abiertamente de tí.

El traidor es condenado a muerte y colgado esa

misma noche de la flameante horca erigida en mitad del campo público. El pueblo elige a uno de los carpinteros para que organice la defensa; las primeras órdenes del nuevo jefe son que se levanten barricadas en los campos, se integre un ejército popular y se vigile a los vecinos para impedir futuras traiciones.

Viejo : se te suplica que permanezcas en tu choza; y a ella, de tarde en tarde, llegan grupos de niños a entregarte flores y a honrarte como el fundador de la comuna; pero no te atreves a averiguar lo que realmente está sucediendo. Miras, desde tu puerta, la horca. Tienes la impresión de que sólo tú y el verdugo permanecen inmóviles, esperando, siempre, mientras un mundo incomprensible corre velozmente, manifestándose sin concierto, con rumores de cabalgata y llanto, arcabucería e incendio. Todos los días nuevos hombres son colgados; tú ya no sabes, ni quieres saber, si son hombres de la comuna o soldados del Señor. Una vez, el nuevo jefe te visitó y te dijo :

— Pedro, espero que un día, cuando volvamos a vivir en paz, podamos levantar una estatua donde ahora está la horca.

El sueño de Celestina

Felipe tomó la mano de la muchacha.

Tú me has escogido, ¿ no es cierto, Celestina ? Y yo creo que te he escogido a tí. Ven, bebamos a nuestro amor. Trabajemos junto con nuestros nuevos amigos y terminemos de construir la barca del viejo; viajaremos a una tierra nueva y mejor. Nos hemos hecho buenos amigos; todos; los cinco; pero tú y yo, amor, mío, nos amamos bajo las estrellas mientras el barco, suavemente, rompe las olas del mar desconocido.

También Alonso, el estudiante, se ha hecho amigo nuestro; pero cada noche, mientras bebemos después de las duras faenas del día, yo miro sus ojos y él trata de esconderlos detrás de la copa : en ellos veo reflejado mi amor hacia tí.

Tú y yo no tenemos necesidad de explicarnos. Celestina; pronto, Alonso se recuesta con nosotros todas las noches bajo las mantas; yo le quiero como a un hermano y tú amas lo que yo amo; no puede haber odio, sospecha o celo : sólo un deseo satisfecho cuando yo te hago el amor y luego permito que él te haga el amor. A veces, te asalta la tentación de la duda; pien-

sas : « Soy la única mujer a bordo. Es natural que los dos me deseen. » Pero la pasión de Alonso, su tierno tacto, aún sus palabras recién acuñadas, tan distintas de su acostumbrado verbo dogmático, todo ello te dice que él te ama porque tú eres Celestina y que a ninguna otra mujer podría amar. Tú eres Celestina : tú eres mía.

Entonces yo empiezo a pensar que quizás mi amigo te quiere más que yo, Celestina, pues él nos ama a ti y a mí, o a mí a través de tí; y tú temes que te estás acercando demasiado a él y alejándote de mí, a causa de tu sentido de lealtad hacia mí; yo le amo, él es el mi hermano, tú debes agradarme amándole a él cada vez más. Durante el día, el viejo Pedro permanece al timón y el monje ora y pesca. Alonso y yo cumplimos las tareas fatigantes; subimos al palo mayor, aparejamos el velamen, preparamos el treo si vemos nubarrones en el horizonte, sondeamos y barremos, lustramos y miramos eternamente al océano sin fin de cuyo centro nunca parecemos alejarnos, como si hubiésemos puesto la nave a la corda. Nuestros hombros y nuestras manos se tocan constantemente; hemos aprendido a tirar con pareja fuerza de las cuerdas, a conocer y admirar el poder y la gracia de nuestro músculo común, pues ahora inclusive caminamos como gemelos, como si la distribución del peso de nuestros cuerpos fuese esencial para el equilibrio de la nave. Y nuestros cuerpos sudan juntos bajo el sol de verano; nuestras pieles están oscuras y nuestras cabezas teñidas por el oro del océano. Tú, Celestina, tú estás pálida; tu estás apartada de nosotros todo el día, en las sombras, salando el pescado y rebanando las hogazas endurecidas. Ahora nos acercamos a tí cada noche para acercarnos el uno al otro; yo me excito pensando en él y entonces te hago el amor a tí; él no necesita decirme que le sucede lo mismo. Las noches lentas pasan a la deriva; cada vez más, tú eres el pasaje de nuestro deseo, la cosa que debemos poseer a fin de poseernos. Y una noche, por fin, tú estás sola y nosotros estamos juntos. Los cuerpos musculosos y quemados han cumplido su deseo, pero han frustrado el tuyo.

Ahora sabes, acurrucada aparte de nosotros, que si tratas de alcanzar tu propio deseo otra vez, deberás herirme a mí o herir a mi amante, mi hermano. Miras al otro lado de la oscilante cubierta, hacia donde está el monje. Vas y te sientas a sus pies y allí, nuevamente, empiezas a coser tus muñequitas de trapo y sientes una ur-

gencia oscura y distante : aúllas, Celestina, aúllas como una perra perdida.

El sueño de Simón

Cuando Felipe terminó de hablar, el monje Simón negó con la cabeza y dijo : — Te equivocas. Has comenzado por el final. Antes de que pueda haber verdadera paz o verdadero amor, no debe haber más enfermedad o más muerte.

Felipe miró los ojos claros y adoloridos de Simón y recordó el ceño oscuro y voluntarioso de su padre. Y le dijo al monje :

Tú, hermano Simón, has vivido la terrible epidemia ; viste a los hombres luchar contra la muerte. Pero los únicos hombres que realmente lucharon fueron tus prisioneros : a ellos se les había prometido la libertad. Pero en el mundo perfecto que has imaginado, la muerte no tendrá existencia.

Permíteme hacer una pausa, buen monje, y pedirte que vuelvas a recordar tu ciudad, esta vez sin muerte. Un niño nace en el alcázar de mi padre ; al mismo tiempo, nace un niño en una de las oscuras pocilgas de tu ciudad. Todos se alegran, los padres ricos y también los pobres, pues ambos saben que su hijo, una vez nacido, vivirá para siempre.

Los dos niños crecen ; uno excede en las artes de la cetrería, la arquería, la montería y el latín ; el otro sigue la profesión paterna : aprenderá a darle forma al hierro, a mantener los hornos al rojo vivo y a manejar un poderoso fuelle.

Imagina : el aprendiz de herrero, al cumplir los veinte años, se enamora de una muchacha del campo, semejante a Celestina, y se casa con ella ; pero la noche de la boda, el joven príncipe del castillo aparece y toma para sí a la virgen, invocando el indiscutible derecho señorial. La depresión de Celestina se asemeja a la locura ; prohíbe que su novio se acerque a ella. El joven herrero alimenta un sentimiento de odio y de venganza contra mí, Felipe, el joven señor. Pero ambos somos inmortales. El no puede matarme ; yo no puedo asesinarle.

Debemos encontrar algo que sustituya a la muerte que ninguno de los dos puede infligirle al otro. Yo sustituyo a la muerte con la inexistencia. Puesto que no puedo matar al joven herrero porque me odia, ni a tí, viejo, porque eres rebelde,

ni a tí, Celestina, por tus brujerías, ni a tí, Alonso, por tu herejía, a todos los condeno a la muerte en vida ; para mí no existen, les considero muertos.

Ve, monje, ve tu ciudad poblada por mis esclavos, ve tu ciudad amurallada, rodeada por mis hombres y sus armas ; escucha el paso de tus fantasmas en mis vastas ciudades encarceladas. He sitiado la ciudad. Y les he puesto sitio a ustedes : no a sus cuerpos inmortales, sino a sus almas, mortales dentro de la carne inmortal.

Pues esta es la flaqueza de tu sueño, monje : si la carne no puede morir, entonces el espíritu morirá en su nombre. La vida deja de tener valor ; yo he negado la libertad a los hombres y ahora los hombres no pueden cambiar la esclavitud por la muerte. No pueden ofrecer la única riqueza que un hombre oprimido es capaz de dar por la libertad de otros hombres : su muerte.

Y yo, monje, viviré para siempre encerrado en mi castillo, protegido por mis guardias, sin atreverme a salir ; temo conocer algo peor que mi propia, imposible muerte : la centella de la rebelión en los ojos de mis esclavos. No, no hablo de la rebelión activa que tú, monje, o tú, Pedro, pudieran conocer o desear, aunque a veces yo también pueda temer la ola simple e irracional de lo numeroso, la marea de los fantasmas vivientes ahogando mi isla, mi castillo e, incapaces de asesinar a su tirano, convirtiéndole en uno más de su innumerable y anónima compañía. No, monje, no : temo a la rebelión que simplemente deje de reconocer mi poder. Yo no los he matado ; sólo he decretado su inexistencia. Y esa será la venganza del joven novio ; me asesinará olvidándose de que existo.

Tú caminas, monje Simón, entre la muchedumbre fantasmal de tu ciudad, ofreciendo en vano tu caridad inútil e inútilmente buscando esa centella que yo temo, pues los inmortales no se rebelarán sin la certeza de que morirán por ello.

Y así, seguiremos viviendo, tú y yo, yo y ellos, repitiendo sin fin unos cuantos gestos vagos, inciertos, que apenas nos recuerdan el tiempo en que vivimos y luchamos y pensamos y amamos y deseamos a fin de aplazar la muerte o de apresurar la muerte. Viviremos, viviremos para siempre, monje, como viven las montañas y los cielos, los mares y los ríos, hasta que, como ellos, perdamos nuestros rostros e, inmóviles, sólo suframos los inmensos e irracionales poderes de la erosión y el flujo.

Todos seremos sonámbulos, tú en tu ciudad, yo en mi castillo, y finalmente yo saldré, caminaré las calles y nadie me recordará, nadie me reconocerá, como la piedra no reconoce la colina a cuyos pies yace. Nos encontraremos, tú y yo, pero como ambos seremos inmortales, nuestros ojos jamás se encontrarán.

Sólo las puntas de nuestros dedos se tocarán, hermano Simón ; y nuestros labios pronunciarán estúpidamente la palabra « carne », nunca Simón o Felipe : carne, como agua, piedra, pelo, tela, espina.

El sueño de Alonso

El estudiante asintió con gravedad pero en seguida negó varias veces con la cabeza. No, le dijo a Felipe, tu silogismo es incorrecto ; el mundo perfecto dependerá de mi propia premisa : la buena sociedad, el buen amor, la vida eterna sólo serán si cada hombre es Dios ; si cada hombre es su propia e inmediata fuente de gracia. Entonces Dios será imposible porque sus atributos existirán en cada hombre. Pero el hombre, al fin, será posible porque ya no ambicionaré y ya no herirá : su propia gracia le bastará para amarse a sí mismo y amar a todos.

De nuevo habló el joven Felipe, paseando su mirada de los ojos preocupados de Alonso a las facciones sospechosas y sombrías de Celestina. Y dijo lo siguiente :

Te veo, mi hermano Alonso, caminando por tu estrecha bohardilla de estudiante, lleno de la gracia de Dios, convencido de que tú eres tu propio Dios, pero obligado, de todas maneras, a luchar contra dos implacables necesidades. Sientes el frío de esta noche de invierno y el fuego se rehusa a calentarte, pues los leños están húmedos a causa de las fuertes lluvias de noviembre.

Quisieras que tu gracia se extendiese más allá de tu propia piel ; más allá de los estrechos confines de tu cuarto ; que desbordase los límites de tu ánimo sereno y sometiese los fuegos de la tierra y la lluvia de los cielos a tu voluntad : esos fuegos, esas lluvias que tú maldices mientras el viejo Pedro, caminando entre el fango de los campos anegados rumbo al fuego resplandeciente de su hogar, los alaba.

Te preguntas, Alonso : ¿ puede la satisfacción de la gracia divorciarse de la tentación de crear ?

Rumias esta cuestión mientras tiritas cerca de tus húmedos leños verdes : ¿ no es inútil la gracia si no puede dominar a la naturaleza ? Dios pudo contentarse con vivir eternamente sin más compañía que su propia gracia ; ¿ por qué tuvo necesidad de llenar el vacío de esa gracia con los accidentes de la creación natural ?

Piensas en la Divinidad anterior a la creación y la ves como una solitaria transparencia ceñida por los rayos negros de esa tentación de crear : Dios imagina a Adán y se declara insuficiente. Te quemas el cerebro como no puedes incendiar el fuego enfermizo de tu chimenea, imaginando un pedazo de madera que, una vez encendido, seguiría quemándose para siempre. Ese sí sería el don material de tu gracia, el equivalente práctico de tu divinidad ; entonces la gracia y la creación se unirían, y su nombre común sería el conocimiento ; entonces sí, dueño de la *gnosis*, tú serías Dios y Dios sería innecesario, puesto que tú mismo podrías convocar una nueva naturaleza como Dios, una vez, única, arrogante y peligrosamente (entristecido por saberse insuficiente, necesitado) lo hizo.

Aprendes los secretos de la alquimia ; trabajas durante años, infatigablemente ; envejeces encorvado sobre fuegos moribundos y pegajosas breas y aceites verdosos, mezclando, explotando, fijando los brillos momentáneos, perdiendo los fulgores insistentes, agonizando ante un destello. regocijado ante un aura sin llama, imaginando, desde las playas, los fuegos de San Telmo, ambulando sobre campos de turba, destilando mostazas y linazas, polarizando y magnetizando todos los combustibles conocidos por el hombre y algunos más de tu invención, hasta que tu trabajo está terminado. Has entregado tu vida a la gracia pragmática y ahora puedes mostrar, orgullosamente, los resultados al ayuntamiento municipal. Algunos sacerdotes te acusan de practicar las artes negras, pero los burgueses, que ven en tu invento una necesaria reconciliación de la fe y la utilidad, se imponen a la vigilancia clerical y pronto se instala una provechosa fábrica cerca de la ciudad, de donde salen tus leños incandescentes a las chozas de los campesinos, los castillos de los señores y los hornos de los gremios. Nadie tiene por qué volver a sentir frío. Tú has triunfado sobre el descuidado designio de Dios : empapar la leña cuando su sequedad es más útil ; vaciar los cántaros del cielo en invierno. El mundo civilizado te lo agradece ; poco importa que los vapores de

tu invento manchen el firmamento con una niebla amarilla y las cañadas con una pantanosa resina. La gracia, la creación y el conocimiento se han reunido en tí; tú has establecido la norma objetiva de la verdad.

Orgullosa y vieja, salvada por la fama de la soledad y de las preguntas que, en la soledad, te propondrías tu olvidada gracia, impulso original de tu creación y germen solitario de tu conocimiento, te satisface andar a caballo por los campos y cerciorarte de tu renombre, la gratitud de la población y la utilidad del regalo que le has hecho. De todas las chimeneas sale ese apuesto humo amarillo... de todas, menos una. Estupefacto te detienes y entras a la choza sin humo.

Allí, Celestina está sentada. También ella ha envejecido; es verdaderamente una bruja, gris y arrugada, heladamente sentada junto al hogar sin fuego, cosiendo sus muñequitas y rellenándolas de harina. Entona una letanía diabólica, y en realidad invoca al único compañero de su soledad; la intensidad ausente de sus ojos delata un conocimiento verdadero del ser que su voz reclama. En su soledad, ella también exige una presencia contigua, una sabiduría compartida.

¿Por qué no tienes un fuego?, le preguntas a Celestina, y ella contesta que ni lo necesita ni lo desea; el humo espantaría a sus amigos familiares y dejarían de visitarla. Tú montas en cólera contra la mujer y contra su ignorancia y superstición; pero la verdad es que tu ánimo ha conocido el escándalo supremo: hay alguien que no aprecia tu regalo a la humanidad, la sólida prueba de tu gracia superior.

La arrugada hechicera trata de leer tu rostro y finalmente cacarea:

— Tú sabes lo que sabes; yo sé lo que tú nunca sabrás. Déjame sola.

Y tú, el viejo, el orgulloso, el sabio Alonso, regresas lentamente a la ciudad con el corazón pesado y una creciente decisión. Denuncias a Celestina ante el Santo Oficio y, pocos días después, te diriges a la plaza pública donde, entre la muchedumbre silenciosa, miras a los verdugos conducir a Celestina a la hoguera. La mujer es amarrada a la estaca y luego los ejecutores prenden fuego a los maderos secos y crepitantes a los pies de la bruja.

Tu propio invento, desde luego, no fue utilizado en esta ocasión.

No hay tal lugar

Los tres hombres y la mujer esperaron largo rato en silencio cuando el joven Felipe terminó de hablar. El propio adolescente miró hacia el mar de la aurora; habían pasado la noche conversando. Y al aparecer el sol, el heredero del Señor creyó distinguir la horrible mueca del bufón muerto en el orbe del día.

Fue el estudiante Alonso el primero en levantarse, con un movimiento severo; tomó una hacha y antes de que nadie pudiese detenerlo (pero nadie quiso o se atrevió a hacerlo) arremetió contra el armazón de la barca del viejo, la destrozó, la redujo a astillas. Luego, con el rostro encendido, clavó el hacha en las arenas negras y murmuró roncamente:

— El lugar que no es no está en ninguna parte. Hemos soñado con una vida diferente en un tiempo y un espacio distantes. Ese tiempo y ese espacio no existen. Locos. Regresemos. Regresa a tu tierra y tus cosechas y tus levas, viejo. Regresa a tus plagas y tus curaciones, monje. Regresa a tu locura y tus demonios, mujer. Regresa al castillo de tu padre, Felipe. Y yo regresaré a afrontar la tortura y la muerte que son mi destino. No le faltaba razón al Inquisidor: este es el mundo que es, aún cuando no sea el mejor de los mundos posibles.

Felipe permaneció hincado cerca de las olas del amanecer. Los demás se pusieron de pie y caminaron hacia las dunas. Finalmente, Felipe corrió hasta ellos y les dijo:

— Perdón. No me han preguntado cuál sería mi mundo perfecto. Dénme una oportunidad.

La compañía se detuvo en el alto filo de las arenas y en silencio interrogó al joven. Y Felipe dijo: — Ven: la utopía no está en el futuro; no está en otro lugar. El tiempo de la utopía es ahora. El lugar de la utopía es aquí.

Aquí y ahora

Y así, Felipe condujo a la joven bruja enloquecida y al orgulloso estudiante y al campesino cabal y al humilde monje de regreso a la ciudad y allí les dijo:

— Miren el mundo perfecto.

Y sus ojos se abrieron a lo que ya conocían, los niños chillando y jugando, los pregoneros de los

vendedores ambulantes y los pasos arrastrados de los mendigos, los pleitos entre rivales y las disputas entre estudiantes, pero también las consolaciones de los novios, los besos de las parejas en los callejones y los fuertes olores de la ginebra y el tocino, del jabalí asado y de la cebolla frita. Pero estas visiones, rumores y aromas acostumbrados eran sólo la costra de un mundo que se movía, veloz y silencioso, desde un centro escondido y a partir de una fuerza subterránea: así lo indicó Felipe a sus compañeros: los bailes parecían las alegres danzas de siempre, pero eran distintos; bastaba prestar un poco de atención para descubrir su diseño secreto: la gente bailaba tomada de las manos, todos bailaban juntos, hasta que la ciudad entera pareció unirse en una gallarda trenza, en una vasta contracción de serpiente, conducida por el pífanos y el laúd, por las mandolinas y los salterios y las rebecas de un grupo de músicos; y pronto, cuando los cinco amigos se tomaron de las manos y pasaron a formar parte de la trenza de danzantes, vieron otros signos del cambio, pues los monjes salieron de los monasterios y las monjas de los conventos y los judíos de los ghettos y los musulmanes del cautiverio y las prostitutas de los burdeles y los magos de las torres y los idiotas de los hospitales y los presos de los cárceles y los niños de las casas, y hombres armados con garrotes y hachas y lanzas y las hocas de las cosechas se unieron a ellos y uno se acercó a Felipe y le dijo:

— Aquí estamos. En el lugar, el día y la hora que tú ordenaste.

Felipe asintió con la cabeza y mucha gente subió a las carretas y otros tomaron el lugar de los bueyes y tiraron, mientras la siguiente horda de hombres vestidos con sayales desgarrados y con los cuerpos cubiertos de mugre endurecida y de costras llagadas, descalzos e hirsutos, entraron a la ciudad como gatos heridos, arrastrándose de rodillas, flagelándose cruelmente mientras cantaban las palabras de Felipe:

« El tiempo es ahora, el lugar es aquí. »

El propio Felipe se puso a la cabeza de la muchedumbre y gritó:

« ¡Jerusalén está cerca! »

Y la muchedumbre gritó y marchó detrás de él, le siguió más allá de las murallas de la ciudad, hacia los campos; y a su paso, quemaron y allanaron los campos. Avanzaron cantando, bailando, llagándose las rodillas e hiriéndose los pechos; juraron que el río había dejado de fluir cuando lo cruza-

ron, que las colinas se aplanaron ante su marcha y que las nubes descendieron visiblemente sobre el quebradizo escudo de la tierra ardiente para proteger a estos extraños cruzados de la furia del sol.

Entonces los niños cantaron y gritaron al ver la fortaleza que reposaba entre las nubes bajísimas y preguntaron: « ¿Es Jerusalén? », pero Felipe sabía que sólo era el castillo de su padre. Pidió a los hombres que preparasen las armas para el asalto, pero al llegar al foso del alcázar encontraron que el puente estaba tendido y las puertas abiertas de par en par.

En silencio, abandonaron las carretas. Los niños se prendieron a las faldas de sus madres. Los flagelantes dejaron caer los látigos. Todos entraron, asombrados, alcázar del Señor, donde un vasto almuerzo había sido abandonado de prisa: los instrumentos de los músicos yacían en desorden al lado del hogar frío y ceniciento; un venado decapitado escurría su grasa negra y su negra sangre. Los tapices colgaban, inánimes, aunque sus figuras ocres y planas, oropel de unicornio y cazadores, parecían dar la bienvenida de Felipe. Entonces el asombro cedió el lugar a un movimiento exorbitante; la muchedumbre levantó los frascos de vino, las perdices asadas, los racimos de uva y los instrumentos musicales; hombres, mujeres y niños corrieron por las salas y alcobas y pasillos bailando, arrancando los tapices y cubriéndose con ellos, así como con los cascos y gorros y tiaras y birretas y las fluyentes gasas; adornándose con cadenas de oro y arracadas de plata y medallones ceremoniales.

La fiesta continuó durante tres días y tres noches, hasta que todos sucumbieron derrotados por el sueño y el amor, por la exaltación y las heridas abiertas, por la indigestión y la borrachera. Pero detrás de este frenesí y de su eventual desgase en las canciones entristecidas y los gestos perezosos, los cinco amigos primero observaron y luego actuaron por su cuenta. Celestina y Felipe se acostaron juntos sobre una suave cama de pieles de marta; el estudiante Alonso pronto se unió a ellos, pues en verdad los tres jóvenes no habían pensado en otra cosa desde que el hijo del Señor imaginó la historia de sus amores a bordo de la nave que jamás zarpó.

Los dos hombres maduros, Simón el monje y Pedro el campesino, salieron lentamente del alcázar, se dieron un apretón de manos del otro lado del foso y tomaron por rumbos distintos; Simón

se dijo que los enfermos lo esperaban en otras ciudades desafortunadas; Pedro, que ya era tiempo de regresar a la costa y construir un nuevo barco. Al despedirse Simón y Pedro, el puente levadizo, poco a poco, comenzó a levantarse; Simón y Pedro se detuvieron de nuevo al escuchar el pesado rumor de las cadenas y el crepitar de las planchas de madera, pero no pudieron ver quién levantaba el puente. Suspiraron y siguieron sus caminos respectivos. Si hubiesen esperado unos instantes más, hubiesen escuchado los violentos golpes del otro lado del puente levantado, convertido en portón impregnable; hubiesen escuchado los desesperados gritos de auxilio, el llanto desgarrador de los prisioneros.

El premio

Cuando la matanza terminó, los soldados del Señor regresaron a sus barracas donde habían estado escondidos durante la larga fiesta de los mendigos, y volvieron a envainar sus sangrientas espadas. Felipe había pedido que los cadáveres permanecieran un día entero expuestos en las salas y recámaras del castillo; luego, cuando la pestilencia se volvió insoportable, el Señor ordenó que todos fuesen quemados en una pira levantada en el centro del patio del alcazar. Felipe también le pidió a su padre que Celestina y Alonso fuesen perdonados, pues le habían dado mucho placer.

— Ese placer ha sido parte de mi educación, padre mío; todo ha sido parte de esa educación que no se encuentra en los libros de latín, y que usted me pidió abarcar para ser digno de su herencia.

El Señor agradeció a su hijo lo que había hecho y le pidió que, como premio, pidiese lo que más quisiera.

— Padre: deme usted la mano en matrimonio de esa joven castellana que fue regañada y arrojada de la capilla por el vicario.

— Ese antojo siempre pudo ser tuyo, hijo mío. Te hubiese bastado pedírmelo, en cualquier momento.

— Sí. Pero antes necesitaba merecerlo.

La hora del silencio

Era la noche más honda del año; los guardias dormitaban y los perros estaban derrotados por la

fatiga de la paciencia: ese día, el hijo del Señor había desposado a su joven castellana. Alonso el estudiante se acercó a Celestina en la hora del silencio y le dijo que se preparase, pues ambos iban a huir del castillo.

— ¿A dónde iremos?, preguntó la muchacha embrujada.

— Al bosque primero, a escondernos, contesto el estudiante. Luego buscaremos al viejo. Probablemente ha regresado a la playa y reconstruye su barca. O quizás podamos encontrar al monje. Con seguridad, está en alguna ciudad afligida. Ven, Celestina, date prisa.

— Fracasaremos, Alonso, tal como lo dijo el joven señor. Lo he soñado.

— Sí; fracasaremos una vez, y otra, y otra más. Pero cada fracaso será nuestra victoria. Ven, date prisa, antes de que despierten los sabuesos.

— No te entiendo. Pero te seguiré. Sí, vamos. Hagamos lo que debemos hacer.

— Ven, mi amor.

Discurso exhortatorio

¿Qué esperas del porvenir, pobrecito de tí, niño infeliz? ¿Por qué dejaste tu hogar, tus campos fecundos aunque ajenos, donde te querían y te protegían? ¿Qué andas haciendo en esta cruzada? ¿Qué te han prometido? Escúchame; deja de bailar; no te agites; cuál es tu mal, muchacho?, ¿qué te preocupa? Reúne a tus amigos; pídeles que se callen; ¡qué ruido espantoso!, díles que dejen sus pifanos y gaitas y tambores y me escuchan bien: el mundo esta ordenado y bien ordenado; nos costó mucho salir de las tinieblas; ustedes no saben lo que era *aquello*. La oscuridad, muchachos, la barbarie, sí, los ejércitos del saqueo; la sangre, el crimen y la ignorancia. Salimos con gran esfuerzo de ese infierno; más de una vez desfallecimos; más de una vez la espada del godo, el incendio del mogol y la caballada del huno derrumbaron nuestras construcciones como si fuesen de arena; castillos de naipes. Miren: organizamos un espacio, creamos un orden estable, miren los campos cultivados, miren las ciudades contenidas por sus fuertes bastiones, miren el castillo en la cima y agradezcan la protección que nos ofrece nuestro Señor el príncipe a cambio de nuestro vasallaje. Regresen a sus aulas, muchachos, ¿qué andan haciendo por estos caminos?, regresen a Boloña, a Salamanca y a París; no

encontrarán la verdad acompañando a estas hordas de mendigos y prostitutas y falsos heresiarcas, sino en las enseñanzas de la patrística y en su cúspide filosófica: el doctor angélico, Tomás de Aquino, que ha sumado toda la sabiduría para la eternidad; no busquen el cielo en esta orgía de sensualidad y música y dudas e ideas heréticas, pues no hay más cielos que los definidos por el *Elucidario*: el corpóreo que vemos, el espiritual donde habitan los ángeles y el intelectual donde los bienaventurados miran cara a cara a la Santísima Trinidad. Jóvenes: cada cual tiene su lugar bien establecido en la tierra; el Señor manda, el siervo obedece, el estudiante estudia, el sacerdote nos prepara para la vida eterna, el doctor expone las verdades invariables; no, no es cierto lo que ustedes proclaman; no es cierto que somos libres porque el sacrificio de Cristo nos redimió del pecado de Adán; no es cierto que la gracia de Dios está al alcance de todos, sin la mediación de los poderes eclesiásticos; no es cierto que el cuerpo humano redimido puede gozar de sus propios jugos, de sus propias tersuras, de sus contactos alegres con otros cuerpos semejantes, sin temor al pecado; no es cierto que la Nueva Jerusalén pueda construirse en esta tierra; no es cierto que ustedes sean los portadores de la salud, acompañados por estas muchedumbres de vagabundos descalzos que queman las tierras, las cosechas, los establos y las aldeas, que asaltan y destruyen los monasterios, las iglesias y las celdas de los heremitas, que roban sus trajes y su comida de los castillos devastados, que jamás trabajan y dicen vivir en perfecta alegría, y que dicen hacer todo esto para apresurar la segunda venida del

Cristo, la promesa milenaria, el reino del cielo en la tierra que no podrá darse sobre la tierra donde los señores son dueños de todo y los siervos dueños de nada, sino sobre una tierra destruída, vacía, allanada, similar a la del primer día de la creación. ¿Es así como dicen imitar a Cristo? ¿Creen realmente que la pobreza borra el pecado, que la comunidad de los bienes y la exaltación del sexo y la sensualidad de la danza y el rechazo de toda autoridad y la vida vagabunda, sin amarras, en los bosques, las playas y los caminos, podrá suplir y aun vencer al orden establecido? Pero ¡oiganme; no bailen; no canten; ¡qué ruido infernal!, ¿cómo puedo hacerme escuchar?, ¡maldito mal de San Vito!, ustedes están locos, están enfermos descansen, regresen a sus hogares, el carnaval ha terminado, la fiesta no puede ser eterna, pierdan las ilusiones acepten el mundo como es, no sueñen, sí, el Señor tiene el derecho de pernada y es dueño de las cosechas y de las honras y puede imponer la leva para sus guerras y el impuesto para sus lujos, sí, el obispo puede vender indulgencias y quemar a las brujas y torturar a los herejes que hablan de Jesucristo como de un hombre puramente humano, igual a nosotros... No duden, no piensen, no sueñen, niños, infelices: este es el mundo, aquí termina el mundo, no hay nada del otro lado del mar y quien se embarque a buscar nuevos horizontes será un simple galeote en la nave de la estulticia: la tierra es plana y es el centro del universo, la tierra que ustedes buscan no existe: ¡no hay tal lugar, no hay tal lugar! Esto clamaba el Monje Simón al recorrer las calles de las ciudades de su tiempo, sofocadas por la peste y sepultadas bajo la basura.

El Simio Gramático

Manchas : malezas : borrones. Tachaduras. Preso entre las líneas, las lianas de las letras. Ahogado por los trazos, los lazos de las vocales. Mordido, picoteado por las pinzas, los garfios de las consonantes. Maleza de signos : negación de los signos. Gesticulación estúpida, grotesca ceremonia. Plétora termina en extinción los signos se comen a los signos. Maleza se convierte en desierto, algarabía en silencio : arenales de letras. Alfabetos podridos, escrituras quedamas, detritos verbales. Cenizas. Idiomas nacientes, larvas, fetos, abortos. Maleza : pululación homicida : erial. Repeticiones, andas perdido entre las repeticiones eres una repetición entre las repeticiones. Artista de las repeticiones, gran maestro de la desfinguraciones, artista de las demoliciones. Los árboles repiten a los árboles, las arenas a las arenas, la jungla de letras es repetición el arenal es repetición la plétora es vacío, el vacío es plétora, repito las repeticiones, perdido en la maleza de signos, errante por el arenal sin signos, manchas en la pared bajo este sol de Galtá, manchas en esta tarde de Cambridge, maleza y arenal, manchas sobre mi frente que congrega y disgrega paisajes inciertos. Eres (soy) es una repetición entre repeticiones. Es eres soy : soy es eres : eres es soy. Demoliciones : metiendo sobre mis trituraciones, yo habito mis demoliciones.

Espesura indescifrable de líneas, trazos, volutas, mapas : discurso del fuego sobre el muro. Una superficie inmóvil recorrida por una claridad parpadeante : temblor de agua transparente sobre el fondo quieto del manantial iluminado por invisibles reflectores. Una superficie inmóvil sobre la que el fuego proyecta silenciosas rápidas sombras convulsas : bajo las ondulaciones del agua clarísima se deslizan con celeridad fantasmas oscuros. Uno, dos, tres, cuatro rayos negros emergen de un sol igualmente negro, se alargan, avanzan, ocupan todo el espacio que oscila y ondula, se funden entre ellos, rehacen el sol de sombra de que nacieron, emergen de nuevo de ese sol — como una mano que se abre, se cierra y una vez más se abre para transformarse en una hoja de higuera, un trébol, una profusión de alas negras antes de esfumarse del todo. Una cascada se despeña calladamente sobre las lisas paredes de un dique. Una luna carbonizada surge de un precipicio entreabierto. Un velero con las velas hinchadas echa raíces en lo alto y, volcado, es un árbol invertido. Ropas que vuelan sobre un paisaje de colinas de hollín. Continentes a la deriva, océanos en erupción. Oleajes, oleajes. El viento dispersa

las rocas ingravidas. Un atlante estalla en añicos. Otra vez pájaros, otra vez peces. Las sombras se enlazan y cubren todo el muro. Se desenlazan. Burbujas en el centro de la superficie líquida, círculos concéntricos, tañen allá abajo campanas sumergidas. Esplendor se desnuda con una mano sin soltar con la otra la verga de su pareja. Mientras se desnuda, el fuego de la chimenea la cubre de reflejos cobrizos. Ha dejado su ropa al lado y se abre paso nadando entre las sombras. La luz de la hoguera se enrosca en los tobillos de Esplendor y asciende entre sus piernas hasta iluminar su pubis y su vientre. El agua color de sol moja su vello y penetra entre los labios de la vulva. La lengua templada de la llama sobre la humedad de la crica; la lengua entra y palpa a ciegas las paredes palpitantes. El agua de muchos dedos abre las valvas y frota el obstinado botón eréctil escondido entre pliegues chorreantes. Se enlazan y desenlazan los reflejos, las llamas, las ondas. Sombras trémulas sobre el espacio que respira como un animal, sombras de una mariposa doble que abre, cierra, abre las alas. Nudos. Sobre el cuerpo tendido de Esplendor sube y baja el oleaje. Sombra de un animal bebiendo sombras entre las piernas abiertas de la muchacha. El agua : la sombra; la luz : el silencio. La luz : el agua; la sombra : el silencio. El silencio : el agua; la luz : la sombra.

Frases que son lianas que son manchas de humedad que son sombras proyectadas por el fuego en una habitación no descrita que son la masa oscura de la arboleda de las hayas y los álamos azotada por el viento a unos trescientos metros de mi ventana que son demostraciones de luz y sombra a propósito de una realidad vegetal a la hora del sol poniente por las que el tiempo en una alegoría de sí mismo nos imparte lecciones de sabiduría tan pronto formuladas como destruidas por el más ligero parpadeo de la luz o de la sombra que no son sino el tiempo en sus encarnaciones y desencarnaciones que son las frases que escribo en este papel y que conforme las leo desaparecen : no son las sensaciones, las percepciones, las imaginaciones y los pensamientos que se encienden y apagan aquí, ahora, mientras escribo o mientras leo lo que escribo : no son lo que veo ni lo que ví, son el reverso de lo visto y de la vista — pero no son lo invisible : son el residuo no dicho, no son el otro lado de la realidad sino el otro lado del lenguaje, lo que tenemos en la punta de

la lengua y se desvanece antes de ser dicho, el otro lado que no puede ser nombrado porque es lo contrario del nombre : lo no dicho no es esto o aquello que llamamos, tampoco es ni-esto-ni-aquello : no es el árbol que digo que veo sino la sensación que siento al sentir que lo veo en el momento en que voy a decir que lo veo, una congregación insustancial pero real de vibraciones y sonidos y sentidos que al combinarse dibujan una configuración de una presencia verde - bronceada - negra - leñosa - hojosa - sonoro - silenciosa ; no, tampoco no esto, si no es un nombre menos puede ser la descripción de un nombre ni la descripción de la sensación del nombre ni el nombre de la sensación ; el árbol no es el nombre árbol, tampoco es una sensación de árbol : es la sensación de una percepción de árbol que se disipa en el momento mismo de la percepción de la sensación de árbol ; los nombres, ya lo sabemos, están huecos pero lo que no sabíamos, si lo sabíamos, lo habríamos olvidado, es que las sensaciones son percepciones de sensaciones que se disipan, sensaciones que se disipan al ser percepciones pues si no fuesen percepciones ¿ cómo sabríamos que son sensaciones ? ; sensaciones que no son percepciones no son sensaciones, percepciones que no son nombres ¿ qué son ?

si no lo sabías, ahora lo sabes : todo está hueco ; y apenas digo : todo-está-hueco, siento que caigo en la trampa : si todo está hueco, también está hueco el todo-está-hueco ; no, está lleno y repleto, todo-está-hueco está henchido de sí, lo que tocamos y vemos y oímos y gustamos y olemos y pensamos, las realidades que inventamos y las realidades que nos tocan, nos miran, nos oyen y nos inventan, todo lo que tejemos y destejemos y nos teje y desteje, instantáneas apariciones y desapariciones, cada una distinta y única, es siempre la misma realidad plena, siempre el mismo tejido que se teje al destejarse : aun el vacío y la misma privación son plenitud (tal vez son el ápice, el colmo y la calma de la plenitud), todo está lleno hasta los bordes, todo es real, todas esas realidades inventadas y todas esas invenciones tan reales, todos y todas, están llenos de sí, hinchados de su propia realidad ; y apenas lo digo, se vacían : las cosas se vacían y los nombres se llenan, ya no están huecos, los nombres son plétoras, son dadores, están henchidos de sangre, leche, semen, savia, están henchidos

de minutos, horas, siglos, grávidos de sentidos y significados y señales, son los signos de inteligencia que el tiempo se hace a sí mismo, los nombres les chupan los tuétanos a las cosas, las cosas se mueren sobre esta página pero los nombres medran y se multiplican, las cosas se mueren para que vivan los nombres :

entre mis labios el árbol desaparece mientras lo digo y al desvanecerse aparece : míralo, torbellino de hojas y raíces y ramas y tronco en mitad del ventarrón, chorro de verde bronceada sonora hojosa realidad aquí en la página : míralo allá, en la eminencia del terreno, míralo : opaco entre la masa opaca de los árboles, míralo irreal en su bruta realidad muda, míralo no dicho : la realidad más allá del lenguaje no es del todo realidad, realidad que no habla ni dice no es realidad ;

y apenas lo digo, apenas escribo con todas sus letras que no es realidad la desnuda nombres, los nombres se evaporan, son aire, son un sonido engastado en otro sonido y en otro y en otro, un murmullo, una débil cascada de significados que se anulan :

el árbol que digo no es árbol que veo, árbol no dice árbol, el árbol está más allá de su nombre, realidad hojosa y leñosa : impenetrable, intocable, realidad más allá de los signos, inmersa en sí misma, plantada en su propia realidad : puedo tocarla pero no puedo decirla, puedo incendiarla pero si la digo la disipo :

el árbol que está allá entre los árboles no es el árbol que digo sino una realidad que está más allá de los nombres, más allá de la palabra realidad, es la realidad tal cual, la abolición de las diferencias y la abolición también de las semejanzas ; el árbol que digo no es el árbol y el otro, el que no digo y que está allá, tras mi ventana, ya negro el tronco y el follaje todavía inflamado por el sol poniente, tampoco es el árbol sino la realidad inaccesible en que está plantado : entre uno y otro se levanta el único árbol de la sensación que es la percepción de la sensación de árbol que se disipa, pero

¿ quién percibe, quién siente, quién se disipa al disiparse las sensaciones y las percepciones ? ahora mismo mis ojos, al leer esto que escribo con cierta prisa por llegar al fin (¿ cuál, qué fin ?) sin tener que levantarme par encender la luz eléctrica aprovechando todavía el sol declinante que se desliza entre las ramas y las hojas del macizo de las hayas plantadas sobre una ligera eminencia.

(podría decirse que es el pubis del terreno, de tal modo es femenino el paisaje entre los domos de los pequeños observatorios astronómicos y el ondulado campo deportivo del Colegio, podría decirse que es el pubis de Esplendor que se ilumina y se oscurece, mariposa doble, según se mueven las llamas de la chimenea, según crece y decrece el oleaje de la noche),

ahora mismo mis ojos, al leer esto que escribo, inventan la realidad del que escribe esta larga frase pero no me inventan a mí sino a una figura del lenguaje : al escritor, una realidad que no coincide con mi propia realidad, si es que yo tengo alguna realidad que pueda llamar propia,

— no, ninguna realidad es mía, ninguna me (nos) pertenece, todos habitamos en otra parte, más allá de donde estamos, todos somos una realidad distinta a la palabra y o a la palabra nosotros, nuestra realidad más íntima está fuera de nosotros y no es nuestra, tampoco es una sino plural, plural e instantánea, nosotros somos esa pluralidad que se dispersa, el yo es real quizá pero el yo no es yo ni tú ni él, el yo no es mío ni es tuyo, es un estado, un parpadeo, es la percepción de una sensación que se disipa, pero ¿quién o qué percibe, quién siente?

los ojos que miran lo que escribo ¿son los mismos ojos que yo digo que miran lo que escribo? vamos y venimos entre la palabra que se extingue al pronunciarse y la sensación que se disipa en la percepción — aunque no sepamos quien es el que pronuncia la palabra ni quien es el que percibe, aunque sepamos que aquel que percibe algo que se disipa también se disipa en esa percepción : sólo es la percepción de su propia extinción,

vamos y venimos : la realidad más allá de los nombres no es habitable y la realidad de los nombres es un perpetuo desmoronamiento, no hay nada sólido en el universo, en todo el diccionario no hay una sola palabra sobre la que reclinar la cabeza, todo es un continuo ir y venir de las cosas a los nombres a las cosas,

no, digo que voy y vengo sin cesar pero no me he movido como el árbol no se ha movido desde que comencé a escribir,

otra vez las expresiones inexactas : *comencé, escribo, ¿quien escribe esto que leo?*, la pregunta es reversible ¿qué leo al escribir : *quién escribe esto que leo?*

la respuesta es reversible, las frases del fin son el revés de las frases del comienzo y ambas son las mismas frases

que son lianas que son manchas de humedad sobre un muro imaginario de una casa destruida de Galta que son las sombras proyectadas por el fuego de una chimenea encendida por dos amantes que son el catálogo de un Jardín Botánico tropical que son una alegoría de un capítulo de un poema épico que son la masa agitada de la arboleda de las hayas tras mi ventana mientras el viento etcétera lecciones etcétera destruidas etcétera el tiempo mismo etcétera,

las frases que escribo sobre este papel son las sensaciones, las percepciones, las imaginaciones etcétera que se encienden y apagan aquí, frente a mis ojos, el residuo verbal :

lo único que queda de las realidades sentidas, imaginadas, pensadas, percibidas y disipadas, única realidad que dejan esas realidades evaporadas y que, aunque no sea sino una combinación de signos, no es menos real que ellas :

los signos no son las presencias pero configuran otra presencia, las frases se alinean una tras otra sobre la página y al desplegarse abren un camino hacia un fin provisionalmente definitivo, las frases configuran una presencia que se disipa, son la configuración de la abolición de la presencia,

sí, es como si todas esas presencias tejidas por las configuraciones de los signos buscasen su abolición para que aparezcan aquellos árboles inaccesibles, inmersos en sí mismos, no dichos, que están más allá del final de esta frase, en el otro lado, allá donde unos ojos leen esto que escribo y, al leerlo, lo disipan.

Luis Goytisolo

Celeste¹

Exactamente igual que cuando Arnaut Daniel nos decía de mi pot far l'amors qu'inz el cor m'intra miells a son vol c'om fortz de frevol verga, como San Juan de la Cruz podía decir que ya sólo en amar es mi ejercicio, o como para los antiguos la invocación a la hija de Júpiter, robador de Europa y de Ganímedes, era obligado preámbulo, del mismo modo que para la Emperatriz Escarlata la blanca extensión de sus dominios era sólo el símbolo de aquel otro blanco donde ni un solo cetro se abatiera sin rendirle homenaje, exactamente así, todo en amor sigue vigente.

Mi amor : tu amor es tan grande que hace hasta innecesaria la existencia concreta de un ser amado. La convicción de que no puede no existir te basta.

Etérea, etérea, inasible, irradiante. Nada más seductor que lo repentino, ya que no inespchado. Cazar al vuelo el brillo de unos ojos, comprender su sentido, darle cálida cabida. Y después, a la luz discreta de un cuarto de baño como de mansión deshabitada, reabrirse, experta, el vestido, ajustárselo con precisos toques, arreglarse el pelo y, al amparo de las gafas oscuras, atrás ya lo púrpura, reaparecer en la calle, ligera, flexible, renovada, ingrátida, sin dejar huella ni prueba alguna de su paso.

Un corazón, nos consta, que guarda siempre una singular predilección por cada uno de sus amantes, más aún, adoradores. Y así como el número de éstos, en virtud de su misma naturaleza, es prácticamente ilimitado, ella, en cambio, la de todos amada, es siempre fenómeno único, cualidad ireemplazable, creatura donde cuantas circunstancias suelen concurrir a su presencia entre nosotros parecen complacerse en perfilar el contraste. Condiciones requeridas : elasticidad, seguridad en sí misma, buenos reflejos, fuerza enigmática. Otro atractivo : las encantadoras maneras de manifestar y resolverse sus aspiraciones más íntimas, sus necesidades más elementales.

Régimen alimenticio : ensaladas, consomé. panaché de verduras del tiempo, melón con jamón, pescado blanco grillé, carne saignante, quesos frescos ; abstenerse, en lo posible de féculas. Bebidas : té, zumos de frutas, una copa de vino durante las comidas, whisky ; en ocasiones, vodka helado, Colores : oros, blancos, celeste. Arbol : el abedul. Piedra : el ágata. Divinidades : Visnú. Vientos propicios : del norte ; cierzo, mistral, tramontana, etc. Números : el 2 y el 11. Día de la semana : el viernes. Perfumes : secos, tenues, picantes. Lugares : preferentemente de carácter agreste : playas calcinadas, nieve, ventisqueros ; interiores sofisticados. Ama las conversaciones telefónicas, la correspondencia secreta. Ejercicios aconsejables : esquí acuático y, en general, to-

(1) De « *Ojos círculos, Buhos* », Ed. Anagrama, Barcelona, 1971.

dos los deportes náuticos ; danza clásica, equitación. Atención a los excesos de velocidad en carretera. Epocas favorables : de final de Junio a primeros de Septiembre ; fin de año. Un sólo problema : el estreñimiento.

Imposible no morir de amor cada vez, el pecho como anegado al recordar, o más todavía, al imaginar lo que él debe estar recordando, mo-

rir de amor cada vez que a lo largo de la acera se ve reflejada en los escaparates.

Las historias de amor son siempre sustancialmente las mismas. Lo único que cambia es la forma de contarlas. De ahí que, aunque algún día llegasen a cambiar en su sustancia, el cambio, al seguir pareciéndonos mera cuestión de forma, carecería en la práctica de toda trascendencia.

Antología

Nueva poesía española

Jose Angel Valente
Cinco fragmentos

Exordio

Y ahora danos
una muerte honorable,
vieja
madre prostituida,
Musa.

Crónica, 1970

A Yara
Vienen los torturadores con sus haces de muerte.

El cuerpo derribado bajo el golpe metódico
de estos hijos del pus y de la noche
más libre es que nosotros.

Los torturadores son ángeles del orden.

Comemos orden
(con sus haces de muerte)
castrados finalmente como especie.
Comemos orden.

Nunca naceremos.

Ai Toloza !

Ai Toloza e Proensa
e la terra d'Argensa
Bezers e Carcassey,
quo vos vi et ano us vey !

Los caballeros de dios
devoran
los pechos diminutos de las niñas tronizadas.

Ai Toloza !

Grandes anales

El agonizante dio un enorme mugido
que legó a la Historia,
al glorioso pasado de su pueblo
hidrópico.

Biografía

Ahora cuando escribo sin certeza
mi bionotabibliográfica
a petición de alguien que desea incluirme
de favor y por nada
en consabida antología
de la sempiternamente joven senescente
poesía española de posguerra

(de qué guerra me habla esta mañana,
delicado Giocondo, entre tenues olvidos,
de la guerra de quién con quién
y cuándo)

cuando escribo
mi bioesquelonotabibliográfica
compruebo minucioso la fecha de mi muerte
y escasa es, digo, con gentil tristeza
la ya marchita gloria del difunto.

Manuel Vázquez Montalbán
Introito

Paseo por una ciudad
sin orillas
miente la tarde
espejos, despedidas, humos
que denuncian retornos

me deja solo
el paso de muchachas alejadas
no pronuncian mi nombre no decretan
mi muerte

entonces regreso
a los artesonados pasillos del recuerdo
pieles, carnes, repletas siluetas

en sus cueros
el ruido de los párpados al cerrarse
y tal vez
tal vez un grito literario puso nombre
al instante en que fui feliz
a la sombra
siempre a la sombra
de las muchachas sin flor.
voyeur

Si alguna vez volvierais
amantes imposibles
disueltos fotogramas

piernas
en la mano del inmenso deseo
senos colgados sobre el balcón
frutal

sonrisas de renuncia en vuestras fauces
dentados animales blandos

trescientas mil
madres de reprimidas sabidurías
hijas plumeros de abril
acuarentadas damas

arrugas por orgasmos crujís
en mi recuerdo de voyeur
respondón

si alguna vez volvierais
cointreau para otros labios
en el tapiz
donde jugasteis a pasar y envejecer
yo os daría

fruta del árbol de la vida
conocerfais
atrasadas felicidades a mi sombra
o sobre mi otro yo vencidas
amazonas

por los dulces caminos
las más dulces fatigas.

69

En tu seis y en mi nueve
(o en tu nueve y mi seis
que tanto monta

monta tanto Fernando
como Isabel)
hay un instante, el mismo instante
de nuestra vida y de la vuestra

(o fue una tarde)

suele ser por las tardes de mayo
cuando se descubre emociones
solidarias
y la lengua se niega a reparar las cosas

las lame y las dilata
obsoletas palabras.

Del Libro inédito
A la sombra de las muchachas sin Flor

Jaime Gil de Biedma
Artes de ser maduro

Todavía la vieja tentación
de los cuerpos felices y de la juventud
tiene atractivo para mí,
no me deja dormir
y me excita esta noche.

Porque alguien contó historias
de pescadores en la playa,
cuando vuelven — la raya del amanecer
marcando, lívida, el límite del mar —
y asan sardinas frescas
en espetones, sobre la arena.
Lo imagino enseguida,
Y me coge un deseo de vivir
y ver amanecer, acostándome tarde,
que no está en proporción con la edad que ya
[tengo.

Aunque mañana alivie
despertarse a otro ritmo.
Liberado

de las exaltaciones de esta noche,
de sus fantasmas en *blue jeans*.

Como libros leídos han pasado los años
que van quedando lejos,
ya sin razón de ser : obras de otro momento.
Y el ansia de llorar
y el roce de la sábana, que me tenía inquieto
en las odiosas noches de verano,
el lujo de impaciencia y el don de la elegía
y el don de disciplina aplicada al ensueño,
mi fe en la gran historia...
Soldado de la guerra perdida de la vida,
mataron mi caballo
y casi no me acuerdo — hasta que me estre-
[mece
un ramalazo de sensualidad.

Envejecer tiene su gracia.
Es igual que de joven
aprender a bailar, plegarse a un ritmo
más insistente que nuestra inexperiencia.
Y procura también cierto instintivo
placer curioso,
una segunda naturaleza.

José Miguel Ullán

Inmóviles los dos y silenciosos

inteligencia no me des jamás el nombre exacto de las cosas por
orque el enlabio se enniñece oh sí y los molinos del aliento
casi borran orillas al volver los copos se enciende un sordo
crepitar de arrugas tibias y leves porque el sol se vela gui
ña se alueña como moro a pasas y las pestañas se entrecruzan
hierva la alegre espiga vespertina inútil tal toda dicha d
e repente ahora que ya en el ring tan sólo flota un chorro d
e adondequiera o duérmete mas vuelan blandas estrell
as chamuscados pétalos remos de fiebre por las aguas suches
del mar sin norte ya en pelotas abren el arca malva de la he
rencia sajan las vagas señas invernales bocas que se bendice
n con albor miradas libres de espejo por las uñas una lúa qu
e aclara otra corteza errante pausa de luz de su vejez más p
róxima y bueno y qué genuflexión la saña el tole tole del te
rror ahueca piel y saliva cabrilleas limo picha solemne somb
ra cana o

las leyes finan

dura el borrajo y la mar
aña intacta de una caricia inacabada entonces mu mu es la mu
erte la vigilia el gayo insecto en torno al agujero oh sí

José Donoso

Entrevista a propósito de

« El Obsceno Pájaro de la Noche »

La aparición de « El Obsceno pájaro de la noche », última novela del escritor chileno José Donoso, ha suscitado vivo interés en el público de habla española. La compleja construcción de esta obra, el mundo que revela, sus hallazgos y búsquedas formales, atrajeron de manera preferencial la atención de los críticos. A propósito de observaciones hechas al libro, hemos formulado algunas preguntas al autor. Presentamos a continuación sus respuestas.

L. Indudablemente, en relación a sus obras anteriores, *EL OBSCENO PAJARO DE LA NOCHE* presenta una estructura más compleja. ¿Qué significado reviste para el autor dentro del conjunto de su obra esta novela?

J.D. El haber « agarrado » por fin mis temas. Dicho de otra manera, creo que por fin se hizo forma estética el hecho vital de que mis temas me « agarraron » a mí, y sometíendome, me impusieron una forma. Desde el fondo de mi biografía y a lo largo de todo lo que he escrito, esta forma venía gritando mi nombre. En mis novelas anteriores se nota cierta simplicidad porque eran fruto de un programa, de un plan, conocía el resultado antes de comenzar a escribirlas, iban de intención concientísima, y eran, por lo tanto, tentativas. La realidad descrita en ellas, las más de las veces, es más literal que literaria, transposición de personajes y lugares *elegidos* en mi galería para expresar algo con ellos. Y hay una clave para desentrañar el significado, lo que hace de mis novelas anteriores « metáforas ». Madurar literariamente — si éste es el fenómeno que a mí me ha ocurrido y como tengo cuarenta y seis años ya era tiempo — ha sido darme cuenta que uno nunca expresa lo que tuvo intención de expresar sino otra cosa. Para mí la obra literaria no puede ser un cúmulo de signos con significaciones específicas conocidas. Un personaje de « José en Egipto » de Mann, dice : « El hombre sólo puede dar aliento a lo que no conoce ». Creo que *EL OBSCENO PAJARO DE LA NOCHE* es un libro con una estructura más compleja porque sólo lo fuí conociendo al ir escribiéndolo. Lo que en él hay de experimentado y conocido se fué haciendo forma al integrarse al *PAJARO* ; al ir escribiendo, mi experiencia se fué haciendo estructura, no fué sólo una traducción de la realidad. Es la menos planeada de mis novelas, a pesar de que haya tenido que

pasar por el infierno de infinitos planes contradictorios. Yo no sé qué significado tiene *EL OBSCENO PAJARO DE LA NOCHE*, para qué escribí sus casi seiscientas páginas durante ocho años. No sé ni siquiera si tuve intención de decir algo concreto en esta novela, me parece más bien que no. No conocí el final hasta que después de los ocho años, llegué a él. Fueron ocho años de encarcelamiento dentro de *Pájaro*. Al salir de esa cárcel me pareció clarísimo que no quise decir nada escribiéndolo : su esencia eran esos ocho años de lucha por salir de él, por desprenderme de esa forma estética que desde siempre me tenía aprisionado.

L. Se advierte en la novela gran profusión de técnicas. ¿Qué parentescos o coincidencias reconoce usted con autores o tendencias de la narrativa contemporánea? ¿Algún nexo con el « nouveau roman »?

J.D. No estoy muy seguro de que exista eso que se llama « originalidad » literaria. Puede haber, claro, originalidad de planteos literarios, pero los planteos literarios son una cosa muy distinta a la literatura. Me parece que la debilidad del « nouveau roman » — hasta donde lo conozco, no soy gran lector de estos novelistas — es que no llegan más allá de su planteo literario. En *EL OBSCENO PAJARO DE LA NOCHE* tiré todas las pretensiones de originalidad al viento, y robé, imité, aprendí, usé a todos los escritores que me iban tocando. Evidente es, para quién haya leído a Henry James, que su atomización de la personalidad señala más que una manía psicologizante una irresuelta angustia cultural, y al transubstanciarse en « forma » por medio de sus manipuleos del punto de vista, informa la esencia de *EL OBSCENO PAJARO DE LA NOCHE*. Proust, naturalmente, ese maestro de mutaciones, ese pulverizador de tiempos y espacios, ha sido otro maestro. También Celine, con su valoración de lo abyecto mediante la carcajada, la exageración, la *parodia* : he sentido su presencia no sólo en sus obras, sino también en Gunther Grass, en Cortázar y en los grandes novelistas contemporáneos norteamericanos. Volver a leer a Sterne siempre me cambia el foco, me hace revivir, aunque permanezca impasible ante la lectura de Cervantes — defecto mío, no limitación de Cervantes — declaro francamente ecléctico, una olla podrida de últimas lecturas. Es facilísimo encontrar en el *PAJARO* huellas de todos

mis contemporáneos latinoamericanos : he robado descaradamente de Carlos Fuentes, Cortázar, Vargas Llosa, García Márquez, Onetti, Sábato, Lezama Lima, Borges, y para qué decir nada de « Pedro Páramo » de Juan Rulfo. Me gustan tan poco los novelistas que se limitan a contar un cuento como los que se limitan a hacer piruetas formales. Me apasionan, en cambio, los escritores cuya materia vital estalla desde el centro de un hallazgo formal y es simultánea a éste : Gombrowicz, por ejemplo. Lo que más me aburre son los novelistas inteligentes en primera instancia, los que plantean y discuten ideas, sobre todo si son ideas « importantes » : me gusta Camus ser humano, no Camus escritor ; me interesa Sartre pensador, novelista no. Getrude Stein le dijo al joven Hemingway una gran verdad : « Remarks are not literature. » Y aunque sea peligroso si no se tiene el genio de Henry James, me parece un ideal de novelista aquello que observó T.S. Eliot : « Henry James tenía tal inteligencia que ninguna idea jamás pudo violarla. »

L. Algunos críticos observan que sus novelas se ocupan de manera preferencial de una clase y de un mundo que tiende a desaparecer dentro del panorama social chileno. Si esto le parece exacto ¿ cómo podría explicar dicha inclinación ?

J.D. Nada me irrita tanto como los críticos que reducen mis novelas a sus elementos sociales, esos que quieren que yo haya escrito el « canto del cisne » de las clases sociales chilenas. Las clases sociales desaparecieron en Chile hace muchísimo tiempo. En mis novelas utilizo las cosas que alcancé a atisbar, pero las utilizo como un arquitecto utiliza hormigón, hierro, vidrio : quinientos sacos de cemento apilados en un almacén es muy distinto al edificio construido. Las clases sociales, tal como las dibujo en mis libros, son imaginarias. Me explico : nací en una familia de posición social ambigua, con un pie en la oligarquía y otro en la clase media, pero desterrada de ambas ; y crecí en una época en que las clases sociales iban perdiendo importancia, los matices se confundían, y quedaban sólo pintorescos residuos. Por razones psicológicas personales, neurosis juvenil o lo que se quiera llamarla, ese mínimo matiz de destierro al que ya nadie daba importancia más que yo, se fué hinchando en mí como un abceso, se hizo doloroso, cruel, obsesivo, y durante

mucho tiempo este desfase subjetivísimo — además de otros desfases subjetivos que se hicieron abceso y deformaron otras áreas de mi personalidad — me sirvió de lupa para mirar el mundo, magnificando algo insignificante. Sin embargo esta insignificancia tomó en mí la forma de un sentimiento de marginación, vivido con tanta fuerza en cierta época, que determinó mi elección, entre millones de materiales posibles, el juego de clases sociales, su derrumbe, su poder, su magia, su sujeción. Al escribir estilicé, sublimé, exageré, condené, defendí, idealicé. El historiador que pretenda llegar a conocer la « sociedad » chilena por medio de mis novelas quedará muy mal servido. Lo que hay en mis novelas no es un retrato de « un mundo que tiende a desaparecer dentro del panorama chileno actual » : en la realidad ese mundo desapareció hace decenios. Hay, en cambio, un retrato de mi relación con ese mundo apenas atisbado, casi puramente imaginado, pero que por alguna razón produjo mi obsesiva relación con ese mundo. He inventado ficciones que me vengán, me consuelen, me defiendan, me aseguran. Mi vida ha sido llena de anécdotas y lecturas, pero nada me ha determinado tanto como aquel sentimiento de destierro inicial que muy joven adiviné en mi familia, fijando el tipo de ladrillos que utilizaré, quizás para siempre, quizás no, para construir lo que construya. No, no escribo « el canto del cisne » de las clases sociales en Chile. Escribo una historia subjetiva, fantástica, suscitada por ese dolor inicial. Leyendo a Painter uno se da cuenta de la gran diferencia que hubo entre el mundo social real del tiempo de Proust, y el mundo « proustiano », y que la esencia de Proust está, justamente, en esa deformación. Y leyendo las cartas de los amigos de Fitzgerald uno comprueba lo mal cimentada en la realidad de su sensación de diferencia y marginación frente a los ricos que envidiaba. Esas inexactitudes no tienen importancia. O más bien la tienen toda porque son literatura y la verdad no.

L. En casi todos sus libros, pero especialmente en EL OBSCENO PAJARO DE LA NOCHE aborda usted el tema de la decrepitud y de la degradación extrema. Están, por una parte, las viejas ; están los monstruos, y el mundo que los rodea parece en permanente descomposición. ¿ Dónde, a su parecer, podría situarse el punto de partida de esta obsesión ?

J.D. Max Weber dijo no se dónde : « Es un error suponer que sólo lo que es culturalmente valioso es culturalmente significativo. » Esta frase podría ser una justificación. Pero prefiero llevarlo todo al terreno de lo subjetivo con el fin de evitar el tono de « la literatura tiene que ser... », « la novela tiene importancia cuando... » que no me siento con solvencia para adoptar. Así como el miedo, para los niños, se puede encarnar en la figura del lobo, por ejemplo, hay fantasmas que desde siempre han rondado mi vida encarnando la amenaza y el terror. Ya hablé del fantasma del destierro y lo que en mí determinó. El abandono es otro : se encarna en esos seres abyectos, desolados, inútiles, desechados, residuales, decrepitos. Como no creo en el infierno y soy un ser acosado por sentimientos de culpabilidad, necesito inventarme un infierno fijando mis ojos en esa antesala de la muerte donde la vida se remansa, se detiene, se pudre, allí dónde los seres que la sociedad ha estrujado van a dar con sus huesos. En EL OBSCENO PAJARO DE LA NOCHE el tema de la expiación por unos de las culpas de otros se repite obsesivamente. Esos residuos humanos, grotescos, doloridos en su camastro de asilo u hospital están expiando mi culpa, yo soy ellos, pero no, los dejo ahí y yo sigo : es una obsesión enraizada en mi infancia. Quizás desde alguna visita que mi padre médico me llevo a hacer a algún hospital infecto de mi adolescencia, y esas figuras quedaron quemadas en mi retina, sin significado entonces, pero adquiriendo poco a poco un amplio espectro de connotaciones que determinaron, quizás, mi elección de esos temas que la pregunta señala. Los abyectos, las abandonadas, los monstruos son, quizás a un nivel, los que expían las culpas de los que encerraron a las viejas en el asilo y a los monstruos en La Rinconada, enseñándoles que tendrán una vida venturosa si repiten exactamente los gestos de la sociedad, y se engolosinan con sus residuos. Creo que mi profundo sentimiento de culpabilidad social, humana, intelectual, cultural, personal, quizás hasta metafísica, esté encarnada en esos seres decrepitos y degradados. Sólo cuando yo llegue a ser un imbunche, supongo, me sentiré limpio.

L. La primera mitad de su novela denota una progresión de la intriga. En la segunda, a través de una serie de reiteraciones, el ritmo disminuye. ¿ Es un efecto deliberado o corresponde a otra causa ?

J.D. Varios críticos han dicho que esto sucede al PAJARO. Pero al escribir la novela no tuve conciencia de ello. Si es un defecto sería fácil justificarlo : no todas las novelas de 552 páginas deben ni pueden mantener un ritmo homogéneo ; hasta las más grandes novelas de esta longitud tienen baches ; es sólo un cambio de ritmo buscado con toda intención para expresar la lenta extinción de un mundo. Pero en realidad, nada de eso me sirve ni nada es verdad. La novela, a pesar del trabajo que me costó, salió de mis manos como salió. No creo que ni un año ni dos años más de trabajo hubieran acelerado el ritmo ni parchado el bache. Tengo que conformarme con que finalmente haya resultado así pese a todo el trabajo. Lo curioso es que ese bache ha sido situado por lectores y críticos en sitios variadísimos. Algunos lo sienten cuando la acción sale de la Casa de Ejercicios. Otros señalan el episodio entero de la Rinconada, que los de más allá consideran lo más brillante del libro. Hay quién lo sitúa en el largo delirio del Mudito en la clínica, y quién siente que toda la novela se desinfla exactamente después de ese episodio. Si son las reiteraciones lo que disminuye el ritmo, entonces, claro, es algo buscado : alrededor de la mitad de la novela vi que el libro que escribía me iba encerrando, que estaba escribiendo un libro de encierro y limitación, obsesivo y por lo tanto reiterativo : la Casa es una reiteración de la Rinconada es una reiteración del imbunche es una reiteración de las mentes clausuradas de las viejas, el adobe de una casa se repite en otra, una anécdota se ve desde otro foco y cambia permaneciendo la misma. En fin, es dar vuelta y vuelta como un animal enjaulado, como la repetición eterna de « El Carnaval de Venecia ». Mi teoría es que, hacia la segunda mitad del libro lo que no se percibió como reiteración en la primera mitad simplemente porque no se había repetido suficientes veces, llega a hacer sentir su peso, y puede cansar al lector. En fin, todo esto es una justificación posterior de algo que quizás no haya necesidad de justificar.

L. Hay en el libro una evidente preocupación por explorar diversas posibilidades del lenguaje narrativo. ¿ Podría explicar cuál fué el criterio que orientó su búsqueda en ese sentido ? ¿ En dónde ubicaría, dentro del contexto de la nueva narrativa latinoamericana, esa búsqueda ?

J.D. No tengo la pretensión de llamar « criterio » lo que orientó mi búsqueda. Fué, más bien, algo determinado por la naturaleza misma de mi experiencia y de su proceso al transubstanciarse en objeto estético. Esta unidad lenguaje-contenido había sido privativa, hasta ahora, de la poesía. El hecho de que podamos analizar y criticar hoy una novela latinoamericana a nivel de lenguaje, y la consideremos la crítica más valiosa, dice mucho del cambio que ha sufrido la crítica, pero dice más aún del cambio experimentado por la novela latinoamericana, en la que ahora asoma una independencia y una valorización del lenguaje. Hasta hace relativamente poco dominó en Latinoamérica el ideal del lenguaje « correcto », el mismo ideal que rige, y en gran parte limita, la novela española contemporánea. Este ideal de corrección, que podía estirarse hasta englobar los residuos de algún adjetivo o adverbio lujoso dejado por los modernistas, nos transformaba en una especie de primos pobres de los españoles, deseando siempre emularlos, pero jamás alcanzando su atildamiento estilístico. Al lado de un Gabriel Miró, por ejemplo, un Augusto d'Halmar queda bastante hortera. Esta fué una de nuestras presiones esquizofrenizantes. Por otro lado existía en Latinoamérica la importancia del « contenido », la necesidad de poner en relieve los valores vernáculos y exaltarlos — pero el horror era que era necesario exaltar esos valores vernáculos manteniendo siempre el ideal de pureza y corrección académicos españoles en el lenguaje. Este proceso esquizofrénico — la pureza española en el idioma por un lado, la pureza vernácula de contenido con su pa-

pel misionero por otro — dió una narrativa que hoy resulta difícil de paladear. Fué sólo cuando los escritores latinoamericanos tiraron al aire los ideales de pureza y se declararon impuros, mestizos, bastardos, sin padre, sin madre, cuando se independizaron de los conceptos de corrección y de misión, que la narrativa latinoamericana se puso en marcha. Creo que hoy — en todo caso hablo en nombre mío y no pretendo representar a nadie — el concepto de belleza en el lenguaje no se busca fuera de la novela particular que leemos, sino que dentro de ella, en las reglas que el escritor impone dentro de su obra. El criterio no es la corrección. Ni siquiera la belleza, por lo menos la belleza con referencia a cosas fuera de la obra particular. El criterio es, más bien, la eficacia con que este lenguaje bastardo y suelto, independiente y mestizo busca ceñir y definir una forma estética : cuando el resultado de esto es positivo, entonces, claro, se pueden volver a usar todas las viejas palabras : belleza, corrección, expresividad, sutileza, sabiduría, elegancia, fuerza. Pero para que así sea, tiene que abarcarlo todo : desde el lirismo a la escatología, bajar al infierno y subir al cielo, pelarse y endurecerse como un hueso seco y florecer para después podrirse, anglicismos, galicismos, localismos, reiteraciones y pleonasmos, todo lo que era considerado vicio del lenguaje lo usamos — y creo que no soy un caso aislado dentro de la literatura latinoamericana — con el propósito de crear un objeto literario que contenga un mundo paralelo a la realidad, pero distinto a ella, una alternativa imposible que devore la inteligencia.

Juan Nuño

Revision de la dialéctica

Es un hecho que en los últimos años el tema de la dialéctica ha avanzado a lugar preferente en el escenario del mundo filosófico, no sólo marxista. Desde el fondo complejo y variado de la cultura filosófica del siglo pasado, la dialéctica se reactualiza en nuestros días tan vigorosamente que, aún como ejercicio investigativo marginal, bien valdría la pena preguntarse si acaso no le correspondería en definitiva (más que al desgastado tema del Ser) el premio mayor en esa larga competencia de apariciones y desapariciones, más o menos fantasmagóricas, con que ciertos términos de origen griego parecen disputarse la dudosa y agotadora faena de justificar el calificativo de 'perenne' para la voz 'filosofía'. Sin embargo, en la persistencia nominal de tales conceptos « eternos » anida su propia debilidad ; porque todos, sin excepción, están condenados a pagar el elevado precio de las más dispares y violentas mutaciones de significado, única forma de asegurar la aritmética serie de periódicas resurrecciones operadas a lo largo de la historia de las ideas filosóficas. Sin ánimo de trivializar semejante observación, todo parece indicar que tal metempsychosis encierra una cierta dosis de « oportunismo conceptual », si es que puede decirse tan crudamente.

Ciertamente que la novísima reaparición de la vieja dialéctica tuvo algo que ver tanto en el campo de la filosofía oficialmente marxista como en el de la filosofía marxista marginada (o si se prefiere : marxiana) con ese impreciso y tímido fenómeno político-cultural que lleva el nombre de « destalinización » de la vida socialista. La aparición de obras como *La Dialéctica de lo concreto* de Karel Kosik en Praga en 1963 ; las conferencias de Robert Havemann sobre *¿ Dialéctica sin dogma ?* en Leipzig y Berlín en 1964 y 1965, por ejemplo, hubieran sido sencillamente impensables tan sólo quince años atrás. Ni siquiera el auto-denominado « mundo libre » pareció dar muestras de gran libertad en el tratamiento y presentación de este tema con anterioridad a 1953. El resurgimiento de la obra clásica de Lukacs, *los Studien über marxistische Dialektik*, más conocidos como *Historia y conciencia de clase*, tiene lugar en Francia en 1960, y la recuperación de la obra de Korsch (*Marxismo y filosofía ; La dialéctica de Marx ; La dialéctica materialista*, entre

otros títulos) es apenas de 1964. De 1960 es la *Crítica de la razón dialéctica* de Sartre, si bien su primera e incisiva parte (*Questions de méthode*) data de 1957. Hay que reconocer que mucho antes Merleau-Ponty desde 1948 (*Sens et non-sens*), pero más propiamente desde 1955 (*Les aventures de la dialectique*) había abordado críticamente el candente tema de la dialéctica, si bien lo hizo con la doble limitación de concentrar la enmienda al marxismo en la exaltación de Max Weber y de dirigir su crítica a los aspectos prácticos de la actividad política marxista, sobre todo, francesa. Otro francés, militante de partido para ese entonces, H. Lefebvre, puso sobre la mesa en 1958 la discusión de ciertos aspectos de la doctrina oficial. Las obras de los italianos Della Volpe (*Neoumanesimo ed emancipazione marxista*) y Dal Pra (*La dialettica di Marx*) son posteriores y aunque Pietro Rossi y Norberto Bobbio presentaron en 1958 sendas monografías sobre Hegel y Marx, respectivamente, en los *Studi sulla dialettica* que dirigió Abbagnano, en definitiva puede considerarse a Sartre como el avanzado en la tarea de reactualizar el estudio del tema'. Lo cual no es de extrañar. La ya consagrada perspicacia de una de las mentes más agudas de nuestra época no sólo lo llevó a reintroducir en el gran teatro de las ideas la un tanto olvidada y aún fosilizada dialéctica, sino que le sirvió para justificar semejante empresa como si se tratase de una necesidad histórica. Curándose en salud, negará Sartre que se está ante un descubrimiento de la dialéctica en tanto concepto arrinconado en el desván de los trastos filosóficos. Son los hallazgos objetivos de la historia o de la etnología contemporáneas quienes revelan la vigencia del método dialéctico y, sobre todo, pretenderá muy hegelianamente Sartre, es el propio pensamiento dialéctico quien,

(1) No sólo en el « mundo occidental », pues dos títulos aparecidos en 1960 (fecha de la publicación de la *Crítica de la razón dialéctica*), procedentes de autores de los países socialistas presentan la limitación temática del trabajo académico. En efecto : la *Dialektika abstraktnovo i konkretnovo v 'Kapitale' Marksa* de E. Vasilievich Ilienkov se concentra en el estudio económico del *Capital* ; mientras que el artículo de Adam Schaff (*Marxist dialectics and the principle of contradiction*, in : 'The Journal of Philosophy', I, vii, n. 7, 1960, pp. 241-250) tiene carácter más bien polémico circunstancial.

desde principios de siglo, ha devenido autoconsciente. En lo que coincide — por más que con distintas palabras — Kosik cuando habla del «rodeo» que ha de dar la dialéctica para revelarse como conocimiento de liberación de la *seudconcretización en que el hombre se dispersa y enajena*.

De esta forma, reinventada y enunciada por Hegel, criticada por Marx, transformada y hegelianizada por Engels, olvidada por Bernstein, corporalizada por Kautsky, neohegeliana por Lenin y codificada y esquematizada por Stalin, la dialéctica tuvo que atravesar sus círculos de purgatorio objetivo, con esa modorra del espíritu que Hegel denunciara, hasta que se hiciera por sí misma consciente de sí misma en el no menos largo proceso que va desde Labriola y Mondolfo hasta Sartre, pasando por Lukacs.

No se pretende discutir la verdad de semejante tesis; se prefiere aprovecharla como recurso de trabajo, cuestionando su contenido con preferencia a su forma histórica. Porque sucede que tal renovación metodológica sólo puede lograrse plenamente mediante un cambio profundo de significado, lo contrario, sería desenterrar cadáveres y practicar sobre ellos un maquillaje tan extravagante como inútil. Refiriéndose al marxismo clásico, Karl Korsch sostuvo en 1932 que, primero Marx-Engels y luego Lenin, habían «salvado» la dialéctica al transferirla de la filosofía idealista alemana a la concepción materialista de la naturaleza y de la historia. Pues bien: semejante «trans-salvación» o «salvación por transferencia» (*Hinübertragung*) era vista por Korsch apenas como un tránsito hacia la creación de una teoría revolucionaria. La ironía de la historia (quizás, la astucia de la razón) ha querido que fuera, en efecto, una transición, sólo que hacia la formación de otras figuras estáticas de la dialéctica no menos idealistas que las hegelianas, aunque ciertamente menos grandiosas. De tal manera que ha sido necesario emprender una segunda operación de rescate, una nueva «salvación por transferencia». De empresa semejante, no interesa ahora discutir el aspecto histórico (o para seguir con la sugestiva imagen de Korsch: la «salvación» de la dialéctica). Lo que se pretende es señalar las principales características del cambio operado en el concepto, esto es, la «transferencia» llevada a cabo en la segunda resurrección de la dialéctica hegeliano-marxista.

Para lograr captar el sentido del cambio efectuado,

hay que atender, sobre todo, a una queja repetida, dentro y fuera del marxismo oficial, que va de Lukacs a Sartre y que apunta hacia lo que ya es corriente denominar «dogmatización de la dialéctica».

El marxismo vulgar — denunciaba Lukacs hacia 1920 — ha olvidado por completo esta diferencia [se refería a la que se establece entre el estudio de lo propiamente histórico — por ejemplo, organización militar y estatal de un Federico de Prusia o de un Napoleón — y generalización de los juicios sobre las formas literarias, científicas o religiosas; en una palabra: análisis de la superestructura]. Su utilización del materialismo histórico ha caído en el error reprochado por Marx a la economía vulgar: ha considerado a las categorías simplemente históricas... como categorías eternas.

El marxismo se ha detenido — diagnóstico, por su parte, Sartre desde 1957 —, precisamente porque esta filosofía quiere cambiar el mundo, porque apunta hacia el 'devenir-mundo de la filosofía', porque es y quiere ser práctica, se ha operado en ella una verdadera escisión que ha arrojado a la teoría a un lado y a la *praxis* al otro... Hay que dejar que la razón dialéctica se fundamente y se desarrolle como libre crítica de sí misma y, al mismo tiempo, como movimiento de la historia y del conocimiento. Hasta el presente, eso es lo que no se ha hecho: se la ha bloqueado en el dogmatismo.

Dogmatización, detención, parálisis, esclerosis, esquematismo, empobrecimiento son los epítetos más comunes que hoy día se manejan para señalar un cierto estado de cosas en la filosofía marxista en general y en el particular tratamiento que, dentro de ella, recibe la dialéctica. Mejor dicho: precisamente en la medida en que la dialéctica ha experimentado determinada mutación, que bien podría calificarse de *enajenante*, el marxismo se ha cosificado en una doctrina rigidamente cerrada. Si esto es cierto, si la relación entre la supuesta fetichización de la dialéctica y la evidente rigidez esquemática del marxismo están estrecha como se pretende, no habría por qué extrañarse de la insistencia con que el frente

ideológico marxista de nuestros días procede a reconsiderar el valor y alcance de la dialéctica dentro de la doctrina general. No parece demasiado arriesgado sostener que el porvenir, y no sólo filosófico, del marxismo depende en buena medida de la interpretación que se dé al término clave: dialéctica. Quien tuviere reservas sobre semejante aserto puede disiparlas o confirmarlas de una sola manera objetiva: esclarezcase, en la historia doctrinaria del marxismo, cómo ha operado hasta el presente la relación (que lo es de parte a todo) entre dialéctica y concepción materialista del mundo, esto es, en definitiva, entre método y sistema. Si, al hacerlo, se descubre que también en el pasado se registró en forma problemática el juego cerrado de tales relaciones, podrá inferirse de ello que, en cierta manera, lo que se hace ahora es *piétiner sur place*. O lo que sería equivalente: el problema nada despreciable de la fundamentación teórica de la filosofía marxista reposa sobre la circularidad de un planteamiento: el método constituye al sistema el cual, a su vez, absorbe y justifica el método. Sin pretensiones de caer en fáciles analogías, el esquema aludido recuerda otra situación de circularidad fundamentalmente no menos famosa aunque mucho menos filosófica: la autoridad histórico-legal de la Iglesia se funda en la veracidad de los evangelios, la cual por su parte es garantizada por la *auctoritas* de la iglesia. *Mutatis mutandi*, desde luego.

Si bien parece existir concordancia de posiciones a la hora de denunciar el fenómeno del dogmatismo desarrollado desde y por la dialéctica marxista, tal concordancia se desvanece cuando se trata de determinar las causas de semejante parálisis y, ciertamente, se convierte en abierta constatación de diferencias en el momento de proponer remedio al mal.

Lukacs, Korsch y Sartre son quienes han presentado en forma más completa y original la etiología del mal denunciado. Independientemente de las diferencias específicas a señalarse entre los tres, se observará que Lukacs y Korsch se distinguen de Sartre por tener en común la doble condición, personal una e histórica la otra, de su militancia marxista activa y de su pertenencia a una misma generación. Quizás tenga más importancia la segunda que la primera por cuanto ambos pensadores tienen el mérito historiográfico de haber reclamado la integridad de las obras del marxismo clásico podría decirse, más que

nunca *avant la lettre*. Recuérdese, en efecto, que no fue sino hasta 1932 cuando, por la obra simultánea pero no conjunta de Landhust-Meyer, por un lado, y de Adoratsky, por otro, se editaron los textos juveniles de Marx. Sartre, por el contrario, ha contado a su favor con las ventajas de una muy avanzada y crítica revisión historiográfica de los textos marxistas que, si bien no es aún completa, proporciona guía suficiente y debería impedir las injustificables ligerezas de lectura y de referencias textuales que sigue haciendo, por ejemplo, el propio Sartre².

(2) Un botón de muestra. En la *Crítica de la razón dialéctica* (Introducción, A — Dialéctica dogmática y dialéctica crítica), al criticar Sartre, justamente, el materialismo dialéctico metafísico o impuesto, al que llama materialismo «*du dehors ou transcendantal*», escribe (p. 124, ed. Gallimard, París, 1960): «*Ce matérialisme, nous savons bien que ce n'est pas celui du marxisme et pourtant c'est chez Marx que nous en trouvons la définition: 'La conception matérialiste du monde signifie simplement la conception de la Nature telle qu'elle est, sans aucune addition étrangère'*» Pasemos por alto ese enigma de un concepto que, encontrándose en Marx, no es marxista. Lo que interesa es la supuesta cita de Marx, que en realidad no es de Marx, sino de Engels. Es curioso: Sartre viene repitiendo este mismo error desde 1946. O nadie se lo ha hecho ver o se ha aficionado a él. En *Materialismo y revolución* presenta por vez primera el pasaje erróneamente atribuido a Marx y, luego, en *Questions de méthode* ('Les Temps Modernes', N° 139, sept. 1957; N° 140, oct. 1957), vuelve a endilgarle a Marx la paternidad de la misma frase. Pero en Marx no se encuentra nada parecido. La cita (aproximada) es de Engels, de su *Ludwig Feuerbach* y ni siquiera de la obra publicada bajo tal título, sino de un fragmento no publicado originalmente (1886) y que más tarde fue incorporado en ediciones ampliadas. Allí se lee (según la edición francesa, París, 1951, Edit. sociales): «*il est vrai que la conception matérialiste de la nature ne signifie rien d'autre qu'une simple intelligence de la nature telle qu'elle se présente, sans adjonction étrangère...*» pero sigue: «*...et c'est pour cela qu'à l'origine elle était l'évidence même chez les philosophes grecs*». De donde se colige que Engels estaba comentando el carácter del materialismo vulgar, pero no dando una definición del materialismo dialéctico. Volviendo a Marx: lo incomprensible es que Sartre no haya vacilado en atribuírselo hasta por tres veces cuando es evidente para quien conozca algo a Marx que semejante frase *no puede* ser suya. No deja de ser irónico que justamente a Sartre, quien se ha distinguido por cargarle la mano a Engels en

La falla fundamental metodológica del marxismo vulgar radica— según Lukacs — en su exagerado « economismo », que lo ha llevado a extrapolar el método marxista, específico y de concreta aplicación, a un contexto más amplio y general. Con ello sólo se ha obtenido un resultado paradójico. Pues si el materialismo histórico no es otra cosa sino el autonocimiento de la sociedad capitalista, al elevar las leyes específicas de la transformación de la sociedad al rango de leyes generales (mecanismo típico de la extrapolación), se hace prácticamente eterna la existencia de la sociedad capitalista. Al pretender que el método, sin apoyo concreto suficiente, alcance las notas consagratorias de universalidad y necesidad (indicio, por lo demás, de ideología dominante) deviene sistema filosófico general, con lo que la dialéctica pasa del estado de instrumento específico y limitado al análisis social de una estructura histórica determinada, a la condición de disciplina abstracta con poderes aplicativos absolutos por recurso al esquema.

Poco después de que Lukacs publicara sus críticas a la dialéctica sistematizada, Korsch retomó sus ideas para combatir cierta tendencia metodológica que exigía nada menos que la « construcción socialista de una vasta y coherente representación del mundo ». Recuerda Korsch a este respecto la sana observación de Mehring sobre Marx : no tiene sentido alguno hablar del método « dialéctico-materialista » haciendo abstracción de toda referencia a objetos concretos. Hacer del marxismo una filosofía omniabarcarante y omniexplicativa, y del método dialéctico un sistema independiente equivale a pasar de una doctrina real y de posibilidad de concreta aplicación a una forma ideal y de indeterminación abstracta. Aunque Korsch ma-

tanto responsable de la naturalización de la dialéctica, se le haya escapado un texto que, aún en lectura forzada, podría haberle servido para apoyar sus denuncias. Aun más irónica es la probable causa de semejante error de lectura e interpretación. La primera vez que Sartre empleó el texto (1946) lo citó guiándose por la edición rusa K. Marx-F. Engels, Obras completas, Ludwig Feuerbach, t. XIV (cf. *Situations*, III, Paris, Gallimard, 1949, p. 141). Dejando piadosamente a un lado el error más bien grueso de atribuir el *Ludwig Feuerbach* a Marx, no deja de ser curioso que sea precisamente Sartre quien se haya dejado embarcar por la bibliografía marxista stalinista, deliberadamente confusa y amalgamante de Marx y Engels.

nejó la crítica a Lenin con cierta prudencia, nada incomprensible, no hay que hacer muchos esfuerzos de lectura para percatarse de quién es, ante sus ojos, el responsable de semejante peligro. En efecto : Lenin había predicado la vuelta a Hegel para organizar, desde un punto de vista materialista, el estudio sistemático de la dialéctica. En nuestros días, Sartre presenta la novedad de una crítica a la dialéctica que, sólo en apariencia, pudiera aproximarse a los reproches propios del binomio Lukacs-Korsch. Si para éstos el error consistió en pretender abarcar, por una parte, más de lo que el método permite investigar con seguridad (Lukacs) y, por otra, más de lo que debe explicar (Korsch), Sartre, en cambio, no tiene empacho alguno en reclamar la conversión de la dialéctica en « método universal y ley universal de la antropología » con tal de que esté debidamente fundamentada. Si el marxismo que hace uso de la dialéctica se ha detenido y dogmatizado no es por un exceso sistemático del método, sino por la desnaturalización y mal uso del mismo. Aquí justamente se sitúa el punto de semejanza formal entre Sartre y Lukacs. El método dialéctico sirve en el interior de la historia, por lo que sólo tendrá sentido hablar de materialismo histórico ; lo que fue un error (de Engels, para Sartre) es exteriorizar la dialéctica mediante su atribución metodológica al orden natural. Se condena así el materialismo dialéctico a fin de salvar el histórico ; la dialéctica de la naturaleza sólo puede aspirar al dudoso *status* de « hipótesis metafísica ». Ahora se puede observar la diferencia con Lukacs. Para el húngaro, el abuso explicativo que, a su vez, degenera en vulgarización del marxismo, se produce dentro del mismo orden temático, en el interior de la investigación histórica, pues se transfieren los resultados alcanzados en el análisis de una sociedad (capitalista) a la indagación de otras formas sociales. Para Sartre sin embargo, se ha transgredido otra frontera, no menos prohibida : desde el nivel histórico al natural. La dialéctica ha de ser siempre método antropológico, no naturalista. No es, por consiguiente, lo mismo universalizar y sistematizar históricamente la dialéctica que hacerlo por vía naturalista. Sartre da la batalla en un doble frente : ni una dialéctica hipostasiada dentro del orden de la investigación histórica ni una dialéctica enajenada en la reducción esquemática de la realidad material no humana. Porque en ambos extremos lo que se pierde es el hombre mismo que, en vez

de ser profundizado en su esencia radicalmente humana, queda disuelto, según la expresión sartreana, en un baño de ácido reductor. Contra ello tenía que reaccionar el Sartre existencialista : « lo que llamamos libertad es la irreductibilidad del orden cultural al orden natural ».

Si es cierto que hasta la dialéctica ha de ser dialéctica o, como dice Sartre, llegar a ser autoconsciente de su propio proceso, tendrá algún sentido entonces inquirir por la determinación histórica de su momentánea opacidad. ¿ Dónde y cuándo se pierde la dialéctica en tanto consciente de sí o, si se prefiere, dónde y cuándo se evita la constitución de esa conciencia dialéctica de la dialéctica ?

Se pretende atribuir a Engels el origen del proceso ocultante de la diaphanía dialéctica. La transferencia que Engels efectúa de un método socio-histórico a un esquema general y naturalista no tuvo únicamente las consecuencias que Sartre denuncia : bloqueo dogmático del auténtico método dialéctico y consiguiente paralización del pensamiento marxista en general. Por el contrario, hay buenos motivos para sospechar que semejante transferencia sirvió de plataforma a más audaces construcciones filosóficas, de tal manera que el marxismo logró — mediante la incorporación del tema de lo natural a su red de categorías — levantar una compleja estructura de interpretaciones comprensivas del hombre y la realidad material ; fabricó, en definitiva, una concepción filosófica del mundo. Ya en Engels se pretende que la dialéctica sea « la ciencia de las leyes universales del movimiento y de la evolución en la naturaleza, en la sociedad humana y en el pensamiento », como es bien conocido y, en ocasiones, mejor recitado. A partir de semejante definición integralista, la línea ideológica conocida con la denominación (por lo demás, relativa y siempre controvertible) de « marxismo ortodoxo » o « académico », procedió a exaltar el naturalismo dialéctico en detrimento del histórico. La dialéctica de la naturaleza no sólo vino así a complementar a la dialéctica de la historia (posición original engelsiana), sino que ésta llega a quedar subordinada a aquélla, en definitiva. Cualquiera de los numerosos manuales del marxismo oficial así lo proclama :

La teoría de Marx y Engels es una concepción general de la naturaleza ; esta concepción ge-

neral de la naturaleza constituye el materialismo dialéctico. De esta concepción general se deriva una concepción particular de la sociedad... que es el materialismo histórico.

Se trata precisamente de Marx puesto al revés. Semejante inversión dentro del marxismo ortodoxo tuvo una doble consecuencia. Por una parte, determinó la elaboración de una metafísica dialéctica, ya que se admitió como válida la posibilidad de fundamentar leyes específicas del orden natural sin tener que relacionarlas previamente con el orden histórico ni organizarlas correspondientemente en el ámbito de cada ciencia ; se produjo, por otra parte, una desvalorización de la historia (como denunciara Marcuse, en su análisis del marxismo soviético), por cuanto ésta viene reducida a un campo de aplicación por extensión de las leyes universales encontradas en el estudio de lo natural. De tal forma, que aquello que — según todas las fuentes históricas disponibles — eran para Marx términos indistinguibles (materialismo histórico y materialismo dialéctico, aunque sin haberlos empleado en tanto tales expresiones), se convierten con posterioridad : primero, en términos separados y, luego, en términos jerarquizados entre sí con una relación de dependencia interna de mayor (materialismo dialéctico : *Diamat*) a menor (materialismo histórico). No se trata de enfrascarse, al menos por ahora, en el complejo problema interpretativo de las variaciones de la dialéctica hegeliana, en Marx, primero, y más tarde, en Engels. A título de referencia, que pueda servir para orientar este proceso de revisión del término en sus alcances estrictamente contemporáneos, bastará con rememorar uno de los puntos clave de la dialéctica y resumir el controvertido y nada claro aspecto del empleo de esa dialéctica por parte de Marx.

Las vicisitudes de la dialéctica marxista son inevitable consecuencia de una pesada herencia : la compleja ambigüedad de la dialéctica hegeliana que, por un lado, es el resultado de la elaboración de ideas religiosas e históricas (período de Frankfurt) y, por otro, el efecto de la aceptación de ciertas tesis de la metafísica de Schelling sobre la naturaleza (período jenense). Al Hegel del primer período le basta con la solución ético-instrumental del amor como recurso unificante de lo separado en el doble par de oposiciones unidad-multiplicidad, finito-infinito que registran los hechos sociales y la historia de las religiones, desde

las religiones populares a la positiva por excelencia que era el cristianismo. Se contiene ahí la referencia obligada y suficiente al famoso concepto de alienación, de neta filiación religiosa en Hegel, aunque no excluya aportes conceptuales derivados de la economía política, como el mismo Lukacs se ha empeñado en probar. Pero sucede que, al convertirse la filosofía en sistema, en tanto que constituyó una totalidad de saber logrado mediante la reflexión (para decirlo con los propios términos hegelianos), las influencias tanto de Fichte como de Schelling modificaron, como es sabido, el cuadro de las referencias dialécticas. Ya no se limitó ésta a ser el proceso espiritual que disolvía en la unidad del amor la separación insufrible de los objetos finitos respecto de la añoranza del ser infinito, sino que recibió el doble aporte del esquematismo triádico (Fichte), que dio popularidad terminológica al proceso, y de su proyección hacia la naturaleza (Schelling), entendida como mundo externo al espíritu en el cual éste subsiste en forma latente, aun no consciente de sí. De ahí, la gran oposición hegeliana entre Naturaleza y Espíritu y los obligados paseos del último por el ámbito de aquella y por sí mismo a fin de resolver la nueva separación en la superior unidad del Saber absoluto. Tal dualidad constitutiva del pensamiento hegeliano sirve para comprender — por remota, pero adecuada referencia — la otra gran dualidad resultante del sistema; a saber, la que se estableció más tarde entre proceso y contenido, que determinó en definitiva la doble dimensión de la dialéctica que estamos ya acostumbrados a manejar: lógica (o fase pretendidamente operativa) y metafísica (o fase logradamente descriptiva). La dialéctica hegeliana no sólo es forma de aprehensión racional del saber absoluto, sino al mismo tiempo expresión total de lo real, como queda inequívocamente expuesto en uno de los textos hegelianos más reveladores del doble alcance que tuvo siempre la dialéctica para su inventor de los tiempos modernos:

El entendimiento determina y contiene las determinaciones; la razón es negativa y dialéctica porque disuelve en la nada las determinaciones del entendimiento. Es positiva porque produce lo general y, de esta forma, capta lo particular... Este movimiento espiritual que, en su simplicidad, se da a sí mismo su determinación y, en ésta, su igualdad; movimiento

que es, por lo mismo, el desarrollo inmanente del concepto, es también el método absoluto del conocer y, al mismo tiempo, el alma inmanente del propio contenido. (Prefacio de la *Wissenschaft der Logik*.)

¿Es entonces de extrañar que, sobre esa doble vertiente, no necesariamente incluyente, se produjera primero, la escisión de los posthegelianos, entre los cuales Marx, y se llevara a cabo, posteriormente, todo intento de reunificación (síntesis) de muchos post-marxistas, entre los cuales, Engels? ¿Y no será acaso esa la misma clave para abordar el debatido problema del empleo de la dialéctica por parte de Marx?

Pese a sus posibles exageraciones conclusivas, a Lefebvre le corresponde el mérito de haber planteado organizadamente el problema de la dialéctica en Marx, mediante la elaboración de una tesis interpretativa coherente, según la cual, Marx es tan sólo un dialéctico tardío. Desde una primera fase de repudio casi emocional de la dialéctica hasta 1858, en que acepta la vuelta a ella con la condición de efectuar su inversión y ponerla sobre los pies. La tesis de Lefebvre ha sido criticada, y no sólo dentro del marxismo ortodoxo, como era de esperar. Pero por mucho que se trate de borrar la imagen histórica incontrovertible de un Marx anti-dialéctico, siempre quedarán los textos inequívocos de *Miseria de la Filosofía* y la zona oscura de la inversión de la dialéctica. A menos que se acepte la solución metodológica drástica de Althusser del « corte epistemológico » (3). En todo caso, es innegable que lo que Marx le criticó tan despiadadamente a Proudhon fue el mal uso del método hegeliano, que tendía, por un lado, a desnaturalizarlo, desde el momento en que se planteaba la posibilidad de eliminar uno de los términos en oposición, y procuraba, por otra parte, convertirlo en lo que el propio Marx llamara con todas las letras una *angewandte Metaphysik*. ¿Cómo se podía llegar al peligro de semejante aplicación? Exactamente mediante el mismo procedimiento que, en nuestro siglo, han denunciado Lukacs y Korsch y que Marx reprochó, en el suyo, a Proudhon:

Si se empieza por encontrar en las categorías lógicas la esencia de toda cosa, uno cree encontrar en la fórmula lógica del movimiento el método absoluto que, no sólo explique to-

das las cosas, sino que incluya también el movimiento de la cosa.

Se ve, entonces, que la crítica de un Lukacs o de un Korsch y, en parte, de un Sartre es, en definitiva, la propia crítica de Marx: toda la inmensa desconfianza que Marx desarrollara contra el hegelianismo no logró, sin embargo, salvarlo de la contaminación sistemática. Lo tristemente irónico es que no fue Marx el afectado, sino sus seguidores doctrinarios; es un caso de autovacuna, pero sin capacidad de transferencia.

Los pensadores neo-marxistas del siglo XX tienen ante sí una tarea superior a la de Marx ante un mismo peligro; no basta ahora con denunciarlo: menester será combatirlo, esto es, proponer una terapéutica adecuada. A primera vista, las proposiciones de un Sartre parecen ser las más completas y logradas; sólo a primera vista. Es cierto que Lukacs se limita a reclamar una reducción a las fronteras originales, de tal forma que, en vez de un método absoluto, se disponga más bien de un modelo sobre el que trabajar en tanto patrón de referencias. Korsch es aún más decepcionante, desde el punto de vista filosófico, a la hora de proponer soluciones:

La dialéctica materialista... no puede ser enseñada de manera abstracta ni siquiera con ayuda de pretendidos ejemplos, como si fuera una ciencia particular que tuviera su objeto propio. Sólo puede ser utilizada de manera concreta en la *praxis* de la revolución proletaria y en una teoría que sea su parte constitutiva, inmanente y real.

En dos platos: dialéctica es primero acción y, una vez cumplidos los objetivos político-sociales de ésta, será reflexión sobre dicha acción. Reaparece la oreja de Engels con la prueba del *pudding*: el movimiento se demuestra andando. Sartre hace figura de gigante ante tan exiguas sugerencias de renovación. Porque empieza por pe-

(3) Que hace recordar las posiciones, arbitrariamente valorativas y aun discriminativas, sartreanas (ver nota 2), pues a lo que, en definitiva, tiende la revisión científico-estructuralista de Marx es a declarar no-marxistas ciertos textos.

dir nada menos que una « fundamentación a priori » de la dialéctica por ella misma. Ya eso de que la razón dialéctica tenga que ser autoconstituyente (o « interiorizante » como expresa Sartre) suena a muy hegeliano: es el espíritu desplegándose él mismo. Pero donde se encuentra el nudo mayor de dificultades programáticas de Sartre es en esa exigencia de una fundamentación a priori. Tomada al pie de la letra es la expresión más completa de postulación idealista de la dialéctica que se haya hecho desde Hegel; quien lo dude, que recuerde las propias palabras de Sartre: se trata de « fundamentar la dialéctica marxista con independencia de su contenido, es decir, con independencia de los conocimientos que ha permitido adquirir ». Lo que sucede es que Sartre es el primero en darse cuenta de lo insostenible (dentro y fuera del marxismo) de una petición semejante. Y ahí comienza el drama del Sartre dialéctico: porque no quiere renunciar a ganar en los dos tableros (4). Seguirá aspirando a una dialéctica a priori, pero querrá fundamentarla en « la experiencia libre, directa y cotidiana ». Es una tarea de navegación forzada entre la Scila del *apriorismo*, seguro pero vacío, y la Caribdis del

(4) Como no dejara de hacérselo ver oportunamente Lévi-Strauss (último capítulo de *La Pensée sauvage*) a propósito del dualismo de la razón: « Quand on lit la *Critique* on se défend mal du sentiment que l'auteur hésite entre deux conceptions de la raison dialectique. Tantôt il oppose raison analytique et raison dialectique comme l'erreur et la vérité, sinon même comme le diable et le bon Dieu; tantôt les deux raisons apparaissent complémentaires: voies différentes conduisant aux mêmes vérités. Outre que la première conception discrédite le savoir scientifique et qu'elle aboutit même à suggérer l'impossibilité d'une science biologique, elle recèle aussi un curieux paradoxe; car l'ouvrage intitulé *Critique de la raison dialectique* est le résultat de l'exercice, par l'auteur, de sa propre raison analytique: il définit, distingue, classe, et oppose... Comment la raison analytique pourrait-elle s'appliquer à la raison dialectique et prétendre la fonder, si elles se définissaient par des caractères mutuellement exclusifs? Le second parti prête le flanc à une autre critique: si raison dialectique et raison analytique parviennent finalement aux mêmes résultats, et si leurs vérités respectives se confondent en une vérité unique, en vertu de quoi les opposerait-on, et surtout, proclamerait-on la supériorité de la première sur la seconde? Dans un cas, l'entreprise de Sartre semble contradictoire; elle paraît superflue dans l'autre ».

hiperempirismo, concreto, pero cambiante. El resultado es que Sartre sale a la calle de la historia (o, por lo menos, de la sociología) con una lámpara que busca esta vez «nuestra experiencia apodíctica». Tabular como hace Sartre largamente los llamados «colectivos» a partir de la 'serialidad' hasta el 'grupo' resulta ser una tarea poco original y nada positiva. Poco original porque los sociólogos manejan esos conceptos desde hace cincuenta años sólo que con referencias más concretas y menos localistas; nada positivo porque, a la larga, describir situaciones humanas mediante la táctica de depositar sobre ellas una etiqueta que las cubra, pero no las explique, no deja de ser el equivalente de lo que, entre los filósofos analistas, Ryle denomina la relación 'Fido' — Fido, esto es, el nombre de mi perro Fido es 'Fido'. Algo hace sospechar que aquí también se impone una buena pasada de la famosa navaja del monje Ockham... Todo el resto de la excursión, mas bien tediosa, de Sartre para encontrar la «experiencia apodíctica», que le permita fundamentar la dialéctica y salvarla así del peligro de su dogmática paralización, no sirve sino para transcribir en lenguaje aproximadamente marxista los conceptos de *El ser y la nada* allí expuestos en una lengua entre fenomenológica y hegeliana. Al final, se detiene en «el umbral de la historia», lo cual ya es suficientemente revelador del carácter formalista y ultrametodológico del marxismo de Sartre. El marxismo de Marx operaba en y desde la historia. Exigir kantianamente el análisis de las condiciones de posibilidad de toda antropología futura equivale a invertir nuevamente las relaciones estructura-superestructura. Dan ganas de exclamar: ¡dialéctica, cuántas inversiones se cometen en tu nombre! Pero supóngase que Sartre lograra en efecto traspasar el umbral de la historia concreta al que llegó y se detuvo en 1960 (esto es, que entregue el segundo prometido volumen de la *Crítica*). En todo caso, no parece que, desde un punto de vista programático, la situación pueda mejorar pues, de antemano, Sartre — en plan casi matemático — sabe lo que va a encontrar, y lo que tiene que demostrar:

El conjunto de los dos tomos tratará de probar: la necesidad como estructura apodíctica de la experiencia dialéctica no reside ni en el libre desarrollo de la interioridad ni en la

inerte dispersión de la exterioridad; se impone, a título de momento inevitable e irreductible, en la interiorización de lo exterior y en la exteriorización de lo interior.

Sin tantos rodeos y juegos de lenguaje: lo que Sartre promete, como soporte fundamentante de la dialéctica, es el enfrentamiento dialéctico de las relaciones sujeto-objeto ¿Cuál es el avance desde Hegel?

Kosik es, en buena medida, el resultado de la influencia poderosa de Sartre dentro del propio campo teórico marxista; ha aceptado la discutible lección sartreana de *Questions de méthode* y se ha propuesto relacionar, al menos de alguna manera, marxismo con existencialismo. Así llega a esa *Dialéctica de lo concreto*. Mientras Kosik habla de la necesidad de crear una «totalidad como estructura significativa», que sólo puede ser la «totalidad concreta», se mantiene demasiado próximo a Sartre en lo que respecta al planteamiento apriorístico. La ventaja que presenta Kosik es que ofrece un plan de trabajo dialéctico para la puesta en marcha de la detenida dialéctica, cuyos pasos fundamentales serían: 1) destrucción de la pseudoconcretitud, esto es, desfetichización de los fenómenos; 2) historización de la objetividad así recobrada, y 3) conocimiento del contenido objetivo y del significado del fenómeno, de su función objetiva y de su posición histórica en el cuerpo social. Sólo en el primer momento parece innovador y aún revolucionario su plan. Destruir la pseudoconcretitud es, finalmente, liquidar las ideologías representativas, deformantes de la realidad subyacente, vieja misión de choque de la doctrina revolucionaria de Marx. Pero, además de ser una repetición de un plan conocido, bien pronto enterrado por los sistematizadores filosóficos del marxismo, la destrucción que plantea Kosik no pasa de ser — como en el caso de Sartre — un voto expreso. Su cumplimiento dependerá, en última instancia, de la *praxis* (de lo que Sartre denomina «experiencia cotidiana», sea o no apodíctica), con lo que se vuelve a caer en el terreno normativo y apriorístico de una antropología filosófica aun no constituida que sirva para sostener la concepción dialéctica del mundo.

El resumen de tal revisión de las vicisitudes de la dialéctica hegeliano-marxista en nuestros días, con especial referencia a los aspectos críticos

apuntados antes, arroja un balance no demasiado satisfactorio. Predominan los aspectos negativos sobre las perspectivas positivas. Lukacs parece tener razón sobre Sartre al pedir prudencia en el manejo de lo que, en definitiva, no ha probado hasta ahora ser sino un método de alcance limitado; cualquier pretensión de fundamentación *a priori* o de universalización parece, cuando menos, exagerada. Sartre, por su parte, tiene razón, y no sólo contra Engels, al pedir la reducción de la dialéctica al ámbito antropológico; lo que sucede es que la escisión entre naturaleza e historia es abstracta y anti-dialéctica (en lo que paradójicamente vienen a aproximarse Engels y Sartre), propia de cualquier condenable tarea de esa razón analítica tan menospreciada por Sartre. Aquí es Lukacs quien supo ver claro al enunciar sencillamente que «la naturaleza es una categoría social», lo que, de ser aceptado, tendría como consecuencia inmediata el reconocer que sólo determinadas sociedades (capitalismo, por ejemplo) han podido desarrollar culturalmente la confrontación objetiva y antagónica del hombre con la naturaleza. Consecuencia segunda, aunque metodológicamente de primera importancia: el tratamiento analítico (esto es, científico) de la naturaleza es el único directo y real posible, pero a su vez hay que considerarlo como función del desarrollo social que ha posibilitado el desarrollo cien-

tífico. Esto quiere decir que, en vez de perderse en encontrar los casos en que se cumplan o dejen de cumplirse las tres o las seis leyes de la dialéctica (5); en lugar de preocuparse por explicar dialécticamente los saltos de los fotones en el fenómeno Compton; en lugar de querer demostrar que la obtención de proteínas sintéticas sólo ha sido posible gracias a la correcta aplicación de la dialéctica, lo que se ha de plantear es el muy directo problema de las relaciones entre estructura social y dominio teórico-práctico de la naturaleza. Como ya se ha dicho: es absolutamente cierto que los soviéticos, por ejemplo, no desarrollaron sus originales avances astronáuticos con ayuda de la dialéctica, pero no lo es menos que sólo los soviéticos y los americanos lo han logrado, es decir, sólo lo han obtenido aquellas sociedades de estructura y organización superiores, capaces de resolver la relación hombre-naturaleza en forma dialéctica, esto es, en beneficio del sujeto práctico.

Todas las demás disquisiciones en torno al término 'dialéctica' podrán ser tan exquisitas, eruditas y sugerentes como se quiera; adolecerán del mismo defecto: academicismo, signo inequívoco de una formación ideológica. La posibilidad de suprimirlo está en función, en este caso, de la posibilidad de superar la ideología.

(5) Frente a los infantilismos simplistas de la exposición de esa dialéctica (bien representados por el Garaudy de *La libertad*, o por el manual de Politzer, editado por Besse-Caveing) se comprenden las duras reacciones de toda mentalidad científica, aún dentro del propio marxismo. Buenos ejemplos son: en lo filosófico, R. Havemann (en particular, su undécima lección y su tercer seminario de los *Aspectos científicos de problemas filosóficos*); en lo literario, Soljenitsyn con ese devastador capítulo 60 de *En el primer círculo*.

La tortura en el Brasil

Los fragmentos que a continuación se reproducen en traducción española pertenecen a un documento todavía inédito, cuyo original completo obra en poder del Frente Brasileño de Información. Dicho documento, firmado por trece presos políticos de la penitenciaría de Linhares (Minas Gerais) con fecha 19 de diciembre de 1969, fue redactado por uno de los firmantes, Angelo Pezzuti da Silva. Pezzuti, militante de la V.P.R. (Vanguardia Popular Revolucionaria), fue liberado el mes de junio de 1970 en la operación de trueque de cuarenta revolucionarios brasileños por el embajador Holleben de la República Federal de Alemania. El documento se preparó, en principio, con objeto de dirigirlo al órgano oficial pomposamente intitulado *Conselho de Defesa da Pessoa Humana*; por supuesto, nunca pudo llegar a su destino. Los fragmentos aquí reproducidos no necesitan mayor introducción y hacen de antemano insuficiente todo posible comentario.

Desde 1964 el empleo de la tortura en el Brasil no ha dejado de ir en aumento y es ya considerable el volumen de lo que sobre este particular se ha escrito. Una vez que consiguió reponerse en cierta medida de las escisiones que la habían desgarrado después del golpe de estado de 1964 y de la represión de los movimientos de masas en 1966, 1967 y 1968, la izquierda brasileña empezó a combatir con medios a los que no había recurrido hasta entonces (asaltos de bancos de armerías, de cuarteles, etc.) y a prepararse para nuevas formas de lucha. Como consecuencia de esas tentativas, muchos jóvenes, estudiantes y obreros, fueron detenidos, inicialmente en Minas Gerais, São Paulo y Guanabara y después en casi todo el país, y las torturas se duplicaron o triplicaron en intensidad y crueldad, llegando a tal violencia sistemática que ésta por sí sola bastaría para explicar la réplica violenta al poder.

Principales métodos de tortura

El «pau-de-arara» o «percha de loro»

Se trata de una barra de hierro o de madera que tiene la longitud de una escoba y es de espesor variable. En la Delegación de Hurto y Robos y en la Delegación de Vigilancia Social de Bahía tiene unos 2 cm de diámetro; en la Compañía de la Policía del Ejército de Guanabara y en la Delegación de Orden Público y Social de São Paulo, su espesor es de unos 3 cm. Cuanto más gruesa más «pesa la barra», pues es mayor la presión que ejerce sobre los brazos del acusado, según se explicará a continuación. Después de

amarrar las muñecas y los tobillos de la víctima, se pasa la barra por debajo de las rodillas que se colocan entre los brazos del individuo curvado hacia adelante. La barra pasa, en consecuencia, sobre los antebrazos. Las extremidades de la barra se apoyan en dos puntos de soporte, que pueden ser dos mesas, dos sillas altas o dos cajones. El torturado queda suspendido y todo el peso de su cuerpo sustentado por las articulaciones de las rodillas y por los antebrazos. Es como si se aplicase un peso de 70 kg (si a esas alturas la persona todavía tiene ese peso) a un punto determinado de los antebrazos durante horas. Al cabo de media hora empiezan a sentirse los efectos: las ligaduras de las muñecas y de los tobillos, forzadas por el peso del cuerpo, casi impiden la circulación de la sangre. Las manos y los pies enrojecen y se insensibilizan primero, dan una sensación de hormigueo después y de hinchazón progresiva y de plétora, finalmente. El torturado piensa que sus dedos van a explotar para dar salida al «líquido azul-pardo» que oscurece e hincha sus miembros. Los torturadores se encargan de reforzar esa impresión con «amables» insinuaciones de lo que a la víctima puede acontecer en los dedos, en la columna vertebral, en los pulmones, etc. Este elemento de la tortura, incorporado del interrogatorio de presos comunes al de presos políticos, se llama «la sugerencia». Es un elemento de presión psicológica destinado a abatir moralmente al torturado.

Cuando ha transcurrido algún tiempo, la presión ejercida en los antebrazos empieza a provocar un dolor terrible, como si aquéllos estuviesen a punto de quebrarse por el lugar en que soportan el peso del cuerpo. Para aumentar ese dolor, los torturadores balancean constantemente, hacia adelante y hacia atrás, el cuerpo de la víctima, riendo y bromeando entre sí como si todo fuera un juego.

La víctima puede quedar colgada en la «percha de loro» durante muchas horas. De vez en cuando es necesario soltar las ligaduras de las muñecas y de los tobillos, pues de lo contrario el torturado perdería las manos y los pies por isquemia y necrosis. La «percha de loro» rara vez se utiliza aisladamente. Es más bien un punto de partida, una excelente posición inicial para aplicar otras formas de tortura, como las que a continuación se detallan.

La hidráulica

La «hidráulica» es una de las numerosas formas de ahogamiento parcial, bautizada con ese nombre en la Delegación de Hurto y Robos de Belo Horizonte. Se trata de la inyección de agua por un tubo de goma introducido en la nariz del torturado. Por supuesto, la inyección de agua por la nariz puede hacerse (y de hecho se hace) de mil modos distintos: con esponjas, con paños, con vasijas, etc. Cuando la víctima, a la que se ha tapado previamente la boca, inspira por la nariz, recibe la inyección de agua. Para expulsar el

agua, el torturado tose desesperadamente, pero enseñada inspira de nuevo para obtener un poco de aire y recibe entonces un nuevo chorro de agua, y así sucesivamente. Es la situación de quien se estuviese ahogando y volvería de vez en cuando a la superficie. Se trata de una de las peores torturas. Cuando la víctima está a punto de desmayarse o, más comúnmente, cuando se desmaya, la dejan respirar para que se recupere un poco y para recomenzar enseguida.

La «hidráulica» y otras formas de ahogamiento parcial se aplican por lo general cuando el torturado está en la «percha de loro». Tiene el torturado la certeza de que va a morir ahogado. La angustia de la muerte inminente por asfixia, la busca inconscientemente (conscientemente, la víctima preferiría sin duda morir, pero no puede dejar de respirar) y animal de un poco de aire, la tos que viene a borbotones, el desesperado cabeceo preagónico se repiten diez veces, veinte: no tienen término. Es, simplemente, inenarrable.

El choque eléctrico

La mayoría de los torturadores utilizan aparatos eléctricos portátiles; a falta de éstos, se recurre en muchos lugares al choque obtenido con la corriente ordinaria.

Con los aparatos portátiles se consiguen por lo general 110 voltios, lo que es suficiente. La corriente alterna se obtiene por el principio de dislocación de los campos magnéticos. El aparato está provisto de una manivela, cuya velocidad de rotación aumenta o disminuye la intensidad de la corriente, y de dos hilos (los electrodos) que se conectan al cuerpo de la víctima, con lo que se cierra el circuito y se produce el choque.

De la imaginación de los torturadores depende la elección de los puntos del cuerpo donde se descargan los choques. El procedimiento más simple es conectar los hilos a los dedos de las manos o de los pies. Enseñada se hace girar la manivela.

La descarga provoca una sensación difícil de definir, un estremecimiento físico y psicológico lleno de chispas eléctricas que, junto con el temblor convulsivo y el descontrol muscular, da al torturado un sentimiento de pérdida de sí mismo, de atracción ineluctable hacia el triturador torbellino eléctrico.

El choque provoca en el músculo un estímulo idéntico al estímulo de las fibras nerviosas, y el músculo responde con una contracción. El descontrol de los músculos tensores y flexores produce movimientos desordenados, semejantes a convulsiones epileptoides. El torturado grita con todas sus fuerzas, procurando hacer pie, afirmarse en un caos de convulsiones, de estremecimientos y de chispas. Es necesario no dejarse perder, desviar la atención de esa sensación desesperante. En ese momento, cualquier otra forma de tortura es un alivio, pues ocupa la atención del torturado y lo devuelve a la tierra, a su propio cuerpo que parece escaparse. El dolor lo salva, los golpes lo

rescatan. El mismo procura infligirse dolor y trata de golpear la cabeza contra el suelo con cuanta fuerza le queda. Pero ni siquiera ese recurso es viable, pues por lo general la víctima está amarrada y cuelga en la «percha de loro».

El choque en determinadas partes del cuerpo es un perfeccionamiento suplementario: en la cara, en los órganos genitales, en el ano. Cuando la descarga se produce en la cara es necesario tener cuidado, pues el descontrol muscular puede hacer que la víctima trague su propia lengua.

En la Policía del Ejército de São Paulo el choque se produce en el recto, por introducción de los electrodos dentro de un tubo de polietileno en los intestinos. El choque provoca así incontinencia urinaria y fecal.

La palmeta

Este instrumento sirve para golpear de forma algo menos indiscriminada a la víctima. El apaleamiento indiscriminado se utiliza también, pero es un recurso demasiado grosero y poco técnico. Lo más general en la actualidad es golpear las palmas de las manos, las plantas de los pies y las nalgas con la palmeta. Puede ésta tener muy distintas formas y ser de diferente material (madera, goma, aluminio, etc.).

Las manos, los pies y las nalgas aumentan cuatro veces de volumen y quedan en carne viva. Las ampollas formadas inicialmente por los golpes van estallando; la sangre sale con la piel (con menos frecuencia se pierden también las uñas).

Cuando la palmeta se aplica en las manos, se suele colocar al torturado con los pies desnudos encima de dos latas que, al cabo de poco tiempo penetran dolorosamente en la carne. Es frecuente también mantener a la persona en esa posición e introducirle entre los dedos de las manos piezas de hierro de unos 20 cm de largo y algunos milímetros de espesor. La presión ejercida luego sobre los dedos aplasta a éstos contra las cuñas metálicas y produce un dolor lacrimante. Se trata de una especie de sistema de guantes-borcués.

Son las precedentes algunas de las principales formas de tortura aplicadas en todas partes. Por supuesto, en todos los lugares donde se tortura se encuentran variantes de las formas mencionadas que dependen del sádico apetito de los torturadores. En São Paulo, por ejemplo, como variante de la «percha de loro», la Policía del Ejército cuelga al torturado boca abajo para introducirle en el ano palos de escoba, porras, etc. Las mujeres son por lo general violadas.

La institucionalización de la tortura

La tortura se está aplicando en el Brasil en tan elevada escala que ya es prácticamente una institu-

ción del sistema de represión política. Ha generado su particular cultura, sus valores, su aprendizaje y su lenguaje propio. Los torturadores tienen su epopeya oral, su fama y sus características que los distinguen y los hacen merecer el respeto de sus cofrades. Los más distinguidos ostentan el título de su especialidad. Los métodos hoy utilizados en la represión política son los empleados por la policía civil en su larga práctica de represión del *marginalismo*. En la Delegación de Hurtos y Robos de Belo Horizonte dichos métodos sirvieron para interrogar a decenas de presos políticos durante el año 1969. Lo mismo sucedió en São Paulo. La 1ª Compañía de Policía del Ejército, que tiene su base en la Villa Militar de Guanabara y que estaba especializada en la represión de los *marginales* de las zonas vecinas, se dedica ahora al interrogatorio de los presos políticos. Los propios sargentos y cabos llaman a la Policía del Ejército la Gestapo. La habilidad de los especialistas de esa Compañía es apenas igualable y se extiende a todos sus componentes; Comandante Enio Albuquerque de Lacerda, Capitán Guimaraes, Capitán João Luis, Teniente Haylton; sargentos Andrade, Oliveira, Rangel, Montes, Rossoni; cabos Mendoça, Povoreli, Gilberto; soldados Rosa, Marcolino, etc.

Prueba manifiesta de la institucionalización de la tortura es el hecho de que sea objeto de una enseñanza sistemática en lugares donde los sargentos del ejército, de la marina y de la aviación aprenden los métodos antes descritos con proyección de diapositivas y demostraciones *in vivo*. Uno de los cursillos organizados en la Villa Militar de Guanabara estuvo dirigido por el Teniente Haylton y asistió a él más de un centenar de sargentos. No todos los alumnos están igualmente dotados para un aprendizaje de tal naturaleza. En el cursillo citado, uno de los sargentos, a la vista de los presos desnudos y sometidos a distintos tipos de tortura con fines de demostración *in vivo*, se precipitó fuera de la sala vomitando.

El Presidente Médici ha anunciado el fin de la tortura, el Ministro de Justicia ha prometido el castigo de los responsables y se ha movilizado al Consejo de Defensa de la Persona Humana.

¿Pero cómo acabar con la tortura sin poner fin a la represión política misma? La tortura es hoy el eje de ésta. En Guanabara se aplica la tortura en todos los lugares en que se interroga a los detenidos políticos: Centro de Información de la Marina, Policía del Ejército, Delegación de Orden Público y Social. Lo mismo

sucede en la Delegación de Orden Público y Social y en la Policía del Ejército de São Paulo. En Belo Horizonte son centros de tortura la Delegación de Orden Público y Social, la Delegación de Hurtos y Robos, el sector G-2 de la Policía Militar, el Regimiento de Infantería Nº 12, etc.

La tortura está en las entrañas de la represión política: es una de sus instituciones. La tortura es uno de los principales instrumentos de la justicia militar y basta para comprobarlo el examen de un proceso político. Todo encuentra su centro de irradiación, su piedra de toque, en la *deposición del reo*. En el curso del proceso policíaco-militar todo se orienta exclusivamente en función de informaciones obtenidas bajo tortura. Tal es el sistema que permite obtener pruebas materiales par incriminar al reo, a sus compañeros o a otros acusados políticos. El *interrogatorio del reo efectuado* en esas condiciones es la pieza fundamental del proceso político.

Por último, la tortura es la manifestación y el alimento de una violencia mayor que la represión política pone en marcha. La violencia rebasa la simple fase del interrogatorio y es característica de la represión en todas sus etapas y procedimientos. Las diligencias de detención, por ejemplo, son verdaderas masacres, lo que trae como natural consecuencia la resistencia armada a la detención. El conocimiento que el perseguido político tiene de lo que le espera en los cuarteles y en las delegaciones es frecuente motivo de la resistencia violenta. La tortura actúa así, una vez más, como elemento motivador. Después, el individuo que ha resistido será torturado con mayor ahínco. La violencia crece como bola de nieve. Pero apenas encuentra ahí algunas de sus manifestaciones. Los oficiales, celosos de los principios de la generación de la violencia, asustan a sus centinelas en los cuarteles: cualquier sombra puede ocultar a un terrorista. Los centinelas disparan (y tienen orden de hacerlo). Así resultó muerta recientemente en Río una joven que pasaba en taxi cerca de un cuartel. Hay decenas de casos como éste. La población se ve involuntariamente arrastrada por el raudal de la violencia. Las familias de los presos que firman la presente denuncia fueron maltratadas en todos los centros de represión política. He ahí una señal de radicalización. Otra, de naturaleza distinta, es la advertencia hecha por los revolucionarios con ocasión del rapto del embajador norteamericano: los torturadores tendrán también su turno y su hora, y pronto.

Francisco S. Carrillo

Resistencia Palestina

Varios elementos confluyen en el tablero político del Oriente-Próximo que hacen excesivamente compleja la realidad socio-política de esa zona. Tal complejidad se incrementa sobremanera al no disponer regularmente de una información objetiva que no nos llegue mediatizada por las campañas intoxicadoras de los medios de comunicación bajo control del imperialismo o del sionismo, realidad particularmente agravada en aquellos países de lengua española en donde las organizaciones sionistas (no siempre identificadas con las comunidades judías) disponen de importantes medios de contención en el terreno de prensa periódica o en el complicado mundo de intereses de las empresas editoriales (1). Sin embargo, la fuerza de los hechos y, muy particularmente, la llamada guerra de los 6 días en 1967, rompieron en cierta manera un silencio insostenible. Desde entonces, junto a las filtraciones en la prensa periódica han ido apareciendo informaciones y publicaciones realizadas por árabes o por judíos antisionistas y traducidas a las lenguas europeas (2), lo que sin duda, — dejando aparte la carrera editorial que se observa en Europa y en España por editar libros pro-sionistas o pro-palestinos, según el signo político de la empresa —, ha incrementado notablemente no sólo el interés sino también el nivel de conciencia política en relación a uno de los conflictos imperialistas de la hora actual, localizado en el Mediterráneo. La tarea de los órganos de información de las organizaciones de resistencia palestinas ha jugado un papel predominante.

Así, el mito de la dificultad en penetrar lo « complejo » se ha ido derrumbando paulatinamente. Varios factores han acelerado el interés de la

opinión pública respecto de este problema: En primer lugar, el incremento progresivo del papel político y militar de la Resistencia Palestina y su arraigo, todavía más sentimental que orgánico, en el corazón de las masas populares del mundo árabe. En segundo lugar, la política anexionista y progresivamente represiva de las autoridades sionistas en los territorios ocupados tras la guerra de junio de 1967, sobre todo en Gaza, junto a las medidas racistas y discriminatorias en el interior de Israel con la población árabe y con la capa de judíos sefarditas, oriundos del norte de África (3). Y en tercer lugar la serie, nada despreciable, de complotos promovidos por el imperialismo norteamericano y británico que, en estrecha connivencia con su aliado sionista, culmina (al menos, hasta la fecha en que redactamos esta nota) en la operación conjunta con las tropas de la monarquía hachemita de Jordania con vistas a la aniquilación física y política de la Resistencia Palestina; tal operación alcanza su mayor nivel durante el mes de septiembre de 1970 y se continúa soterradamente (« caza al fedayín ») hasta nuestros días (4).

No hay duda que también la creciente e importante ayuda técnico-militar y económica de la U.R.S.S. a Egipto es otro de los factores, de efectos múltiples, que han aguijoneado a la opinión, especialmente metropolitana, ante la que los países de los Tres Continentes y, particularmente, China Popular, se presentan cada vez más como elementos definitorios para las próximas décadas. En tal perspectiva podrían situarse las medidas adoptadas por los países árabes productores de petróleo, sobre todo Argelia y Libia, además de la política de no aceptación del « Plan Rogers » por los regímenes sirio e iraquí.

(1) De los países europeos, occidentales, España es un caso particular por no tener relaciones diplomáticas con el Estado de Israel. La referencia a la bibliografía allí editada se puede encontrar en dos breves notas mías: *La Resistencia Palestina: Trabajos en castellano sobre la guerra en el Oriente Medio*, Boletín de Ciencia Política Nº 4, junio de 1970, Universidad de Madrid; y *Bibliography in Spain about The Palestinian Revolution*, comunicación presentada al II Simposio Internacional sobre Palestina, Kuwait, 1971.

(2) Particularmente es de apreciar en Francia el material informativo sobre los Tres Continentes y, especialmente, sobre la Resistencia Palestina, contenidos en los cuadernos de prensa *Les Cahiers de la Chine Nouvelle*.

(3) Cfr. a este respecto: Sabri Geris, *Les Arabes en Israël*, París, 1969, Nathan Weinstock, *Le sionisme contre Israël*, París, 1969 (versión castellana, Editorial Fontanella, Barcelona, 1970). Doris Bensimon, *Immigrants d'Afrique du Nord en Israël*, París, 1969. Paul Gauthier y Sœur Marie-Thérèse, *Jérusalem et le sang des pauvres*, París, 1967. Francisco J. Carrillo, *Sionismo, Comunas y nueva estrategia en Oriente Medio*, prólogo de Maxime Rodinson, Barcelona, 1968.

(4) Cfr. Francisco J. Carrillo, *Crónica sobre la Revolución Palestina* (en particular el apartado: « Jordania: la masacre de septiembre de 1970. »), Barcelona, Editorial Estela (en prensa).

En el interior de tales coordenadas, en donde la R.A.U. opta claramente por la alternativa « nacional » y apoya calurosamente la solución « política » (Plan Rogers — misión Jarring) del conflicto israelo-árabe al igual que el Líbano, ya que Jordania había tomado anteriormente posiciones favorables a Israel en estrecha conexión con los U.S.A. durante la operación genocida de septiembre para preparar el terreno al « Plan Rogers », es en donde vamos a intentar localizar a la Resistencia Palestina. Coordenadas que traducen una situación difícil para el pueblo de Palestina y para su vanguardia resistente, ya que una paz israelo-árabe, vía « Plan Rogers », a tenor de los elementos que hoy podemos disponer, implica objetivamente una negación sin solución del conflicto palestino-sionista y, de suyo, una aniquilación física y política del pueblo palestino resistente, lo que han intentado hacer directamente, sin éxito total, la tropas mercenarias de los beduinos del rey Husein de Jordania.

De todo lo hasta aquí expuesto podemos deducir lo siguiente : Que ante la Resistencia Palestina se presentan tres objetivos estratégicos fundamentales : la lucha contra el imperialismo, contra el sionismo y contra la reacción árabe. Tales objetivos deberán definir inequívocamente su política de alianzas. Las recientes y trágicas experiencias sobre el teatro de operaciones jordano han hecho que la discusión sobre tales temas estratégicos pasen a un primer lugar en el interior de la Resistencia Palestina y comiencen a dejar sentir sus efectos en los niveles organizativos político, militar y financiero de la misma. Han logrado, también, que los debates sobre cuestiones ideológicas intenten ir al mismo ritmo que los acontecimientos sobre el terreno de combate. Y, finalmente, han planteado de manera irreversible la urgente necesidad de profundizar sobre una vía propia, autóctona, de Revolución Palestina en el marco general de la revolución árabe, en donde la valoración militante del hecho colonial en Palestina, la agresividad racista y expansionista de la estructura sionista del Estado de Israel y la presencia ofensiva, por agentes interpuestos, del imperialismo norteamericano, no oculte ni infravalore el incremento progresivamente creciente de las contradicciones en el seno mismo de la sociedad israelí.

La Resistencia Palestina acaba de entrar en una nueva etapa en su lucha por la liberación nacional.

En efecto, cuatro etapas fundamentales han marcado la vida misma del Pueblo Palestino y de sus organizaciones de resistencia. La que comprende hasta la guerra de Junio de 1967 en donde la Resistencia Palestina toma, abiertamente, una carta de naturaleza y un papel indiscutible a nivel internacional. En tal período, fundamentalmente de prehistoria, es el movimiento nacionalista árabe quien, por regla general, toma las decisiones principales de vanguardia. La oposición resistente y armada a la consolidación del « hecho colonial » israelí, como diría Maxime Rodinson (5), demostró el alto nivel combativo de los pobladores palestinos. (En esta etapa, como en otros momentos subsiguientes, las corrientes nacionalistas árabes pusieron a prueba todas sus contradicciones internas, yendo desde la « fraternal » solidaridad hasta la complicidad activa en los más sórdidos y siniestros complots perpetrados por los imperialismos de corte occidental, especialmente británico y norteamericano). Tal nivel culmina con la huelga general palestina que se mantiene durante seis meses. La segunda etapa podría definirse por la victoria de los *fedayin*, con el apoyo de las tropas jordanas, durante la batalla de Karama en Marzo de 1968, rechazando a 15.000 soldados israelíes que contaban con el apoyo de la aviación. La tercera etapa viene marcada por un signo trágico, pero previsible : la masacre genocida perpetrada por el ejército jordano del rey Husein contra las bases, campos de refugiados y palestinos en general durante el mes de Septiembre de 1970. Ese momento refleja nitidamente la respuesta de la reacción árabe que, aunque sin lograr globalmente sus objetivos, viene a demostrar inequívocamente a los responsables de la Resistencia Palestina que el límite que se les intenta fijar desde fuera está situado mucho más abajo de los objetivos antiimperialistas. El momento actual viene marcado por el rasgo característico de la *auto-crítica* y la *reconversión*; marcado también por la presión de las masas populares palestinas organizadas que, en muchas ocasiones, han desbordado y desautorizado a sus dirigentes, sin duda los más burocratizados ; por último, la etapa que se inicia está fuertemente condicionada por el

(5) Maxime Rodinson, *Israël, fait colonial?* in « Les Temps Modernes », N° 233 bis, París 1967 (versión castellana, Barcelona, 1967).

proyecto, implícito en el « Plan Rogers », de la creación de un mini-« Estado palestino » en Cisjordania, por las conversaciones de paz israelo-egipcias y por un mayor nivel de conciencia política de los militantes de la Resistencia, de conciencia « nacional » en la masas y de experiencias enriquecedoras.

Sin embargo, no es posible silenciar que la Resistencia en su conjunto es heredera y, en cierta manera, tributaria de un pasado, en donde la convergencia y confluencia en su seno de las corrientes nacionalistas árabes más diversas hicieron posible una configuración híbrida de la misma, la mayoría de las veces utilizada para cubrir las propias derrotas o incapacidades en los respectivos frentes árabes. Los diversos componentes del mundo árabe rompen con el yugo colonial. Pero, aparte contadas excepciones, los nuevos equipos dirigentes toman sus decisiones fundamentales, sus grandes opciones estratégicas y económicas, al margen de las únicas decisiones legítimas, del único poder real, el de las masas populares, campesinos y obreros urbanos. El enquistamiento de tales equipos dirigentes en el interior de un aparato profundamente burocratizado, con un importante porcentaje de cuadros jóvenes del « nuevo » ejército derrocador del « antiguo régimen », con objetivos esencialmente pequeño-burgueses, bien distantes de los que dan contenido a una auténtica revolución político-cultural, de corte socialista y antiimperialista, ha determinado sustancialmente la marcha misma de la Resistencia Palestina. La deterioración de la terminología, por otra parte, ha ayudado en mucho para alcanzar sustancialmente el presente lleno de confusiones intoxicadoras. El desgaste de palabras tales como socialismo, antiimperialismo, revolución, nacionalismo, progresismo, etc., aumenta enormemente la dificultad a la hora del análisis de la problemática. (Podríamos citar el ejemplo, muy extendido en el Oriente Próximo, de identificar automáticamente liberación nacional con revolución socialista. Es posible que el abuso de la táctica haya minado considerablemente la lucidez estratégica.)

Esta herencia tributaria de que hablamos más arriba (en donde, sin lugar a dudas, se encuentra un capítulo económico de vital importancia para la Resistencia), se traduce, con todas sus contradicciones, en el interior de la Resistencia Palestina y a través de las diversas organizaciones, condicionando, incluso hasta nuestros días, opciones fundamentales en base a una trama muy compli-

cada de alianzas tácticas, que otros calificarían, posiblemente de una manera insidiosa, de estratégicas. Así ocurre que, por ejemplo, en el momento de la masacre de Ammán de 1970 (que en realidad se continúa « científicamente » hasta nuestros días) los declarados durante mucho tiempo como « aliados fraternales » a lo más que llegan, tras un mortífero compás de espera, es a la cima de la solidaridad verbal y a la utilización tardía de las presiones diplomáticas. Tales experiencias, cubiertas casi siempre con la sangre de víctimas (« mártires ») palestinas, hacen que hoy sea evidentemente fácil la definición del enemigo, al menos del más inmediato. Que se plantee hoy, como una necesidad urgente, la lucha por la independencia de la Resistencia Palestina para adoptar libremente sus alternativas vitales ; la lucha, simplemente, contra la intromisión extranjera, para la que, al fin de cuentas, la Resistencia y el Pueblo de Palestina solamente representan unos elementos más del tablero político del Oriente Próximo, datos a utilizar para bloquear por todos los medios que se transformen en un potencial revolucionario, más homogéneo y unificado, que actúen como vasos comunicantes en el interior del cuerpo social de otros países árabes.

Podríamos simplificar diciendo que la salida a la Resistencia Palestina tendrá que ser *específicamente* palestina. Las experiencias de procesos revolucionarios totales en algunos países de los Tres Continentes así lo han demostrado. Las corrientes o formaciones políticas árabes que se han revelado incapaces de solucionar los problemas fundamentales en sus propios países, sin lograr abrir una brecha hacia la modernización económica y hacia una real democracia política, no pueden constituir en ninguna manera « modelos » para ser importados a Palestina. De la misma manera que los factores de tipo religioso, utilizados en algunos países del mundo árabe como instrumentos de integración, habrán de ser replanteados en Palestina con vistas a romper con viejas tradiciones que constituyen un obstáculo en su proceso liberador y revolucionario. No hay que extrañarse, pues, que algún autor (6) abrigue esperanzas, porque crea puede ser necesario, en que algún día aparezca el Camilo Torres del Islam. La vía genuinamente palestina en pro de su liberación nacional o desemboca en el socialismo o

no existirá en tanto que tal. Lo primero implicaría una profunda reconversión de su estrategia a nivel zonal, a nivel del Oriente Próximo, partiendo de una clara definición de la naturaleza del régimen jordano, de los imperialismos (económico o político) y de la naturaleza misma del sionismo y de la estructura sionista del Estado de Israel. No dejar bien definidos tales objetivos conllevaría irremediablemente a la inexistencia de una vía de liberación propia para Palestina, lo que podría traer, en consecuencia, el golpe final desmovilizador con el regalo de un mini-« Estado » en Cisjordania en manos de unos cuantos notables palestinos, ex-resistentes o no. Tal proyecto hecho realidad aparecería ante las masas palestinas (cuya solidez de conciencia política está a expensas del mejor postor o del mejor organizador, como suele ocurrir y puede constatarse en áreas tercermundistas, con subproletariado rural y pequeño comerciante como base social) como la materialización de sus esperanzas y como final « feliz » de la vida bajo tiendas de lonas en los campos de refugio.

El mismo hecho de que hoy se comente incesantemente sobre la inminente realización de ese « Estado » en Cisjordania constituye indudablemente una victoria, a nivel local e internacional, de la Resistencia en una *etapa concreta* en donde, precisamente, la problemática de la *vía autóctona* se presenta de manera implacable para salir de este « callejón sin salida » (según como se mire!). Tal necesidad, evidente para algunos (7), se postpondría lógicamente con la creación artificial de un « Estado palestino » en Cisjordania. No podemos olvidar, sin embargo, que el clima se está preparando cuidadosamente, sobre todo, a partir de la sangrienta represión de palestinos en Jordania. (Durante el genocidio de Septiembre de 1970 se pudo oír en boca de algunos palestinos que preferían marchar a la Palestina ocupada por Dayán que vivir bajo el régimen de terror del « hermano » Husein).

Durante el pasado mes de febrero se ha podido

constatar un importante movimiento en las instancias de la Resistencia Palestina o en sus organizaciones de masa. El mes ha venido marcado por una importante reunión en Damasco del Comité Central de la Organización para la Liberación de Palestina (C.C.O.L.P.), una supuesta entrevista de Yaser Arafat (Abú Amar) con unos diplomáticos soviéticos a unos kilómetros al norte de Ammán (8), el II Simposio Internacional sobre Palestina tenido en Kuwait y la reunión del Consejo Nacional Palestino celebrada en El Cairo. No hay duda que tal actividad se ha realizado en un momento álgido y difícil, en donde no se renueva el cese del fuego israelo-egipcio, en donde los « Cuatro Grandes » comienzan a interesarse por el problema, completando las gestiones ruso-americanas y en donde el proyecto estatal para Cisjordania se presenta en avanzado estado de gestación. Simultáneamente, las consecuencias del proceso autocrítico en la Resistencia y la urgente necesidad de reconversión.

En la supuesta reunión de Arafat con los diplomáticos soviéticos, el jefe de Al-Fatah y presidente de la O.L.P. manifiesta su negativa ante el proyecto de mini-« Estado », a pesar del panorama color de rosa expuesto por los funcionarios rusos. Es posible que la presión de base y el no control por Husein de la situación en Jordania (a pesar de que la relación de fuerzas esté ahora a su favor), jugaran para condicionar la respuesta del líder palestino.

También en el Simposio de Kuwait (organizado por la Unión de Graduados de Kuwait y por la Unión General de Estudiantes Palestinos), y en donde la Resistencia estaba representada de manera oficial por un miembro del C.C.O.L.P., se incluyó en sus conclusiones la negativa ante el proyecto del tal « Estado », junto a otras conclusiones como el rechazo de « Plan Rogers », la denuncia a la política represiva en Jordania y la lucha hasta liberar la totalidad de la Palestina ocupada. Pero a través de esta reunión de intelectuales, — en donde la ausencia de eminentes especialistas del tema (M. Rodinson, J. Berque, A. Abdel-Malek) y la negativa en invitar a intelectuales judíos antisionistas (N. Weinstock, E. Lobel, Machover...) y a los representantes de la Unión de Estudiantes Iraníes y del Frente Po-

pular de Liberación del Golfo Árabe, pesó considerablemente —, pudo observarse las grandes contradicciones en que se encuentra la Resistencia, al llevar a cabo una lucha popular financiada por países exportadores de hidrocarburos que no tolerarían tales combates en el interior de sus propias fronteras. Sin embargo, en la reunión de Kuwait se aborda abiertamente el análisis sobre el régimen jordano y se da pie con ello a que diversas comunicaciones hagan hincapié en sus denuncias sobre la reacción árabe en connivencia con el imperialismo (en algunos momentos se matizó entre « regímenes reaccionarios » y « nacionalistas progresistas »). Incluso Y. Sayegh, economista de la O.L.P., apuntó la necesidad de afianzar los lazos orgánicos con las masas populares de otros países árabes en donde se encuentren palestinos, pero sin por ello inmiscuirse en los asuntos internos de tales países. El abanico excesivamente amplio de intelectuales invitados a tal simposio (en donde predominaban en número los representantes de las corrientes « nacional-burguesas », bajo el común denominador del pro-palestinismo), colocó a los intelectuales y observadores occidentales en la difícil posición del « izquierdismo » (!), resultando sumamente interesantes las intervenciones de los norteamericanos y representantes de los Países Nórdicos al lado, naturalmente, de los portavoces de los movimientos de liberación nacional allí presentes. El silencio sobre la naturaleza misma de la Resistencia y sus diversas organizaciones, junto a las exposiciones clásicas y acertadas sobre la naturaleza del sionismo, pero sin abordarse con la libertad propia que debería haber caracterizado a los intelectuales allí presentes la distinción entre « estructura sionista del Estado de Israel » y la actual « clase trabajadora israelí » (lo que habría llevado a un análisis más profundo de las contradicciones internas a la sociedad israelí), restó un gran interés al conjunto de sesiones de trabajo.

Las reuniones de la VIII « Asamblea Nacional » palestina — máximo órgano deliberador — tuvieron lugar a finales de febrero y primeros de marzo. Existía una gran expectación, sobre todo, tras la proliferación de declaraciones autocríticas que se han venido desarrollando a partir de los acontecimientos del Septiembre jordano. En tal « Asamblea Nacional » tienen lugar representantes, los más diversos, del Pueblo Palestino, aparte, naturalmente, los diversos grupos de *fedayín*, incluidos aquellos que están bajo control directo

de algunos países árabes; también existe una representación personal — notables destacados por sus dotes intelectuales, financieras o militares —, sin silenciar delegados de organizaciones de masas. Puede afirmarse que ha sido el Movimiento de Liberación Nacional Palestino (Al-Fatah) quien logró que se adoptase la mayor parte de su programa, que se colocaba en medio de las posiciones de la burguesía palestina (dispuesta a aceptar el « Estado » en Cisjordania) y de los organizaciones guerrilleras de inspiración marxista: Frente Popular de Liberación de Palestina (F.P.L.P.) y Frente Democrático Popular de Liberación de Palestina (F.D.P.L.P.). El programa político aprobado (9) se reafirma en la lucha armada como única vía válida para liberar Palestina; relaciona la reacción con el imperialismo deseoso de proteger sus intereses en la zona mediorienta. Este programa define a la O.L.P. como *movimiento de liberación nacional*, que combate a una ocupación colonial y al imperialismo internacional, y que se propone construir una sociedad sobre los principios de paz, justicia y libertad, en donde desaparezcan todas las relaciones de desigualdad y de discriminación. Continúa afirmándose que en la O.L.P. se asegurará la representación de todas las fuerzas nacionales en su diversidad.

Como podía sospecharse, en el programa aprobado se prevé un proceso de renovación de la O.L.P. y de integración en su seno de todas las organizaciones y sectores palestinos. Tal proceso debería culminar en ciertos cambios en las estructuras organizativas, cuestiones éstas que son objeto de debate y discusión desde hace ya algunos meses. La unificación de las principales instancias ejecutivas de la Resistencia se establecería en los niveles militar (renunciando todas las organizaciones de guerrilleros a sus propios brazos armados), económico, informativo y de relaciones internacionales, culminando con una sola dirección política. Sin embargo, tales acuerdos con vistas a la unificación no serán ejecutados en lo inmediato (se ha fijado como fecha el 30 de junio próximo), según lo han exigido las organizaciones numéricamente menos importantes (sobre todo, F.P.L.P. y F.D.P.L.P.) que pedían un período mínimo de experimentación práctica. Es preciso hacer

(6) Nathan Weinstock, *Le mouvement révolutionnaire arabe*, p. 127, París, 1970.

(7) Roberto Mesa, *La Résistance Palestinienne et le mouvement de libération nationale* (comunicación presentada en el II Simposio Internacional sobre Palestina, Kuwait, 1971).

(8) Simon Malley, *Moscou à Arafat : Acceptez l'« Etat palestinien »*, in « Africasia », N° 35, París, 1971.

(9) Ahmed Baba Miske, *Palestine : une nouvelle résistance ?* in « Africasia », N° 37, París, 1971.

constar que, llegada tal unificación, cada organización mantendrá su autonomía e independencia ideológica.

Es evidente que tal estructura organizativa respondería a uno de los objetivos más inmediatos y deseados (de naturaleza y composición diferente según qué organizaciones) : la creación de un *frente nacional palestino*. En tal sentido, las posiciones de los marxistas y de los nacionalistas palestinos se han presentado, hasta el momento, irreconciliables a la hora de abordar la composición social de tal frente y la extensión del mismo ; el papel del campesinado pobre, de la pequeña burguesía, del proletariado palestino (sobre todo en Jordania), de la exclusión o no de una «burguesía» palestina formada en países árabes de recepción, son temas de importancia esencial. La naturaleza de tal frente condicionaría en suma la suerte de una guerra no clásica que, a fin de cuentas, necesitaría de una «base» firme y segura. (En función de ésto, por ejemplo, el F.D.P.L.P. habla de un frente nacional jordano-palestino, contando con que el 70 % de la población de Jordania es palestina y con miras hacia esa «base» segura y firme, apuntando la perspectiva estratégica de construcción de un frente nacional árabe que concrete la unidad de la lucha contra el sionismo y el imperialismo sobre toda la tierra árabe). Por tales razones no es sorprendente estas precauciones de las organizaciones de inspiración marxista, exigiendo una plaza de tres meses de prueba. (Por ello, el F.P.L.P., en la víspera de tal reunión, afirmaba su desconfianza, diciendo que su participación era prácticamente simbólica : «la asamblea nacional, en su actual composición, por su estilo de trabajo, por la ausencia de claridad en las relaciones existentes entre sus diversas formaciones, por la oscuridad y la vaguedad de sus posiciones, no ofrece las condiciones mi-

nimas necesarias para la constitución de un frente nacional sólido, capaz de afrontar todos los desafíos lanzados a la Resistencia durante este período crucial»).

Al día siguiente de finalizar los trabajos las consignas de *unidad* prevalecían a todos los vientos. Si en la *práctica* tal *unidad* se manifiesta capaz de afrontar los desafíos de este período crucial, significará, a ciencia cierta, que se va haciendo extensiva a los niveles ideológico-políticos de la Resistencia Palestina, yendo más allá de la justa apreciación de una realidad actual difícil que requiere el más elemental acuerdo táctico.

La Resistencia Palestina hoy día constituye un factor político profundamente arraigado en las masas populares árabes. Simboliza la esperanza real, materializada en el corazón de los pueblos árabes, de su renacimiento nacional, su independencia económica, su liberación política, en su lucha contra los imperialismos y contra la reacción ; simboliza, también, la esperanza de los pueblos del Islam a la democracia y al socialismo, al socialismo y a la libertad. Simboliza, más concretamente, el porvenir de un Oriente Próximo en donde todos los pueblos y minorías étnicas y nacionales allí situadas, reconocidas sus justas causas y sus inalienables derechos, controlen sus propios recursos económicos y desencadenen su inmenso potencial cultural. Simboliza, por último, una alternativa no menos cierta por lejana que esté para la clase trabajadora israelí y para su actual vanguardia antisionista, heredera legítima de la comunidad nacional hebráica de Palestina.

El Pueblo Palestino, que tiene todo por ganar y nada que perder si no es su propia vida, portador de una justa causa, expoliado y expulsado de su tierra, su casa y su cantera, desde el campo de refugio también sabe, como diría Mahmud Darwich, escribir los más bellos poemas.

Documentos

El caso Padilla

El caso Padilla — como ha dado en llamarse la serie de episodios y declaraciones originados en la detención del poeta cubano Heberto Padilla — ha sido objeto de interpretaciones contrapuestas en América Latina y en Europa. Muchos de los colaboradores de Libre han estimado necesario fijar su posición al respecto. Las opiniones que han expresado muestran hasta qué punto hay matices y diferencias en la evaluación de un mismo hecho, por parte de la izquierda. Revista crítica, Libre considera útil la discusión sobre el caso Padilla por las implicaciones ideológicas que supone, especialmente en cuanto remite a problemas de nuestro tiempo tales como el socialismo y sus orientaciones, la creación artística dentro de las nuevas sociedades y la situación y compromiso de los intelectuales frente al proceso revolucionario de nuestros países. Esperamos abordar dichos temas en los próximos números. Por lo pronto, consideramos que nos corresponde cumplir una misión eminentemente informativa, pues son evidentes las deformaciones de las agencias noticiosas y los periódicos reaccionarios en relación a este caso. Al presentar el «dossier» Padilla, hemos querido ante todo facilitar objetivamente los elementos de juicio necesarios a la correcta evaluación de un problema político.

Los documentos que hemos recogido son los siguientes, en su orden de publicación :

a) *Carta dirigida al Primer Ministro Fidel Castro por 54 intelectuales europeos y latinoamericanos a raíz de la detención del poeta Heberto Padilla en La Habana ;*

b) *Declaración del Pen Club de México ;*

c) *Transcripción taquigráfica de la autocrítica pública de Padilla en la U.N.E.A.C. e intervenciones de César López, Pablo Armando Fernández, Belkis Cuza Male, Manuel Díaz Martínez y Norberto Fuentes, el día 29 de abril ;*

d) *Fragmentos del discurso pronunciado por Fidel Castro en la clausura del Congreso Nacional de Educación y Cultura ;*

e) *Fragmentos de las conclusiones del mencionado congreso ;*

f) *Carta de Mario Vargas Llosa renunciando al Comité de Redacción de la revista Casa de las Amé-*

ricas ;

g) *Respuesta a Mario Vargas Llosa de Haydée Santamaría ;*

h) *Carta abierta a Fidel Castro de 62 intelectuales europeos y latinoamericanos con motivo de la autocrítica de Padilla ;*

i) *Respuesta de Heberto Padilla a los firmantes de la carta dirigida a Fidel Castro ;*

j) *Declaración pública de Mario Vargas Llosa ;*

k) *Texto de Julio Cortázar ;*

l) *Opiniones de escritores latinoamericanos y europeos en relación con el caso : Enrique Lihn, Carlos Droguett, José Revueltas, Octavio Paz, Carlos Fuentes, Isabel Fraire, Juan García Ponce, M.A. Montes de Oca, José Emilio Pacheco, Adriano González León, Salvador Garmendía, Rodolfo Walsh ; llamamiento de los escritores peruanos ; declaración de escritores uruguayos, declaración de Casa de las Américas, Alfonso Sastre, José Angel Valente ; carta de 41 escritores cubanos ; declaraciones de Gabriel García Márquez ; Marta Traba y Angel Rama.*

m) *Autocrítica y telegrama dirigido a Juan Goytisolo por Luigi Nono ;*

n) *Respuesta de Juan Goytisolo a Luigi Nono.*

a) *Primera Carta al Comandante Fidel Castr*

Comandante Fidel Castro
Primer Ministro
del Gobierno Revolucionario de Cuba

Los firmantes, solidarios con los principios y metas de la revolución cubana, se dirigen a usted para expresarle sus preocupaciones con motivo de la detención del conocido poeta y escritor Heberto Padilla, y pedirle quiera tener a bien examinar la situación que plantea dicha detención. Dado que hasta el momento el Gobierno cubano no ha proporcionado ninguna información sobre el asunto, el hecho nos hace temer la reaparición de un proceso de sectarismo más fuerte y peligroso que el denunciado por usted en marzo de

1962, y al que en más de una ocasión hiciera referencia el Comandante Che Guevara cuando denunciaba la supresión del derecho a la crítica dentro del marco revolucionario.

En el momento en que la instauración de un gobierno socialista en Chile, y la nueva situación creada en Perú y Bolivia, facilitan la ruptura del bloqueo criminal de Cuba por parte del imperialismo norteamericano, el empleo de métodos represivos contra intelectuales y escritores que han ejercido el derecho de crítica dentro de la revolución, sólo puede tener una repercusión profundamente negativa entre las fuerzas antimperialistas del mundo entero, y muy especialmente de América latina, para quienes la revolución cubana es un símbolo y una bandera.

Agradeciéndole la atención que conceda a este pedido, le reafirmamos nuestra solidaridad con los principios que guiaron la lucha en la Sierra Maestra, y que el Gobierno Revolucionario de Cuba ha expresado tantas veces a través de la palabra y la acción de su Primer Ministro, del comandante Che Guevara y de tantos otros dirigentes revolucionarios.

Valerio Adami
Eduardo Arroyo
Rubén Bareiro
Carlos Barral
Simone de Beauvoir
José María Caballero Bonald
Italo Calvino
Jorge Camacho
José María Castellet
Fernando Claudín
Julio Cortázar
Jean Daniel
Marguerite Duras
Hans Magnus Enzensberger
Jean-Pierre Faye
Francisco Fernández Santos
Carlos Franqui
Carlos Fuentes
Juan García Hortelano
Jaime Gil de Biedma
José Agustín Goytisolo
Juan Goytisolo
Luis Goytisolo
Rodolfo Hinostroza
Henza
Alain Jouffroy
Monique Lange
Gherasin Luca

André Peyre de Mandiargues
Joyce Mansour
Juan Marsé
Dionys Mascolo
Plinio Mendoza
Alberto Moravia
Maurice Nadeau
Luigi Nono
Helene Parmelin
Octavio Paz
Anne Philippe
José Pierre
Pignon
Jean Pronteau
Rebeyrolles
Rossana Rossanda
Francesco Rosi
Claude Roy
Jean-Paul Sartre
Jorge Semprín
Jean Shuster
Susan Sontag
José Ángel Valente
Mario Vargas Llosa
Emilio Vedova
Michel Zimbacca

b) Declaración del Pen Club de México

Los suscritos, miembros del Pen Club de México y simpatizantes de la lucha del pueblo cubano por su independencia, desaprobamos la aprehensión del poeta Heberto Padilla y deploramos las declaraciones que en torno a este hecho le atribuye a usted la agencia France Press.

Nuestro criterio común afirma el derecho a la crítica intelectual lo mismo en Cuba que en cualquier otro país. La libertad de Heberto Padilla nos parece esencial para no terminar, mediante un acto represivo y antidemocrático, con el gran desarrollo del arte y la literatura cubanas. Atentamente.

José Alvarado, Fernando Benítez, Gastón García Cantú, José Luis Cuevas, Salvador Elizondo, Isabel Fraire, Carlos Fuentes, Juan García Ponce, Vicente Leñero, Eduardo Lizalde, Marco Antonio Montes de Oca, José Emilio Pacheco, Octavio Paz, Carlos Pellicer, José Revueltas, Juan Rulfo, Jesús Silva Herzog, Ramón Xirau, Gabriel Zaid.

c) Intervención de Heberto Padilla en la U.N.E.A.C. (Versión taquigráfica transmitida por Prensa Latina)

Compañeros :

Desde anoche a las doce y media, más o menos, la dirección de la revolución me puso en libertad, y me ha dado la oportunidad de dirigirme a mis amigos y compañeros sobre una serie de aspectos a los que seguidamente yo me voy a referir.

Yo quiero aclarar que esta reunión, que esta conversación, es una solicitud mía, que esta reunión ustedes saben perfectamente que la revolución no tiene que imponérsela a nadie. Yo hice un escrito y yo lo presenté a la dirección de nuestro gobierno revolucionario, yo planteé la necesidad de explicar una serie de puntos de vista míos, de actividades y actitudes mías, delante de ustedes que son mis compañeros, porque creo que la experiencia mía puede tener algún valor para muchos de mis amigos y de mis compañeros.

Ustedes saben perfectamente que desde el pasado 20 de marzo yo estaba detenido por la Seguridad del Estado de nuestro país. Estaba detenido por contrarrevolucionario. Por muy grave, por muy impresionante que pueda resultar esta acusación, esa acusación estaba fundamentada por una serie de actitudes, por una serie de posiciones, por una serie de actividades, por una serie de críticas... No, no, no. Críticas — que es una palabra a la que quise habituarme en contacto con los compañeros de la Seguridad — no es una palabra adecuada a mi actitud, sino por una serie de injurias y difamaciones a la revolución que constituyen y constituirán siempre mi vergüenza frente a esta revolución.

Yo he tenido muchos días para reflexionar en Seguridad del Estado. Yo quiero decirles a ustedes algunas cosas sobre mi actitud que muchos de ustedes pueden sentirse sorprendidos de oírme, no porque muchos de ustedes las ignorasen, sino porque muchos puedan creer que sea yo capaz de reconocerlas en público. Es decir, no es tanto por el hecho de mis actitudes, de mis actividades, como mi disposición a hablar de ellas, lo que puede ser una sorpresa.

« He cometido muchos errores »

Yo he cometido muchísimos errores, errores realmente imperdonables, realmente censurables, realmente inculcables, y yo me siento verdaderamente ligero, verdaderamente feliz después de

toda esta experiencia que he tenido, de poder reiniciar mi vida con el espíritu con que quiero reiniciarla.

Yo pedí esta reunión, y no me cansaré nunca de aclarar que la pedí, porque yo sé que si hay alguien suspicaz es un artista y un escritor. Y no en Cuba solamente, sino en muchos sitios del mundo. Y si he venido a improvisarlo y no a escribirlo hoy — estas noticias no significan absolutamente nada, estas noticias son siempre la cuarta del que cree que va a olvidar un dato — si he venido a improvisarlo es precisamente por la confianza que la revolución tiene durante todas las conversaciones que hemos tenido durante estos días pasados, de que yo voy a decir la verdad. Una verdad que realmente me costó trabajo llegar a aceptar — debo decirlo — porque yo siempre preferí mis justificaciones, mis evasivas, porque yo siempre encontraba una justificación a una serie de posiciones que realmente dañaban a la revolución.

Yo, bajo el disfraz de un escritor rebelde, lo único que hacía era ocultar mi desafecto a la revolución. Yo decía : ¿ era esto realmente un desafecto ? Yo lo discutía en Seguridad. Y cuando yo ví el cúmulo de actividades, el cúmulo de opiniones, el cúmulo de juicios que yo vertía con cubanos y extranjeros, el número de injurias y difamaciones, yo me detuve y tuve que decir realmente : esta es mi verdad, este es mi tamaño, este es el hombre que yo realmente era, este es el hombre que objetivamente trabajaba contra la revolución y no en beneficio de ella, este es el hombre que cuando hacía una crítica no la hacía al organismo que debía criticarse sino que hacía la crítica al pasillo, que hacía la crítica al compañero, con mala intención. Se me dirán que eran críticas privadas, que eran críticas personales, que eran opiniones, pero para mí eso no tiene importancia. Yo pienso que si yo quería ser un escritor revolucionario y un escritor crítico, mis opiniones privadas y las opiniones que yo pudiera tener con mis amigos tenían que tener el mismo peso moral que las opiniones que yo debía tener en público. Porque no podía ser que se mantuviera esa duplicidad, que en público yo me manifestase como un militante indiscutible de la revolución, y en lo privado me manifestase como un desafecto vulgar, como un contrarrevolucionario objetivo. Porque el error de muchos escritores es creerse eso, no de todos, naturalmente, porque hay excepciones honrosas que afortunadamente han llevado

adelante la posición de nuestros escritores, pero sí de muchos, y yo diría que de la mayoría de nuestros escritores y artistas.

Ya no había ningún derecho a que ésta fuese nuestra posición, no había derecho a esta dicotomía, a que por un lado pensásemos de una forma en nuestra vida privada, a que fuésemos unos desafectos como era yo, verdaderamente venenoso y agresivo y acre contra la revolución, y por lo otro, en lo internacional, queriendo proyectar la imagen de un escritor inconforme y de un escritor inquieto.

A mí me gustaría encontrar un montón de palabras agresivas que pudiera definir perfectamente mi conducta. A mí me gustaría poder agradecer infinitamente las veces que muchísimos de mis amigos revolucionarios se me acercaron previéndome de que mis actitudes eran muy negativas y actitudes que dañaban a la revolución. Y yo realmente no me perdonaré nunca el que los desoyese. Yo nunca lo perdonaré. Pero esos fueron mis errores. Esos fueron mis errores de los que yo he hablado durante este mes en la Seguridad del Estado.

Yo he criticado cada una de las iniciativas de nuestra revolución. Es más, yo he hecho una especie de estilo de la agresividad. Yo me siento avergonzado y tenía la necesidad de hablar con mis amigos porque yo no creía que bastaba el que yo escribiese una carta al Gobierno Revolucionario arrepintiéndome y de que esa carta fuese aceptada y que la Revolución tuviese la seguridad de permitirme hablar con ustedes.

Yo, compañeros, como he dicho antes, he cometido errores imperdonables. Yo he difamado, he injuriado constantemente a la revolución, con cubanos y con extranjeros. Yo he llegado sumamente lejos en mis errores y en mis actividades contrarrevolucionarias. No se le puede andar con rodeos a las palabras. Yo, cuando fui a Seguridad sobre todo, tenía la tendencia a tenerle miedo a esa palabra, como si esa palabra no tuviese una carga muy clara y un valor muy específico, no? Es decir, contrarrevolucionario es el hombre que actúa contra la revolución, que la daña. Y yo actuaba y dañaba a la revolución. A mí me preocupaba mucho más mi importancia intelectual y literaria que la importancia de la revolución. Y debo decirlo así.

Lisandro Otero y Cabrera Infante

En el año de 1966 cuando yo regresé de Europa yo puedo calificar ese regreso como la marcha de mi resentimiento. Lo primero que yo hice al regresar a Cuba meses después fué aprovechar la coyuntura que me ofreció el suplemento literario «El Caimán Barbudo» con motivo de la publicación de la novela de Lisandro Otero «Pasión de Urbino», para arremeter así despiadada e injustamente contra un amigo de años, contra un amigo verdadero como Lisandro Otero. Un amigo que a mi regreso de Europa me dió su casa en la playa para que viviera un mes en los dos meses de descanso que yo tenía por mi ministerio en Europa. Lo primero que yo hice fué atacar a Lisandro. Le dije horrores a Lisandro Otero. Y a quien defendí yo? Yo defendí a Guillermo Cabrera Infante. Y quién era Guillermo Cabrera Infante, que todos conocemos? Guillermo Cabrera Infante había sido siempre un resentido, no ya de la revolución, un resentido social por excelencia, un hombre de extracción humildísima, un hombre pobre, un hombre que no se por qué razones se amargó desde su adolescencia y un hombre que fue desde el principio un enemigo irreconciliable de la revolución.

Y yo era ajeno a esas características de Guillermo Cabrera Infante. Y lo primero que hice fue defender a Guillermito, que es un agente declarado, un enemigo declarado de la revolución, un agente de la C.I.A., defenderlo contra Lisandro Otero. ¿Defenderlo, por qué? ¿Defenderlo en nombre de valores artísticos? Y que valores artísticos excelentes y extraordinarios puede aportar la novela de Guillermo Cabrera Infante, «Tres Tristes Tigres»? ¿Qué valores excepcionales, que contribución excepcional a la literatura puede aportar ese libro que mereciese que yo aprovechase esa ocasión que me brindaba «El Caimán Barbudo» para atacar un amigo entrañable? Yo, que no era un crítico profesional, lo primero que hago es arremeter contra Lisandro Otero. Injustamente, porque Lisandro jamás me viró la espalda. Ah, pero yo debo ser sincero con mis amigos, yo aproveché esa ocasión para molestar a Lisandro. Pero es que la molestia con Lisandro se convertía en un problema político y esta actitud tenía consecuencias políticas que iban a dañar directamente a la revolución.

Porque en esa pequeña nota venenosa que yo escribí para el Caimán Barbudo, yo atacaba nada

menos que a tres organismos de la revolución. Yo decía que la Unión de Escritores y Artistas era un cascarón de figurones. Yo atacaba al Ministerio de Relaciones Exteriores por haber prescindido de los servicios de un contrarrevolucionario como era Guillermo Cabrera Infante, que había estado tres años en Bruselas y que aquello le había permitido vincularse a los enemigos de la revolución, como se ha demostrado claramente, como él mismo se ha esforzado en declararlo. Yo atacé incluso despiadadamente al compañero de seguridad que informé contra la actividad de Guillermo Cabrera Infante diciendo que, hablando del estilo literario, como si el estilo literario tuviera algo que ver con la verdad o como si la verdad no fuera más importante que el estilo literario.

Bueno, estas cosas que ustedes me oyen ahora, ustedes pensarán que he debido pensarlas antes. Sí, es cierto. Es cierto, yo debí pensarlas antes. Pero en la vida, sí, el hombre comete errores. Yo sé, por ejemplo, que la intervención de esta noche no me la merecía, que yo no merecía estar libre. Lo creo sinceramente. Lo creo por encima de esa alharaca internacional, que aprecio en el orden personal porque creo que son compañeros que viven otras experiencias y otros mundos, que tienen una visión completamente diferente a la situación cubana, situación que yo he falseado. Porque yo he querido identificar determinada situación cubana con determinada situación internacional de determinadas etapas del socialismo que han sido superadas en esos países socialistas. Y estos compañeros que me han apoyado desconocen a fondo mi vida de los últimos años. Desconocen el hecho de que yo hubiera tenido esas actividades y asumido esas actitudes... Es una actitud natural de los escritores del mundo capitalista, que yo espero que esos compañeros, al darse cuenta de la generosidad de la revolución, al verme aquí pudiendo hablar libremente con ustedes, deberían rectificar, deberían admitir que la revolución cubana es superior al hombre con quien se han solidarizado.

Yo decía que a mi regreso de Europa mi vida estuvo marcada por el resentimiento. Yo decía que esa noticia que escribí al principio era venenosa. La que escribí después superaba en veneno a esa otra pequeñita. Aquel alegato era de una petulancia, aquel alegato expresaba unos alardes teóricos que yo he padecido siempre, de lo que realmente me siento muy avergonzado. Cuáles

eran mis méritos para poderme convertir en ese fiscal increíble como me había calificado acertadamente la revista Verde Olivo? Ninguno, yo no tenía esos méritos revolucionarios. Tampoco tenía la verdad, porque como ya se ha visto era injusto, y prefería un enemigo a un amigo. No tenía ninguna razón y, sin embargo, lo hice.

Yo, que debía haber estado agradecido de una revolución que me permitió viajar, que me permitió dirigir una empresa, que me permitió representar a uno de sus ministerios en distintos países europeos, yo, defendiendo a un enemigo declarado de la revolución como era Guillermo Cabrera Infante, contra un compañero leal que siempre me había dado muestras de cariño, de afecto, con quien siempre tuve mucha identificación, largas correspondencias, como era Lisandro Otero.

Pero es que yo quería sobresalir, hay que juzgar las cosas como son. Yo hice muy mal mi papel, tengo que empezar por decir eso. Yo quería demostrar que el único escritor valiente, entre comillas, era Heberto Padilla, y el escritor agraciado Guillermo Cabrera Infante, y que el resto era una serie de remisos y un montón de funcionarios acobardados. Y que la Unión de Escritores no valía para nada porque no asumía mi misma posición.

Ese fué mi inicio, ese fue mi mas clara actividad enemiga, mi mas específica actividad para dañar a la revolución: asumir alardes teóricos de un hombre que no tenía mérito revolucionario alguno para asumirlo.

A mí me gustaría que Guillermo Cabrera Infante no fuera un contrarrevolucionario, y me gustaría que su talento estuviera al servicio de la revolución. Pero como decía Martí, la inteligencia no es lo mejor del hombre. Y si algo yo he aprendido entre los compañeros de la Seguridad del Estado — que me han pedido que no hable de ellos porque no es el tema hablar de ellos sino hablar de mí — yo he aprendido en la humildad de estos compañeros, en la sencillez, la sensibilidad, el calor con que realizan su tarea humana y revolucionaria, la diferencia que hay entre un hombre que quiere servir a la revolución y un hombre preso por los defectos de su carácter y sus vanidades.

«Inauguré el pesimismo»

Yo asumí esas posiciones y además, lo que es

peor, llevé esas posiciones al terreno de la poesía. Estas posiciones no habían sido nunca asumidas, tomadas, expuestas en la poesía cubana. La poesía de comienzos de la revolución, la misma que yo en etapas breves, que la propia revolución me ha reconocido en mis conversaciones en Seguridad, era una poesía de entusiasmo revolucionario, una poesía ejemplar, una poesía como corresponde al proceso joven de nuestra revolución. Y yo inauré el resentimiento, la amargura, el pesimismo, elementos todos que no son mas que sinónimos de contrarrevolución en la literatura.

Ustedes ya saben que yo me estoy refiriendo a «Fuera del Juego», que ustedes han oído defenderlo mucho. Pero es que hay que pensar profundamente las cosas. Pensemos en «Fuera del Juego». ¿Ustedes piensan, si pueden leer este libro, que es un libro revolucionario? ¿Es un libro que invita a la revolución y a las transformaciones de la sociedad?

Yo he tenido muchos días para pensar en eso, en esos poemas, desde el primero hasta el último. ¿Qué es lo que da característica a este libro? Pues lo que da característica esencial a ese libro es, bajo la apariencia de un desgarramiento por los problemas de la historia — lo cual no es sino una forma del colonialismo — una forma de importar estados de ánimos ajenos, experiencias históricas ajenas, a un momento de la revolución que no tiene de la historia ese desencanto, sino todo lo contrario, un momento en que se puede tocar el ímpetu de todas las realizaciones.

Pero yo no, yo empecé mi libro como hubiera podido empezar un filósofo viejísimo y enfermo del hígado con un poema que se llama «En tiempos difíciles». Y por ahí siguen una serie de poemas. Ese libro está lleno de amargura, está lleno de pesimismo; ese libro está escrito con lecturas, no expresa una experiencia de la vida, no interioriza la experiencia cubana, hay que reconocerlo. Ese libro expresa un desencanto, y el que lo aprecia no hace sino proyectar su propio desencanto.

Y desencanto hay muy antiguo en muchos hombres. Porque la revolución no es un fenómeno que transforme la alegría del hombre y que la reafirme en tres días. Para la tristeza hay millones de años de experiencia. No se quien lo dijo, tal vez lo repitió Roberto alguna vez, pero para la alegría no hay mucha experiencia en la poesía. Es más fácil llorar que alegrarse, que escribir sobre la esperanza y sobre los sueños, y sobre la poesía de la vida.

Hay clichés del desencanto. Y eso clichés yo los he dominado siempre. Aquí hay muchos amigos míos, que yo estoy mirando ahora, que lo saben. César Leante lo sabe. César sabe que yo siempre he sido un tipo escéptico, que yo siempre me he inspirado en el desencanto. Y ese libro «Fuera de Juego» está marcado por ese escepticismo y esa amargura. Esos poemas llevan el espíritu derrotista, y el espíritu derrotista es contrarrevolución.

Y yo he tenido muchos días para discutir esos temas, y los compañeros de seguridad no son policías elementales — son gente muy inteligente, mucho más inteligente que yo, lo reconozco. Y más joven que yo. Cuadros que yo no se de dónde han sacado, todavía no se de donde... Porque muchas veces me acuerdo de la pregunté a un compañero, no quiero ni mencionarlo, un oficial, le dije: ¿De dónde han sacado ustedes estos cuadros? Y yo estaba afuera, porque tuvieron la gentileza en muchas ocasiones de llevarme a tomar el sol y había un grupo de niños, muy pobres, muy simples, muy sencillos, cubanos, y me dijo: «mira, chico, de ahí... Y me dió una respuesta simple, un averbio de lugar: ahí. Ahí, chico, de ahí salí yo, de ahí saímos todos.

Yo me sentí muy avergonzado, y me sentía todos los días avergonzado de aquellas conversaciones sanas, que tampoco se podían identificar con las conversaciones enfermizas que eran el tema central de mi vida en los últimos años.

Y así me fui separando de mis amigos. Si mis amigos antes eran, por ejemplo, Roberto Fernández Retamar, Lisandro Otero, Edmundo Desnoes, Ambrosio Fornet, para citar solo algunos, después ellos no fueron, no podían ser mis amigos.

Ellos hicieron esfuerzos para que yo rectificara. Yo recuerdo mis conversaciones y mis discusiones con Roberto, pero es que mi verba era tremenda y entonces mi retórica lo ahogaba a él, o él en fin no tenía por qué llevar más lejos su capacidad de persuasión porque bastante edad tenía yo para ello. Y lo cierto es que yo seguía con mis argumentaciones enfermizas y generativas, y él seguía en una línea correcta. Y yo incorrecta, completamente hostil y venenosa. Y me alegra encontrar estas palabras porque son palabras que entre más me denigran en lo semántico — si es que eso puede tener algún valor en la literatura — más me alegran en lo espiritual.

Karol y Dumont

Después, quiénes fueron mis amigos? Los periodistas extranjeros que venían a Cuba. ¿Y qué buscaban esos periodistas? ¿Ellos venían a admirar aquí la grandeza de la revolución, el esfuerzo de nuestro pueblo, el tesón, la energía de nuestros dirigentes? No. Ellos buscaban al desafecto Heberto Padilla, al resentido marginal, al tipo que tenía la astucia para organizar cuatro o cinco lugares comunes sobre problemas que en realidad no conocía. Pero lo hacía, lo hacía y estos periodistas difundían mi nombre. Y en los artículos sobre Cuba en el extranjero se hablaba con mucho entusiasmo de mí, se me veía como un escritor rebelde, como un escritor contestatario — como dicen los franceses —, intransigente, se veía como un tipo característico de los países socialistas, del tipo que en Cuba simbolizaba lo que en otros países han simbolizado otros. Es decir, una especie de traslación mecánica y completamente artificial de una situación a otra situación.

Ellos sabían en el juego que yo estaba, ellos me halagaban, ellos me entrevistaban, ellos hacían de mí semblanzas adorables, y yo me beneficiaba con este juego, mi nombre estaba en circulación, y yo era perfectamente conciente de que todo esto estaba ocurriendo,

El problema es que yo tengo debilidades grandes. En realidad, no tengo valentía alguna para tomar un fusil e ir a una montaña como han hecho otros hombres. Ahora, para la montaña verbal, para el análisis de la esquina y del cuarto, para eso yo he tenido un talento innegable. Por ejemplo, yo recuerdo el libro de Lee Lockwood, del periodista norteamericano, donde aparece mi foto con un tabaco y un periódico Gramma, una foto muy hábil, muy inteligentemente hecha, que aparece con un pie de grabado que dice: Heberto Padilla, poeta y enfant terrible.

Mi nombre circulaba, mi libro «Fuera de Juego» tuvo un premio. La Unión de Escritores, el ejecutivo de la Unión de Escritores, escribió un prólogo crítico contra el libro, pero a mi qué me importaba ese prólogo, si al lado aparecía la defensa apasionada de los cinco miembros del jurado. Eso era lo importante.

Además, no sólo aparecía esto sino también el voto del crítico británico Cohen que decía que este libro «Fuera de Juego» habría ganado un premio en cualquier país del mundo occidental.

Es precisamente esta especificación geográfica y

política del mundo occidental donde radicaba la diferencia, porque un premio de la Unión de Escritores tenía que ser un premio revolucionario. Y el libro tuvo ese premio. Y ese libro fue inmediatamente publicado en Francia por la editorial du Seuil, una editorial que tradujo los cincuenta y pico de poemas en menos de un mes, a toda máquina, y ¿qué metió? Puso en la banda por fuera del libro: ¿Se puede ser poeta en Cuba? Con lo cual quería decir que no se podía ser poeta en Cuba.

Yo me consideraba un intocable típico, como el que existe en los países socialistas, de esos escritores que — como ustedes saben — escriben sus libros, los publican clandestinamente fuera de sus países y se convierten en intocables, en hombres que ningún estado puede tocar. Y en eso residía mi fatuidad, mi vanidad, mi petulancia literaria.

Yo hablé con muchos extranjeros. Por ejemplo, con Karol, K.S. Karol, el escritor-periodista polaco-francés. Yo le hice pomposos análisis de la situación política cubana, le hablé siempre en un sentido derrotista, con un ánimo crítico amargo, contrarrevolucionario, de la revolución cubana. Y Karol, que era un hombre que quería oír esas cosas, porque Karol es un hombre amargado, un polaco exilado de su país en París. Karol quería oír esas cosas, las oía y las recogió en su libro: Heberto Padilla es uno de los pocos — no digamos que el único — uno de los pocos personajes revolucionarios y simpáticos.

Y lo mismo ocurrió con el viejo agrónomo francés contrarrevolucionario René Dumont, entusiasmado cuando me recibió, me citó, me llamó, me pidió mis opiniones. Yo arremetí contra la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, contra la revista «Verde Olivo». Yo dije que la revista «Verde Olivo» me había tratado injustamente, siempre con argumentos policiales. Yo le dije que el escritor en Cuba no significaba absolutamente nada, que no era respetado, que no valía nada y atacé consuetudinariamente a la revolución.

Y no digamos las veces que he sido injusto e ingrato con Fidel, injusto e ingrato con Fidel, de lo cual nunca realmente me cansaré de arrepentirme. Y sólo el deseo, realmente, la vehemencia con que quisiera rectificar esa ingratitud y esa injusticia podría si no compensar por lo menos aclarar en algo lo que no era mas que cobardía y una actitud contrarrevolucionaria.

Porque en el año de 1969, cuando con motivo de mis posiciones yo estaba sin trabajo, le escribí

una carta a Fidel. Casi de inmediato me contestó esa carta. En la carta yo le planteaba que estaba sin trabajo y que quería trabajar. Casi de inmediato recibí respuesta de Fidel a través del Rector de la Universidad de la Habana. De acuerdo con mis aptitudes y con mis deseos, me dieron trabajo en la Universidad de la Habana.

Relaciones con el Extranjero

Pero es que yo no cesé en mis posiciones por ese trabajo. Por ejemplo, ustedes recuerdan el recital. Ese recital se llamaba «Provocaciones». Si, el ardid era del texto de Arnold Hauser, cobarde y miserablemente traído por los pelos por mí, porque justamente «Provocaciones» era el título que había utilizado «Verde Olivo» para calificar mis actitudes y era el título que yo daba a mi nuevo libro.

La Unión de Escritores fué muy fina, muy gentil conmigo. Me invitó desde el principio a venir aquí. Es decir, la Unión de Escritores calificó aquel libro de contrarrevolucionario, pero sus actitudes posteriores no tuvieron nada que ver con el libro mismo. Yo vine aquí a todos sus actos...

Estoy bastante cansado porque es que anoche apenas he dormido. Pero yo quiero continuar, porque esto, esto vale la pena, aunque no tenga siempre la coherencia que quisiera y la exactitud que deseara. Además, la garganta la tengo mala. He hablado con amigos, con mis hijos, con Belkis, con mis amigas. En fin, perdonéme si no estoy todo lo exacto que quisiera.

Yo hablé horrores con Karol y con Dumont, que escribieron libelos contra la revolución. Con Hans Magnus Enzensberger, el poeta alemán, ensayista, tuve incontables conversaciones que pudieron ser un compendio de todas mis actitudes y todas mis posiciones acres, hostiles a la revolución.

Hans Magnus Enzenberger, que después publicó un ensayo contra nuestro partido, me oía, me atendía, me atendía mucho más de lo que debió atender a otros compañeros que fueron sus amigos. Y yo estoy seguro de que de estas conversaciones con Hans Magnus Enzensberger salió su ensayo injusto, un ensayo que tiene que ser calificado de mal intencionado.

Enzensberger oyó todas mis críticas, todos mis análisis, que siempre eran derrotistas, y yo estoy seguro de que contribuí a deformar aun más su

visión de nuestra revolución, que no era muy entusiasta en todas formas.

En todas estas posiciones yo llegué sumamente lejos, por ejemplo tan lejos que yo recuerdo que llegué a cuidarme más de los organismos de la seguridad del estado que de los enemigos de la revolución. Porque yo sabía que mis actividades estaban muy claras y eran muy específicas, muy netas para la seguridad del estado, cuya función es vigilar y defender la revolución.

Por ejemplo, se dio el caso de un sociólogo alemán que llegó a Cuba. Este sociólogo, Kisler, me dijo que era amigo del poeta Enzensberger, que él le había pedido que me visitara. Era raro, sin embargo, que no trajera ninguna carta de Enzensberger, pero de todas maneras yo lo vi dos o tres veces antes de que proyectara su salida de Cuba.

Me dijo que estaba escribiendo, preparando una tesis para su universidad sobre los países en desarrollo. Me preguntó acerca de la estructura del poder en Cuba, sobre una serie de cuestiones más. Y yo inmediatamente le daba opiniones, opiniones injustas, opiniones absurdas, opiniones que no tenían sentido, opiniones que yo en realidad no podía sustentar con argumento alguno, porque yo no era un hombre que podía hacerlo.

El me dijo que eran notas en muchos casos, eran notas críticas de nuestra revolución. Me dijo que él pretendía regresar al año siguiente. Y desde luego, qué hice yo? Yo lo primero que hice fué decirle: «bueno, mira, si tú estas haciendo notas críticas, ten mucho cuidado no puedan caer en manos de Seguridad del Estado, porque entonces no vas a poder regresar a Cuba. Es decir, yo estaba alertando un extranjero al que no conocía, contra un organismo de la revolución cuya función es velar por la revolución, velar por la seguridad de la revolución.

Este joven alemán, este joven alemán que me hablaba con entusiasmo del Che, que andaba con una cinta magnetofónica de la entrevista de Ovando cuando la muerte del Che, este joven alemán que me decía que todas las ideas de Ernest Bloch en su libro «El principio de la esperanza» se encarnaban en la imagen del Comandante Ernesto Guevara. Este personaje, compañeros, era nada menos que un agente del enemigo, como pude saberlo yo mas tarde en la Seguridad del Estado. Y yo alentaba a ese agente del enemigo contra un organismo de la revolución. Yo, el poeta crítico, alertando a un enemigo contra un

organismo de la revolución.

De estas actitudes, de estas posiciones, de estas cosas, nunca, nunca me cansaré de arrepentirme, mientras viva. Nunca podré arrepentirme en realidad. Cuando he visto la cantidad de enemigos que vienen a nuestro país disfrazados de teatristas, de sociólogos, de fotógrafos, de lo que sea posible. ¿Para que vienen? ¿A ver, a admirar la revolución? Hay muchos que vienen, — no todos: quiero hacer esas excepciones — que vienen a buscar informes para el enemigo, y justamente lo buscan en la zona de la cultura, en las zonas fáciles, en la zona donde es tan fácil encontrar una opinión y un juicio acre, crítico contra la revolución.

Yo con ese enemigo tuve esas conversaciones y esas actitudes. Pero a mí no me importaba eso: yo daba mis opiniones. A mí lo que me importaba era el extranjero, el libro en el extranjero. Por eso, la editorial du Seuil me escribió dos cartas y yo astutamente no las respondí. Pero el libro circulaba. El editor inescrupuloso colocaba esa banda: ¿Se puede ser poeta en Cuba? Y lanzaba el libro a toda máquina.

Julio Cortázar intervino en lo que el periódico calificó de la defensa — el ataque era el prólogo de la Unión de Escritores.

Cortázar en cierto modo trató de impedir que la campaña contra Cuba se desarrollara, pero en esencia me defendió, «Ni traidor ni mártir», decía Julio. Y decía también, reconocía que mis poemas tenían pesimismo, amargura, que eran producto de un hombre montado entre dos épocas, etcetera. Pero me defendió.

Y en realidad esa defensa a mí me beneficiaba en lo externo y en lo interno. En lo externo, porque mi nombre circulaba en las editoriales extranjeras. En lo interno, porque yo imaginaba que nuestros dirigentes se iban a preocupar por el rango intelectual mío, que me iban a dar la posición que yo quería a mi regreso de Europa.

Yo me sentí muy frustrado, muy despechado, cuando pasaron los meses y ese escándalo no tuvo ninguna consecuencia beneficiosa para mi persona. Fué cuando escribí la carta a Fidel, cuando me dieron el trabajo en la Universidad.

Pero es que este trabajo en la Universidad lo que hizo fué reafirmarme en estas posiciones negativas mías. Yo imaginé que justamente me iban a respetar, que yo era un intelectual que tenía un gran rango, que yo era un espíritu de habilidad política, de gran perspicacia, estas fueron mis

torpezas. Y en realidad, este es el centro de mis errores: el deslumbramiento por las grandes capitales, por la difusión internacional, por las culturas foráneas. Este es el punto de partida de todos mis errores, errores de los que quiero hablar, de los que me gustaría hablar y hablar y hablar, como todo hombre que quiere liberarse de un pasado que le pesa.

Yo se que hay muchos suspicaces — lo se — que piensan, y piensan de un modo especial, singular, de un modo característico de ciertas zonas, de esta autocrítica hondamente sentida. Y yo me digo que peor para ellos si no comprenden el valor moral que puede tener mi conducta, que puede tener una autocrítica. Peor para ellos, para esos suspicaces, si no entienden, si no son capaces de comprender lo que significa que a un hombre que ha cometido errores se le permita la oportunidad de confesarlos, de explicarlos delante de sus compañeros y amigos.

Mi novela

Pero sinceramente yo quiero decir algo más, yo no he venido aquí simplemente a argumentar mis errores, a hacer un recuento de todas mis actividades bochornosas. Porque yo temo que mañana o pasado mañana, o la semana que viene, o en algún momento determinado se me acerque un amigo escritor y me diga que esta autocrítica no se corresponde con mi temperamento, que esta autocrítica no es sincera. Sin embargo, yo estoy convencido de que muchos de los que yo veo aquí delante de mí mientras yo he estado hablando, durante todo este tiempo, se han sentido consternados de cuánto se parecen mis actitudes a sus actitudes, de cuánto se parece mi vida, la vida que yo he llevado, a la vida que ellos llevan; de cuanto se parecen mis defectos a los suyos, mis opiniones a las suyas, mis bochornos a los suyos. Y estoy seguro de que ellos estaban muy preocupados, de que estuvieron muy criticados, además, por mi destino durante todo este tiempo, de lo que ocurriría conmigo. Y de que al oír estas palabras ahora dichas por mí, pensarán que con igual razón la revolución los hubiera podido detener a ellos. Porque la revolución no podía seguir tolerando esa situación de conspiración venenosa de todos los grupitos defectos de las zonas intelectuales y artísticas.

Y yo eso lo he comprendido muy claramente en

mis discusiones en seguridad. Porque la correlación de fuerzas de América Latina no puede tolerar que un frente, que es el frente de la cultura, sea un frente débil. No podía seguir tolerando esto, y si no ha habido más detenciones hasta ahora, si no las ha habido, es por generosidad de nuestra revolución. Y si yo estoy libre aquí ahora, si no he sido condenado, si no he sido puesto a disposición de los tribunales militares, es por esa misma generosidad de la revolución. Porque razones había, razones sobradas había para ponernos a disposición de la revolución.

A mí no me importan los leguleyismos de ningún tipo porque para mí lo más importante es la ética de la revolución. Y si digo esto delante de ustedes es porque veo en muchos de los compañeros que están aquí, cuyas caras están aquí, errores similares de los que yo cometí. Y si estos compañeros no llegaron al grado de deterioro moral a que yo llegue, ello no los exime de ninguna culpa. Quizás entre sus papeles, entre sus poemas, entre sus cuentecitos existen páginas tan bochornosas como muchas de las páginas que felizmente nunca se publicarán y que estaban entre mis papeles. Como esa novela — ni el nombre voy a decir ahora — esa novela cuyos fragmentos he pensado en Seguridad de Estado.

Esa novela cuyo personaje principal era un desafecto que apostrofaba continuamente contra la revolución. Y era una novelita sutil, en que se manejaban toda una serie de elementos para que todo el mundo estuviera complacido, una novelita que afortunadamente no se publicará nunca. Además, porque yo he roto y romperé cada uno de los pedacitos que yo pueda encontrar algún día delante de mis zapatos de esa novela.

Porque esa novela expresaba mis desafectos de carácter, mis máculas, expresaba mis problemas, incluso psicológicos, problemas gravísimos además que yo he descubierto en mi soledad en Seguridad del Estado. Esa novela que escribí a saltos, como eran a saltos los momentos de mi desafecto, de mi tristeza y de mi escepticismo, esa novela que pretendía no publicar, incluso le escribí a Barral, el editor español, una carta con Julio Cortázar, donde le decía que no era conveniente que esa novela se publicase por el momento. En realidad, la novela no estaba terminada. Y yo le anunciaba siempre, además prometía libros a los editores extranjeros que no habían sido terminados porque yo estaba tan mal, además, tan enfermo, tan fea-

mente triste, tan corrosivamente contrarrevolucionario que no podía ni escribir. Se lo digo con sinceridad.

Y me comprometía con esos editores extranjeros porque mi importancia quería que se fundase en las editoriales extranjeras. Y le prometía a Barral, le aplazaba la novela que no podía terminar. Le prometí esa novela, porque yo había hablado de esto con José Agustín Goytisolo y él inmediatamente se lo comunicó a Carlos, y Carlos me mandó muchas cartas. También se la propuse a un editor inglés, André Deutch, porque lo que me interesaba sinceramente, era el extranjero. Era publicar fuera si aquí no me reconocían.

He oído esta mañana, cuando hablaba con un amigo con sinceridad sobre este tema : « no, pero estas eran tus opiniones personales, estas... » Qué me importan a mí las opiniones personales o públicas. Eran mis convicciones. Mis convicciones es en lo que se está, como ha dicho un viejo filósofo — de cuyo nombre Mario Parajón no quiere ni acordarse, no es cierto? —, que era Ortega. « De las convicciones de Estado — decía el viejo — y de las creencias se puede vivir y se puede respirar. »

Y esa era mi vida, esa era la vida de que yo me iba nutriendo. Esa era la novela, que yo no quiero ni decir de qué se trata. Me avergüenzo de esa novela, como me avergüenzo de mi libro de poemas.

Ya yo escribí algunos poemas nuevos aquí en Seguridad del Estado. Hasta sobre la primavera ha escrito un poema. Cosa increíble! Sobre la primavera! Porque era linda, la sentía sonar afuera! Nunca había visto yo la primavera, porque era algo con que no contaba, que estaba ahí inmediata, este inicio de la primavera. Escribí cosas lindas en medio de mi angustia y mi tristeza. Porque la angustia moral tiene características muy extrañas y porque yo sentía de aquella cárcel, aquella cárcel que yo estaba sufriendo era una de las más singulares que yo he vivido en mi vida. Porque yo sentía que aquella cárcel no era un blasón que se podía ostentar como un sacrificio contra una tiranía, sino precisamente una cárcel moral, justa, porque sancionaba un mal contra la revolución y contra la patria. Y escribía esos poemas febrilmente, escribía esos poemas, era una suerte de catarsis desesperada.

Esta experiencia tienen ustedes que vivirla. Yo no quiero que ustedes la vivan. Además, si por eso estoy aquí. Pero hay que vivirla, vivirla para

sentirla, para poderla valorar, para poder entender lo que yo estoy diciendo. Y si hablo esta noche aquí delante de ustedes, decía antes, es porque se que en muchos de ustedes hay actitudes, sinceramente, como las que había en mí. Y porque se que muchos de ustedes iban en camino de la propia destrucción moral y física a que yo iba, y porque yo quiero impedir que esa destrucción se lleve a cabo. Y voy a lograrlo, porque quiero lograrlo, porque tengo que lograrlo.

Mis amigos en Cuba

Porque si yo mencionara, por ejemplo, ahora, mi propia mujer, Belkis, que tanto ha sufrido con todo esto, y le dijese, como le podría decir, cuánto grado de amargura, de desafecto y de resentimiento ella ha acumulado inexplicablemente durante estos años, que yo también por una serie de defectos de mi carácter la he hecho sufrir, ella sería incapaz de ponerse de pie y desmentirme. Porque ella sabe que yo estoy diciendo la verdad.

Y lo mismo podría decir de un amigo entrañable, de un amigo que tanto calor de hogar me ha prestado en los últimos tiempos, de un amigo que tantas cosas positivas ha hecho por la revolución en otros momentos, pero que últimamente se ha mostrado amargado, desafecto, enfermo y por lo mismo, contrarrevolucionario, como es Pablo Armando Fernández. Y yo se que Pablo Armando, que está aquí, sería incapaz de levantarse y desmentirme, porque Pablo Armando sabe que muchas veces hemos hablado de estos temas y que Pablo Armando se ha mostrado muy triste en relación con la revolución. Y yo no admitiría, no podría admitirlo, no comprendería que fuera honesto de su parte el que Pablo se parase aquí y me dijese que hay justificaciones para su actitud.

Y lo mismo, compañeros, podría decir de otro querido amigo como es César López, a quien yo admiro y respeto, que escribió un hermosísimo libro, que tuvo una mención en la Casa de las Américas, como es, por ejemplo, « El Primer Libro de la Ciudad », pero es que César López ha hecho conmigo análisis derrotistas, análisis negativos de la revolución. Además, César López ha llevado también a la poesía esa épica de la derrota, de una serie de etapas que la revolución en su madurez revolucionaria ha sido la primera en superar. César ha retenido los momentos desagradables y los ha

puesto en su libro, libro que ha enviado a España antes de que se publicase en Cuba, como es lo correcto, como debe ser la moral de nuestros escritores revolucionarios : publicar antes en nuestra patria y después mandar afuera. No ven que afuera hay muchos intereses, y en esos intereses intervienen muchos matices no siempre positivos. César mandó su libro fuera.

Yo mismo hice una nota a José Agustín Goytisolo sobre ese libro. Y yo se que César, estoy convencido, no se, no, convencidísimo, de que César López es un compañero honrado, honesto, que sabe que hay que rectificar esta conducta. ¡Qué va a pararse César López a contradecirme! César López se pararía en este momento, se pondría de pie para decirme que tengo la razón (comentario inaudible). Si, César, ahí está. Y me alegra que lo haya dicho, César, tu sabes que tengo la razón : ese libro, no había que hacer eso, que no tenía por qué escribir eso. Y estoy seguro que va a rectificar y que César va a escribir los bellísimos poemas que ha escrito siempre, que va a escribir la poesía inteligente, sabia y reflexiva que ha escrito siempre.

Lo mismo que digo de César lo puedo decir de muchos amigos en quienes pensaba, en quienes pensaba, compañeros, porque tuve muchos días para pensar, porque los días son largos en un mes. Pensaba en los más jóvenes, en aquellos escritores que tenían doce o trece años cuando llega la revolución.

Por ejemplo, yo pensaba — y voy a decir aquí su nombre, porque le tengo un gran cariño y porque se que tampoco sería capaz de contradecirme —, yo pensaba en cuánto se diferencia la poesía de ese formidable José Yanes, que nosotros conocemos, de hace dos años, el poeta que escribió aquel formidable poema a su madre porque se había ido de Cuba a los Estados Unidos, en cuanto se diferencia, digo, de ese Yanes que reaparece con una poesía indigna de su edad y de su época, una poesía derrotista, una poesía parecida a la de César también, parecida a la mía, por la misma línea enferma, por la misma en que quieren convertir en desgarramiento de lo histórico lo que no es más que un desafecto, compañeros, porque primero hay que hacer la historia y después escribir su comentario.

Yo pensaba en Yanez y yo decía : qué lástima no poder ir ahora, no poder decirle : ¿ tu no te das cuenta, Yanez? ¿ tu no comprendes que la revolución a ti te lo ha dado todo? ¿ tu no te das

cuenta que esa poesía no te corresponde, esa poesía es la de un viejo viejísimo? Porque hay viejos con años juveniles, como decía Marinello hablando de Enrique González Martínez en sus 80 años juveniles.

No se daba cuenta, no se daba cuenta Yanez, ese muchacho formidable, inteligente, sensible, que estaba escribiendo una poesía que no se correspondía con él. El, el joven pobre que había vivido en el barrio de Pocitos, el joven que tiene un dignísimo empleo en la Gaceta de Cuba, a quien la revolución le ha proporcionado los medios materiales que tiene — que los tiene — que tiene un empleo, que escribe, que tiene una esposa formidable, inteligente, una doctora en medicina que puede ayudarle a rectificar.

Yo me preguntaba : ¿ no se da cuenta? Y yo decía : sí, sí se va a dar cuenta. Y yo pensaba : si yo dijera esto en público, Yanez diría : sí, tienes razón, chico.

Invitación a Norberto Fuentes

Y yo pensaba en otro joven, en un joven de talento excepcional, un joven al que quiero mucho y que siempre me ha profesado afecto; en un joven que ha tenido las oportunidades que pocos jóvenes de su edad tuvieron; en un joven que conoció de cerca, que tocó de cerca uno de los momentos más serios y más profundos y más ejemplares de nuestra revolución : la lucha contra bandidos. Yo pensaba en Norberto, en Norberto Fuentes, que acabo de ver hace un momento, no lo había podido ver antes : lo llamé a su casa, pero sonaba el timbre y no respondía nadie.

Y yo pensaba en Norberto, pensaba mucho en Norberto, porque Norberto tuvo una experiencia intelectual y política extraordinaria. Era muy joven en el año 60 o 61, sumamente joven. Porque Norberto había hablado conmigo de esa experiencia. Y porque yo sentía allí donde estaba, en Seguridad, cuánta diferencia había habido entre los cuentos apasionados y llenos de cariño de Norberto por los combatientes revolucionarios, y las opiniones que él y yo habíamos compartido tanto. El, que había vivido tan estrechamente unido a la Seguridad del Estado. El, en quien la Seguridad del Estado había depositado una confianza absoluta, a quien el organismo de la Seguridad del Estado le había puesto archivos para que hiciese la épica de aquellos soldados que habían

combatido a las bandas de mercenarios que habían asesinado alfabetizadores y familias enteras de campesinos.

Y decía : no es justo, por ejemplo, no es justo, no puede ser justo, que Norberto y yo coincidiéramos tan amargamente en la práctica diaria de la revolución, cuando él tiene una experiencia extraordinaria que yo no he tenido.

Y yo decía : si yo pudiera ir y ver ahora, en este momento a Norberto, si yo pudiera hablarle. Y este era justamente el motor de mi interés, el interés máximo, la insistencia constante en que se me diera esta oportunidad de hablar con mis amigos escritores, en pensar en gente de valor extraordinario como Norberto, en un hombre que podía poner justamente su estilo conciso, breve, apto para una épica extraordinaria, al servicio de nuestra revolución. En un joven como éste que pensaba, sin embargo, que, no sé, la revolución había construido una especie de maquinaria especial contra él, contra nosotros, para devorarnos, que hablamos tantas veces de esto. Y yo recuerdo que justamente estuvimos un día antes de mi detención juntos, hablando siempre sobre temas en que la Seguridad aparecía como la gente que nos iba a devorar.

Ah, yo sé perfectamente que Norberto Fuentes se para aquí y sería más feroz que yo en su crítica de esas posiciones, y que sería mucho más brillante en definir las mías, y que sería mucho más lúcido en compartir hoy conmigo la esperanza y el entusiasmo — como lo fuimos ayer en compartir el pesimismo, el derrotismo y el espíritu enemigo de la revolución.

Y yo sé además que él puede darle a nuestra literatura páginas hermosísimas, y yo sé que él no me va a desmentir de ninguna manera. Porque no podría hacerlo, no sería honrado, no sería revolucionario de su parte. El no podría encontrar las justificaciones que muchas veces nos dimos mutuamente de que no se discutía con nosotros. No, no, eso es injustificable. Nosotros no podemos de ningún modo justificarnos diciendo que el Comité Central nos tiene que llamar para discutir con nosotros, si somos revolucionarios y lo sentimos, tenemos que estar ahí, al pie de nuestras responsabilidades.

Y él ha hecho muchos servicios utilísimos al periodismo nacional y ha dado páginas hermosísimas a la literatura cubana, y le va a seguir dando esas páginas hermosas. Y si antes se inspiró en un escritor ruso como era Babel, yo sé que en el

futuro se inspirará más en la vida. Y en vez de vivir otra historia como me decía — no me decía, pero yo sabía, sentía que me decía — Roberto en algún momento, en vez de haber vivido otra historia va a vivir su historia.

Porque hemos hablado de su última novela, que no prospera, novela en la cual siente inquietud de él, novela en la que me dice que no acaba de encontrar la forma. Y yo me decía : y no sería esto una exigencia moral, una forma de réplica profunda de su organismo que le dice que no se, que de algún modo tiene que replantearse los problemas? Y me decía : sí.

Y yo sé, además, que Norberto desde hoy en adelante será mucho mayormente amigo mío, será mucho más alta y profunda su amistad conmigo, porque estas cosas se las estoy diciendo en público. Y yo sé que esa misma situación la sentirá Yanez, porque se que esto va a sellar cada vez más nuestra amistad. Porque si yo he podido decir ferozmente de mí estas cosas, por qué no puedo decirlos de amigos que serían capaces de admitirlo, como ha asentido ahora Norberto?

Compañeros, la revolución no podía, no podía tolerar esta situación, yo lo comprendo. Yo he discutido, he hablado días y días, he argumentado con todas las argucias de la palabrería. Pero ese cúmulo de mis errores tiene que tener un valor, tiene que tenerlo, tiene que tener un valor ejemplarizante para cada uno de nosotros.

Opiniones de Lezama

Yo, por ejemplo, pensaba, recordaba a Manuel Díaz Martínez, y yo decía : cuando muchos jóvenes eran políticamente indiferentes, Manuel Díaz Martínez era un militante convencido y radical, un joven comunista de nuestra revolución, y yo decía : ¿ cómo es posible que Manuel Díaz Martínez, a quien tanto admiro, a quien tanta amistad debo, a quien tantas muestras de solidaridad tengo que agradecer, cómo es posible que Díaz Martínez se de a este tipo de actitud desafecta, triste, amargada?

Y yo sé, estoy convencido de que tampoco Manolo sería capaz de contradecirme. Manolo vendría aquí en este momento y por su experiencia y su sensibilidad política sería capaz de hacerse una autocrítica mucho más verdadera y mucho más cabal que la que yo pueda elementalmente hacerme.

Yo sé que esta experiencia mía, compañeros, va a servir de ejemplo, tiene que servir de ejemplo a todos los demás.

Yo sé, por ejemplo... no sé si está aquí, pero me atrevo aquí a mencionar su nombre con todo el respeto que merece su obra, con todo el respeto que merece su conducta en tantos planos, con todo el respeto que merece su persona. Yo sé que puedo mencionar a José Lezama Lima. Lo puedo mencionar por una simple razón : la revolución cubana ha sido justa con Lezama, la revolución cubana le ha editado a Lezama dos libros este año hermosamente impresos.

Pero los juicios de Lezama no han sido siempre justos con la revolución cubana. Y todos estos juicios, compañeros, todas estas actitudes y estas actividades a que yo me refiero, son muy conocidas, y además muy conocidas en todos los sitios, y además muy conocidas en Seguridad del Estado. Yo no estoy dando noticias aquí a nadie, y mucho menos a Seguridad del Estado. Esas actitudes las conoce la Seguridad del Estado, esas opiniones dichas entre cubanos y extranjeros, opiniones que van más allá de la opinión en sí, opiniones que constituyen todo un punto de vista que instrumenta análisis de libros, que después difama a la revolución sobre la base de apoyarse en juicios de escritores connotados.

Y yo me decía : Lezama no es justo y no ha sido justo en mis conversaciones con él, en conversaciones que ha tenido delante de mí con otros escritores extranjeros no ha sido justo con la revolución. Ahora, yo estoy convencido de que Lezama sería capaz de venir aquí a decirlo, a reconocerlo. Estoy convencido, porque Lezama es un hombre de una honestidad extraordinaria, de una capacidad de rectificación sin medida. Y Lezama sería capaz de venir aquí y decirlo, y decir : sí, chico, tú tienes razón. Sí, la única justificación posible es la rectificación de nuestra conducta.

Porque ¿ cómo se puede explicar una revolución cuyos principios sean el marxismo-leninismo, cómo se puede explicar sino por la amplitud de criterios, por la comprensión extraordinaria que esa revolución tiene, de que se publique justamente una obra como la de Lezama, que se apoye en otras concepciones políticas, filosóficas, en otros intereses?

Yo pensaba en todos estos compañeros en esa celda, en esa celda que no era una celda precisamente sombría donde los soldados respondían lacónicamente apenas a nuestras preocupaciones,

a nuestras llamadas, como me había dicho el compañero Buzzi a quien no veo por aquí, no veo por aquí. ¿Está aquí? Ah, sí, allí está el compañero Buzzi.

Y digo esto y hablo de Buzzi, que si no me quiero referir a sus actitudes es porque Buzzi ha tenido su dolor, y yo no quiero ni agregar aquí ningún dolor al que ya tuvo, y porque se que él estaba preocupado mientras yo hablaba de que fuese a mencionar su nombre. Porque Buzzi es uno de los hombres que más me ha visitado en los últimos tiempos, y es uno de los hombres que cumplía su condena muy bien, es uno de los hombres que estuvo en la Seguridad del Estado. Y yo no vi aquella atmósfera que él me decía. Yo vi compañeros, yo vi soldados cubanos, de nuestro pueblo, cumpliendo cabalmente con su responsabilidad, con un afecto, con un sentido de humanidad, con una constancia en su preocupación por cada uno de nosotros. Y era una sanción constante a mi canallada previa, anterior y constante.

Y yo me decía: qué cosa tan increíble, si yo le dijera esto a Buzzi yo estoy seguro que Buzzi sería el hombre que primero sacrificaría provecho, el que más urgentemente se pondría a rectificar con mi experiencia. Porque Buzzi, meses después de que cumpliera su sanción, obtuvo una mención en la Casa de las Américas — cosa que no impidió la revolución — y, además de obtener la mención, fue publicada su novela con críticas muy positivas de escritores revolucionarios y de escritores extranjeros en las ediciones Unión. Y además, la revolución no impidió que Buzzi fuera premio nacional de novela, y además no impidió tampoco la Seguridad del Estado que fuese a la Unión Soviética.

Y yo se que él, yo no sé, estoy más que convencido de que la actitud de Buzzi en este momento es la que es la de César, es la que vi que fue la de Norberto, es la que se que es de Pablo Armando, es la de Belkis, es la de Lezama, es la de Manuel Díaz Martínez. Es la convicción de que no podemos seguir por este camino y de que tenemos que rectificar esta conducta.

¿Qué hemos hecho los escritores?

Porque, compañeros, yo tengo que ser sincero para terminar esto. Yo tengo que decirles que yo llegué a la conclusión, pensando en el sector de nuestra cultura, que si hay — salvo excepción —

un sector políticamente a la zaga de la revolución, es el sector de la cultura y del arte. Nosotros no hemos estado a la altura de esta revolución, a pesar de estos años, de estos 13 o 12 años tensos que hemos vivido.

Pensemos por un momento en las tareas que ha realizado nuestra revolución, en las tareas que todos los sectores de nuestro país han venido realizando, por ejemplo: las zafras del pueblo ¿A cuántas zafras, a cuántas han asistido un número significativo de escritores? ¿A cuántas? A ninguna.

Se me dirá que el año pasado nos fuimos a la zafra de los diez millones. Y responderé que sí, que fuimos. ¿Muchos? No. Un número reducidísimo de escritores. Además, ¿en qué condiciones fuimos? Fue un plan de la C.O.R. Nacional y de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba. ¿Qué se nos exigía? Convivir con nuestros campesinos y con nuestros trabajadores. No estábamos obligados ni a trabajar, ni a cortar caña, ni a escribir una línea. No estábamos obligados a nada, era un problema de conciencia personal. Tanto fue así que regresaron muchos y nadie les ha pedido explicaciones de aquello.

Y yo diría que ese fue uno de los esfuerzos más generosos que la revolución ha realizado para acercar a nuestros escritores a la realidad viva de nuestro pueblo. Y diré, sin embargo, que fue la respuesta más triste que nuestros escritores dieron a esa generosa iniciativa. ¿Cuántos escritores fueron? Poquísimos. ¿Cuántos resistieron, estuvieron hasta el final, de una zafra en la que no tenían que cortar caña ni escribir? ¿Cuántos se preocuparon por vivir las experiencias de nuestro pueblo? Ninguno, muy pocos, muy pocos. Los más regresaron a los quince días, ninguno estuvo hasta el final, ninguno.

Esa es la experiencia que hemos dado.

Por ejemplo, aquí está la administración de la Unión de Escritores, el compañero secretario del sindicato. ¿Saben cuántas dificultades supone movilizar a nuestros escritores para el trabajo voluntario? Y cuando asisten, es siempre el grupo más esforzado, el grupo reducidísimo, el grupo de siempre, el grupo más sacrificado, el grupo de excepciones que no sirven, esas excepciones que se pueden contar con los dedos de la mano, que no sirven justamente para ilustrar las excepciones. Porque no sirven, no pueden servir, por su cuantía, para darles una categoría especial de una brigada

millonaria en ninguna de las tareas que realizamos.

Sin embargo, para exigir, para chismear, para protestar, para criticar, los primeros somos la mayoría de los escritores. Y es que, si nosotros nos analizamos sinceramente, si nos analizamos profundamente, si nosotros nos vemos como somos, veremos que las características fundamentales que nos definen son las del egoísmo, las de la suficiencia, las de la petulancia, las de la fautidad que me definían a mí, que definen a la mayoría de los escritores, y por eso nos hace coincidir ideológicamente siempre, y muy poco en el sentimiento de la unidad y del trabajo común, solidarios en el pesimismo, en el desencanto, en el derrotismo, es decir, en la contrarrevolución. ¿Y unidos en qué? En el escepticismo, en la desunión, en el desamor, en el desafecto.

Yo nunca me cansaré de agradecer a la revolución cubana la oportunidad que me ha brindado de dividir mi vida en dos: el que fui y el que será. La revolución ha sido generosísima conmigo. La revolución me ha señalado ya un trabajo, compañeros, un trabajo justamente adecuado a mis aptitudes, a mis deseos, no sólo me ha dado la libertad: me ha dado un trabajo.

Los compañeros de la Seguridad

Es increíble los diálogos que yo he tenido con los compañeros con quienes he discutido. ¡Qué, discutido! Esa no es la palabra, con quienes he conversado, quienes ni siquiera me han interrogado, porque esa ha sido una larga e inteligente y brillante y fabulosa forma de persuasión inteligente, política, conmigo. Me han hecho ver claramente cada uno de mis errores. Y por eso yo he visto cómo la Seguridad no era el organismo férreo, el organismo cerrado que mi febril imaginación muchas veces, muchísimas veces imaginó, y muchísimas veces infamó, sino un grupo de compañeros esforzadísimos, que trabajan día y noche para asegurar momentos como éste, para asegurar generosidades como ésta, comprensiones injustificables casi como ésta: que a un hombre que como yo ha combatido a la revolución, se le de la oportunidad de que rectifique radicalmente su vida, como quiero rectificarla. Y si no me cree el que no me crea, peor para él, que ni me vea mañana, porque este hombre no será el de ayer. Porque, compañeros, vi-

vimos y habitamos — perdonenme este tono — vivimos y habitamos una trinchera gloriosa en el mundo contemporáneo. Vivimos, habitamos una trinchera contra la penetración imperialista de nuestros pueblos en América Latina.

Y yo quiero, necesito que, como yo, todo el mundo, todos aquellos que como yo no han estado a la altura del proceso revolucionario, rectifiquen y se sientan vivir a la altura de la responsabilidad de habitar y de vivir esa trinchera: una trinchera asediada de enemigos por todas partes.

Vivimos una trinchera, y yo quiero que nadie más sienta la vergüenza que yo he sentido, la tristeza infinita que yo he sentido en todos estos días de reflexión constante de mis errores. No quiero que se repitan nunca más estos errores. No quiero que la revolución tenga nunca más que llamarnos a capítulo. No lo quiero. No puede ser posible. No puede ser posible, sinceramente, que la revolución tenga que ser constantemente generosa con gente cuya obligación, por sus conocimientos intelectuales, porque no somos simples ciudadanos, sino gente que sabemos hacer análisis muy claros por muy despolitizados que seamos... que sea generosa otra vez que se haga esto un vicio de generosidad intolerable en un proceso que ya lleva tantos años.

Seamos soldados. Esa frase que se dice tan comúnmente, ese lugar común que quisiéramos borrar cada vez que escribimos ¿No? Que seamos soldados de la revolución, porque los hay. Porque yo los he visto. Esos soldados esforzados, extraordinarios en su tarea, todos los días, que seamos soldados de nuestra revolución, y que ocupemos el sitio que la revolución nos pida.

Y pensemos, aprendamos la verdad de lo que significa habitar, vivir en una trinchera extraordinaria y ejemplar del mundo contemporáneo. Porque, compañeros, vivir y habitar una trinchera asediada de toda clase de enemigos arteros, no es fácil ni es cómodo, sino difícil. Pero ese es el precio de la libertad, ese es el precio de la soberanía, ese es el precio de la independencia, ese es el precio de la revolución. Patria o muerte. Venceremos.

Intervención de César López

Para aprovechar una oportunidad que la revolución nos brinda a todos nosotros, y que ha comenzado por el compañero Heberto Padilla, de

quien no tengo porqué glosar la emotiva, honrada, profunda, autocrítica hasta le médula, que nos ha conmovido a todos en el plano político, moral, humano, revolucionario. Para sumarse, y no sumarse : para poner mi visión autocrítica, sin ninguna justificación a este problema, a este caso que estamos viviendo.

Fue demasiado generoso Heberto cuando hablaba de libros anteriores, etcétera. Lo que sí es verdad que, sobre todo, a partir de un momento, hace eclosión en mi vida intelectual, en mi vida política, un sistema de resentimientos, un sistema de ambición, que mi origen de clase no había podido dejar atrás en el proceso revolucionario. Porque hemos mantenido el criterio del individualismo, el criterio de que cuando se nos llamaba la atención era por resentimientos, por envidia, por afanes de querernos borrar de ese mapa dudoso de la notoriedad literaria.

Es por eso que, en el caso específico mío, a partir de una acusación que hoy, a los tres años, se ve más que justificada, de conjurado, yo aprovecho esa palabrita para empezar a sentirme feliz. Ya era uno más entre los disidentes. Ya el nombre empezaba a rodar por el mundo de otra manera. Y así, aunque a veces trataba de justificar, de cuidarme, haciendo manifestaciones más políticas — entre comillas — que verdaderas, sacando — como decíamos muchas veces entre nosotros, en una broma muy triste y muy irrespetuosa — « una banderita roja » cuando alguien nos venía a provocar, pero más cuidándonos de un supuesto enemigo, que no era el enemigo, sino el amigo — el miembro de Seguridad o de la revolución —, y descuidándonos de los verdaderos enemigos : en nuestros casos, muchos periodistas extranjeros, etc. Manteníamos una actitud que no puede ser calificada de otra forma que de doblez. Eramos seres duales.

Y a partir de ese falso mérito, nos fuimos haciendo una fama que sí perjudicaba fundamentalmente, en el caso mío, mi condición de supuesto aspirante a revolucionario — que fui en un tiempo — y que creo que lo sigo siendo, pero con ese intervalo de corrupción ideológica, mi moral como hombre, como miembro de una familia comunista, revolucionaria. No voy a contar las cosas que ustedes saben. Perjudicaba más, porque comenzaron a acercarse los más jóvenes, los muy, muy jóvenes, los obreros que a veces uno podía confundir con la falsa elocuencia, con los títulos universitarios, con los libros publicados o por pu-

blicar. Y eso es naturalmente un crimen de lesa revolución, que se enmarca en este afán de mantener una visión individualista, una visión orgullosa, una visión aristocratizante de la vida, y pensar que la revolución nos tenía que perdonar todas estas actitudes.

Decir que el compañero Nicolas Guillén por ejemplo, varias veces me llamó la atención a tiempo cuando estas manifestaciones comenzaban, Siempre pensé que se debía a la intriga, a la negación de los compañeros por dejarnos subir, etc. etc. Cuando en algunas ocasiones, el compañero Roberto Fernández Retamar señalaba errores de mi parte, siempre los atribuía a rencillas literarias, etc. etc.

Sabía de la actitud de Heberto Padilla, y no la quise comprender, pensando que una supuesta fidelidad a la amistad valía más que una actitud correcta hacia la revolución. Esto me pasó, por ejemplo — y hay que decirlo de una forma real —, con el compañero César Leante. Me llamó la atención y yo me apresuré a calificarlo de traidor a la amistad con Heberto Padilla.

Yo no niego ni voy a negar — y menos ahora — esta amistad con Heberto. Pero es verdad que, a partir del año 1968, yo hice más galas de las necesarias y de las revolucionariamente consecuentes de esta amistad. Y fue una amistad que — como él ha dicho — nos perjudicaba, porque ya no podíamos comprender los problemas realmente, profundamente, políticamente, sino desde un punto de vista superficial, de sentimiento, de intriga, etc.

Este libro que ha sido señalado aquí, que la Unión de Escritores generosamente había aprobado para su publicación, que se me invitó a leer, yo me apresuré a mandarlo al extranjero. Es verdad que no lo mandé a un concurso, pero es lo mismo, porque estaba la posibilidad de su publicación. Y claro está, cuando gané ese premio, mi primera reacción fue : ahora nos van a tener que seguir oyendo, porque si ese libro inclusive se iba a publicar aquí en Cuba...

Y recuerdo que llamé al compañero Manuel Díaz Martínez, con quien había tenido algunas desavenencias ligeras, y le dije : Mira, este libro nos va a ayudar a todos ¿Qué quiere decir eso de ayudarnos a todos? Es una visión completamente falsa, absurda, de la revolución, en la cual a veces yo inventé fantasmas de persecución, fantasmas de que no se me permitía desarrollar ni ocupar la posición que supuestamente me merecía.

Eso es tan falso que, inclusive, cuando se me dieron oportunidades hace unos meses en el Instituto Pedagógico — trabajé un semestre — se me ofreció una cátedra permanente. Pero luego, al terminar el semestre, me pareció que no era lo suficientemente brillante, no influía en esos alumnos como yo quería que se me reconociera : el rebeldito de moda, uno más en ese grupito, inmediatamente renuncié a esa cátedra.

Cuando la Universidad de Oriente — fíjense, a pesar de todas estas cosas que se sabían, que se saben, y que no son noticias para los compañeros más maduros políticamente — me ofreció atender un semestre de literatura española para cuarto año de letras, mi primera reacción fue : Ah, tienen que aceptarme.

Y así, toda esa actitud falsa, pequeño-burguesa, liberal en el peor sentido de la palabra.

Creo que una comparecencia pública, como la que hacemos esta noche, no puede apoyarse en una emoción superficial, en una posición falsamente religiosa, de golpes de pecho, sino en algo profundo, que vaya más allá del momento y que cambie la actitud definitiva de los hombres de la cultura — en este caso, de quien les está hablando.

Se que no es fácil. Se que hemos cultivado la invidia, la división, la separación. Compañeros con los que algunas veces estuvimos unidos en posiciones hermosas, inolvidables — como el compañero Depeste, que está aquí enfrente —, en algunos momentos en que buscábamos la verdad, fueron abandonados por mí pensando que se habían vendido al enemigo.

¿A qué enemigo?

Hay también otros compañeros que podríamos señalar, que tienen virtudes revolucionarias, que se preocuparon por ayudarnos, que se preocuparon por, a veces, hacernos ver las cosas de una manera rigurosamente revolucionaria. E inmediatamente inventamos : Ah, esto es el mal carácter, la condición de conflictivo de esta persona. Esto es que esta persona no me quiere trabajando, no me quiere aquí, porque puedo hacerle sombra. Ahí está la compañera Lilian Llerena. Y no se trata — vuelvo a decir — de justificar cosas.

Ha habido alejamiento de compañeros, como el compañero Raul Luis, a quien poco a poco fuimos dejando de ver, un compañero militante, un compañero honesto, un compañero que nunca nos cerró las puertas, que leía todos nuestros textos con visión, con sentido crítico, con afecto frater-

nal y revolucionario.

Creo que este proceso de estos años debe servir de gran lección y saber que esta noche, de una manera doblemente real y simbólica, significa el comienzo de una nueva era, de una nueva actitud entre nosotros.

Y Heberto tenía razón al afirmar que muchos de nosotros, sobre todo los hombres citados y otros más que quizás no citaría y que no hay porqué citar, estaríamos pensando seriamente en esto. Porque, compañeros, ¿cómo podía ser que durante estos días nos sintiéramos aterrados cada vez que alguien a deshora, sin previa cita, llamaba a nuestra casa? Eso solamente podía darse porque estábamos totalmente inmersos en una maraña de contradicciones pequeño-burguesas, liberales, con una falsa mala conciencia, en el fondo producto de una actitud incoherente y en la práctica, contrarrevolucionaria.

No me importa tampoco que mañana o pasado algunos de ustedes, algunos inclusive a los cuales yo les puedo haber dicho la cosa más horrenda en cuanto a suspicacias, en cuanto a ataques, etc., piensen que es una actitud oportunista o cobarde, etc. Creo que serían los menos, creo que no va a ser ninguno, pero, en todo caso, no me importa. El hecho de ese premio en España se convertía, para adelantar la propaganda y la publicidad a la publicación del libro en Cuba, en un golpe contra la revolución, porque daba la oportunidad de que se pensara que ese libro se publicaría en Cuba solamente para evitar el escándalo de que ya un premio dado fuera, Cuba lo podía negar por miedo, por miedo a nada, porque inclusive hay en algunos momentos esa épica de la derrota de temas que la propia revolución había superado plenamente por ella misma y no por el poeta o por el aspirante a poeta César López.

Además, se convertía también, por razones que la mayoría de ustedes conoce, en un golpe contra la Casa de las Américas, porque ese libro había ido al premio de año pasado, al último premio de la casa de las Américas, y eso se sabía porque nosotros mismos habíamos hecho lo posible por que todos los intelectuales se enterasen dentro de Cuba y fuera de Cuba.

Es por eso que objetivamente constituía una traición apresurada, malévolamente, el enviar ese libro, libro que como he dicho, había tenido la simpatía de algunos compañeros por aquí.

No quiero robar más tiempo. Quiero asegurar a los compañeros que deben constituir y que cons-

tituyen la familia de la revolución, la familia de aspirantes a comunistas, que nosotros hemos cometido, errores, fallas, que no nos justificamos, que no es un acto de golpe de pecho sino algo muy profundo, serio, ideológico, que tiene que ver con el proceso de la revolución a que a veces nosotros le cerrábamos las puertas para que no entrara en nuestras casas.

Hay cosas serias, manejadas con habilidad. Son nuestras trampas, nos cuidábamos. No, no vamos a ver, no vamos a llamar a los extranjeros que vienen aquí a los jurados — hablo de los últimos años, hablo casi del último año. Pero es que había un orgullo individualista, pequeño-burgués, fatuo : esperar que nos llamasen. Y luego comenzar, de una manera muy hábil — hablaba de trampas — a decir : no. Estamos aquí, etc. Usted conoce mi actitud, usted conoce mi posición, usted ha visto mi trabajo, he estado hablando de trabajos anteriores — ¿Cómo es posible que usted piense que yo pueda ser un confuso ideológicamente, que pueda trabajar objetivamente contra la revolución? Y entonces : Ah, no, pero la cosa va bien, va bien, la revolución les permite esto y esto y esto, decía el compañero. Voy a decir su nombre después. Y entonces venía el veneno. No, a Heberto Padilla se le ha dado una « botella » en la universidad para que se calle. A mí claro, se me mantiene un sueldo, altísimo por demás, pero no se nos permite desarrollarnos. Y entonces empezaba toda la cosa.

Y esta situación que es un caso específico, uno sólo que quiero señalar, se dió con un compañero que venía de un país que iniciaba su proceso revolucionario, un proceso hermoso, tan difícil, que les ha costado años, como es Chile. Pueden darse cuenta de la gravedad del asunto.

Es decir que no somos ingenuos, es decir que no estoy hablando palabritas.

Esto ocurrió con el compañero Gonzalo Rojas, que había tenido la bondad de venir a verme, de llamarme, de preocuparse por mí, de seguir defendiendo mi poesía como siempre lo había hecho. Naturalmente, con una actitud muy correcta, después de haber pedido una serie de materiales, se marchó sin volverme a ver. Me parece que es una actitud correcta — y eso quería decirle también claramente —, porque si un cubano por cualquier motivo perjudicia el desarrollo de la revolución en un país hermano, en cualquier parte del mundo pero más en América Latina, esto es un acto desleal que objetivamente se convierte en

contrarrevolucionario.

Estos son algunos datos. No hay que seguir. Ustedes lo comprenden y yo lo comprendo. Y diría con todo el pueblo de Cuba, como ha dicho Heberto Padilla : Patria o muerte. Venceremos.

Pablo Armando Fernández

A mí me parece un acto de gran deslealtad no sentarme aquí esta noche hacia el momento esplendoroso y ejemplar de Heberto Padilla.

Yo no se muy bien si me he beneficiado con las ediciones extranjeras porque mis libros nunca progresaron fuera, no se muy bien si mi poesía realmente lo merece.

Cuando Heberto Padilla decía que yo le había servido a la revolución, yo me decía : durante muchos años yo trabajé en el periódico *Revolución* y en la Casa de las Américas. Estuve tres años en Londres, en los cuales siempre me sentí orgulloso de mi trabajo allí. A partir de mi regreso de Europa, por la razones que todos conocemos, mi vida cayó en un gran vacío, yo nunca conseguí un sitio donde estar. A mí se me empleó en la U.N.E.S.C.O. y no se me dió labor. Y cuando se me trasladó de la U.N.E.S.C.O. a otro sitio, tampoco se me ubicó.

Yo hice uso de eso, de los cinco años, para sentirme muy resentido, para oírle a Heberto y a César y a Manolo Díaz Martínez y a Lezama y a todos los que hemos mencionado aquí y a otros muchos más — porque todos nos conocemos — todas las cosas que nos decíamos y participar en ellas — ¿por qué no? —, sí, participaba en ellas y abundaba además.

Yo no soy muy coherente — ustedes me conocen muy bien. Mi casa ha sido una casa abierta por años en Nueva York, en Londres y en La Hablana de ventanas y puertas abiertas por la tarde, la mañana y la noche : mi casa nunca se cierra. En todos estos años yo he hecho múltiples amigos o enemigos. Mi casa siempre ha estado abierta y a ella venía la gente. Cuando se me preguntaba : ¡Eh, y tú que haces? Yo no tengo trabajo — respondía.

Confrontada esa situación de no tener trabajo con « El libro de los héroes » o con « Los niños se despiden » — porque también podría decir que hay un libro publicado en España que se llama « Un sitio permanente » pero en el cual no pienso que haya una línea que no pueda obje-

tar —, sí, me preocupaba mucho que un hombre no se acuerde, no se pongan de acuerdo vida y obra, que lo que yo escribía y lo que yo decía eran muy distintos.

Yo no escribía por oportunismo, porque cuando escribí « El libro de los héroes » lo hice en el gran momento ígneo de la revolución. Los poemas de temática revolucionaria de toda la poesía están escritos en los años en que se debió haber hecho esa poesía, y yo la hice.

« Los niños se despiden » — no se si lo han leído o no — es un libro voluminoso, pero es un libro que reafirma este país, nuestra historia, nuestra cultura, y que trataba al menos de procurarme cierta identidad propia.

No obstante, yo hacía todos esos comentarios y no me remitía al problema mío como una madre que castiga y ama. No supe callarme la boca dura, no supe dar el golpe duro en la otra boca amiga o enemiga. No tengo nada más que decir.

Manuel Díaz Martínez

Compañeros, creo que me va a ser un poco difícil expresar, o tratar de expresar, el cúmulo de ideas que se agitan actualmente en estos momentos en mi cabeza.

Padilla, al hacer mención de mí, señalaba como una de mis cualidades la de la sensibilidad política.

En realidad, yo soy el primero en dudar de esa sensibilidad. Porque en el transcurso de estos años revolucionarios no he sabido desarrollar mis ideas políticas iniciales, que se remontan a años anteriores al triunfo de la revolución, de modo que éstas marcharan parejas con el proceso revolucionario.

En mí, como en los compañeros que me han precedido en el uso de la palabra, ha actuado ese defecto que hasta he llegado a creer que es inherente a la tarea del escritor, que es el de la vanidad, el del individualismo, que por razones que en estos momentos no podría expresar con claridad parece como si no hubiésemos podido ni sabido extirpar o separar de nuestra tarea como creadores revolucionarios.

Este individualismo es el que nos ha llevado a creernos con una capacidad de análisis, con una profundidad de juicio infalible. Y también esta creencia nos ha arrastrado a un sentimiento de frustración del cual echamos la culpa, o hemos

venido echando la culpa a nuestros dirigentes. Yo creo en verdad — como decía Padilla — que en una revolución para poder opinar y criticar, sobre todo, para poder criticarla, hay que tener, en primer lugar, méritos revolucionarios y, en segundo lugar, un desarrollo político que acompañe a estos méritos.

Ninguna de las dos cosas las poseo yo, porque si las hubiese poseído no habría caído en los errores, en las críticas amargas e, incluso, en las críticas injuriosas de que he hecho víctima a algunos de los más altos dirigentes de nuestra revolución. Y que, evidentemente, aunque discrepemos de algunos de sus puntos de vista y hayamos discrepado de algunas de las líneas políticas expuestas por ellos, no merecían de ningún modo esta actitud que yo califico, por lo que tiene de nociva para la revolución, de contrarrevolucionaria. Y creo firmemente, y no quiero de ninguna manera que esto que voy a decir se interprete como una justificación de errores de los cuales soy yo responsable, pero creo que una buena parte de estos errores cometidos por nosotros son el producto de un error básico cometido por la dirigencia de la revolución. Este error lo califico yo o señalo yo que es el de no haber propiciado desde 1961, año en que Fidel se reúne con los intelectuales en Lukm Martí, repitió, el no haber propiciado desde entonces un contacto más estrecho con nosotros, una relación que debía ser permanente entre intelectuales revolucionarios y dirigente revolucionarios.

Yo creo que la falta de este diálogo perenne tan necesario, no porque nosotros creamos que somos imprescindibles para el proceso revolucionario para su desarrollo, sino porque es imprescindible para nuestro desarrollo, debió haberse mantenido siempre y, posiblemente, muchas de las actitudes negativas de nosotros no se hubiesen producido — y, sobre todo, aquellas críticas que en los pequeños grupos, en los cuartos, en los pasillos se convertían en comentarios, en bolas, nada positivas para la revolución ni para nosotros, se hubiesen canalizado en ideas y en planes que sí hubiesen sido positivos para la revolución.

Yo quiero en estos momentos en que asumo responsabilidades, todas las responsabilidades por los errores cometidos por mí contra la revolución. Aprovecho el momento también para sugerir que este diálogo se establezca, que este diálogo una vez restablecido no desaparezca, porque si nuestra ayuda a la revolución en este sentido, en el

sentido de la cultura de la ideología, puede ser pobre, la dirigencia revolucionaria, mucho más capacitada que nosotros en materia política, mucho más autorizada que nosotros históricamente puede ayudarnos y, por lo tanto, puede ayudar al movimiento de este país. Muchas gracias.

Belkis Cuza

Como esposa de Heberto Padilla y como poetisa, yo quisiera decir que estoy completamente de acuerdo con todo lo que Heberto ha dicho, y no solamente de acuerdo sino que lo apoyo. Además quisiera añadir que mi actitud contribuyó enormemente al desarrollo de las anteriores actividades de Heberto. En muchas oportunidades, llevada por la amargura, por el resentimiento — del que los compañeros han hablado aquí y del que no necesito ahondar porque los compañeros que han trabajado conmigo durante todos estos años lo conocen —, prácticamente he impulsado muchas de las acciones de Heberto. Precisamente dos días antes de nuestra detención — o un día antes — tuvimos una fuerte discusión donde yo cometí graves errores, que no quiero decir aquí porque no es el lugar más adecuado —.

Yo creo que muchas de estas cosas me llevaron a mí no solamente a sentirme culpable durante los días que estuve retenida en Seguridad del Estado, sino que comprendí cabalmente, con sólo dos días de estancia en aquel sitio, lo que significaba la revolución para mí y lo que había dejado de significar durante todos estos años. Yo, con dos días de estancia allí, pude sentir pero de verdad el calor de algunos compañeros, cuya sola presencia, cuya sola ternura hacia mí, hacia mi estado, hacia mi situación, me hacían de verdad llorar.

Yo, incluso, he desoído en muchas oportunidades a mis hermanos, que son militares y que son gente joven como yo y que tienen una formación revolucionaria y que tienen la misma procedencia por supuesto, obrera como la mía, y los he desoído y eso me ha costado realmente caro porque ahora me siento completamente avergonzada de mi actitud anterior. El trato que los compañeros de Seguridad me dieron durante esos días es realmente, para mí ha sido una de las mayores impresiones de mi vida. No creo que haya sido un trato excepcional a mi persona. Se

trata de una actitud hacia todas las personas que son detenidas o retenidas en aquella organización, en aquel organismo, en aquella institución.

Solamente quería decir esto y además recalcar que estoy en la mejor disposición de asumir todos mis actos futuros y de rectificar, rectificar y ojalá tuviera la coherencia suficiente para decirles a los compañeros cabalmente que si he cometido errores estoy dispuesta, como digo, a rectificarlos, y sobre todo, a ayudar a Heberto a que podamos vivir una vida mejor en un país que es realmente el nuestro y por el que siempre hemos luchado incluso a pesar de nuestras posiciones erróneas. Muchísimas gracias.

Norberto Fuentes

Yo quiero volver a utilizar la palabra. Hablé anteriormente, y yo estoy un poco nervioso — es un problema de mi carácter — y emocionado, porque muy fraternalmente yo quiero a Heberto y lo estimo, y me limité simplemente a decir que me alegraba de que él no siguiera preso.

Pero cuando hablé al principio, dije que yo estaba de acuerdo con todo lo que había dicho Heberto, y después he reflexionado y realmente yo no estoy de acuerdo con todo lo que dijo Heberto, y debo decirlo aquí.

Se que este es un momento muy difícil. Yo quiero que Heberto lo entienda, que los compañeros lo entiendan, pero yo durante...

Yo soy un revolucionario, desde que triunfó la revolución esa ha sido mi actitud. Mi obra solamente refleja la revolución. Se me ha criticado, mis libros no han sido medidos justamente, yo no he sido medido justamente. Durante cuatro años he tenido que soportar terribles injusticias en este país y en esta revolución. Mi actitud ha sido una sola : ha sido siempre la de ser un revolucionario.

Me refiero concretamente a que Heberto dijo que todas las personas que él había mencionado habían tenido actitudes contrarrevolucionarias.

Heberto, yo no he tenido actitudes contrarrevolucionarias. Yo tengo opiniones, tendré opiniones mientras no se me demuestre lo contrario de mis opiniones. Quiero decirlo aquí públicamente. He pedido durante años al partido, al Comité Central del Partido, en cartas a todos los dirigentes de la revolución que se me atiendan, y no se me ha atendido. He ido a la zafra de los diez millones,

he ido a la lucha contra bandidos. No se me dio la oportunidad de estar en la Seguridad del Estado, y yo fui a Seguridad del Estado, yo fui a la lucha contra bandidos, por un problema de principio revolucionario, por un problema de ideología, por un problema de principio. Y conmigo no se ha tenido, después de la publicación de «Condenados de condado», por criterios puramente literarios — porque no ha habido otros criterios —, no se ha tenido conmigo la actitud justa y la actitud revolucionaria.

No creo que es justo. No es, además, el mismo contexto político. Yo soy un militante de la juventud comunista. Desde el año 1959 fui responsable de los jóvenes rebeldes, he sido miliciano desde el año 1959, y no se ha sido consecuente con esa actitud mía, no se ha sido consecuente con mis posiciones.

Yo creo efectivamente, y me alegra, cuando Heberto dice que el cree que ha cometido errores, que el quiere regresar sinceramente al camino de la revolución. Yo creo que es verdad, creo con toda sinceridad a Heberto. Pero en sus palabras, cuando él se refería a mí, creo que no fue totalmente justo. Yo con Heberto Padilla he hablado, he hablado sobre la Seguridad del Estado, y esas opiniones sobre la Seguridad, las opiniones sobre distintos organismos, las mantengo. Son opiniones muy limpias, son opiniones que las puedo dar aquí y las puedo dar en cualquier organismo. Y he pedido durante años a los organismos políticos del partido y de la revolución que se me atiendan, y no se me ha dado esa atención.

Es lo que quiero decir. Quiero rectificar las palabras mías anteriores. Y solamente eso.

Heberto Padilla

Bien, yo no voy a discutir con Norberto. Yo pienso que se señaló una serie de aspectos de algunos compañeros. Estos compañeros están en la obligación de asumir las actitudes que ellos crean justas en relación con su conducta.

Norberto ha tenido esta rectificación después de las palabras iniciales. Supongo que responda a una serie de principios que él personalmente mantenga, que yo personalmente acepto, que yo personalmente discutiera, y que no es éste el lugar más apropiado. Y yo sin embargo sigo con la esperanza de que esta posición de Norberto no

es sinceramente la posición más correcta. Y yo voy a decir por qué.

Porque si él ha dicho esto que he oído ésta noche, yo hubiera podido decir palabras similares. El sabe, Norberto sabe — porque esto lo hemos hablado en varias ocasiones — que también yo aspiraba a este tipo de discusión. La aspiración a este tipo de discusión política supone siempre la aceptación de un rango, la de que se nos acepte un rango, la de que se nos acepte un mérito adquirido. Yo recuerdo del Comandante Guevara aquello de que los revolucionarios no tienen pasado. Yo sin embargo he mencionado tu pasado ejemplar, yo se que la revolución no te ha cerrado las puertas ni te las cerrará nunca. Yo sé, además — porque tú me los has dicho —, que tú has trabajado estrechamente con Seguridad del Estado, que tu te has beneficiado de la confianza de Seguridad del Estado.

Ahora, si tu consideras que todos los valores de esa literatura y de toda esa actitud son fundamentales para que se te atiendan, para que se tenga contigo una discusión que siempre has pasado como condición para que se resuelvan tus problemas económicos y personales, yo quiero decirte que ese es el camino, el camino triste — te lo digo, es lo único que puedo hacer —, el camino triste, el camino que lleva a la autosuficiencia. Yo te lo digo, porque no quiero establecer un debate contigo, acepto tus puntos de vista, porque son los tuyos. Admito que hayas rectificado tus palabras anteriores. Estoy convencido de que ésta precisamente es la dialéctica de tu personalidad : el por un lado ceder a un estímulo inmediato que yo te propuse, y por el otro rectificarlos de inmediato en nombre de una serie de hábitos adquiridos.

Y tengo la confianza, Norberto, de que no vamos a establecer este debate, por lo menos y renuncio a establecerlo, porque fuiste lo suficientemente explícito. Pero tengo la necesidad de decirte con toda honradez, con toda honradez, que éste es el camino de la tristeza, que no se debe aspirar a que nuestros dirigentes nos oigan en nombre de méritos adquiridos, que no basta escribir un libro de cuentos ni diez libros de cuentos ni una novela excepcional, que hay que humildemente, si no se nos oye, insistir nuevamente.

Norberto Fuentes

Yo no quiero debatir contigo, pero quiero dejar

aclaradas algunas cosas. Yo no quiero debatir con Heberto. Además, Heberto está en una situación muy difícil. Yo no quiero debatir contigo, pero sí quiero aclarar algunas cosas que son importantes — porque me han nombrado a mí públicamente —. Yo he dicho algunas cosas y debo terminar mis ideas, y cuando tú expresas por ejemplo lo de la dialéctica puede pensarse mal. Te digo simplemente que estoy yo como persona, como hombre, muy alegre de que tú estés aquí. Respondí a ese primer impulso, sigo respondiendo a ese primer impulso. Sólo después de que he reflexionado, vengo aquí a decir simplemente mis criterios.

En primer lugar yo no he pedido, no quiero hablar con nadie en particular. Yo he recorrido la gama de todos los organismos de este país para tratar de resolver mi situación, mi situación de un revolucionario que quiere trabajar dentro de la revolución y que ha sido separado de la revolución. Y tengo a mano pruebas de eso, que las puedo presentar en cualquier lugar de este país. No, eso no es falso, eso no es falso y tengo las pruebas. Estoy dispuesto a demostrar que eso no es falso.

Armando Quesada

Eso es falso, y nosotros no estamos dispuestos a permitir eso después de la intervención que ha hecho Padilla.

Yo tengo una intervención que hacer.

Padilla

Bueno, tú has expuesto tus ideas, yo he respondido las tuyas. El compañero puede decir lo que quiera, y podemos terminar eso, si el compañero Portuondo lo permite.

Armando Quesada

Yo quería hacer una pequeña aclaración para los que no me conocen, yo soy el actual director del « Caimán barbudo ».

Es inadmisibles que pueda decir Norberto Fuentes que su actitud sea correcta, porque el libro que escribió es un libro que daña los intereses de las fuerzas armadas, que es el poder desde el Moncada que hizo triunfar esta revolución. Y todo aquello que se oponga a eso, sencillamente es imposible que se acepte.

Y podemos plantear aquí concretamente haciendo un análisis meticuloso y objetivo de la obra, que sencillamente la oportunidad fundamental que fue planteada aquí que se le dió de participar como un testigo en esa epopeya fundamental en que casi nadie participó fue sencillamente tergiversada al criticar a dirigentes de la revolución, a combatientes. Y si los hechos negativos existen — porque en la vida existen —, cuando se plasman de forma total, esa excepción negativa en el plano de la literatura influye como un elemento ideológico corrosivo. Y sencillamente los hombres que lucharon y cayeron en la lucha del Escambray fueron los hombres que estaban luchando en el período de cerco más criminal del imperialismo que precedía la invasión de Girón. Por tanto es inadmisibles históricamente y literariamente — independientemente de sus valores creativos — que sea aceptado que el libro sencillamente sea correcto y sea muy crítico y que no se ha sido escuchado. Después de ese libro y la oportunidad que tuvo, es muy difícil que la revolución lo llame a consultar, le discuta y le diga que es un libro excelente. Hay que entender que las fuerzas armadas revolucionarias son el pilar de esta revolución, y creemos, concretamente, que eso es inadmisibles, además de que la historia comprobará la forma en que están escritos los libros. Esto es todo.

Norberto Fuentes

Yo quería responderte, compañero, en primer lugar que yo estaba en el Escambray, yo no estaba allí dentro de ese cerco criminal, y combatiendo al lado de la revolución.

Hice un libro después de ser enviado al Escambray por la prensa revolucionaria donde hice cientos no, pero decenas de reportajes apologeticos de la revolución. Hice un libro literario, lo presenté a una organización, a una institución revolucionaria, lo premió y lo publicó esa institución.

A raíz de ese libro comencé a tener dificultades. Fuí a ver a todos los compañeros que podía ver para discutir, porque había opiniones concretas sobre el libro y yo quería discutir esas opiniones sobre el libro, opiniones literarias, no sobre mi persona — es lo que estoy diciendo aquí.

A raíz de ese libro, durante 4 años he sido marginado del proceso revolucionario. No se me ha permitido discutir estas cosas que tú has discu-

tido aquí, que tú has dicho aquí, que te las puedo rebatir una por una y podemos traer el libro aquí y discutirlo y analizarlo. He planteado, discutido y analizado públicamente donde fuese, a quien fuese, a todos los compañeros que he visto. Porque yo quería hablar de ese libro, quería resolver esos problemas, y quiero resolverlos dentro de la revolución y demostrar que ese es un libro revolucionario y que esas son opiniones puramente literarias. No pueden ser problemas personales. ¿ En esos 4 años mi actitud cuál ha sido, compañeros? ¿ Tú sabes cual ha sido mi actitud personal? Mira, yo no recibo salario...

Armando Quesada

Yo no la sé.

Norberto Fuentes

Tú no la sabes, yo sí la sé porque yo las vivo. Yo no recibo un salario, yo vivo con las 110 pesos que gana mi mujer. Durante esos 4 años he ido a ver más de 25 o 30 dirigentes de esta revolución, a más de 25 o 30 compañeros para resolver, en primer lugar, mi salario, mi salario y mi trabajo. Se me ha ofrecido una chequera, me han ofrecido buenas chequeras, y yo no la he aceptado porque he considerado que no es de revolucionario aceptar una chequera y no estar trabajando. Yo he querido trabajar. Sin pertenecer, sin tener ningún organismo, sin tener ningún salario, hice la zafra de los 10 millones completa, sin ir por la Unión de Escritores, como siempre he ido a la zafra, como siempre fui el Escambray, como siempre fui miliciano, como siempre fui dirigente de la juventud comunista.

Estoy planteando aquí un problema de comprensión. Y yo no puedo aceptarle al compañero Heberto a pesar de la situación difícil en que él se encuentra, yo no puedo aceptarle que él me diga que yo tenía actitudes contrarrevolucionarias porque no las he tenido, porque me he cuidado mucho de tenerlas.

Heberto Padilla

No, espérate. Si tú crees que yo tengo una actitud difícil, entonces en nombre de esa actitud difícil — que yo personalmente no acepto porque no la tengo, porque dije antes que si la tuviera debería estar acompañada de un principio de valentía que debe acompañar a todo hombre...

Mira : Yo he tenido una experiencia, yo he sacado conclusiones de esa experiencia. Yo no quiero enumerar ahora, porque entonces sí se crearía yo a ti una situación difícil, las veces en que tú y yo hemos coincidido ideológicamente.

Yo te he propuesto a ti esta experiencia : tu actitud es ejemplar en un sentido negativo si tú quieres persistir en esa actitud. Lo único que tú has demostrado esta noche es que ilustras justamente el principio de casos que sólo conducen a donde pueden conducir, Norberto, esos casos. Y, en nombre de ese afecto de que tu tanto has hablado, y sin que tú renuncies a tus principios — que has expuesto tanto durante la noche en un diálogo constante con todo el mundo —, te pido demos por terminado esto porque no tiene sentido.

Martínez Hinojosa (Funcionario del Consejo Nacional de Cultura)

Yo quiero intervenir, compañeros, muy brevemente, porque creo que realmente esta noche hermosa se ha alterado con la intervención de Norberto Fuentes, para plantear y fijar los siguientes criterios.

En primer lugar creo, como ha dicho Padilla, que el caso de este compañero es un ejemplo cabal de una de las causas que conducen a compañeros revolucionarios al error y a la contrarrevolución, que es el caso de la prepotencia, de la autosuficiencia, de la sobrevaloración de su propio papel y de su propia situación en la sociedad.

Y yo quiero decirle al compañero, desde otra posición que si el porqué escribió un libro y porqué ha acumulado determinados méritos ha exigido que se le oiga y que los dirigentes de la revolución lo escuchen y para él eso es causa suficiente de agravios y de resentimientos, que hay compañeros combatientes de muchos años, de muchos años, por la revolución y por el socialismo, y compañeros que conozco personalmente combatientes de la lucha insurreccional que incluso fueron a la invasión, que no han tenido la oportunidad después de ser oídos, ni la oportunidad de hablar personalmente con dirigentes, y compañeros de antaño que hoy están en tareas muy importantes de la revolución. Y eso para ellos no es motivos de agravio.

Incluso admitiendo que algunas de las cosas que el compañero señala fueran justas, incluso si fueran ciertas y hubiera sido tratado injustamente, yo creo que sin la menor duda... Yo no lo conozco,

conozco a otros escritores aquí. A él no lo conozco. Lo voy a tomar por lo que he sacado esta noche. Con el mayor respeto le digo, compañeros, que dudo de su condición de revolucionario. Porque el solo hecho de echar a perder esta noche magnífica, única en la historia de la U.N.E.A.C., ese solo motivo, ese solo cuidado, ese solo tacto, hubiera nacido de un pensamiento y de un sentimiento revolucionario. Y el compañero hace dos cosas malas.

Primero : es insincero, se hace una autocrítica insincera aquí. Y luego viene y vira para atrás y echa a perder esta noche magnífica presentando el caso lamentable de alguien que se siente agredido sin mérito ninguno para ello, independientemente de que fuera justo.

Yo creo que esta noche pudo haber concluido con la última autocrítica del compañero, y que en ese caso su única nota negra hubiera sido la autocrítica insincera del compañero.

Aquí Heberto dió una lección de sinceridad, y creo que hizo pensar a mucha gente en resortes que uno conoce, porque se han ido moviendo, porque es el mecanismo quien impide volver atrás a compañeros a partir del primer comentario contrarrevolucionario. Y entonces Norberto echa a perder esta velada magnífica y trata de

utilizar ésta que es una reunión para la revolución en una reunión para su caso personal. Y nosotros creemos que eso no es de revolucionarios y que eso no debe ser permitir.

Aquí veníamos a oír el caso de Heberto, y tuvimos la suerte de oír otros casos. Y ya bastaba con eso.

Por eso nosotros entendemos que si, como decía Heberto, él es un ejemplo precisamente de una de las causas que conduce a los revolucionarios al camino del deterioro, que es la autosuficiencia y el considerar que la sociedad ha de adaptarse a uno, el considerar que se es el ombligo del mundo, y no que si es el caso de un humilde soldado de la revolución debe serguir luchando al lado de ella y esperar el momento en que su caso se conozca.

José Antonio Portuondo

Compañeros : Yo no creo como el compañero Martínez Hinojosa que nada haya echado a perder esta noche. Me parece, por el contrario que todas las intervenciones, incluyendo la de los compañeros que han salido a la defensa de la revolución — señaladamente agredida por el compañero Norberto Fuentes —, nos ha permitido esclarecer muchos puntos en la misma.

d) *Discurso de Fidel Castro*
(Fragmentos relacionados con el caso)

Hemos descubierto esa otra forma sutil de colonización que muchas veces subsiste y pretende subsistir al imperialismo económico, al colonialismo, y es el imperialismo cultural, el colonialismo político, mal que hemos descubierto ampliamente. Que tuvo aquí algunas manifestaciones, que no vale la pena ni detenerse a hablar de eso. Creemos que el Congreso y sus acuerdos son más que suficientes para aplastar como con una catapulta esas corrientes.

Porque, en definitiva, en Europa, si usted lee un periódico burgués liberal de Europa, y en Europa para ellos los problemas de este país, no, no son los problemas de un país a 90 millas de los Estados Unidos, amenazado por los aviones, las escuadras, los millones de soldados del imperialismo, sus armas químicas, bacteriológicas, convencionales y de todo tipo. No es el país librando una épica batalla contra ese imperio que nos quiere hundir y bloquear por todas partes ; no ! No son estos problemas que nos plantean las condiciones de un país subdesarrollado, que tiene que librar su sustento en condiciones difíciles. No son los problemas de los más de dos millones de niños y jóvenes o de estudiantes que tenemos que atender, llevarles libros, materiales, lápices, ropa, zapatos, muebles, pupitres, pizarras, medios audiovisuales, tizas, alimentos en muchas ocasiones — puesto que tenemos medio millón aproximadamente que comen en las escuelas —, aulas, edificaciones, ropa, zapatos. ¡ No ! Para esos señores que viven aquel mundo tan irreal estos no son problemas, esto no existe.

Hay que estar locos de remate, adormecidos hasta el infinito marginados de la realidad del mundo, para creer que estos no son nuestros problemas, para ignorar estos reales problemas que tenemos nosotros, que van desde el libro de texto, el medio audiovisual, el programa, la articulación de los programas, los métodos de enseñanza, los niveles, las preparaciones, etc., etc., etc. Y creen que los problemas de este país pueden ser los problemas de dos o tres ovejas descarriadas que puedan tener algunos problemas con la Revolución porque no les dan el derecho a seguir sembrando el veneno la insidia y la intriga en la Revolución. Por eso, cuando trabajábamos en estos días en el Congreso, algunos decían que seguramente a eso

me iba referir yo esta noche. ¿ Por qué tengo que referirme a esas basuras ? ¿ Por qué tenemos que elevar a la categoría de problemas de este país problemas que no son problemas para este país ? ¿ Por qué, señores liberales burgueses ? ¿ Acaso no sienten y no palpan lo que opina y lo que expresa la masa de millones de trabajadores y campesinos, de millones de estudiantes, de millones de familias, de millones de profesores y maestros, que saben de sobra cuáles son sus verdaderos y fundamentales problemas ?

Algunas cuestiones relacionadas con chismografía intelectual no han aparecido en nuestros periódicos. Entonces « ¿ Qué problemas, qué crisis, qué misterio, que no aparecen en los periódicos ? » Es que, señores liberales burgueses, esas cuestiones son demasiado intrascendentes, demasiado basura para que ocupen la atención de nuestros trabajadores y las páginas de nuestros periódicos. Nuestros problemas son otros. Y ya aparecerán las historias, y ya aparecerán los problemillas en alguna revista literaria : más que suficiente. Y algún rato de ocio, de aburrimiento — si es que cabe — lo puede dedicar el público como un entretenimiento o como una ilustración útil a esas cuestiones que quieren a toda costa que las elevemos a la categoría de problemas importantes. Porque ellos allá, todos esos periódicos reaccionarios, burgueses, pagados por el imperialismo, corrompidos hasta la médula de los huesos, a mil millas de distancia de los problemas de esta Revolución y de los países como el nuestro, creen que esos son los problemas. ¡ No !, señores burgueses : nuestros problemas son los problemas del subdesarrollo y cómo salirnos del atraso en que nos dejaron ustedes, los explotadores, los imperialistas, los colonialistas ; cómo defendernos del problema del criminal intercambio desigual, del saqueo de siglos. Esos son nuestros problemas.

¿ Y los otros problemas ? Si a cualquiera de esos « agentillos » del colonialismo cultural lo presentamos nada más que en este Congreso, creo que hay que usar la policía, no obstante lo cívicos y lo disciplinados que son nuestros trabajadores y que son estos delegados al Congreso. No se pueden ni traer, eso lo sabe todo el mundo. Así es. Por el desprecio profundo que se ha manifestado incansablemente sobre todas estas cuestiones.

De manera que me he querido referir a esto para explicarles el porqué a los liberales burgueses. Están en guerra contra nosotros. ¡ Qué bueno ! ¡ Qué magnífico ! Se van a desenmascarar y se van

a quedar desnudos hasta los tobillos. Están en guerra, sí, contra el país que mantiene una posición como la de Cuba, a 90 millas de Estados Unidos, sin una sola concesión, sin el menor asomo de claudicación, y que forma parte de todo un mundo integrado por cientos de millones que no podrán servir de pretexto a los pseudoizquierdistas descarados que quieren ganar laureles viviendo en París, Londres, Roma. Algunos de ellos son latino-americanos descarados, que, en vez de estar allí en la trinchera de combate, en la trinchera de combate, viven en los salones burgueses a diez mil millas de los problemas, usufructuando un poquito de la fama que ganaron cuando, en una primera fase, fueron capaces de expresar algo de los problemas latinoamericanos.

Pero lo que es con Cuba, a Cuba no la podrán volver a utilizar jamás, ¡jamás!, ni defendiéndola. Cuando nos vayan a defender les vamos a decir: «No nos defiendan, compadres, por favor, no nos defiendan.» «No nos conviene que nos defiendan», les diremos.

Y desde luego, como se acordó por el Congreso, ¿concurisot aquí para venir a hacer el papel de jueces? ¡No! ¡Para hacer el papel de jueces hay que ser aquí revolucionarios de verdad, intelectuales de verdad, combatientes de verdad! Y para volver a recibir un premio, en concurso nacional o internacional, tiene que ser revolucionario de verdad, escritor de verdad, poeta de verdad, revolucionario de verdad. Eso está claro. Y más claro que el agua. Y las revistas y concursos. no aptos para farsantes. Y tendrán cabida escritores revolucionarios, esos que desde París ellos desprecian porque los miran como unos aprendices, como unos pobrecitos y unos infelices que no tienen fama internacional. Y esos señores buscan la fama, aunque sea la peor fama; pero siempre tratan, desde luego, si fuera posible, la mejor. Tendrán cabida ahora aquí, y sin contemplación de ninguna clase, ni vacilaciones, ni medias tintas, ni paños calientes, tendrán cabida únicamente los revolucionarios.

Ya saben señores intelectuales burgueses y libelistas burgueses y agentes de la C.I.A. y de las inteligencias del imperialismo, es decir, de los servicios de inteligencia, de espionaje del imperialismo: en Cuba no tendrán entrada ¡no tendrán entrada! como no se la damos a U.P.I. y a A.P. ¡Cerrada la entrada indefinidamente, por tiempo indefinido y por tiempo infinito!

Eso es todo lo que tenemos que decir al respecto.

e) *Declaración del Congreso Nacional de Educación y Cultura*

(Fragmentos relativos al caso)

El arte de la Revolución, al mismo tiempo que estará vinculado estrechamente a las raíces de nuestra nacionalidad, será internacionalista. Alentaremos las expresiones culturales legítimas y combativas de la América Latina, Asia y África, que el imperialismo trata de aplastar. Nuestros organismos culturales serán vehículos de los verdaderos artistas de estos continentes, de los ignorados, de los perseguidos, de los que no se dejan domesticar por el colonialismo cultural y que militan junto a sus pueblos en la lucha anti-imperialista.

Condenamos a los falsos escritores latinoamericanos que después de los primeros éxitos logrados con obras en que todavía expresaban el drama de estos pueblos, rompieron sus vínculos con los países de origen y se refugiaron en las capitales de las podridas y decadentes sociedades de Europa Occidental y los Estados Unidos para convertirse en agentes de la cultura metropolitana imperialista.

En París, Londres, Roma, Berlín Occidental, Nueva York, estos fariseos encuentran el mejor campo para sus ambigüedades, vacilaciones y miserias generadas por el colonialismo cultural que han aceptado y profesan. Sólo encontrarán de los pueblos revolucionarios el desprecio que merecen los traidores y los tránsfugas.

En este sentido, sería oportuno recordarles lo planteado por un delegado en el Congreso Cultural de La Habana: «Los occidentales estamos ya tan contaminados, que el intelectual responsable debería, en primer lugar, decir a todo hombre de un país menos preso en las redes: desconfía de mí. Desconfía de mis palabras. De todo lo que tengo. Estoy enfermo y contagioso. Mi única salud es saberme enfermo. Aquel que no se sienta enfermo, es quien lo está más hondamente.»

«Nuestra enfermedad es la colonización de las conciencias. Nos fue inculcada durante una larga guerra psicológica sostenida por el capitalismo contra los pueblos que gobierna.»

Los pueblos de los países colonizados y explotados del mundo actual no vacilarán a la hora de elegir el camino. No sólo tienen que luchar contra la opresión económica de los monopolios, sino

también oponerse y rechazar las ideas y los modelos culturales neocolonizantes. El imperialismo ha practicado contra estos pueblos el genocidio cultural, ha intentado subvertir sus valores nacionales y su lengua. Este proceso de aniquilamiento ha sido una constante en nuestros tres continentes, y se ha manifestado con brutal magnitud en Viet Nam, Laos y Cambodia.

Es decir, la batalla de vida o muerte hay que darla en todos los frentes: en el económico, en el político y en el ideológico.

Desde las metrópolis, los aliados concientes del imperialismo tratan de influir en los pueblos subdesarrollados y someterlos al neocolonialismo cultural. Es la realidad que han tenido que sufrir los países explotados.

Combatimos todo intento de coloniaje en el orden de las ideas y de la estética. No rendimos culto a esos falsos valores que reflejan las estructuras de las sociedades que desprecian a nuestros pueblos.

Rechazamos las pretensiones de la mafia de intelectuales burgueses pseudoizquierdistas de convertirse en la conciencia crítica de la sociedad. La conciencia crítica de la sociedad es el pueblo mismo y, en primer término, la clase obrera, preparada por su experiencia histórica y por la ideología revolucionaria, para comprender y juzgar con más lucidez que ningún otro sector social los actos de la Revolución.

La condición de intelectual no otorga privilegio alguno. Su responsabilidad es coadyuvar a esa crítica con el pueblo y dentro del pueblo. Pero para ello es necesario compartir los afanes, los sacrificios, los peligros de este pueblo. Quienes, con la vieja «arrogancia señorial», a que aludía Lenin, se atribuyen el papel de críticos exclusivos mientras abandonan el escenario de las luchas y utilizan a nuestros pueblos latinoamericanos como tema para creaciones literarias que los convierten en favoritos de los salones burgueses y las editoriales del imperialismo, no pueden erigirse en jueces de las revoluciones. Por el contrario, sus pueblos, de los que desertan, sabrán juzgarlos. Y los distinguen ya de los intelectuales verdaderamente revolucionarios, aquellos que han quedado con el pueblo y en el pueblo, participando en la difícil tarea cotidiana de crear y combatir, compartiendo con esos pueblos todos los riesgos y, lo mismo que Martí y el Che, cam-

biando la «trinchera de ideas» por la «trinchera de piedras» cuando a ello lo ha llamado imperativamente su deber.

Nuestras expresiones culturales contribuirán a la lucha de los pueblos por la liberación nacional y el socialismo.

No transigiremos con lo que el imperialismo difunde como sus expresiones artísticas más logradas, entre las que resalta la pornografía, que constituye la manifestación inequívoca de su propia decadencia.

Una sociedad nueva no puede rendir culto a la inmundicia del capitalismo. El socialismo no puede comenzar por donde finalizó Roma. Nuestras obras artísticas elevarán la sensibilidad y la cultura del hombre, crearán en él una conciencia colectiva, no dejarán terreno alguno para el diversionismo enemigo en cualesquiera de sus formas.

Mientras el imperialismo utiliza todos sus medios para sembrar el reblandecimiento, la corrupción y el vicio, nosotros profundizaremos el trabajo en nuestra radio, televisión, cine, libros y publicaciones que circulan en el país, de modo que se constituyan, cada vez más en barreras infranqueables que enfrenten resueltamente la penetración ideológica de los imperialistas.

Los farsantes estarán contra Cuba. Los intelectuales verdaderamente honestos y revolucionarios comprenderán la justeza de nuestra posición. Este es el pueblo de Girón y de la Crisis de Octubre. El pueblo que ha mantenido, mantiene y mantendrá su Revolución victoriosa a sólo 90 millas del imperialismo.

Muchos escritores seudorrevolucionarios que en Europa Occidental se ha enmascarado de izquierdistas, en realidad tienen posiciones contrarias al socialismo; los que juegan al marxismo pero están contra los países socialistas; quienes se dicen solidarios con las luchas de liberación pero apoyan la agresión israelí y la conquista de territorios auspiciada por el imperialismo norteamericano contra los pueblos árabes; los que en definitiva han convertido el izquierdismo en mercancía perderán la careta.

Cese ya para siempre el juego con el destino de los pueblos. Nosotros, desde esta plaza sitiada proclamamos que nuestros pueblos tienen que dar un grito de independencia bien alto contra el coloniaje cultural.

f) *Carta de Mario Vargas Llosa a Haydée Santamaría*

Barcelona, 5 de mayo de 1971.

Compañera
Haydée Santamaría
Directora de la
Casa de las Américas
La Habana, Cuba

Estimada compañera,

Le presento mi renuncia al Comité de la revista de la Casa de las Américas, al que pertenezco desde 1965, y le comunico mi decisión de no ir a Cuba a dictar un curso, en enero, como le prometí durante mi último viaje a La Habana. Comprenderá que es lo único que puedo hacer luego del discurso de Fidel fustigando a los «escritores latinoamericanos que viven en Europa», a quienes nos ha prohibido la entrada a Cuba «por tiempo indefinido e infinito». ¿Tanto le ha irritado nuestra carta pidiéndole que esclareciera la situación de Heberto Padilla? Cómo han cambiado los tiempos: recuerdo muy bien esa noche que pasamos con él, hace cuatro años, y en la que admitió de buena gana las observaciones y las críticas que le hicimos un grupo de esos «intelectuales extranjeros» a los que ahora llama «cállas».

De todos modos, había decidido renunciar al Comité y a dictar ese curso, desde que leí la confesión de Heberto Padilla y los despachos de Prensa Latina sobre el acto de la U.N.E.A.C. en el que los compañeros Belkis Cuza Male, Pablo Armando Fernández, Manuel Díaz Martínez y César López hicieron su autocritica. Conozco a todos ellos lo suficiente como para saber que ese lastimoso espectáculo no ha sido espontáneo, sino prefabricado como los juicios stalinistas de los años treinta. Obligar a unos compañeros, con métodos que repugnan a la dignidad humana, a acusarse de traiciones imaginarias y a firmar cartas donde hasta la sintaxis parece policial, es la negación de lo que me hizo abrazar desde el primer día la causa de la Revolución Cubana: su decisión de luchar por la justicia sin perder el respeto a los individuos. No es éste el ejemplo de socialismo que quiero para mi país.

Sé que esta carta me puede acarrear inyectivas:

no serán peores que las que he merecido de la reacción por defender a Cuba. Atentamente,
Mario Vargas Llosa.

g) *Respuesta de Haydée Santamaría a Mario Vargas Llosa*

Señor Vargas Llosa,

Usted sabe que el comité de la revista Casa de las Américas al cual supuestamente renuncia, de hecho no existe ya, pues, a sugerencia de este organismo se acordó en enero de este año, en declaración que usted mismo suscribió, ampliarlo en lo que significaba sustituirlo por una amplia lista de colaboradores de la revista — y de la institución —. Y esta medida obedeció al hecho evidente de que hacía mucho tiempo que era inaceptable la divergencia de criterios en dicho comité: criterios que iban desde los realmente revolucionarios, y que eran los de la mayoría, hasta otros cada vez más alejados de posiciones revolucionarias, como habían venido siendo los de usted. Por una cuestión de delicadeza humana de que usted sabe que le hemos dado pruebas reiteradas, pensamos que esta medida era preferible a dejar fuera del comité a gentes como usted, con quien durante años hemos discutido por su creciente proclividad a posiciones de compromiso con el imperialismo. Creíamos, que, a pesar de esas lamentables posiciones, todavía era posible que un hombre joven como usted, que un escritor que había escrito obras valiosas, rectificara sus errores y pusiera su talento al servicio de los pueblos latinoamericanos. Su carta nos demuestra que equivocados estuvimos al ilusionarnos de esa manera. Usted no ha tenido la menor vacilación en sumar su voz — una voz que nosotros contribuimos a que fuera escuchada — al coro de los más feroces enemigos de la revolución cubana, una revolución que tiene lugar, como hace poco recordó Fidel, en una plaza sitiada, en condiciones durísimas, a noventa millas del imperio que ahora mismo agrade salvajemente a los pueblos indochinos. Con tales enemigos al alcance de la vista y no pocos enemigos internos, ésta — como toda revolución — debe defenderse tenazmente o resignarse a morir, a dejar morir la esperanza que encendimos en el Moncada y en la sierra y en Girón y en la

crisis de octubre; a dejar morir de veras a Abel, a Camilo, al Che, y nosotros no dejaremos nunca que esto ocurra y tomaremos las medidas necesarias para que esto no ocurra. Por eso fué detenido un escritor, no por ser escritor, desde luego, sino por actividades contrarevolucionarias a la revolución que él mismo ha dicho haber defendido. Y usted, que acaba de visitar nuestro país, sin esperar a más, sin conceder crédito a las que pudieran ser razones de la revolución para proceder así, se apresuró a sumar su nombre a los de quienes se aprovecharon de esta coyuntura para difamar a nuestra revolución, a Fidel, a todos nosotros. Ese escritor ha reconocido sus actividades contrarevolucionarias, a pesar de lo cual se halla libre, integrado normalmente a su trabajo. Otros escritores también han reconocido sus errores, lo que no les impide estar igualmente libres y trabajando. Pero usted no ve en esto sino un «lastimoso espectáculo» que no ha sido espontáneo sino prefabricado, producto de supuestas torturas y presiones. Se ve que usted nunca se ha enfrentado al terror. Se ve que usted nunca ha tenido la dicha de ver a hermanos que por lo único que se les conocía era por la voz y esa voz era para decirles a quienes les arrancaban la vida en pedruzos su fe en la lucha, en la victoria final, su fe en la revolución, en esta revolución a cuyos peores calumniadores usted se ha sumado. Después de lo cual se sienta usted a esperar las inyectivas que teme o desea. Sin embargo, Vargas Llosa, pocos como usted conocen que no ha sido nunca costumbre nuestra proferir inyectivas contra gentes como usted. Cuando en abril de 1967 usted quiso saber la opinión que tendríamos sobre la aceptación por usted del premio venezolano Rómulo Gallegos, otorgado por el gobierno de Leoni, que significaba asesinatos, represión, traición a nuestros pueblos, nosotros le propusimos un acto audaz, difícil y sin precedentes en la historia cultural de nuestra América: le propusimos que aceptara ese premio y entregara su importe al Che Guevara, a la lucha de los pueblos. Usted no aceptó esa sugerencia: usted se guardó ese dinero para sí, usted rechazó el extraordinario honor de haber contribuido, aunque fuera simbólicamente, a ayudar al Che Guevara.

Lo menos que podemos pedirle hoy los verdaderos compañeros del Che es que no escriba ni pronuncie más ese nombre que pertenece a todos los revolucionarios del mundo, no a hombres como usted, a quien le fue mas importante comprar una

casa que solidarizarse en un momento decisivo con la hazaña del Che. Y qué deuda impagable tiene usted contraída con los escritores latinoamericanos, a quienes no supo representar frente al Che a pesar de la oportunidad única que se le dió. Sin embargo, nosotros en aquel momento no le dedicamos inyectivas por esa decisión. Supimos, sí, a partir de entonces que no era usted el compañero que creíamos, pero aún pensábamos que era posible una rectificación de su conducta y preferimos felicitarlo por algunas palabras dichas en la recepción del premio, considerando que tendríamos otras ocasiones de volver sobre el asunto. Tampoco recibió usted inyectivas cuando, en septiembre de 1968, en la revista Caretas, y a raíz de los sucesos de Checoslovaquia, emitió usted opiniones ridículas sobre el discurso de Fidel. Ni cuando, a raíz de las críticas al libro de Padilla «Fuera de Juego», nos enviara en unión de otros escritores residentes en Europa, un cable en que expresaban estar «consternados por acusaciones calumniosas contra el poeta Heberto Padilla» y grotescamente reafirmaban «solidaridad apoyo toda acción emprenda Casa de las Américas defensa libertad intelectual». Lo que sí hice entonces fue enviar un cable en que decía a uno de ustedes: «Inexplicable desde tan lejos puedan saber si es calumniosa o no una acusación contra Padilla.»

La línea cultural de la Casa de las Américas es la línea de nuestra revolución, la revolución cubana, y la directora de la Casa de las Américas estará siempre como me quiso el Che: «Con los fusiles preparados y tirando cañonazos a la redonda.» Ni recibió usted inyectivas cuando, después de haber aceptado integrar el jurado del premio casa 1969 dejó de venir, sin darnos explicación alguna, porque se encontraba en una universidad norteamericana. (por hechos como éste, dicho sea entre paréntesis, nunca creímos que vendría a dictar el curso de que se habló informalmente. La pública renuncia que hace de este curso no es más que otra argucia suya. Si vino en enero de 1971, fue sobre todo para buscar el aval de la Casa de las Américas, que por supuesto no obtuvo, para la despreditada revista Libre que planean editar con el dinero de Patiño). Y sí, a raíz de estos y otros hechos, algunos escritores vinculados a esta casa de las Américas discutieron privada y públicamente con usted, no se trató nunca de inyectivas. La inyectiva contra usted, Vargas Llosa, es su propia carta vergonzosa:

Ella lo presenta de cuerpo entero como lo que nos resistimos a aceptar que usted fuera : la viva imagen del escritor colonizado, despreciador de nuestros pueblos, vanidoso, confiado en que escribir bien no sólo hace perdonar actuar mal, sino permite enjuiciar a todo un proceso grandioso como la revolución cubana, que, a pesar de errores humanos, es el más gigantesco esfuerzo hecho hasta el presente por instaurar en nuestras tierras un régimen de justicia.

Hombres como usted, que anteponen sus mezquinos intereses personales a los intereses dramáticos de lo que Martí llamó nuestras « dolorosas Repúblicas », están de más en este proceso. Confiamos, seguiremos confiando toda la vida, en los escritores que en nuestro continente ponen lo intereses de sus pueblos, por encima de todo : en los que pueden invocar los nombres de Bolívar, Martí, Mariategui y Che. Son ellos los que darán los que la están dando ya, como en su propia tierra acaban de hacer los mejores escritores peruanos, la respuesta que usted merece. Sólo le deseo por su bien, que algún día llegue usted a arrepentirse de haber escrito esa carta pública que constituirá para siempre su baldón : de haberse sumado a los enemigos de quienes en esta isla hemos estado y estaremos dispuestos a inmolarlos como nuestros compañeros vietnamitas, como nuestro hermano Che, por defender « la dignidad plena del hombre ».

Haydée SANTAMARÍA.

h) Segunda carta al Comandante Fidel Castro

Comandante Fidel Castro
Primer Ministro del Gobierno
Revolucionario de Cuba

Creemos un deber comunicarle nuestra vergueza y nuestra cólera. El lastimoso texto de la confesión que ha firmado Heberto Padilla sólo puede haberse obtenido mediante métodos que son la negación de la legalidad y la justicia revolucionarias. El contenido y la forma de dicha confesión, con sus acusaciones absurdas y afirmaciones delirantes, así como el acto celebrado en la U.N. E.A.C. en el cual el propio Padilla y los compañeros Belkis Cuza, Díaz Martínez, César López y Pablo Armando Fernández se sometieron a una penosa mascarada de autocrítica, recuerdan los mo-

mentos más sórdidos de la época del stalinismo, sus juicios prefabricados y sus cacerías de brujas. Con la misma vehemencia con que hemos defendido desde el primer día la Revolución Cubana, que nos parecía ejemplar en su respeto al ser humano y en su lucha por su liberación, lo exhortamos a evitar a Cuba el obscurantismo dogmático, la xenofobia cultural y el sistema represivo que impuso el stalinismo en los países socialistas, y del que fueron manifestaciones fragrantemente similares a los que están ocurriendo en Cuba. El desprecio a la dignidad humana que supone forzar a un hombre a acusarse ridículamente de las peores traiciones y vilezas no nos alarma por tratarse de un escritor, sino porque cualquier compañero cubano — campesino, obrero, técnico o intelectual — pueda ser también víctima de una violencia y una humillación parecidas. Quisiéramos que la revolución cubana volviera a ser lo que en un momento nos hizo considerarla un modelo dentro del socialismo.

Atentamente,

Claribel Alegría
Simone de Beauvoir
Fernando Benítez
Jacques Laurent Bost
Italo Calvino
José María Castellet
Fernando Claudín
Tamara Deutscher
Roger Dosse
Marguerite Duras
Giulio Einaudi
Hans Magnus Enzensberger
Francisco Fernandez Santos
Darwin Flakoll
Jean-Michel Fossey
Carlos Franqui
Carlos Fuentes
Juan García Hortelano
Jaime Gil de Biedma
Angel González
Adriano González León
André Gortz
José Agustín Goytisolo
Juan Goytisolo
Luis Goytisolo
Rodolfo Hinoztrosa
Mervin Jones
Monti Johnstone
Monique Lange

Michel Leiris
Lucio Magri
Joyce Mansour
Dacia Maraini
Juan Marsé
Dionys Mascolo
Plinio Mendoza
Istvan Meszaris
Ray Miliban
Carlos Monsivais
Marco Antonio Montes de Oca
Alberto Moravia
Maurice Nadeau
José Emilio Pacheco
Pier Paolo Pasolini
Ricardo Porro
Jean Pronteau
Paul Rebeyrolles
Alain Resnais
José Revueltas
Rossana Rossanda
Vicente Rojo
Claude Roy
Juan Rulfo
Nathalie Sarraute
Jean-Paul Sartre
Jorge Semprún
Jean Shuster
Susan Sontag
Lorenzo Tornabuoni
José Miguel Ullán
José Angel Valente
Mario Vargas Llosa

j) Carta de Heberto Padilla

Respuesta a los firmantes de la carta aparecida en « Le Monde » y dirigida al comandante Fidel Castro sobre mi caso.

Si la primera carta que muchos de ustedes firmaron pudo interpretarse como un gesto solidario, aunque erróneo, hacia mi persona, ésta hace de mí un pretexto para atacar a la Revolución cubana y atizar el odio reaccionario contra todos los países socialistas, y hay que decir que desde hace algún tiempo cada vez que se les presenta la oportunidad, lanzan sus dardos envenenados contra Cuba, atacando a nuestro partido o difamando nuestra realidad. Y siempre en posesión de jueces de nuestro proceso revolucionario, el

cual no necesita dictámenes para realizar su obra.

Yo leo esta nueva carta de ustedes y siento vergueza por constatar toda la perfidia que puede emerger desde el seno de determinados sectores culturales, veo a los enemigos de siempre enmascarados con disfraces de poetas, cineastas, pintores o ensayistas unidos a otros que al fin se quitan las caretas de filósofos o pensadores marxistas, para enseñarnos la verdadera cara de viejos creadores de filosofía derrotista y reaccionaria y para actuar como lo que son : enemigos feroces del socialismo, por más que lo nieguen, narcisistas del arte y la filosofía, a miles de millas de nuestras costas y de nuestros problemas.

Muchos de ustedes pudieron rectificar (algunos lo han hecho ya) pero reconozcan que la mayoría está tan enferma de soberbia y fatuidad que son incapaces de reconocer sus errores.

Fidel ha dicho que esto no es un problema de Cuba aunque ustedes intenten crearlo por todos los medios. Nuestras preocupaciones son el trabajo, el estudio, los planes que día tras día transforman nuestro país. Los de ustedes son el esteticismo, la chismografía parisiense, los alardes teorizantes que fueron mis defectos más odiosos y que ustedes representan en grado máximo.

Ustedes siempre hablan de stalinismo. Cualquiera que sea el balance final de ese período, el cual los soviéticos serán los encargados de hacer, el llamado stalinismo pertenece a la historia de la U.R.S.S., y pretender que Cuba está en una situación parecida es difamar nuestra patria, es una actitud cobarda y cínica de quienes quieren aparentar la defensa de la legalidad socialista exigiendo a una revolución marxista-leninista, como es la cubana, posturas liberales que son el polo opuesto de nuestros principios.

Ustedes dirán que yo no he escrito esta carta, que este no es mi estilo, ustedes que jamás se preocuparon por mi estilo, liberales burgueses, ya que siempre me han visto como un escritor subdesarrollado y si ahora me dan importancia es para atacar a la revolución, que es su verdadero objetivo. Está bien continúen beneficiando a la C.I.A., al imperialismo, a la reacción internacional. Cuba no necesita de ustedes.

Heberto PADILLA
mayo — 24 — 1971.

i) *Declaración de Mario Vargas Llosa*

CIERTA prensa está usando mi renuncia al Comité de la revista de la Casa de las Américas para atacar a la Revolución Cubana desde una perspectiva imperialista y reaccionaria. Quiero salir al frente de esa sucia maniobra y desautorizar enérgicamente el uso de mi nombre en cualquier campaña contra el socialismo cubano y la revolución latinoamericana. Mi renuncia es un acto de protesta contra un hecho específico, que sigo considerando lamentable, pero no es ni puede ser un acto hostil contra la Revolución Cubana en general, cuyas realizaciones formidables para el pueblo de Cuba, llevadas a cabo en condiciones verdaderamente heroicas, he podido verificar personalmente en repetidos viajes a la isla. El derecho a la crítica y a la discrepancia no es un «privilegio burgués». Al contrario, sólo el socialismo

puede, al sentar las bases de una verdadera justicia social, dar a expresiones como «libertad de opinión» y «libertad de creación» su verdadero sentido. Es en uso de este derecho socialista y revolucionario que he discrepado del discurso de Fidel sobre el problema cultural y que he criticado lo ocurrido con Heberto Padilla y otros escritores. Lo hice cuando los acontecimientos de Checoslovaquia y lo seguiré haciendo cada vez que lo crea legítimo, porque esta es mi obligación como escritor. Pero que nadie se engañe: con todos sus errores, la Revolución Cubana es, hoy mismo, una sociedad más humana y más justa que cualquier otra sociedad latinoamericana, y defenderla contra sus enemigos es para mí un deber más apremiante y honroso que el de criticarla.

Mario VARGAS LLOSA

Barcelona, 19 de mayo de 1971.

Julio Cortázar

k) *Polícritica en la hora de los chacales*

De qué sirve escribir la buena prosa,
de qué vale que exponga razones y argumentos
si los chacales velan, la manada se tira contra el verbo,
lo mutilan, le sacan lo que quieren, dejan de lado el resto,
vuelven lo blanco negro, el signo más se cambia en signo menos,
los chacales son sabios en los télex,
son las tijeras de la infamia y del malentendido,
manada universal, blancos, negros, albinos,
lacayos si no firman y todavía más chacales cuando firman,
de qué sirve escribir midiendo cada frase,
de qué sirve pesar cada acción, cada gesto que expliquen la conducta
si al otro día los periódicos, los consejeros, las agencias,
los policías disfrazados,
los asesores del gorila, los abogados de los trusts
se encargarán de la versión más adecuada para consumo de inocentes o de crá-

[pulas,

fabricarán una vez más la mentira que corre, la duda que se instala,
y tanta buena gente en tanto pueblo y tanto campo de tanta tierra nuestra,
que abre su diario y busca su verdad y se encuentra
con la mentira maquillada, los bocados a punto, y va tragando
baba prefabricada, mierda en pulcras columnas, y hay quien cree

y al creer olvida el resto, tantos años de amor y de combate,
porque así es, compadre, los chacales lo saben: la memoria es falible
y como en los contratos, como en los testamentos, el diario de hoy con sus noticias
[invalida

todo lo precedente, hunde el pasado en la basura de un presente traficado y men-
Entonces no, mejor ser lo que se es,
[tido].
decir eso que quema la lengua y el estómago, siempre habrá quien entienda
este lenguaje que del fondo viene,
como del fondo brotan el semen, la leche, las espigas.
Y el que espere otra cosa, la defensa o la fina explicación,
la reincidencia o el escape, nada más fácil que comprar el diario made in U.S.A.
y leer los comentarios a este texto, las versiones de Reuter o de la U.P.I.
donde chacales sabihondos le darán la versión satisfactoria,
donde editorialistas mexicanos o brasileños o argentinos
traducirán para él, con tanta generosidad,
las instrucciones del Chacal con sede en Washington,
las pondrán en correcto castellano, mezcladas con saliva nacional,
con mierda autóctona, fácil de tragar.
No me excuso de nada, y sobre todo
no excuso este lenguaje,
es la hora del Chacal, de los chacales y de sus obedientes:
los mando a todos a la reputa madre que los parió,
y digo lo que vivo y lo que siento y lo sufro y lo que espero.

Explicación del título: Hablando de los complejos problemas cubanos, una amiga francesa mezcló los términos *crítica* y *política*, inventando la palabra *polícritique*. Al escucharla pensé (también en francés) que entre *poli* y *tique* se situaba la sílaba *cri*, es decir grito. Grito político, crítica política en la que el grito está ahí como un pulmón que respira; así la he entendido siempre, así la seguiré sintiendo y diciendo. Hay que gritar un política crítica, hay que criticar gritando cada vez que se lo cree justo: sólo así podremos acabar un día con los chacales y las hienas.

Diariamente, en mi mesa, los recortes de prensa: París, Londres, Nueva York, Buenos Aires, México City, Río. Diariamente (en poco tiempo, apenas dos semanas) la máquina montada, la operación cumplida, los liberales encantados, los revolucionarios confundidos, la violación con letra impresa, los comentarios compungidos, alianza de chacales y de puros, la manada feliz, todo va bien. Me cuesta emplear esta primera persona del singular, y más me cuesta decir: esto es así, o esto es mentira. Todo escritor, Narciso, se masturba defendiendo su nombre, el Occidente lo ha llenado de orgullo solitario. ¿Quién soy yo frente a pueblos que luchan por la sal y la vida, con qué derecho he de llenar más páginas con negaciones y opiniones personales?

(1) Un solo ejemplo: «Padilla recuperó la libertad después de una declaración de «auto-crítica» en que «confesó» haber proporcionado informes secretos a Cortázar... etc.» (Cable de U.P.I., París, 12-5-71, publicado en *El Andino*, periódico de Argentina.)

Si hablo de mí es que acaso, compañero,
allí donde te encuentren estas líneas,
me ayudarás, te ayudaré a matar a los chacales,
veremos más preciso el horizonte, más verde el mar y más seguro el hombre.
Les hablo a todos mis hermanos, pero miro hacia Cuba,
no sé de otra manera mejor para abarcar la América Latina.
Comprendo a Cuba como sólo se comprende al ser amado,
los gestos, las distancias y tantas diferencias,
las cóleras los gritos : por encima está el sol, la libertad.
Y todo empieza por lo opuesto, por un poeta encarcelado,
por la necesidad de comprender por qué, de preguntar y de esperar ;
qué sabemos aquí de lo que pasa, tantos que somos Cuba,
tantos que diariamente resistimos el aluvión y el vómito de las buenas conciencias
de los desencantados, de los que ven cambiar ese modelo
que imaginaron por su cuenta y en sus casas, para dormir tranquilos
sin hacer nada, sin mirar de cerca, luna de miel barata con su isla paraíso
lo bastante lejana para ser de verdad el paraíso,
y que de golpe encuentran que su cielito lindo les cae en la cabeza.
Tienes razón, Fidel : sólo en la brega hay el derecho al descontento,
sólo de adentro ha de salir la crítica, la búsqueda de fórmulas mejores,
sí, pero adentro es tan afuera a veces,
y si hoy me aparto para siempre del liberal a la violeta, de los que firman los vir-

por - que - Cu - ba - no - es - eso - que - e - xi - gen - sus - es - que - mas - de - bu -
no me creo excepción, soy como ellos, qué habré hecho por Cuba más allá del
[tuosos textos
[fe - te,
[amor.

qué habré dado por Cuba más allá de un deseo, una esperanza.
Pero me aparto ahora de su mundo ideal, de sus esquemas,
precisamente ahora cuando
se me pone en la puerta de lo que amo, se me prohíbe defenderlo,
es ahora que ejerzo mi derecho a elegir, a estar una vez más y más que nunca
con tu Revolución, mi Cuba, a mi manera. Y mi manera torpe, a manotazos,
es ésta, es repetir lo que me gusta o no me gusta,
aceptando el reproche de hablar desde tan lejos
y a la vez insistiendo (cuántas veces lo habré hecho para el viento)
en que soy lo que soy, y no soy nada, y esa nada es mi tierra americana,
y como pueda y donde esté sigo siendo esa tierra, y por sus hombres
escribo cada letra de mis libros y vivo cada día de mi vida.

Comentario de los chacales (vía México, reproducida con alborozo en Río de Janeiro y Buenos Aires) : «El ahora francés Julio Cortázar... etc.» De nuevo el patriotismo de escarapela, cómodo y rendidor, de nuevo la baba de los resentidos, de tantos que se quedan en sus pozos sin hacer nada, sin ser odios más que en sucasa a la hora del bife; como si en algo dejara yo de ser latinoamericano, como si un cambio a nivel de pasaporte (y ni siquiera lo es, pero no vamos a ponernos a explicar, al chacal se lo patea y se acabó) mi corazón fuera a cambiar, mi conducta fuera a cambiar, mi camino fuera a cambiar. Demasiado asco para seguir con esto; mi patria es otra cosa, nacionalista infeliz; me sueño los mocos con tu ban-

dera de pacotilla, ahí donde estés. La revolución también es otra cosa; a su término, muy lejos, tal vez infinitamente lejos, hay una magnífica quema de banderas, una fogata de trapos manchados por todas las mentiras y la sangre de la historia de los chacales y los resentidos y los mediocres y los burócratas y los gorilas y los lacayos.

Y es así, compañeros, si me oyen en La Habana, en cualquier parte,
hay cosas que no trago,
hay cosas que no puedo tragar en una marcha hacia la luz,
nadie llega a la luz si saca a relucir los podridos fantasmas del pasado,
si los prejuicios, los tabúes del macho y de la hembra
siguen en sus maletas,
y si un vocabulario de casuistas cuando no de energúmenos
arma la burocracia del idioma y los cerebros, condiciona a los pueblos
que Marx y que Lenín soñaron libres por adentro y por fuera,
en carne y en conciencia y en amor,
en alegría y en trabajo.
por eso, compañeros, sé que puedo decirles
lo que creo y no creo, lo que acepto y no acepto,
ésta es mi policrítica, mi herramienta de luz,
y en Cuba sé de ese combate contra tanto enemigo,
sé de esa isla de hombres enteros que nunca olvidarán la risa y la ternura,
que las defenderán enamoradamente,
que cantan y que beben entre turnos de brega, que hacen guardia fumando,
que son lo que buscó Martí, lo que firmaron con su sangre tantos muertos
a la hora de caer frente a chacales de dentro y a chacales de fuera.
No seré yo quien proclame al divino botón el coraje de Cuba y su combate ;
siempre hay alguna hiena maquillada de juez, poeta o crítico,
lista a cantar las loas de lo que odia en el fondo de sus tripas,
pronta a asfixiar la voz de los que quieren el verdadero diálogo, el contacto
por lo alto y por lo bajo : contacto con ese hombre que manda en el peligro por-
cuenta con él y sabe [que el pueblo
que está ahí porque es justo, porque en él se define
la razón de la lucha, del duro derrotero,
porque jugó su vida con Camilo y el Che y tantos que pueblan
de huesos y memorias la tierra de la palma ;
y también el contacto
con el otro, el sencillo camarada que necesita la palabra y el rumbo
para impulsar mejor la máquina, para cortar mejor la caña.
Nadie espere de mí el elogio fácil,
pero hoy es más que nunca tiempo de decisión y de aguas claras :
diálogo pido, encuentro en las borrascas, policrítica diaria,
no acepto la repetición de humillaciones torpes,
no acepto confesiones que llegan siempre demasiado tarde,
no acepto risas de los fariseos convencidos de que todo anda bien después de cada
[ejemplo,
no acepto la intimidación ni la vergüenza. Y es por eso que acepto
la crítica de veras, la que viene de aquel que aguanta en el timón,

de aquellos que pelean por una causa justa, allá o aquí, en lo alto o en lo bajo, y reconozco la torpeza de pretender saberlo todo desde un mero escritorio y busco humildemente la verdad en los hechos de ayer y de mañana, y te busco la cara, Cuba la muy querida, y soy el que fue a ti como se va a beber el agua, con la sed que será racimo o canto. Revolución hecha de hombres, llena estarás de errores y desvíos, llena estarás de lágrimas y ausencias, pero a mí, a los que en tantos horizontes somos pedazos de América Latina, tú nos comprenderás al término del día, volveremos a vernos, a estar juntos, carajo, contra hienas y cerdos y chacaes de cualquier meridiano, contra tibios y flojos y escribas y lacayos en París, en La Habana o Buenos Aires, contra lo peor que duerme en lo mejor, contra el peligro de quedarse atascado en plena ruta, de no cortar los nudos a machetazo limpio, así yo sé que un día volveremos a vernos, buenos días, Fidel, buenos días, Haydée, buenos días, mi Casa, mi sitio en los amigos y en las calles, mi buchito, mi amor, mi caimancito herido y más vivo que nunca, yo soy esta palabra mano a mano como otros son tus ojos o tus músculos, todos juntos iremos a la zafra futura, al azúcar de un tiempo sin imperios ni esclavos. Hablémonos, eso es ser hombres : al comienzo fue el diálogo. Déjame defenderte cuando asome el chacal de turno, déjame estar ahí. Y si no lo quieres, oye, compadre, olvida tanta crisis barata. Empecemos de nuevo, dí lo tuyo, aquí estoy, aquí te espero ; toma, fuma conmigo, largo es el día, el humo ahuyenta los mosquitos. Sabes, nunca estuve tan cerca como ahora, de lejos, contra viento y marea. El día nace.

París, mayo de 1971

Casa de las Américas

La prensa del mundo capitalista viene realizando un infame campaña contra Cuba, aparentemente basada, primero en que un escritor, Heberto Padilla, había reconocido sus actividades contra la revolución en una carta pública, y ya liberado, y a petición expresa suya, en un acto de la Unión de Escritores Artistas de Cuba, donde de modo espontáneo instó a otros escritores a reconocer igualmente sus errores, cosa que unos hicieron y otros no. Para cuantos asistimos a aquella reunión en la U.N.E.A.C. fue evidente que esos escritores se manifestaron libremente, dándose incluso el

caso de quien rechazó las inculpaciones que le hiciera Padilla. Por otra parte, el que por actividades contrarias a la revolución, sea aprehendido un escritor, no es distinto al caso de cualquier otro ciudadano, de quien el escritor no difiere sino por la especificidad de su trabajo : lo que a su vez supone una manera específica de cooperar con la revolución o de oponérsela. Para nadie es un secreto que Cuba es uno de los países revolucionarios más combatidos en el mundo. Que la cercanía de los Estados Unidos se traduce en constantes tentativas de infiltraciones y en una

amenaza perpetua de agresión. Que gobiernos títeres del continente mantienen en activo campos de entrenamiento de futuras tropas invasoras. Que nuestro país, en fin, vive en permanente tensión, sabiendo que lo que el gobierno de los Estados Unidos realiza en la península Indochina, a millares de millas, planea intentarlo de un momento a otro a noventa millas de sus costas. Ningún cubano puede aliviarlo un sólo instante. Esto es sólo un aspecto de la lucha a muerte que nuestro país, avanzada geográfica del socialismo, libra contra el imperialismo norteamericano. Es igualmente imposible olvidar que dentro de nuestras fronteras donde luchamos por construir una sociedad más justa, donde ya el el pueblo es dueño de su destino, existe sin embargo una variada quinta columna que va desde el saboteador de una maquinaria hasta el zapador ideológico — de acuerdo con la especificidad de cada tarea —. Y la revolución, para sobrevivir, debe defenderse tanto de invasores como de saboteadores y zapadores.

Octavio Paz

Las « confesiones » de Bujarin, Radek y los otros bolcheviques, hace treinta años, produjeron un horror indescriptible. *Los Procesos de Moscú* combinaron a Iván el Terrible con Dostoyewski y a Calígula con el Gran Inquisidor : los crímenes de que se acusaron los antiguos compañeros de Lenin eran a un tiempo inmensos y abominables. Tránsito de la historia como pesadilla universal a la historia como chisme literario : las autoacusaciones de Heberto Padilla. Pues supongamos que Padilla dice la verdad y que realmente difamó al régimen cubano en sus charlas con escritores y periodistas extranjeros : ¿ la suerte de la Revolución cubana se juega en los cafés de Saint-Germain des Près y en las salas de redacción de las revistas literarias de Londres y Milán ? Stalin obligaba a sus enemigos a declararse culpables de insensatas conspiraciones internacionales, dizque para defender la supervivencia de la U.R.S.S. ; el régimen cubano, para limpiar la reputación de su equipo dirigente, dizque manchada por unos cuantos libros y artículos que ponen en duda su eficacia, obliga a uno de sus críticos a declararse cómplice de abyectos y, al final de cuentas, insignificantes enredos político-literarios... No obstante, advierto dos notas en común : una,

esa obsesión que consiste en ver la mano del extranjero en el menor gesto de crítica, una obsesión que nosotros los mexicanos conocemos muy bien (basta con recordar el uso inquisitorial que se ha hecho de la frasquita : partidario de « las ideas exóticas »); otra, el perturbador e inquietante tono religioso de las confesiones. Por lo visto, la autodivinización de los jefes exige, como contrapartida, la autohumillación de los incrédulos. Todo esto sería únicamente grotesco si no fuese un síntoma más de que en Cuba ya está en marcha el fatal proceso que convierte al partido revolucionario en casta burocrática y al dirigente en César. Un proceso universal y que nos hace ver con otros ojos la historia del siglo xx. Nuestro tiempo es el de la peste autoritaria : si Marx hizo la crítica del capitalismo, a nosotros nos falta hacer la del Estado y las grandes burocracias contemporáneas, lo mismo las del Este que las del Oeste. Una crítica que los latinoamericanos deberíamos completar con otra de orden histórico y político : la crítica del gobierno de excepción por el hombre excepcional, es decir, la crítica del caudillo, esa herencia hispano-árabe.

Carlos Fuentes

La grandeza de la revolución cubana nos ha engrandecido a todos los latinoamericanos. Son victorias nuestras el triunfo de los guerrilleros de Sierra Maestra, la ruptura de los fatalismos geográficos y sociales, la dignidad del combate contra el imperialismo norteamericano, la derrota de los gusanos en Playa Girón, la transformación — única en la historia latinoamericana — de la vida agraria gracias a la educación, la salubridad y la justicia económica. Aun los problemas y las experiencias frustradas de Cuba son victorias, porque suponen la voluntad de enfrentarse a hechos al parecer incommovibles desde hace cuatro siglos y que, en el resto del continente, son objeto de desidia cómplice o de criminal perpetuación.

Por lo mismo, la pequeñez de la revolución cubana nos empuja a todos los latinoamericanos, y el caso trágico del poeta Heberto Padilla es un caso de enanismo repugnante, indigno de Cuba, de la revolución e incluso de sus pasajeros representantes (porque la revolución en Cuba es irreversible y durará más que Heberto Padilla o Fidel

Castro). Caso trágico por la profunda mentira que revela : Padilla no ha sido nunca un contrarrevolucionario, sino un poeta inofensivo en la medida en que sus escritos jamás han constituido una amenaza contra un movimiento lo suficientemente fuerte y avalado por sus numerosas realizaciones positivas; un poeta libre y revolucionario en la medida en que sus críticas fueron formuladas dentro de la revolución y para la revolución, ya que ningún movimiento político, con estricto apego a la dialéctica marxista-leninista, escapa a contradicciones y enajenaciones que al intelectual, al ciudadano, toca, si no corregir, al menos indicar, recordando sin cesar que existe una variedad y amplitud humanas que deben ser tomadas en cuenta para que la revolución no degenera en simple aparato monolítico o máquina burocrática; y objetivo sólo en la medida en que su frágil tarea de escritor es considerada, absurdamente, como una amenaza contra el poder revolucionario.

La tragedia empieza a convertirse en comedia cuando se le hace actuar a Padilla, sin la menor imaginación renovadora o revisión crítica, el viejo número de vodevil estalinista de la autodegradación mediante la confesión prefabricada : basta haber leído a Padilla — un escritor dueño de un estilo — para saber que su autocrítica no la escribió él : las lamentables faltas de sintaxis y puntuación que la adornan son obra de burócratas tan iletrados como abyectos. La degradación cortesana no es nueva, ni siquiera privativa de nuestro tiempo. La conocieron el imperio chino y el romano. Atenas y Muscovia, Versalles y Madrid. Parece reservado a los déspotas del siglo xx — Mussolini, Hitler, Stalin — el descubrimiento de que a un escritor se le degrada degradando su lenguaje.

No hay razón para que Cuba adopte los métodos estalinistas. Cuba puede defenderse del imperialismo norteamericano, afirmar su soberanía e independencia, dar comida, trabajo, salud, alfabeto y comunicaciones a su pueblo, sin necesidad de humillar a un joven poeta. Pero, sobre todo, Cuba puede, sin renunciar un ápice a su ideología, demostrar que el delirio persecutorio de un estilo político determinado, cultural e históricamente ligado al pasado zarista, no es inherente al verdadero socialismo, y menos en tierra latinoamericana. De lo contrario, la esperanza volverá a hundirse en la fatalidad, en una fatalidad particularmente irracional, de imitación extralógica.

No queremos un socialismo fijado, como estatua de sal, en los métodos privativos y superados del régimen ruso de los años treinta. Queremos un auténtico socialismo latinoamericano en el que la necesidad, encarnada en un Estado por fuerza pasajero, no prive sobre la libertad y la iniciativa de los grupos sociales y de los ciudadanos dentro del socialismo. La realidad total no cabe dentro del marco de un Estado, así sea un Estado socialista; esto lo sabían Marx, Engels y Lenin. Una de las funciones del poeta es recordar esta verdad a los Césares de aquí, de allá y de más allá.

José Revueltas

En los últimos días dos hechos han afligido grandemente a los escritores revolucionarios de todos los países, digo, a los escritores que amamos con lucidez a la Revolución Cubana y que, en virtud de ese amor e inteligencia, no perdemos ni perderemos la confianza en ella.

El primero de estos hechos es la carta del poeta Heberto Padilla dirigida al gobierno revolucionario de Cuba el 26 de abril, y el segundo, la parte del discurso del compañero Fidel Castro, el primero de mayo (en el 1er. Congreso Nac. de Ed. y Cultura), en que alude desdeñosa y ofensivamente a los problemas suscitados por la prisión del poeta mencionado. He dicho aflicción, y me atengo al sentido riguroso de la palabra : «tristeza y angustia moral». Ni cólera ni desesperación, tan sólo angustia y tristeza. Los escritores no disponemos de ninguna otra herramienta que la palabra, tan buena como el martillo, como la hoz, como el tractor, pero diferente; más aún, específica. Los materiales del trabajo de esta herramienta son los sentimientos y la razón de los hombres, del hombre; a través de unos, tratamos de encontrar la otra, y por medio de ésta, esclarecer aquéllos. Únicamente esclarecerlos, únicamente descubrir su sentido profundo, oculto a las miradas que se ocupan de otras cosas : la mirada del herrero, la del contador público o la del político o la del estadista o del barredor de calles, miradas dignas todas ellas. Se trata, entonces, nada más de esclarecer , y aquí estamos, por supuesto, ante una tarea equivocada : la nuestra, la de los escritores. Pero entiéndase : tan equivocada como la del herrero, la del barredor de calles o la del político, lo que quiere decir, tan re-

querida de crítica, como la de todos, para que se haga con verdad. La verdad no se nos da hecha : tenemos que barrer la calle con limpieza, tenemos que forjar el hierro con arte, tenemos que dirigir al pueblo con principios. Tenemos que escribir con autenticidad, o sea, hemos de innodarnos en empresas necesariamente equívocas, mezcladas con sus opuestos, con lo sucio, con lo inescrupuloso, con lo inauténtico. Lo que nos une a todos es el esclarecimiento de la tarea, la lucha contra su opacidad. Calles limpias, sí, y forjas bien hechas; pero no vamos a hacer de las calles limpias una razón de Estado (a menos que se obligue a los presos políticos a barrer las calles), ni de la razón política una verdad literaria o estética. El esclarecimiento de la tarea consiste en estar cada quien en la suya : luego, menos aún puede someterse la tarea literaria a una Razón de Estado, el escritor al que se obligue a barrer las calles, o al que se quiera hacer que comparta con el Estado o con los partidos aquella parte de la política que es precisamente la que no le corresponde y la que debe combatir si no quiere hacerse un cómplice más : aquella parte en que el Partido o el Estado se resisten a la crítica, la combaten, la reprimen, la silencian, con lo cual no hacen sino reprimir, silenciar o mistificar la tarea misma del escritor, que intenta, sobre todo, esclarecerse a sí mismo, pero en libertad, pues sin libertad la tarea es imposible.

Nos afligen, pues, los dos hechos de Cuba, que suscitan nuestra tristeza y angustia : la carta de Heberto Padilla y las palabras de Fidel el primero de mayo, pero no por la materia subjetiva que presupone nuestro trabajo de escritores, los sentimientos, sino por el proceso racional que queremos esclarecer a través de ellos, ya que se trata, ante todo, de tristeza y angustia políticas. No; la Carta del poeta Padilla no es un producto de la tortura física. Heberto Padilla dice en su carta una verdad, por la cual renuncia a la verdad : se arrepiente de haber intentado esclarecerse, y se esclarece, así, mistificadamente, en la otra verdad, en la Razón de Estado. ¿Qué mayor tortura para el escritor que la de oponer su obra a la Razón de Estado y tanto más si el Estado es socialista? Los «herejes» de la Edad Media se sometían con mucha menor resistencia a las exigencias morales del «dolo bueno» que al plomo derretido en la cuenca de los ojos.

Este no es un «problema insignificante» como lo ha presentado el compañero Fidel Castro en el

Congreso de la Educación y que «algunos intelectuales» imaginaron que podría tratarse en una asamblea destinada a debatir los problemas de la cultura. Sin la libertad de ésta tampoco nada, en esencia, puede ser significante. Cárcel Preventiva. 3 de mayo de 1971.

Isabel Fraire :

Ahora sí el incidente Padilla parece un sutil complot urdido por la C.I.A. La carta firmada por Heberto Padilla deshonra a quien la redactó, deshonra a quien la firmó, deshonra al destinatario, deshonra a quien la publicó, deshonra incluso a quien la lee. Lo único que confirma la confesión de Padilla, auténtica o no, es que diez años de revolución no bastan para cambiar la naturaleza humana. El gobernante agobiado por las desmesuradas responsabilidades y presiones a que está sometido un país que comienza a transformarse, pierde el sentido de las proporciones.

Juan García Ponce :

Todo el incidente es terrible y significativo. La detención de Heberto Padilla fue un signo alarmante. La declaración de Fidel Castro anunciando indirectamente que la Revolución pide de sus amigos una total suspensión del derecho a juzgar sus actos hizo aún más grave la detención. Un intelectual nunca debe ser «incondicional» de nadie ni de nada. Ahora la «confesión» de Heberto Padilla lo define, desde luego, pero también define al gobierno y a la sociedad en los cuales se puede emplear ese lenguaje. Siempre he pensado que la Revolución cubana es un acontecimiento decisivo en la historia de nuestros países. En más de un sentido, Cuba nos puso en la historia al traer una esperanza de justicia social. Por eso mismo es terrible ver que esa Revolución ha terminado haciendo necesaria la peor y más triste parodia del peor y más triste lenguaje de la peor y más triste época stalinista. Si el gobierno y la sociedad revolucionarios de Cuba aceptan esa autoflagelación, esa autohumillación, ese delirio de culpabilidad como una legítima declaración de actividades «contrarrevolucionarias», lo único que harán es definirse a sí mismos y mostrar el fracaso de una Revolución que no hace más que repetir los pasos de un stalinismo que desde cualquier punto de vista es inaceptable.

Marco Antonio Montes de Oca

A mí me parece que Heberto Padilla se retracta bajo presiones difíciles de resistir para un ser humano. Aunque Heberto Padilla fuera enemigo de la Revolución cubana, tiene perfecto derecho a tener un criterio personal y a obrar en consecuencia. Si un contrarrevolucionario critica a una Revolución, lo que sucede es que a esa revolución no le sucede absolutamente nada; pero si la revolución reprime y oscurece la posibilidad de un diálogo, entonces lo que verdaderamente está en riesgo, lo que puede ocurrir verdaderamente, es que esa revolución deje de ser una revolución. A pesar de toda esta crítica, yo sigo y seguiré siendo un amigo no condicionado de la Revolución cubana.

José Emilio Pacheco :

Si nuestro continente no tiene más salida que la revolucionaria para dejar atrás la miseria, la explotación y la conculcación, entonces todo lo que sucede en Cuba no es asunto interno sino un problema personal de todos los hispanoamericanos. A juzgar por los poemas suyos que conozco, Padilla en ningún momento abandonó la línea de autocrítica revolucionaria que tiene su más alto exponente en el propio Fidel Castro. La dolorosa carta de contrición muestra que jamás cometió ningún delito contrarrevolucionario : no puso bombas ni incendió cañaverales ni vendió secretos militares ni estubo en contacto con el estado mayor norteamericano. Criticó verbalmente algunos aspectos de un gobierno en constante fluidez y perpetuo cambio que no es ni aspira a ser infalible como, nuevamente, el mismo Castro reconoció en su admirable discurso acerca de la zafra. Nadie por altas que sean sus acciones e intenciones, por indiscutibles que resulten su grandeza, su inteligencia, y su valentía como es el caso de Fidel Castro, puede estar al margen de la crítica en esta era de crítica radical. Y si a dos hombres — Dumont y Karol — que han criticado ciertos aspectos del régimen cubano pero apoyando la Revolución y fundando su crítica en posiciones de izquierda se les llama « agentes de la C.I.A. » se devalúa el lenguaje y nos quedamos sin calificativos para los verdaderos agentes de la C.I.A.

Adriano Gonzalez León

« De ser sincero Padilla en su autocrítica ¿ cómo ha podido producirse el extraño milagro de que treinta y siete días de cárcel hayan servido para clarificar una conciencia ? ¿ Qué raro poder posee una prisión para eliminar de golpe y porrazo un espíritu crítico (y siempre revolucionario, pensamos nosotros) mantenido por Padilla durante varios años ? ¿ Culpable de qué era Padilla ? Ejercer la libertad crítica, esgrimir una activa vigilancia contra la burocratización, insistir en la defensa de la discusión ideológica y advertir las probables fallas del proceso social, en ningún momento significan ni significarán una actitud contrarrevolucionaria. Al contrario, están en el interés mismo del socialismo y de una revolución como la cubana que desde el principio ofreció al mundo su espectáculo de novedad, de fuerza creadora y destino humanístico. »

« ... Por cualquier lado que le mire, el caso Padilla requiere atención y vigilancia. Es una seria advertencia contra las sombras del stalinismo que parecen agitarse en la isla. Los enemigos de la Revolución están gozosos. Poca solidez pareciera tener un régimen que se siente terriblemente amenazado por las conversaciones y el libro de un poeta. Algo podrido ocurre en Cuba. Estas, y otras cosas, están en la mente de los reaccionarios del mundo, a quienes en cierto modo se les ha dado razón. Y es menester que hablemos claro. El socialismo no puede cimentarse en la mentira y el ocultamiento. Digan lo que digan los eternos comisarios, háblese de « hacerle el juego al enemigo », arrójese el tradicional y gastado calificativo, con guioncitos y todo de « intelectuales-pequeño-burgueses-nacional-traidores », insístase en que es menester palpar los grandes logros y no detenerse en minúsculos errores culturales, predíquese que la revolución está demasiado amenazada y no hay tiempo para efusiones individuales, láncese finalmente la acusación canallesca y fácil de « agente de la C.I.A. » a todo el que ose discutir, hágase lo que se quiera, nada podrá borrar el hecho soberano de exigir nobleza, dignidad crítica y respeto a los derechos fundamentales del hombre. »

Salvador Garmendia

Manifiéstoles mi total adhesión proceso revolucio-

nario cubano y reafirmo que acusaciones no demostradas sobre torturas y procedimientos contrarios dignidad humana alimentan campaña difamatoria contra revolución desatada imperialismo norteamericano.

(Telegrama a Juan Goytisolo)

Rodolfo Walsh

Todo el procedimiento de los 62 intelectuales me parece una formidable ligereza. Ellos no pueden ignorar lo que significó el stalinismo como construcción de un país, no pueden ignorar lo que significó en su aspecto represivo : la liquidación física de toda una dirección revolucionaria, el fusilamiento de escritores, el asesinato de Trotsky y el exterminio de centenares de miles de hombres del pueblo. ¿ Dónde está el paralelo ? Encandilados por la semejanza externa de un procedimiento, olvidan todo lo que hasta ayer les convertió en defensores de la revolución cubana y trasladan mecánicamente la Rusia de 1937 a la Cuba de 1971. Cuando el cielo es convertido así en repentino infierno yo pienso que el método es un arrebato y el resultado una caricatura... »

(De un artículo difundido por Prensa Latina)

Llamamiento de intelectuales peruanos

En momentos en que la derecha internacional y las oligarquías dependientes del Imperialismo norteamericano conciertan una campaña a nivel mundial contra la República-Socialista de Cuba, es cuando creemos nuestro ineludible deber de escritores manifestar nuestra plena solidaridad con los postulados del socialismo que hoy ejemplifica la patria de Martí.

Creemos que dentro de esta campaña tendiente al desprestigio de la imagen de la Revolución Cubana, la carta del escritor Vargas Llosas no es sino un capítulo más de ella, que no representa la opinión general de la intelectualidad revolucionaria peruana.

Como escritores que vivimos en los avatares de la revolución latinoamericana, desde dentro y no desde « capitales de la cultura occidental », debemos manifestar a la opinión pública mundial, que la « line » de Vargas Llosas y de algunos otros

« exiliados voluntarios » no es ni ha sido nunca una línea de combate. Hacemos un llamado a todos los escritores, intelectuales y artistas honestos de nuestro país y de América Latina, para que frente a esta nueva e insidiosa campaña contra Cuba manifiesten su solidaridad con la política cultural realmente revolucionaria que ahora se desarrolla en el primer Territorio Libre de América que empieza a librarse de todos los que medraban al amparo de su prestigio.

Alejandro Romualdo
Reynaldo Naranjo
Winston Orrillo
Arturo Corcuera
Gonzalo Rose

Pablo Guevara
Gustavo Valcárcel
Eleodoro Vargas Vicuña
Washington Delgado
Alejandro Peralta
Francisco Bendezu

Gabriel García Márquez

Pregunta : ¿ Y cómo va a quedar usted ahora frente a los escritores latinoamericanos que rompieron públicamente con Castro ?

Respuesta : El conflicto de un grupo de escritores latinoamericanos con Fidel Castro es un triunfo efímero de las agencias de prensa. Tengo aquí los documentos relacionados con el asunto, inclusive la versión taquigráfica del discurso de Fidel, y aunque en efecto hay algunos párrafos muy severos, ninguno de ellos se presta a las interpretaciones siniestras que le dieron las agencias internacionales. Los corresponsales extranjeros escogieron con pinzas y ordenaron como les dió la gana algunas frases sueltas para que pareciera que Fidel Castro decía lo que en realidad no había dicho.

Pregunta : ¿ Cuál es, entonces, su posición ante las cartas de protesta de los intelectuales al primer ministro cubano ?

Respuesta : Yo no firmé la carta de protesta porque no era partidario de que la mandaran. Sin embargo, en ningún momento pondré en duda la honradez intelectual y la vocación revolucionaria de quienes firmaron la carta.

Pregunta : ¿ Eso quiere decir que los escritores no deben meter la cuchara en política ?

Respuesta : Lo que pasa es que cuando los escritores queremos hacer política, en realidad no hacemos política sino moral, y esos dos términos no siempre son compatibles. Los políticos, a su vez, se resisten a que los escritores nos metamos en sus asuntos y por lo general nos aceptan cuando les somos favorables, pero nos rechazan cuando les somos adversos. Pero esto no es una catástrofe. Al contrario, es una contradicción dialéctica muy útil, muy positiva, que ha de continuar hasta el fin de los hombres aunque los políticos se mueran de rabia y aunque a los escritores les cueste el pellejo.

Pregunta : ¿Está usted con o contra Castro en relación con el caso del poeta Heberto Padilla?

Respuesta : Yo, personalmente, no logro convenirme de la espontaneidad y sinceridad de la autocritica de Heberto Padilla. No entiendo cómo es posible que en tantos años de contacto con la experiencia cubana, viviendo el drama cotidiano de la revolución, un hombre como Padilla no hubiera tomado la conciencia que tomó en la cárcel de la noche a la mañana. El tono de su autocritica es tan exagerado, tan abyecto, que parece obtenido por métodos ignominiosos. Yo no sé si de veras Heberto Padilla le está haciendo daño a la revolución con su actitud, pero su autocritica si le está haciendo daño, y muy grave.

Pregunta : ¿Eso supone, pues, la presencia del stalinismo en Cuba?

Respuesta : Me atrevo a decirle una cosa : si de veras hay un germen de stalinismo en Cuba, lo vamos a saber muy pronto, porque lo va a decir el propio Fidel. Hay un antecedente : en 1961 hubo una tentativa de imponer métodos stalinistas ; el propio Castro lo denunció en público y lo extirpó en su embrión. No hay ningún motivo para pensar que ahora no ocurriría lo mismo, porque la vitalidad de la revolución cubana, su buena salud, no pueden haber disminuído desde entonces

Pregunta : En conclusión usted no rompe con la revolución cubana...

Respuesta : Por supuesto que no. Más aún : de los escritores que protestaron por el caso Padilla ninguno ha roto con la revolución cubana, hasta donde yo sé. El propio Vargas Llosa hizo esa ad-

vertencia en una declaración posterior a su famosa carta, que los periódicos la relegaron al rincón de las noticias invisibles. No. La revolución cubana es un acontecimiento histórico fundamental en la América Latina y en el mundo entero, y nuestra solidaridad con ella no puede afectarse por un tropiezo en la política cultural, aunque ese tropiezo sea tan grande y tan grave como la sospechosa autocritica de Heberto Padilla.

(De una entrevista concedida al periodista Julio Roca de Diario del Caribe, Barranquilla.)

Escritores uruguayos

«Deja de ser curioso que la gran protesta por la libertad de Padilla provenga casi exclusivamente de escritores europeos y de latinoamericanos que desde hace muchos años se encuentran desgajados de sus pueblos. Desde París o Roma, la presencia imperialista en América Latina puede ser un mero dato informativo, pero en los campos y en las calles de nuestros países esa presencia significa la violación constante de los derechos humanos, la dependencia económica más humillante, la supresión de las libertades más elementales y por supuesto la tortura y la muerte.

Aun aquellos intelectuales que puedan tener alguna legítima preocupación con respecto al episodio Padilla, o a la situación de la cultura cubana en general, tienen perfecta conciencia de que sería ridículo minimizar, y mucho menos atacar, a la revolución cubana, en base a un caso individual, y aislado, cuando su acción política y social, a través de doce fecundos años de trabajo y creación ha representado para millones de cubanos el acceso a la justicia social y el rescate de su dignidad humana, y para muchos millones de latinoamericanos un incanjeable ejemplo de coraje y de independencia.

Por nuestra parte, queremos dejar testimonio de nuestra confianza en el pleno ejercicio del derecho revolucionario que ha ejercido y ejerce Cuba para defenderse de toda infiltración enemiga, se manifieste toda a través de las bandas mercenarias derrotadas hace diez años en Girón, o a través de la malintencionada distorsión de la realidad a que suelen prestarse algunos intelectuales. Muchas veces hablamos de la presencia y el desarrollo del hombre nuevo, pero tengamos bien claro que esa denominación debe in-

cluir también al escritor nuevo. Y éste no puede ser de ninguna manera un ser intocable, poco menos que sagrado, situado en una remota e inaccesible plataforma desde la cual lanza sus juicios tan apresurados como inexorables, sobre lo que sucede día a día en una América Latina que se debate por su libertad y que en esa brega da su sangre y depura su pensamiento.

Walter Achugar, Corium Aharonian, Mario Arregui, Marcos Banchero, Mario Benedetti, Sarandy Cabrera, Manuel Arturo Claps, Rubén Deugenio, Francisco Espínola, Gerardo Fernández, Hugo García Robles, María Ester Giglio, Mario Handler, Jeddualdo, Silvia Lago, Cristina Lagorio, Daniel Larrosa, Gracelia Mantaras, Jorge Onetti, Juan Carlos Onetti, Nelly Pacheco, Hernán Piriz, Luiz Rocandio, Cristina Peri Rossi, María Carmen Portela, Luciana Possamay, Alberto Restuccia, Juan Carlos Somma, Carlos Troncone, Teresa Trujillo, Daniel Vidart, Idea Vilarino, José Wainer.

(De una declaración pública)

Alfonso Sastre

Los autores de la carta «prefieren» a cualquier otra hipótesis — ¿por qué?, ¿desde qué criterios?, ¿con qué información? — la de una «violencia» ejercida sobre el poeta durante su arresto. ¿O es el hecho del arresto lo que se denuncia? ¿Pero arrestos se han dado no pocas veces en Cuba después del triunfo de la revolución? ¿Por qué la cólera y la vergüenza de estos escritores *empiezan ahora*? Veamos que ellos nos dicen haber defendido vehementemente la revolución cubana. ¿Cómo, de pronto, ante la opción entre la conducta de un hombre — respetabilísimo, por cierto, pero «uno» — y un proceso tan complejo y hasta ahora, según nos dicen, tan satisfactorio) toman las armas, ¡y con qué vehemencia!, contra aquella revolución como «oscurantista», «dogmática», «culturalmente xenófoba» y «represiva»? ¿Qué ha pasado de ayer a hoy? ¿Es que los habían engañado sobre aquel proceso revolucionario y de ahí la anterior vehemencia con que, según dicen, defendían la revolución cubana? ¿El «caso Padilla» los ha sacado de su error? ¿De verdad encuentran en su información sobre el caso un fundamento teórico suficiente pa-

ra pasar de la vehemencia admirativa a la vergüenza y a la cólera? ¿Por ventura se sienten intelectual, moral y políticamente cómodos en esa posición? ¿Han estudiado tan detenidamente los hechos en su, seguramente, compleja estructura como para pasar de considerar la revolución cubana como «un modelo» a denunciarla públicamente como un vástago del estalinismo y del terror? ¿El pasado y sus secuelas operan en ustedes como categorías fijas de su pensamiento, como «aprioris» fijados, absolutos, de su actual discurso intelectual? La analogía formal que sin duda existe entre ciertas autocriticas producidas durante el estalinismo — recientemente he trabajado en la edición, para los lectores de habla castellana, del «Trotsky en el exilio», de Peter Weiss, donde aquella tragedia se expone, por cierto, con insólita lucidez — y esta carta de Heberto Padilla, ¿se impone a ustedes de tal modo que les hace prescindir nada menos que del análisis concreto de los hechos? ¿Tanto imperio ejercen sobre ustedes los viejos clichés? Aquí les señalo lo que de «malamento abstracto» encuentro en su documento y lo que de inercia y pereza mental evidencia esa declaración. Con el horror que todos experimentamos ante los traslados mecánicos de las interpretaciones científicas de unos hechos a las explicaciones de otros, ¿qué les ha hecho caer en tal mecanismo? ¿Era o no era la Cuba de los años 60 otra cosa — ese «modelo» que ustedes mismos dicen —, otra cosa, repito, que la U.R.S.S. de los años 30? ¿Era y ya no lo es? ¿O no lo era y ustedes no supieron analizar aquella situación en sus visitas a la isla? ¿Qué fueron entonces : más turistas que científicos? ¿Extrapolaron su visión turística y la dieron *vehementemente* como sanción intelectual favorable a aquel proceso? Y si lo era — un modelo — y ya no lo es, ¿cómo lo saben? ¿Y de qué manera ha podido suceder? ¿Un proceso se convierte en su contrario de la noche a la mañana y sin que cambien sus estructuras y ni siquiera alguno de sus personajes dirigentes? ¿Reconoceremos aquí su filosofía de la Historia? ¿Esa es la filosofía dialéctica de la que muchos de ustedes se reclaman? En el caso de que en Cuba se estuviera produciendo un *endurecimiento* en cuanto a los problemas culturales, ¿no parece que muestran ustedes una cierta impaciencia en darlo por hecho? ¿Y qué caracteres tendría? ¿No será por ventura que se estaban dando algunos aberraciones en la superestructura cultural con relación a los ur-

gentes problemas de la base? ¿Advirtieron algo en ese sentido con ocasión de sus viajes a Cuba? ¿O el (más que otra cosa) liberalismo que regía la vida cultural y la autonomía absoluta de ese plano les producía tan cegadora satisfacción que les compensaba de cualquier otro problema que afectara — ¡ah!, qué tema tan desagradable — a las grandes masas? ¿Han analizado ahora el documento de conclusiones del reciente Congreso Nacional Cubano para la Educación y la Cultura? ¿No hay una cierta — alegre o, más bien, triste — precipitación en el estigma con que ustedes marcan, como infame, un proceso que hasta ahora les había parecido tan admirable y digno de alabanza?

(De la revista *Triunfo*.)

José Angel Valente

El caso Padilla no agota su gravedad en sí mismo. Atenerse demasiado a él pudiera ser un modo de servir los burdos intereses de una política que recurre a la invención de demonios para ocultar o descargar sus demasiado reales tensiones. Los problemas de Cuba son manifiestos. Su no solución ha obligado al Gobierno a opciones poco concordes con la imagen que la Revolución Cubana había dado de sí misma. La desilusión consiguiente no es sólo europea, aunque así se pretenda desde La Habana; y no es de orden cultural, sino político. La acumulación de opciones políticamente regresivas ha ido deformando la imagen de la Revolución Cubana en beneficio de un esquema, cada vez más visible, de sociedad represiva. Este es el contexto a cuya gravedad total nos remite la particular gravedad del caso Padilla.

Paralelamente al caso Padilla ha tenido lugar en La Habana un acontecimiento de más acusadas repercusiones generales, a cuya significación aún no se ha prestado desde fuera toda la atención debida. Se trata del Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura, que se reunió entre los días 23 y 30 del pasado mes de abril. Los elementos fundamentales de esa reunión están contenidos en la Declaración del Congreso y en el discurso de clausura pronunciado por el Primer Ministro del Gobierno Revolucionario. «Este Congreso — afirmó el Primer Ministro — es un poco la imagen de la futura sociedad de nuestro país.» La imagen así anticipada aloja explícitamente y con carácter

normativo rasgos o principios trágico-ordinarios de un vulgar aparato represivo.

Lo que los educadores cubanos sitúan en el centro del proceso educativo y cultural es lo que ellos mismos llaman el «monolito ideológico». Alrededor de este símbolo venerable desencadenan los educadores una agitada zarabanda. El ritual es manifiestamente de exorcización. Se trata a todas luces de visibilizar las entidades diabólicas que han de ser sometidas o eliminadas.

Lugar preferente en la serie diabólica es el otorgado a los *intelectuales* que pueden atentar contra la intangibilidad del «monolito». A los de dentro se les llama «sembradores de veneno» y «hechiceros»; a los de fuera, expertos en «basuras», «agentillos del colonialismo», «descarados», «libelistas y agentes de la C.I.A.», «ratas», etc.

La inquisición de *libros* tiene también su explícita declaración de principio: «Por cuestión de principio, hay algunos libros [no se especifica su naturaleza] de los cuales no se debe publicar ni un ejemplar ni un capítulo ni una página ni una letra.» (Discurso del Primer Ministro.)

En capítulo especial de su programa de trabajo estudió el Congreso, bajo el título de Modas, *costumbres* y *extravagancias*, los factores sociales que, a juicio de los educadores, pueden ser signo de «cualquier forma de desviación entre los jóvenes». Para las «desviaciones» relacionadas con la *moda* proponen los educadores la creación de «organismos especializados de la Revolución». Para otras «desviaciones», designadas con peligrosa vaguedad como *extravagancias*, *aberraciones*, *exhibicionismo*, etc., se propone lisa y llanamente «el enfrentamiento directo» y la «eliminación». En cuanto a la *religión*, es curioso observar el aire conciliatorio con que se aborda el tema de la iglesia católica. Los educadores se muestran muy receptivos al «movimiento mundial de reforma de ésta» y a la «actitud de la jerarquía eclesiástica». La hostilidad es manifiesta, en cambio, en el caso de las iglesias o confesiones minoritarias, como los Testigos de Jehová y los Adventistas. Estas confesiones aparecen sistemáticamente calificadas como *sectas* y son objeto de igual hostilidad que las *sectas religiosas* procedentes del continente africano, en particular la «ñañigá o abacua». Este último factor, junto con la insistencia del Congreso en la fusión de lo español y lo africano, hace pensar en la existencia de un problema negro, escasamente conocido, en el seno de la Revolución.

Respecto a la *sexualidad*, otro de los grandes capítulos del Congreso, los educadores resucitaron un viejo demonio de la Revolución Cubana: el homosexual. La represión activa de la homosexualidad en todas sus «formas» y «manifestaciones» quedó establecida como «principio militante» por el Congreso. La Comisión encargada de este asunto arbitró abundantes propuestas para la identificación o caza del homosexual, el estudio de su «grado de deterioro» y el «saneamiento de focos», así como para evitar que «por medio de la *calidad artística* reconocidos homosexuales ganen influencia... en nuestra juventud», y para impedir «que ostenten una representación artística de nuestro país en el extranjero personas cuya moral [sexual] no responda al prestigio de nuestra Revolución».

Por último, los educadores ven en todo atentado a la intangibilidad del «monolito» un claro indicio de colonización cultural. Curiosamente, estos descolonizadores hablan y escriben un lenguaje particularmente colonizado: *enfátizar* (emphatize), *planes emergentes* (emergency o emergent plans), *cursos emergentes*, *implementar* (implement), etc.

Ante esta anticipada imagen del porvenir cubano, bien cabe preguntarse si fue ése en la política, en la prosa y en el verso el sueño de José Martí, si fue ese el sueño del Che, si por esa imagen, en su día, habría combatido realmente el propio Fidel.

Carlos Droguett

«Me alegro que ese poeta, a solas con su conciencia y con su talento, haya vuelto atrás y haya retomado el verdadero rumbo, el que siempre debió tener junto a la revolución.

Las imputaciones de supuesto stalinismo del proceso revolucionario cubano son traídas de las mechas y miserables.

Entre los 61 intelectuales que censuran a la revolución hay algunos que sigo admirando como escritores, pero que ya no puedo admirar como hombres. Entre ellos hay también muchos señoritos a quienes yo conocí en Cuba, y que iban a Cuba como quien va a Nueva York, a Londres o a Berlín Occidental, escritores de segunda categoría a quienes lo único que interesaba era obtener algunos dólares, o ron, o unas cajas del mejor tabaco cubano.

Me interesa que se sepa que aunque yo no sea de

los escritores que comercian día a día en el «Boom» de París, en el «Boom» de Wall Street, estoy total y absolutamente con la revolución cubana.

(De una entrevista exclusiva a *Prensa Latina*)

Enrique Lihn

El liberalismo de la Revolución Cubana en lo que respecta a la cultura, en cierto modo consciente y pragmático, es la razón social de la existencia de ese «grupo de hechiceros» y de las «dos o tres ovejas descarriadas», a través de las cuales, en verdad, ha hecho crisis el modelo de democracia socialista a la manera cubana. De acuerdo con dicho modelo, habría tenido que compatibilizarse la construcción del socialismo y la libertad de criticar. Como queda demostrado, era una incoherencia pretender cultivar cierto tipo de amistades intelectuales, en el exterior y a través de un tráfico permanente, y catalogar, al mismo tiempo, como contrarrevolucionarios a quienes cran, en no poca medida, los equivalentes cubanos de esos visitantes extranjeros y el producto de una política de puertas abiertas.

Finalmente, ante los problemas y los antagonismos sociales propios de un socialismo en construcción que parece haber elegido el ascetismo de las masas y el poder irrestricto de sus dirigentes, puede haberse llegado a la conclusión de que era políticamente más útil terminar con las visitas inoportunas y, en el interior, con dos o tres ovejas descarriadas. Es así como se le ha permitido al poeta Heberto Padilla dividir su vida en dos, en una celda de Seguridad del Estado, acusándose él mismo de las peores cosas y declarando a ciertos viejos amigos de la Revolución — a quienes, por lo demás, mal pudo Padilla invitar personalmente — de «incuestionables agentes de la C.I.A.».

El encarcelamiento y la conversión de Padilla ocurrieron oportunamente, unos días antes del discurso de Fidel Castro al Cierre del Congreso de Educadores de su país; discurso en el cual (¿por una feliz coincidencia?) arremete contra los «pájaros de cuenta» que trataron de presentarse como amigos de la Revolución, contra «los intelectuales burgueses, libelistas burgueses y agentes de la C.I.A.», «ratas intelectuales» que se hundirían a corto plazo en el tempestuoso mar de la Historia.

Nos preguntamos por qué, en lugar de abrumar tardíamente a sus intelectuales, la Revolución Cubana no se apoyó en ellos para proyectar y sacar adelante una política cultural adecuada a sus circunstancias, sin recurrir a un verdadero ritual primitivo, hecho de ocultamientos, confesiones y mistificaciones.

La legítima aspiración por parte de una sociedad socialista, de crear una cultura nacional y popular, debe plantearse en otros términos y conforme a otros principios.

Mauricio Wacquez

Me reconozco culpable de admirar al poeta contrarrevolucionario Heberto Padilla y de ser su amigo; de haber creído en la política cultural — oscura y según parece contrarrevolucionaria — que propiciaba el gobierno de Cuba; de haber osado pensar que los intelectuales tenían algo que ver con el pueblo y que de algún modo lo interpretaban; de haber en última instancia esperado que los intelectuales — la parte de la masa cuya única práctica es la expresión, cosa por lo demás peligrosísima cuando se la pretende controlar — formaran parte de la masa y no fueran un grupo de muñecos dislocados y torpes cuya «basura» a lo más debe ser recogida por las revistas literarias.

Marta Traba

El 20 de abril la revolución cubana expulsó a la mejor inteligencia latinoamericana, que había sido su constante y fiel servidora, su propagandista y desinteresada defensora. Una vez más, una revolución socialista le ha hecho comprender ferozmente al intelectual libre que aspira a conseguir justas formas de vida para sus respectivos países (y que, en la mayoría de los casos, solo las concibe dentro del socialismo) que su presencia no solo no es necesaria ni siquiera tolerable, sino que su propia existencia es solo «basura».

Aquí es donde está, para mí, el punto clave que me atormenta desde ese desdichado 20 de abril; si el resultado del proceso revolucionario, — no me estoy refiriendo a la distribución de la riqueza, ni a las reformas económicas, sino a la formación de un tipo humano nuevo emergente de una determinada orientación mental — va a ser un hombre que puede llegar a comer y trabajar, pero que no sabrá ni pensar, ni evaluar, ni juzgar

correctamente, o sea un hombre incapaz de comprender, que solo repetirá «slogans» irracionales, entonces siento que mi obligación es romper con la revolución cubana en su totalidad, y no sólo con su actual política cultural.

(Reproducido de «El Tiempo» de Bogotá.)

Angel Rama

En estas cuestiones de método hay otro aspecto que es indispensable abordar previamente porque está siendo manejado con suma imprudencia por los partidarios de la posición oficial cubana: es el que dice que cualquier crítica pública o cualquier discrepancia sirve al enemigo: a la derecha y al imperialismo. En un plano todavía más extremado sal actitud de desbordó a una inculpação sin pruebas de toda posición discrepante o crítica atribuyéndolas a acción financiada por la C.I.A., acusando a sus sostenedores de agentes de la C.I.A. Una posterior corrección de la Casa de las Américas no es mejor dado que se limita a reconocer que algunos de los críticos europeos y latinoamericanos no son miembros de la C.I.A. pero que sin embargo hacen «libremente» lo que la C.I.A. quiere que hagan, lo que vale como el reconocimiento de una contribución a las economías de la poderosa central de inteligencia norteamericana. Es obviamente una insensatez que delata el clima de erizado emocionalismo en que se viene planteando la línea cultural cubana y que se define en la fórmula que ha utilizado Fidel Castro, «ratas intelectuales», para referirse a los escritores de la izquierda que le hacen partícipe de su «verguenza» y su «cólera» por la autocrítica de Padilla.

(Reproducido de «Marcha» de Montevideo.)

David Viñas

Empiezo diciéndote que discrepo por igual con las por interpretaciones fundamentales, polarizadas y antagónicas que se han dado hasta ahora del asunto Padilla. Y discrepo con la misma medida, pero con idéntico tono categórico al que en enero del 71 utilicé para insistirte que la palabra «discrepancias» debía aparecer en el documento redactado por el comité de la Revista «Casa».

Y para dar un paso más adelante: discrepo mi estimado Roberto, con las apreciaciones de «estalinismo» que hacen los hombres que desde Europa le mandaron una carta a Fidel. Pero también discrepo con quienes, desde la vertiente opuesta, califican de «europeizantes» a aquéllos para descalificarlos en sus juicios.

Para no abundar, lo de «estalinismo» me resulta, por lo menos, irrelevante por anacrónico en tanto saca de su marco histórico la designación de un proceso para aplicárselo mecánicamente a otro. Y lo de «europeizante» me parece abstracto porque desconoce las situaciones particulares y concretas — no las genéricas — en que viven escritores que de ninguna manera hacen de París o de Roma privilegios ni absolutos.

Al «ratas» que se inflige desde un lado, se le convierte en correlativo el «torturas» que viene desde el otro. A la inversa, el movimiento es simétrico. Y no. De ninguna manera. Porque al fin de cuentas, insultar así es cambiar de conversación. Y esas expansiones sólo distorsionan el problema sacándolo del eje real donde debería situarse: es que bien visto, agravios de este tipo apenas si resultan anécdotas del discurso.

(De una carta pública a Roberto Fernández Retamar.)

Declaración de escritores cubanos

A los firmantes de la carta al Primer Ministro. Las calumniosas cartas dirigidas al Primer Ministro del Gobierno Revolucionario, desnudan totalmente la actitud de los firmantes no sólo ante nuestro pueblo, sino ante todos los pueblos revolucionarios.

La infamia de afirmar que en nuestro país pueda practicarse la violencia física o moral contra un detenido por actividades contrarrevolucionarias, revela la coincidencia absoluta con el imperialismo yanqui y sus más desvergonzados voceros, quienes no se han cansado de utilizar argumentos similares contra Cuba y todos los pueblos que luchan por su liberación y por el socialismo.

De hecho, ustedes se convierten en voceros del imperialismo. Asumen el repugnante papel de difusores de las mentiras del enemigo de la verdadera dignidad humana, del que sí ha organizado y organiza cacerías, mascaradas y juicios prefabrica-

dos contra todo aquel que luche contra su corrompido sistema.

Por supuesto, no aceptamos la «vehemencia» que dicen haber observado en la defensa de nuestra revolución. La vehemencia es un acto que se ejerce en la defensa militante e irrestricta de la revolución. No el tímido palabreo de circunstancias para satisfacer el snobismo y la vanidad. Por demás, el haber recurrido a la firma de traidores a nuestro pueblo, es la señal más clara que exhiben sus intenciones obviamente contrarrevolucionarias. Sus petulantes reconvenciones y «consejos» son inadmisibles. Es hora ya de que los bufones de la burguesía abandonen ese papel de jueces planetarios de revoluciones que no hacen ni harán por los hermosos riesgos que ellas comportan. Nuestro pueblo, que hace de años dejó de ser víctima del sistema represivo y expoliante imperialista y que ha sabido enfrentar y pulverizar todas sus agresiones, tiene un claro concepto de la justicia, pero no de la justicia en abstracto, sino de la profunda justicia revolucionaria. Nuestro pueblo, liberado, dueño de sus destinos, empeñado en lucha frontal contra sus enemigos y amanuenses vergonzantes, es hacedor de su cultura, neta y radicalmente humana, revolucionaria, en suma.

Ustedes se ha encargado de inscribirse dentro de las campañas más insidiosas contra nuestra revolución. Esto produce un deslinde que por necesario, es saludable. Para Cuba, para los pueblos de la América Latina, nada significa ni en el arte ni en la política, quienes lanzan declaraciones irresponsables y deshonestas contra nuestro pueblo. En esta hora de precisiones ideológicas, ustedes han optado por el campo enemigo.

Alicia Alonso, Mirta Aguirre, Fernando Alonso, Santiago Alvarez, Loipa Araujo, Marta Arjona, Félix Beltrán, Alejo Carpentier, Sergio Corrieri, Sergio Chaple, Roberto Díaz, Eliseo Diego, Manuel Duchene Cuzán, Jorge Esquivel, Samuel Feijoo, Lina de Feria, Otto Fernández, Roberto Fernández Retamar, José Luciano Franco, Julio García Espinosa, Enrique González Manticí, Nicolás Guillén, Camila Urena, Sarah Isalgue, Fayad Jamis, Onelio Jorge Cardoso, Eddy López, Raúl Luis, Juan Marinello, Zoilo Marinello, Salvador Massip, Josephina Méndez, Manuel Moreno Fraignals, Lisandro Otero, Luiz Pavón, Félix Pita, Mirta Plá, José Antonio Portuondo, Sidroc Ramos, Julio Le Riverand, Mariano Rodríguez, Luis Suardiá, Roberto Valdés Aranu, Cynthia Vintier.

m) *Autocrítica de Luigi Nono*

Cuando se ha cometido un error, no hay error más grave que el no admitirlo, no reconocerlo, no extraer la lección. Mi adhesión a la carta es criticada por un grupo de intelectuales europeos sobre el « caso Padilla » ha sido un error de mi parte (y espero que otros lo reconozcan también abiertamente).

Con toda la responsabilidad consciente de camarada militante comunista, lo afirmo. Error, debido a una doble condición que, espero, sea comprendido, y no sólo justificado, por los camaradas de lucha común latinoamericanos.

a) Condicionamiento, preocupaciones, dificultades y contradicciones inherentes a la voluntad revolucionaria decisiva de los intelectuales europeos, marxistas (por lo menos en mi caso y seguramente también en otros), marxistas en un período de transición como el que vivimos : período que no sucede a una victoriosa revolución socialista (en la cual subsisten las contradicciones de la lucha de clases), sino se sitúa en los preparativos socialistas. En este período, la problemática permanece vigente y todo el esquematismo negativo de los modelos euro-céntricos, históricamente superados (también en el campo marxista) subsiste, esquematismo que debe ser transformado objetivamente y subjetivamente, en la audacia creativa de la práctica revolucionaria marxista.

b) Superar todo esto no es posible, a mi entender, sino con la práctica militante del intelectual marxista orgánico en el seno de la clase obrera, bajo la hegemonía cultural de la lucha del proletariado, según los principios leninistas y según las indicaciones de Mao Tse Tung en 1934, en el texto de Yenán sobre la nueva función de la cultura en el proceso revolucionario, como lo indicaba Antonio Gramsci y según la necesaria transformación del hombre nuevo, cuyo testimonio en la teoría y en la práctica fue el Che Guevara. La nueva función de la cultura se sitúa en la lucha de clases a nivel histórico, contra la cultura al servicio de la sociedad burguesa capitalista, imperialista y represiva.

En este proceso de lucha cultural y política, es más que nunca necesario mantener la unidad en este mosaico de situaciones, tomadas en la dia-

léctica de los errores y de las victorias, en el seno del campo socialista histórico en evolución, después de la revolución bolchevique, después de la revolución china, después del triunfo de la revolución cubana y hoy después del triunfo electoral de la Unión Popular en Chile.

Con el movimiento de liberación en América Latina, en África, en Asia y en los Estados Unidos mismos (pienso sobre todo en las panteras negras) y en los países capitalistas avanzados (lucha obrera, campesina y estudiantil en Europa Occidental).

La nueva cultura debe ser objeto y sujeto, en esta unidad de acción anti-imperialista, anti-colonialista, anti-yankee, de perpetua radicalización en cada país, en la dinámica constructiva de la solidaridad práctica militante del internacionalismo proletario, por la sociedad socialista de transición hacia el comunismo. En ella también, la creación artística es y será una obra, no para el pueblo, sino del pueblo.

En este proceso de determinación cultural y política, mi objetivo es analizar, superar y transformar siempre, de manera plenamente responsable y con todas las contradicciones que pueden surgir en cualquier momento en nuestro condicionamiento histórico respectivo y diferente.

Mi adhesión a la carta a favor de Padilla es en realidad una de esas contradicciones-errores : el intelectual que se siente obligado a intervenir en defensa de otro intelectual, como si existiera una « categoría privilegiada », que se siente obligado a actuar, empujado por un transporte « libertario », que puede justificarse retrospectivamente por el condicionamiento de situaciones erróneas europeas (relaciones siempre difíciles entre cultura y política, igualmente en los países socialistas europeos).

Esas relaciones no son correctamente planteadas, a mi entender, sobre todo desde la muerte de Lenin, y hacen nacer preocupaciones por las consecuencias políticas que afectan no los casos individuales, sino la relación cultural-política-pueblo-organización-gobierno-lucha de clases.

Este transporte 'libertario' euro-céntrico y superado, debe ser transformado en una nueva realidad de lucha de perspectivas necesarias, en una dimensión histórica revolucionaria, a la cual contribuyan, todos los países en lucha de liberación y toda la clase obrera y campesina.

Nuevas responsabilidades, nuevas participaciones, prácticas y creadoras, nuevas funciones culturales

son necesarias, en un mundo que se radicaliza constantemente en la lucha victoriosa contra el imperialismo americano.

Con mayor razón si ellas deben unir en el combate común, con mayor razón si podemos y debemos juntos contribuir a transformar dialécticamente los errores posibles, ganando nuevas victorias de la conciencia y de la práctica de la unidad revolucionaria comunista.

Una nueva vía revolucionaria se abre con el curso de clausura del congreso de la educación y de la cultura del Comandante Fidel Castro, celebrado en La Habana. En este período histórico debemos tenerlo en cuenta también en Europa.

Luigi NONO

Santiago de Chile, 4 — mayo.

m) *Telegrama de Luigi Nono a Juan Goytisolo*

En Santiago de Chile declaración mía sobre grave error político-cultural primera carta respecto Padilla Stop Te invito suspender publicación revista *Libre* financiada por Patiño verdadera ofensa mortal a mineros bolivianos y a todos compañeros de lucha latinoamericana Stop Nueva carta publicada en *Le Monde* 22 mayo es acto contrarrevolucionario contra Cuba revolucionaria socialista contra cultura política en lucha anti-imperialista como reciente Congreso Educación de La Habana y toda nueva lucha real latinoamericana demuestran Stop De regreso viaje mío Chile Perú Venezuela México Cuba en contacto directo con lucha radical socialista en toda América Latina invito firmantes nueva carta a la razón revolucionaria a la conciencia y práctica de la real lucha unida proletarios campesinos estudiantes europeos con compañeros revolucionarios latinoamericanos de otro modo ayudareis imperialismo agresor Stop Verdadera unión para la lucha socialista mundial impone salto cualitativo nueva función revolucionaria práctica también a la cultura europea si quiere reivindicar para sí a Lenin Gramsci Ho Chi Minh Turzio Lima Che Guevara Inti Paredo Mari ghela Fidel Allende Cabral Douglas Davis Seale sin ofenderles sin traicionarles a ellos y a toda lucha por comunismo.

Luigi NONO

Venecia, 22 de mayo.

Respuesta de Juan Goytisolo a Luigi Nono

Conozco el texto de tu declaración a Prensa Latina en la que lamentas haber puesto tu firma al pie de la primera carta de los intelectuales latinoamericanos y europeos que manifestaban públicamente su inquietud con motivo de la detención del poeta Heberto Padilla. A diferencia de la lluvia de autocríticas que últimamente nos llega de La Habana, la tuya, al menos, tiene la rara virtud de ser sincera : sin ninguno de los clisés de estilo policial que denuncian claramente en las otras la mano de sus verdaderos autores. Pero si los escrúpulos que la dictan me parecen dignos de respeto, me considero en la obligación de precisarte que no los comparto en absoluto.

Desde el triunfo de los métodos burocráticos del stalinismo a la muerte de Lenin, se repite hasta la saciedad el argumento maniqueo de que toda crítica de la praxis revolucionaria deviene automáticamente un arma peligrosa en manos de los enemigos de la revolución. Hoy, poseemos los suficientes elementos históricos para no alegar ignorancia respecto a los resultados desastrosos de semejante chantaje. Como escribía Trotsky : « ¿ Por qué, en 1917-1921, cuando las viejas clases dominantes resistían aún con las armas en la mano, cuando los imperialistas del mundo entero las sostenían activamente... se podía discutir libremente en el partido, sin temor, todos los problemas más graves de la política ? ¿ Por qué, en la actualidad, después de la intervención, de la derrota de las clases explotadoras, los éxitos indiscutibles de la industrialización, la colectivización de la mayoría de los campesinos, no se puede admitir la menor crítica a los dirigentes inamovibles ? ». Volviendo al caso que nos ocupa, es evidente que la difícil situación de Cuba, asediada desde hace doce años por el bloque criminal del imperialismo americano, ha impuesto a sus dirigentes una serie de medidas que implican, en la práctica, la eliminación de numerosas libertades y derechos inherentes a la futura sociedad comunista descrita por Marx, Engels, Lenin y Trotsky. Pero, como argumentaba ya Rosa Luxemburgo, « el peligro empieza sólo cuando hacen de la necesidad virtud y quieren congelar dentro de todo un sistema teórico las tácticas a las que se vieron forzados a recurrir por las circunstancias mencionadas, y desean recomendarlas al proletariado

internacional como un modelo de táctica socialista». ¿No es esto lo que hoy está sucediendo en Cuba? Cuando en 1965 Fidel Castro discutía con el periodista americano Lee Lockwood se mostraba partidario de la mayor libertad de discusión intelectual y opuesto a todo tipo de prohibiciones y listas negras en materia de libros y películas, evocando incluso la posibilidad de publicar en el futuro obras contrarrevolucionarias. Todavía en 1968, en el discurso de clausura del Congreso Cultural de La Habana, hizo un vibrante elogio del espíritu crítico de los intelectuales revolucionarios en contraposición al dogmatismo estéril de las nuevas Iglesias marxistas. Compara, amigo Nono, el texto de este discurso en el que, con manifiesta exageración, califica a los intelectuales europeos de únicos amigos de Cuba durante las horas dramáticas de la crisis de los cohetes, con el del pasado 10 de mayo, durante el Congreso Nacional de Educación y Cultura, en el que estos mismos intelectuales son tildados de cínicos, burgueses, contrarrevolucionarios o agentes de la C.I.A. por el mero hecho de haber expresado sus preocupaciones respecto a la detención de un poeta. De la lectura de la « confesión » de Padilla y la transcripción taquigráfica del acto celebrado en la U.N.E.A.C. resulta perfectamente claro que las nebulosas « actividades contrarrevolucionarias » del poeta se reducen, pura y simplemente, a un delito — privado — de opinión. Ahora bien, los actuales « crímenes » de Padilla, ¿no son los pasados del propio Fidel? ¿Por qué, entonces, la humillante autocritica del uno y no la del otro? Es sumamente posible que los intelectuales pequemos de vanidad, egocentrismo y megalomania, como señala el poeta en su sobrecogedora confesión kafkiana; pero los dirigentes, ¿se hallan siempre, *por definición*, exentos de semejantes defectos? Los soviéticos saben algo del tema cuando, aún hoy, aluden a los « errores » y « deformaciones » del período del « culto de la personalidad ». Pero quiero señalarte sobre todo que el dilema en el que pretendes encerrarnos — de comulgar con ruedas de molino con *todas* las decisiones de la dirección revolucionaria cubana o caer automáticamente en posiciones liberales-burguesas — no puede invocar los nombres de Lenin, Gramsci, Ho Chi Min, Turzio Lima, Che Guevara, Inti Paredo, Marighela, Allende, Cabral, Douglas Bravo, Angela Davis o Bobby Seale, y sí, en cambio, los de Stalin y de la actual dirección del P.C.U.S. « Para los dirigentes soviéticos — es-

cribe Teodoro Petkoff — socialismo es sinónimo de partido único, de partido omnipotente; de instituciones estatales representativas consideradas como objeto de poder y no como sujetos de él; de sindicatos reducidos a la condición de correas de transmisión; de prensa regimentada, de información limitada y paternalista; de realismo socialista y arte dirigido; de inexistencia de debate político; de nacionalismo gran ruso... »; pero, como añade el conocido líder del M.A.S. « ... el socialismo soviético no es el modelo único de socialismo y sus rasgos particulares no son rasgos comunes a todas las modalidades del socialismo y algunos de ellos ni siquiera pueden ser considerados rasgos del socialismo en general ». En el propio partido italiano, dentro del cual milita, Gian Carlo Pajeta ha denunciado igualmente con fuerza el argumento dogmático de identificar toda aspiración a nuevas formas de libertad y democracia socialistas, con posiciones liberales-burguesas.

Lamento, pues, rehusar la invitación que me formulas de suspender la publicación de *Libre*. Esta revista, que agrupa a los escritores más importantes de lengua española y cuya financiación no tiene ninguna de las implicaciones insidiosas que pretendes asignarle, se creó, justamente, para servir a la causa revolucionaria en América Latina. Como señalamos en la nota introductoria que figurará en el primer número de la revista : « Cada país tiene sus condiciones particulares. Como lo advierte el Presidente Allende, la lucha revolucionaria puede asumir la forma de la insurrección armada en el campo, de la acción urbana, o aún, como en el caso de Chile, de la vía electoral. Las apreciaciones generales sobre formas de lucha en América Latina tienen que ceder ahora el paso al análisis específico de cada realidad nacional, análisis que debe ser producto de una discusión ajena a todo dogmatismo y simplificación, a fin de que las vanguardias revolucionarias no resulten aisladas dentro del contexto político y social en que se mueven... Hay que crear, pues, condiciones propicias para la discusión y el diálogo. Contra la concepción stalinista de un marxismo sin debate, autoritario y dogmático, debe darse oportunidad al pensamiento revolucionario de expresarse y difundirse libremente. Es preciso discutir las diversas concepciones sobre vías, formas y objetivos de lucha, y facilitar a los teóricos e intelectuales revolucionarios un terreno común, muy amplio, para de-

batir sus ideas. Tal es el propósito y la razón de ser de *Libre*. »

Me serviré, finalmente, de tu infortunada referencia a los mineros bolivianos para señalarte que el Che Guevara — cuyo pensamiento, a través de una serie de inéditos, divulgamos en el primer número de *Libre* — murió en Bolivia abandonado por quienes, en nombre de una falsa ortodoxia revolucionaria y un incondicionalismo mal entendido, le discutieron el derecho de abrir un nuevo frente de lucha en América Latina y le negaron toda ayuda. Invoco este antecedente a fin de

recordarte que sectarismo, dogmatismo, burocratismo — tres maneras de decir stalinismo — son deformaciones que pueden hacer y en realidad hacen el juego a las fuerzas de la contra-revolución. Por eso, quienes invocando las mismas ortodoxias, se apresuran ahora a descalificarnos de antemano y en un clima de sectarismo delirante pretenden negar a los intelectuales latinoamericanos y europeos el derecho de abrir también un frente de lucha en el nivel no menospreciable de la palabra, deberían comprender que son sus posiciones, y no las nuestras, las que reclaman con urgencia una autocritica.

CeDInCI

I. La coyuntura internacional

Para comprender el surgimiento del gobierno popular en Chile y sobre todo su «viabilidad» histórica hay que partir de un análisis de la coyuntura internacional, particularmente continental, en que aparece. Esta realidad se caracteriza por la crisis norteamericana y consecuentemente los cambios tácticos de la política externa de este país, por la división de la clase dominante estadounidense y latinoamericana respecto de la política a seguir en estos países, por el cambio de la composición de fuerzas dentro del movimiento popular latinoamericano a raíz del surgimiento político a principios del 60 del campesinado y las poblaciones « marginales », por la reciente ofensiva del movimiento de masas que cambia sus métodos de lucha y su posición ideológica superando el populismo tradicional y, por el surgimiento debido a estos cambios de los vecinos gobiernos militares progresistas de Perú y Bolivia.

Pasemos a analizar muy ligeramente cada uno de estos aspectos.

Desde la segunda mitad de 1968 se hizo evidente que Estados Unidos estaba entrando en su más aguda recesión de la post-guerra, que ocurría en un período de acentuados gastos bélicos no habiendo por tanto la posibilidad de salvarla por medio de una política que expandiera el consumo y presupuesto militar como en las cuatro recesiones desde 1945. Por otro lado, esta situación era acompañada de una tendencia inflacionaria y de una aguda crisis internacional del dolor. Desde el punto de vista político, la recesión aparece en un período en que la combatividad del movimiento estudiantil, del proletariado empobrecido (blanco y colonizado), la de las mujeres y los intelectuales, generaba una campaña en contra de la política externa e interna de las clases dominantes norteamericanas. Las huelgas y movimientos obreros, causados por la inflación y el desempleo, se venían a sumar a un ambiente de por sí cálido que podía alterar y en el futuro transformar la estructura de la vida política de ese país.

A una situación interna tan desventajosa económica como políticamente se agrega una situación internacional bastante difícil. En primer lugar, la derrota en Vietnam que se extiende a toda la región Indochina; en seguida, una ola revolucionaria no sólo en el tercer mundo pero inclusive en Francia, Italia y otros países europeos; y lo que se refiere a América Latina, una ofensiva nacionalista que in-

cluye los gobiernos más sumisos y una creciente movilización popular. Por último, dentro del bloque imperialista se ponen en evidencia serios roces internos con Japón, Francia y también Alemania, que hacen cada vez más precaria la situación de un país en crisis que busca asegurar a toda costa su hegemonía dentro del sistema capitalista mundial, viéndose obligado a mantener, para no perder su liderazgo un precio artificial del dólar pagándolo con altos sacrificios de su pueblo y con una baja en sus exportaciones.

En una situación externa e interna tan desfavorable no se podía esperar de Estados Unidos una política agresiva en el plano internacional. Su agresividad será siempre el resultado de una acción desesperada, que se da en términos empíricos y vacilantes (como las invasiones de Camboya y de Laos). El conjunto de la política norteamericana desde 1968 es esencialmente defensivo y tiene como propósito evitar la creación de nuevos focos de enfrentamiento y preservar su posición por medio de nuevas alas y nuevas fórmulas políticas. Su objetivo estratégico es esperar una coyuntura internacional más favorable para retomar el terreno perdido a través de nuevas ofensivas políticas, económicas y militares que le permitan mejorar su posición. En el caso latinoamericano, su preocupación fundamental es no presionar demasiado a los gobiernos reformistas para no obligarlos a un enfrentamiento con Estados Unidos que los transformaría en una nueva Cuba¹.

Frente a esta situación crítica, cuya demostración no podemos profundizar por la brevedad de nuestro ensayo, la clase dominante norteamericana se encuentra dividida. El sector más atrasado busca retroceder en el plano internacional y volverse para el interior de Estados Unidos, siguiendo las demandas de los pequeños y medianos propietarios del país mientras que el otro sector, busca crear las condiciones para una modernización doméstica e internacional basándose en los intereses de las empresas multinacionales. El gobierno Nixon, a pesar de que intenta conciliar ambas tendencias, expresa mucho más los intereses del primer grupo. El gran capital internacional busca crear las bases de una política audaz de social-

(1) Hemos analizado detenidamente esta coyuntura en un libro a publicarse por Editorial P.L.A. : *América Latina y la Crisis Norteamericana*.

democratización de Estados Unidos que lograra captar el apoyo del movimiento estudiantil, del proletariado colonizado negro, portorriqueño y mexicano, de los movimientos anti-militaristas y femeninos, y de los gobiernos reformistas de los países dependientes. Trata de crear una política de apertura del mercado norteamericano al tercer mundo y de favorecimiento a la industrialización basada en el capital norteamericano o europeo-norteamericano o en su alianza con el capitalismo de Estado a través de empresas mixtas. Así quisiera asumir el liderazgo del profundo movimiento popular que crece a ojos vistas en todo el mundo, como fruto de la incapacidad del capitalismo de responder (al menos en su forma actual, según creen ellos) a los enormes problemas planteados por el desarrollo de sus propias contradicciones.

Por otro lado, son evidentes los efectos de tales cambios políticos en las alianzas de clases en América Latina. El gran capital internacional está dispuesto a jugarse por las viejas oligarquías agrarias, mineras y comerciales ligadas a las estructuras primario-exportadoras de América Latina. Esta actitud incluye la entrega de las empresas norteamericanas de este sector siempre que su nacionalización se pague en términos razonables. Si el gran capital recela patrocinar directamente una política de este tipo por su posible radicalización, está sin embargo plenamente dispuesto a aceptarla y aún a apoyarla siempre que fuera ejecutada por gente de su confianza. Esto no excluye, evidentemente, el favorecimiento y estímulo de una política represiva con la condición de que se ajuste a las necesidades de la modernización económica y social, que sirva a la expansión de la inversión extranjera en sus nuevas formas, como es el caso típico de Brasil. Esto no significa que no persistan conflictos entre el gran capital internacional y ciertas pretensiones subimperialistas y estatizantes de los militares brasileños.

En este cuadro internacional tiene una gran importancia el cambio de composición de fuerzas del movimiento popular latinoamericano que se hizo patente en el transcurso de la década de 1960. En este período los campesinos emergieron de su relativa pasividad y se convirtieron en una fuerza política muy respetable. La revolución cubana ya había demostrado que esta fuerza tendía a transformarse en un poderoso aliado del movimiento obrero permitiendo superar el liderazgo que habían ejercido sobre el movimiento popular la pequeña burguesía y la burguesía industrial, inaugurando

de esta manera una etapa de revolución socialista en América Latina. Frente a esta situación el gran capital internacional intentó a través de la Alianza para el Progreso crear las condiciones para que los líderes reformistas locales asumieran el control político de este movimiento. Las políticas de reforma agraria de Frei, de Belaúnde, de Betancourt y el pacto campesino-militar de Bolivia fueron, entre otros, ejemplos muy convincentes de este intento de someter el campesinado latinoamericano a una dirección nacionalista burguesa de corte reformista, buscando crear en el agro una capa de campesinos ricos o acomodados para que se convirtiera en una arraigada fuerza contra-revolucionaria.

Es innegable que esta política, aliada a la « acción cívica » de los militares en el campo, la represión al movimiento guerrillero y el uso del golpe militar siempre que se arriesgara perder el control político de la situación, obtuvo importantes victorias inmediatas. Pero al fin de la década su magia había desaparecido: se deterioraba debido al fracaso sistemático de todos los gobiernos reformistas latinoamericanos, el último de los cuales era precisamente el de la democracia cristiana chilena.

Estos factores permiten al movimiento popular latinoamericano desde 1968 recobrar la iniciativa que había perdido durante buena parte de la década (ofensiva política, militar y económica, de Estados Unidos y otros factores internos que no nos cabe comentar aquí¹). De hecho, en todo aquel período el movimiento popular veía destruirse su viejo liderazgo populista-nacionalista sin generar los instrumentos teóricos y organizacionales para proponer una alternativa independiente. Lo que estaba más a mano era una interpretación de la revolución cubana que la veía originarse en un « foco », es decir, una guerrilla móvil que desafiaba el poder central y se convertía al principio en un poder militar alternativo para transformarse en seguida en un ejército. No cabe discutir aquí si esta interpretación encuentra respaldo en los acontecimientos revolucionarios de Cuba. El hecho es que tal concepción no ofrecía un instrumento de organización *de clase* a un proletariado urbano y rural que estaba en proceso de radicalización y que tendía a rechazar la ideología reformista que lo orientaba. Al final de la década, sea por su

(1) Un estudio sistemático del período se hace en la introducción de Vania Bambirra al libro : *Diez Años de Insurrección en América Latina*, Editorial P.L.A.

propia iniciativa, sea por el amplio debate ideológico que se desarrolló en el periodo, o por los sucesivos fracasos de los intentos foquistas. El movimiento popular latinoamericano se fue movilizándose bajo nuevas formas. En 1968 y 1969 violentas explosiones populares expresaron esta radicalización que buscaba una vanguardia capaz de organizarlo y conducirlo revolucionariamente. En general, este proceso se expresará por los instrumentos que encuentre a mano: en México y Brasil, el movimiento estudiantil que obviamente no puede llevarlo a sus últimas consecuencias por sus debilidades organizativas e ideológicas; en Argentina, a través del movimiento sindical peronista cuyas limitaciones sobre todo ideológicas (a pesar de sus avances recientes) y secundariamente orgánicas, permite obtener solamente victorias parciales; en Colombia y la República Dominicana, por medio de caudillos populistas revividos debido al vacío político de la izquierda; los liderazgos militares que en el caso de Perú llegan al poder en contra de una movilización popular aprista que las lleva a reforzar el aparato estatal paralizando la participación del pueblo, mientras que en el caso boliviano estos líderes militares se ven frente a una presión de masas constantes y cada vez más organizadas e independientes. Por fin, en el caso chileno, el movimiento popular se canaliza a través de una estructura partidaria muy sólida reforzada por la radicalización de sectores de organizaciones pequeño-burguesas que vienen a sumarse a los partidos obreros bien definidos y que habían ajustado su programa a este proceso de radicalización general.

Es importante constatar que la aparición de dos gobiernos militares de carácter progresista, y bajo fuerte presión popular en el caso de Bolivia, cambió al final de la década la correlación de fuerzas en América Latina de manera bastante sustancial. Por más limitado que sea el programa reformista de estos gobiernos no pueden de ninguna manera servir a maniobras contra-revolucionarias en contra de Chile. Por fin, las victorias evidentes aunque parciales del movimiento obrero argentino impedían también cualquier maniobra contraria al mandato de la Unidad Popular. Así, el conjunto de la situación internacional y continental favorecía enormemente la ascensión de un gobierno popular en Chile como ya había permitido otros menos consecuentes pero igualmente avanzados e «inconcebibles» hace cuatro años en América Latina.

II. La coyuntura chilena y la UP

Pero si los factores externos jugaron un papel importante en la creación de la «posibilidad» de que exista un gobierno de unidad popular en Chile, no explican por qué se produjo este hecho histórico. Sólo el análisis del desarrollo de la lucha de clases dentro de Chile que, siendo condicionada por la situación internacional, es específicamente diferente al caso peruano, boliviano argentino, y opuesta al brasileño, y de las determinaciones internas de la victoria de la U.P., puede iluminar lo que pasa actualmente en Chile y sus perspectivas. Creemos que son 4 los factores fundamentales que explican la llamada experiencia chilena: el hecho de que el reformismo demócrata-cristiano haya sido relativamente consecuente con su programa lo que sin embargo no impidió su fracaso; la profunda división de la clase dominante chilena que además de inscribirse en el cuadro general de la división de la clase dominante latino-americana tiene una larga trayectoria histórica, y se hizo más grave en la medida en que se aplicaba una parte significativa del programa de la democracia cristiana; la comprensión de las fuerzas básicas de la Unidad Popular de la necesidad de reformular el programa nacionalista y democrático con el cual concurrió a las elecciones de 1964 por un programa cuyo objetivo era crear las bases del socialismo, diferenciándose claramente del reformismo demócrata cristiano y al mismo tiempo neutralizando las oposiciones foquistas en plena decadencia después del asesinato del Che Guevara en Bolivia. Por fin, la especificidad de la estructura partidaria e institucional chilena hacía muy viable una victoria de la izquierda en las urnas y su ascensión al poder, factor decisivo para que el pueblo confiara en el sentido práctico de apoyar una campaña electoral con un programa revolucionario. Analizamos rápidamente cada uno de estos factores.

Los analistas de la campaña de 1964 en Chile, sea de la derecha, del centro o de la izquierda, afirman unánimemente la gran identificación entre el programa de la democracia cristiana y del F.R.A.P. (que reunía a socialistas y comunistas). La democracia cristiana representaba al sector más avanzado del reformismo latinoamericano. Sin embargo, seis años de este tipo de gobierno demostraron lo que se había hecho notorio en toda América Latina: el reformismo burgués sólo facilita la penetración del gran capital interna-

cional, acentúa la concentración y monopolización de la economía, obliga a reforzar el poder político central, aumenta la manipulación de las masas, no permitiendo, por otro lado, resolver adecuadamente las demandas del campesinado y de las poblaciones «marginales» que el propio reformismo moviliza en contra de las fuerzas de izquierda, cuyas raíces principales se encuentran en el movimiento obrero y asalariado en general. Al contrario de otros países, la izquierda chilena buscó orientar el movimiento popular hacia una constante presión sobre la democracia cristiana para que realizara su programa hasta las últimas consecuencias, marcando simultáneamente su total independencia. Al final del periodo quedaba claro que sólo la izquierda podría realizar las transformaciones revolucionarias que el pueblo ansiaba cada vez más.

Además, los pocos intereses latifundistas y oligárquicos que fueron afectados por la democracia cristiana bastaron para crear una brecha muy profunda con sus aliados de derecha que habían apoyado firmemente a Frei en la elección anterior. El evidente desprestigio del partido de gobierno frente a sus propias bases era otro factor que instaba a la derecha a buscar su propia meta. Sin confianza ideológica y política en la democracia cristiana y temerosa de una victoria de la izquierda, la derecha se vio en la obligación de aventurar su propio camino después de haber coqueteado sin resultado con el golpe militar.

En tanto se dividía la derecha, la izquierda se unificaba en torno a una reformulación programática muy profunda que asimilaba las inquietudes de las fuerzas de izquierda más avanzadas en América Latina que habían hallado su expresión en un amplio estudio teórico de la realidad latinoamericana que demostraba cabalmente la inviabilidad del derrotero democrático-burgués para América Latina. Con un programa que establecía la destrucción del monopolio (no sólo extranjero sino también nacional), del latifundio (no se habla más de un feudalismo inexistente) y de la dependencia (que ya no se veía como fenómeno externo sino como condicionante de las estructuras internas) la Unidad Popular daba un paso programático que no siempre correspondía a cambios en su método de acción, de pensamiento y de lucha pero que marcaba una clara línea diferenciadora entre ella y el conjunto de las fuerzas políticas burguesas y ofrecía incluso un camino más claro a la pequeña burguesía a la cual se le prometía pro-

tección hasta que sus empresas pudieran integrarse dentro de la propiedad socialista. Al contrario de lo que muchos piensan, la clara definición socialista del programa de la U.P. y la definición de un periodo transitorio donde se preveía claramente la colaboración de la pequeña burguesía y se le otorgaba seguridades bajo la hegemonía del proletariado, permitió ganarse un sector de esa capa social representado por el grupo que se quedó en el Partido Radical, y facilitó la radicalización de los sectores que se desprendieron de la Democracia Cristiana y formaron el MAPU, integrándolo al mismo tiempo a la Unidad Popular. Así, la Unidad Popular de un lado radicalizaba su programa y de otro, en una aparente contradicción que no era tal, ampliaba sus bases sociales al extender la composición del frente electoral sin conceder la hegemonía de la clase obrera expresada en el objetivo socialista del programa y en la afirmación de la posición central de los partidos obreros en el frente.

Esta estrategia permitía derrotar las posiciones foquistas e izquierdistas que no podían atacar sino muy limitadamente el programa de la Unidad Popular y su concepción general. Los puntos débiles, que de hecho existían, no podían ser criticados desde una posición foquista, sino sólo desde una posición revolucionaria de masas. Tales debilidades eran la falta de organización de un poder popular, la ausencia de una movilización independiente de las masas, el excesivo control partidario, y sobre todo el peligro de crear una ilusión de que una victoria electoral permitiría tomar el socialismo a través de la penetración del aparato estatal democrático-burgués sin destruirlo.

Las posiciones foquistas se debilitaban aún más frente a la evidente especificidad de la estructura partidaria e institucional chilena que era aún más arraigada que su modelo europeo. La pasión chilena por las elecciones y los procesos legales que corresponden a un viejo empate de fuerzas políticas y un arraigado sistema de sutiles alianzas y compromisos fundados en una consulta constante de las bases a través de elecciones, disminuía considerablemente la posibilidad de una concepción golpista pura de la derecha. Así el M.I.R. que entró en un desvío foquista entre 1967 y 1970 en la práctica no abandonó totalmente sus posiciones de masa realizando importantes experiencias de organización semi-militar de sectores «marginales» y campesinos que le restaban base a la democracia cristiana e inauguraban formas de lu-

cha nuevas más adaptadas a las condiciones chilenas, a pesar de su carácter aún experimental y de los errores que el propio M.I.R. buscó corregir posteriormente.

Así, el conjunto de la situación chilena y el desarrollo de la lucha de clases en el país encuentra una expresión en la estructura partidaria existente y en el proceso electoral. La posibilidad histórica de un gobierno progresista se realiza a través de la victoria electoral de la Unidad Popular que plantea crear las bases para el socialismo en Chile. Al superar la primera etapa se creaban muchos problemas nuevos. Esto se podía advertir por la expresión grave que presentaban los militantes comunistas y socialistas más responsables en el día de la victoria electoral. Una gran cantidad de dudas e interrogantes se abrían. ¿Sería posible llevar adelante este programa con una base electoral y organizativa tan frágil? Sí, las condiciones internacionales lo permitían así como el desconcierto de las clases dominantes chilenas. ¿Cómo impedir que el contenido reformista del programa no se transformara en su objetivo final abandonando su contenido socializante? Esta pregunta aún no ha sido respondida por la práctica política chilena.

III. Los primeros pasos

Como hemos visto, hay una gran unidad de fuerzas sociales dispuestas a destruir el viejo orden primario-exportador en América Latina y hay sobretodo un profundo anhelo de transformaciones por parte de las masas populares que todos los partidos buscan reflejar. Esta realidad se expresó muy claramente el día de la victoria de la Unidad Popular. Jóvenes y pobladores demócrata cristiano salieron a las calles a celebrar alegremente el triunfo de la Unidad Popular. Por otro lado, buscando expresar este mismo sentimiento de sus bases, el candidato demócrata cristiano se apuró en abrazar a Allende. Era muy difícil convenir a las bases populares de la democracia cristiana que eran legítimas las aprehensiones de sus núcleos de clase media alta y burguesía. Para no dividir al partido sólo había una solución: presentar a la democracia cristiana como respetuosa del resultado electoral y como garantía de mantención de la legalidad burguesa. En este momento se elaboraba una estrategia de flexibilidad reformista y rigidez institucional que buscaba

enredar a la Unidad Popular en un esquema que tenía como propósito liquidar el carácter revolucionario de su gobierno llevándolo al desgaste a largo plazo. La democracia cristiana no ha logrado mantenerse siempre fiel a esta táctica. Su sector derechista ha abierto una violenta campaña anti-comunista sobre todo durante las elecciones municipales de Abril (1971) ganando la hegemonía del partido hasta el momento. El relativo fracaso en estas elecciones ha revigorizado la facción que defiende la flexibilidad (Frei abandona el país, entrega el partido a Tomic, declaraciones «populistas» de la Juventud D.C.).

El crecimiento de una posición golpista desesperada en el seno de la clase dominante ha constituido hasta el momento la principal fuerza de cohesión de la izquierda incluyendo a la izquierda revolucionaria que buscó ponerse en la vanguardia de la lucha anti-golpista utilizando su servicio de inteligencia para infiltrar el aparato golpista y denunciar sus maniobras. La existencia del golpismo ha permitido también una utilización revolucionaria hasta el momento de la legalidad burguesa. La izquierda habla hasta el momento en nombre de la legalidad en tanto la derecha repite la célebre frase burguesa: «la legalidad nos mata». Mucho más sabia aparece por lo tanto la política que siguió el sector tomicista de la democracia cristiana al buscar disolver el carácter revolucionario del programa de la U.P. en un esquema legalista que en vez de matar la derecha mate la revolución. En la medida que este esquema triunfe la U.P. se encontrará en la necesidad de contar con el apoyo demócrata cristiano para realizar las reformas y por tanto se vería obligada a transar con el partido la intensidad de su política llevándola a un ablandamiento y una pérdida de ritmo que la condenaría al fracaso.

Hasta el momento la política económica de la Unidad Popular ha permitido sin embargo profundizar las transformaciones sin la necesidad de un apoyo parlamentario fuerte y sin una gran movilización de masas. Esta política se ha caracterizado por un ritmo relativamente rápido de nacionalizaciones, por una drástica política de precios que permitió una efectiva redistribución del ingreso, por un acelerado proceso de expropiación de tierras. Otro campo donde los planes del ejecutivo se han llevado a cabo sin grandes problemas es en la política externa donde la independencia nacional ha significado en la práctica una aproximación al bloque socialista sin hostilizar

el bloque capitalista y sin dejar de plantear una posición crítica frente al imperialismo en América Latina. En el plano cultural, la existencia de un gobierno de Unidad Popular ha provocado una profunda concientización de amplios sectores populares y de la juventud pequeño-burguesa así como un importante estímulo aún no expresado en frutos concretos al trabajo intelectual, científico, literario y artístico.

Esta política ha permitido absorber en gran parte la presión de los sectores menos atendidos en la actual fase de aplicación del programa, tales como las capas menos avanzadas del proletariado (los trabajadores de las pequeñas empresas, del sector de servicios de baja estabilidad y que representan una parte sustancial de las poblaciones «marginales» y además la mano de obra desempleada y los sectores más atrasados del campesinado). Todos estos sectores significan un factor de movilización que puede poner en peligro la disciplina y cuestionar el camino legal. Para que esto no suceda se hace imprescindible que el programa de la Unidad Popular busque absorber estos sectores rápidamente, lo que exige una ampliación del control estatal sobre los sectores más atrasados de la economía sin que necesariamente tenga que nacionalizarlos. La organización de la clase obrera por ramas, la realización de contratos de trabajos que garantice la producción de las pequeñas empresas y sobre todo el aumento de la producción de bienes de consumo como consecuencia del crecimiento generalizado del poder adquisitivo debido a la política de redistribución del ingreso, buscan resolver en la etapa actual el problema de las pequeñas empresas y de los sectores atrasados de la economía. Si bien con esto se disminuye la presión, no se da una solución a largo plazo. La deficiencia de la política de construcción entorpecida por las resistencias del aparato estatal demócrata cristiano heredado por el Ministerio de Vivienda no ha permitido poner en funcionamiento otro importante mecanismo de creación de empleo y de activación de la economía. Todo esto revela sin embargo que la Unidad Popular ha logrado hasta el momento paralizar presiones sociales extremadamente graves sin perder el apoyo popular en favor de la derecha que buscó acaudillar estos sectores sin grandes resultados ni en favor de la izquierda revolucionaria que logró movilizarlos sin querer crear demasiadas dificultades para el gobierno. Estas presiones son sin embargo muy saludables para el fu-

turo político chileno y aseguran que el proceso de cambios no se estanque ni se quede en meras decisiones burocráticas.

El otro sector de movilización popular fue el campesinado más explotado como los mapuches y sectores del sub-proletariado agrícola dispuesto a obligar a una rápida expropiación de tierras independientemente de los planes del gobierno. La presión por la tierra de estos sectores ha permitido un gran avance del M.I.R. y de sectores más radicales de la Unidad Popular en el campo, y ha forzado el gobierno a agilizar la estrategia agraria. Al mismo tiempo el gobierno ha buscado evitar una crisis agraria (que la derecha buscó crear a toda costa) al garantizar el financiamiento de las cosechas del próximo año agrícola sin que esto signifique una concesión de principios a los propietarios.

La capacidad del gobierno de absorber todas estas presiones populares se debe sobre todo al acierto de su política de precios, a la firmeza de las nacionalizaciones y de las expropiaciones de tierras, pero también a las facilidades que trajeron las reservas de dólares creadas por el aumento del precio del cobre a raíz de la guerra del Vietnam y del relativo fortalecimiento del poder de negociación de los países dependientes en el plano mundial debido a la crisis norteamericana. Todo esto produce una coyuntura extremadamente favorable, que además de permitir avances concretos sin grandes conmociones sociales, puede por otro lado fomentar la ilusión de un fácil proceso de cambios graduales que liquidaría todos los logros realizados hasta el momento.

Por fin, es necesario considerar que ninguna medida tomada hasta ahora tiene un carácter socialista. Todas ellas crean, como lo plantea el programa, las condiciones para el socialismo pero por sí solas no garantizan mecánicamente el paso hacia la próxima etapa. Por esto estas iniciativas pueden realizarse pacíficamente en el marco democrático-burgués siempre que haya una situación favorable y una hegemonía obrera consecuente (pues ha sido demostrado que los partidos pequeño-burgueses y burgueses no son capaces de llevar adelante ni siquiera estas medidas destructivas del orden primario-exportador por tener sus consecuencias últimas). En el seno de las experiencias que atacan este orden van emergiendo las medidas de carácter constructivo que tienden a inscribirse en el nuevo orden socialista. Las experiencias aún elementales de co-gestión obrera-

estudiantil en las empresas nacionalizadas y en la Universidad, de formación de sectores planificados (como el acero) van surgiendo de manera inconexa en busca de una forma de expresión más orgánica que permita el paso siguiente al socialismo.

IV. Perspectivas de la experiencia chilena

El resultado de las últimas elecciones de regidores en todo el país ha confirmado una clara tendencia reformista del pueblo chileno al entregar una mayoría de 51 % a la Unidad Popular a la cual se debe agregar un sector reformista de la democracia cristiana. Por otro lado, sin dar un paso atrás, no se ha expresado un aumento del Partido Comunista y no se puede saber con certeza la fuerza ideológica que está detrás del crecimiento del Partido Socialista cuya posición de apoyo al programa socialista es bastante clara, pero que puede haber atraído buena parte de los votos por ser el partido del Presidente. De cualquier forma es bastante claro el respaldo mayoritario en la fase destructiva del programa y hay seguridad de que existe una base para la etapa siguiente de carácter socialista.

Esta afirmación demuestra que es « posible » la transición hacia una *etapa* de construcción socialista pero no asegura de ninguna manera su realización sin que se operen cambios cualitativos en la conciencia y en la organización de las masas. El paso hacia una etapa socialista crea contradicciones nuevas cuyo carácter hay que tener en cuenta para no caer en un esperancismo pequeño-burgués. La cuestión fundamental no está en el carácter pacífico o no pacífico de la transición al socialismo. Es evidente que una revolución es más o menos pacífica dependiendo de la fuerza del movimiento popular y de la fuerza de la clase dominante y la violencia que ella oponga a la revolución popular. La clase dominante chilena ha buscado neutralizar el carácter revolucionario de la Unidad Popular, por un lado, y por otro ha conspirado en contra de ella acentuando en la propaganda el sentido amenazante de sus medidas para justificar una resistencia ilegal y la conspiración que se continúa desarrollando a la luz del día (y también en las sombras). De hecho, al lado de las « estrellas » de la conspiración hay otra conspiración más profunda, más a largo plazo, más

« moderna » y más realista que desconfía del carácter fácil de la actual oposición de derecha y que conforma las bases de un consecuente fascismo latinoamericano y quizás mundial en renacimiento y que buscará expresarse en la medida que fracase el gobierno de la Unidad Popular, canalizándose entonces los descontentos de la pequeña burguesía y aun de sectores subproletarios y desempleados. Es decir, tal fascismo sólo logrará imponerse si la Unidad Popular no desarrolla la fase socialista de su programa y se deja enredar en la táctica de flexibilidad y de compromiso. Por lo tanto, la viabilidad de una oposición de derecha es en primer lugar un problema político y sólo en segundo lugar un problema militar. O, puesta la cuestión del otro lado, la viabilidad de una transición hacia la etapa socialista es en primer lugar un problema político y sólo en segundo lugar una cuestión militar.

Esto significa que se trata sobretodo de crear un poder popular capaz de permitir el paso hacia el socialismo. Este poder tiene que existir al lado del poder democrático-burgués para sustituirlo en el momento preciso sin quebrar necesariamente las tradiciones institucionales. La realización de un plebiscito que convocase una asamblea constituyente de trabajadores de la ciudad y del campo, de estudiantes e intelectuales puede permitir un paso legal hacia una nueva institucionalidad socialista siempre que haya una fuerte organización popular capaz de respaldar este avance y se haya creado en la práctica el nuevo poder que se quiere instituir. Se puede pues romper con una legalidad sólo en nombre de otra legalidad que no está sólo en la cabeza de la gente sino que tenga una práctica social concreta. Esta sería la legalidad del poder obrero en las fábricas y en las empresas del poder estudiantil, en las Universidades, del poder campesino en las haciendas, del poder popular en los barrios, del poder estatal en las empresas nacionalizadas, en la propiedad del sistema bancario y en el control del comercio exterior, en el debilitamiento real del poder económico e ideológico de la derecha.

El problema más grave que deberá enfrentar el paso hacia una etapa socialista es el debilitamiento de uno de los principales aliados de la fase destructiva actual. Se trata de la necesidad de obligar a un amplio sector de las clases medias y de la pequeña burguesía (que ejerce actividades absolutamente inútiles dentro y fuera del Estado) a desempeñar tareas productivas. Hay que

cambiar la economía del campo desplazando hacia áreas rurales complejos agrario-industriales que reorienten la irracional distribución de la población en las grandes ciudades debido a las deformaciones creadas por el desarrollo dependiente. Hay que disminuir el ingreso de muchos sectores, hay que quebrar el aparato estatal esencialmente pletórico y burocrático, hay que cambiar profundamente el comportamiento y el modo de razonamiento idealista de la pequeña burguesía, etc. Esto implica una política de ataque a un amplio universo cultural y a los privilegios de la clase media asalariada que influye poderosamente en los propios partidos de izquierda y aun en la clase obrera.

Sin duda el sector afectado más importante en la transición al socialismo, sería el sector militar, el cual tendría que romper violentamente con su formación ideológica anticomunista, educarse en el trabajo productivo junto al pueblo y someterse a una disciplina de origen popular, que no es compatible con la disciplina prusiana. Esto supone un amplio trabajo de revisión ideológica de las Fuerzas Armadas en su conjunto.

La etapa de destrucción afecta los intereses y privilegios de una minoría de grandes propietarios, muchos de ellos extranjeros. En cambio, la

etapa socialista afecta intereses y privilegios de amplias capas sociales que están incluso en el liderazgo de los partidos de izquierda, y provoca no una distribución de lo expropiado de la gran burguesía sino una redistribución en el seno del propio pueblo (en gran parte atenuada por las posibilidades de hacer una acumulación de capital basada en parte en la ayuda externa con la cual no contó, por ejemplo, la Unión Soviética, lo que condujo a un enfrentamiento muy fuerte con el campesinado en la etapa de socialización forzada). Todas estas dificultades son superables si hay una fuerte conciencia de clases e independencia organizativa de la clase obrera, un fuerte poder obrero y popular y un importante proceso de educación.

Vemos así que tres son los factores que pueden permitir el salto hacia una etapa socialista sin una conmoción interna violenta: la existencia de un apoyo internacional fuerte, un gran desarrollo superestructural de la educación socialista de las masas y sobre todo un poder obrero y popular que se gesta y se afirma antes de la toma definitiva del Estado. Ninguno de estos se encuentra suficientemente desarrollado todavía. El estudio de la « viabilidad » de que estos factores operen en Chile sería motivo para otro artículo. Queda planteado el problema para una amplia discusión.

Antiguo asistente de Bresson, el argentino Hugo Santiago es el director de la película « Invasión », recientemente presentada en París. El guión de este film fué escrito con la colaboración de Jorge Luis Borges. Con este motivo, LIBRE entrevistó a Hugo Santiago. Estas son las respuestas a las preguntas que le formulamos.

¿Cómo se relacionó usted con Borges? En 1967, cuando terminaba en Buenos Aires mi segundo corto-metraje, conocí a Adolfo Bioy Casares y le hablé de mi proyecto de film: un somero esquema narrativo, un esbozo de la estructura general y varios temas a desarrollar. En ese entonces — un año después de mi regreso de París, donde había vivido entre el 59 y el 66 — guardaba recuerdos más bien emocionados de sucesivas charlas con Borges, diez años antes. Muy adolescente y entusiasta, había escrito como todo el mundo abundantes poemas que le sometí (y que felizmente no se publicaron nunca). Pero fué Bioy quien, la noche misma de nuestro primer encuentro, presentó el proyecto a Borges. Quizá yo no esperaba de ellos más que algunas horas de conversación: discusiones, consejos. En cambio se interesaron mucho y decidimos trabajar juntos. El guión nos ocupó más de un año, — pero Bioy Casares tuvo que viajar a Europa y nos quedamos solos, Borges y yo —.

L. Los espectadores europeos, usted debe saberlo, alimentan determinadas expectativas con respecto al cine latinoamericano: lo consideran según determinados criterios políticos, sociales o morales. Un film como « Invasión » ha podido desconcertarlos?

H.S. Quizá. Y no quiero detenerme ahora en aquellas expectativas folklóricas que la mejor literatura latinoamericana ha felizmente disipado. En cambio lo que sí habría que debatir — y no solamente en el área latinoamericana, aunque en ella se hace inevitable dadas las famosas expectativas — es la necesidad del así llamado « discurso directo. » Dejemos también para otra día una vasta discusión imprescindible, discusión eminentemente ideológica, sobre la eventual eficacia de un « cine político de discurso directo », que desprecia la conciencia de su propia forma (su propio lenguaje) supuestamente en beneficio de la eficacia de ese discurso. Y para ir anunciando mi juego, quizá lo

mejor sea que los hable un poco de la propuesta de « Invasión » — donde mis naipes ya van estando a la vista —.

Se trataba de organizar una materia cinematográfica que iba a exigir varias lecturas, pero no lecturas sucesivas sino lecturas que se remitirían unas a otras, que se responderían obligatoriamente.

Esquematisando un poco, enumero ahora los diferentes niveles: sin duda el más evidente es el de la « aventura fantástica »; el segundo correspondería a la inserción de esta aventura en el contexto de la realidad social, económica, por lo tanto política, de la Argentina y especialmente de Buenos Aires. Y hay una tercera, cuarta, X lecturas, todas específicas, exclusivamente cinematográficas.

La aventura fantástica: es sobre todo a nivel de la narración que trabajé con Borges y Bioy: el intrincado relato es en realidad muy simple y su desarrollo ineluctable. Digamos que el género fantástico argentino, los géneros fantásticos, no son ni simbólicos ni alegóricos — a diferencia de lo que ocurre a menudo en otros países de América Latina —. Para mí, lo fantástico es un medio de penetrar, de atravesar lo real, para llegar a otra realidad que no es nunca evidente. Cada país, cada región, incluso cada ciudad — Buenos Aires es el mejor ejemplo — tienen su pasado, su cultura, sus problemas extremadamente complejos. ¿Cómo no considerar la « originalidad » de una capital que, con sus suburbios, cuenta casi 11 millones de habitantes, en un país que no excede los 23? ¿Cómo olvidar que buena parte de esos 11 millones son sectores de clase media, que han jugado un rol muy importante en la historia de nuestro país, y que hoy intentan seguir jugándolo pero velando ahora — con su pretensión de liderazgo — las reales líneas de conflicto? Los protagonistas de « Invasión » pertenecen a esa pequeña burguesía liberal que, aún invocando las mejores intenciones, termina por « hacer el juego ». Está fuera de la Historia, es toda una concepción del mundo que está fuera de la Historia. « Invasión » es para mí un verdadero entierro, el entierro de cierto Buenos Aires. Y habría que hablar ahora de la lectura específicamente cinematográfica: el juego de correspondencias de las imágenes entre sí, de los sonidos entre sí, de imágenes y sonidos que se inter-modifican. Es ésta la lectura que privilegio.

Existía también, desde el principio, la voluntad de no establecer ningún discurso, — aún en el sentido más noble —. Yo no hago discursos: trato temas con imágenes y sonidos. El cine es para mí una disciplina de la poesía y, como tal, un sistema de conocimiento.

L. ¿Pero en qué medida esas lecturas de las que habla son accesibles al público cinematográfico « no especializado »?

H.S. Sólo pido atención; una atención particular, por cierto. Pero permítame que dé un rodeo para contestarle.

Antes hablé de jerarquías. Es asombroso constatar que, mientras todos los trabajos lingüísticos de vanguardia remiten continuamente al texto, de los films se habla « de memoria »: el recuerdo, aún inmediato, es un buen pretexto para lanzarse en discursos al margen, que abandonan el texto fílmico para que cada uno pueda contar su propio film, sus propios amores, su clara visión del universo.

Ibn Khaldún ya sabía que « la poesía no se hace con ideas, se hace con palabras ». Y si nos remitimos exclusivamente al cine, el cine que es sólo sonidos; y sombras, formas, colores proyectados en un rectángulo luminoso, debemos constatar que los verdaderos problemas comienzan por ser problemas de percepción — dada la percepción inmediata que exige específicamente la materia que se propone —.

Nuestros hijos, que habrían recibido en pocos años imágenes y sonidos (t.v., cine) que nosotros, ratas de cinemateca, en toda nuestra vida (y eso, casi contemporáneamente al proceso constitutivo del sistema de conceptualización) sabrán ver y oír y establecer relaciones aparentemente secretas, mucho mejor que nosotros. Y sus hijos mejor que ellos.

Cuando gracias a nuevos medios técnicos, mucho más baratos y manuales, pueda filmar casi quien quiera hacerlo (y aparecerán así los Rimbaud, los Lautréamont del nuevo lenguaje, componiendo obras que hoy ni llegamos a sospechar), y cuando gracias a esos mismos medios (estoy en realidad invirtiendo el orden) podamos tener y reproducir en casa, fácilmente y cuándo y cómo querramos, las obras cinematográficas, pasaremos de la pre-historia a la historia de ese lenguaje que prefiero llamar imagen/sonido.

L. Volvamos entonces a su film. Usted hablaba de « temas ». Empecemos por el título...

H.S. Sí la invasión. Está tratada de diferentes modos y a niveles diferentes. En la « representación figurativa », hay evidentemente un pequeño grupo de hombres en una ciudad invalida por un poderoso grupo imperialista. Pero eso no es todo, no hay que poner etiquetas, se trata de esa famosa cadena de analogías... Invasión de un grupo por otro, de un hombre por un grupo, de un hombre por un hombre, invasión aún dentro de un hombre. Y además: qué es la invasión? a partir de qué momento hay invasión? cuándo y cómo se comienza a hacerle el juego a una invasión? infiltrarse es también invadir, etc., etc. La inquietud, el desfasaje, el desconcierto, son los medios con los que el film opera. También las ambigüedades voluntarias y, en un proceso puramente dialéctico, « los opuestos » de lo figurado y finalmente las omisiones: eso que *no está* en el film. Pero si el espectador/lector no realiza un verdadero trabajo de decodificación, creo sinceramente que no hay más film.

L. ¿Cómo situaría usted su film dentro del cine latinoamericano preexistente?

H.S. No sabría situarlo. Podría nombrarle los cineastas latinoamericanos que me interesan, pero no estaría respondiendo a su pregunta. Pero sí puedo decirle que « Invasión » se entronca en cierta corriente fantástica latinoamericana — y específicamente, como le dije antes, argentina —, que se manifiesta siempre a través de una práctica conciente del lenguaje, y que ha producido nuestra mejor literatura, nuestra mejor pintura. No es sorprendente que quiera producir ahora obras cinematográficas.

L. Para terminar, puede hablarnos de sus proyectos?

H.S. Ese « gran entierro » que es « Invasión », entierro de la visión del mundo en la que me formé, es también el entierro de una parte de mí mismo. Mi segundo largometraje tendrá muy poco que ver con el primero; los temas a tratar, el tono, serán completamente diferentes. « Invasión » intenta deliberadamente romper con una escritura tradicional; la próxima vez iré mucho más lejos en esa búsqueda.

*La larga noche ;
el son del agua
dice lo que pienso.*

GOCHIKU

Siempre que me han pedido explicaciones sobre lo que llaman mis paredes, ventanas o puertas, procuro aclarar inmediatamente que en realidad he hecho menos paredes, ventanas o puertas de las que se imagina la gente.

Mi respuesta se puede interpretar en un doble sentido. Primero, como una protesta, o como una invitación a que mis paredes, ventanas o puertas — que, de todas maneras, pueden muy bien estar en mis cuadros — sean tomadas fundamentalmente como una organización artística. En segundo lugar, como una advertencia al hecho de que estas imágenes, en mis intenciones, como en la mayoría de las obras de arte, jamás han sido un fin en sí mismas, sino que han de verse como un trampolín, como un medio para alcanzar unas metas más lejanas. Pero la pared, la ventana o la puerta — como tantas y tantas imágenes que han desfollado por mis telas — no dejan sin embargo de estar en ellas, y estoy muy lejos de intentar escamotearlas. Con esto quiero decir que no pienso que las imágenes, en mis obras, hayan de considerarse como una mera excusa indiferente en que apoyar unos ingredientes plásticos, como se dice que fueron por ejemplo los « asuntos » para los impresionistas o *fauves*, « asuntos » de los cuales, se añade a veces, se liberaron ya del todo los artistas abstractos o informalistas posteriores. Mis paredes, ventanas o puertas — o cuando menos su sugerencia —, al contrario, siguen en pie sin eludir responsabilidades y con toda su carga arquetípica o simbólica.

¿ Se trata quizás de un retorno al « asunto » ? La respuesta ha de ser nuevamente ambigua. Hoy sabemos que en la estructura de la comunicación artística las cosas, mágicamente, a veces están y no están, aparecen y desaparecen, van de unas a otras, se entrelazan, desencadenan asociaciones... ¡ Todo es posible ! Porque todo ocurre en un campo infinitamente más grande que el que delimita la medida del cuadro o de lo que hay materialmente en el cuadro. Porque éste es únicamente un *soporte* que invita al contemplador a participar en el juego mucho más amplio de las mil y una visiones y sentimientos : el talismán que alza o derrumba los muros en rincones más profundos de nuestro espíritu, que abre y cierra a

veces las puertas y ventanas en las construcciones de nuestra impotencia, de nuestra esclavitud o de nuestra libertad. El « asunto » puede hallarse pues, en el cuadro o puede estar únicamente en la cabeza del espectador.

Si tengo que hacer la historia de como se fue concretando en mí la consciencia de este poder evocador de las imágenes murales, he de remontarme muy lejos. Son recuerdos que vienen de mi adolescencia y de mi primera juventud encerrada entre los muros en que viví las guerras. Todo el drama que sufrían los adultos y todas las crueles fantasías de una edad que, en medio de tantas catástrofes, parecía abandonada a sus propios impulsos, se dibujaban y quedaban inscritos a mi alrededor. Todos los muros de una ciudad que por tradición familiar me parecía tan mía, fueron testigos de todos los martirios y de todos los retrasos inhumanos que eran infligidos a nuestro pueblo.

Sin embargo, no cabe duda de que los recuerdos culturales aumentaron naturalmente el acento de esta experiencia. Y desde todas las divulgaciones arqueológicas que fui absorbiendo hasta los consejos de Da Vinci, desde todas las destrucciones de Dada hasta las fotos de Brassai, todo esto contribuyó — y no es de extrañar — a que ya las primeras obras de 1945 tuviesen algo que ver con los *graffiti* de calle y con todo un mundo de protesta reprimida, clandestina, pero llena de vida, que también circulaba por las paredes de mi país. Más tarde llegó « la hora de la soledad ». Y en mi reducida habitación-estudio comenzaron los cuarenta días de un desierto que no sé si terminó. Con un ensañamiento desesperado y febril llevé la experimentación formal a unos grados de maníaco. Cada tela era un campo de batalla en el que las heridas se iban multiplicando cada vez más hasta el infinito. Y entonces acaeció la sorpresa. Todo aquel movimiento frenético, toda aquella gesticulación, todo aquel dinamismo inacabable, a fuerza de arañazos, de golpes, de cicatrices, de divisiones y subdivisiones que infligía a cada milímetro, a cada centésima de milímetro de la materia, provocaron súbitamente el salto cualitativo. El ojo ya no percibía las diferencias. Todo se unía en una masa uniforme. Lo que fue ebullición ardiente se transformaba en silencio estático. Fue una gran lección de humildad recibida por la soberbia del desenfreno.

Y un día traté de llegar directamente al silencio con más resignación, rindiéndome a la fatalidad

que gobierna toda lucha profunda. Los millones de furiosos zarpazos se convirtieron en millones de granos de polvo, de arena... Ante mí se abrió de repente un nuevo paisaje, igual que en la historia del que atraviesa el espejo, como para comunicarme la interioridad más secreta de las cosas. Toda una nueva geografía me iluminó de sorpresa en sorpresa. Sugestión de raras combinaciones y estructuras moleculares, de fenómenos atómicos, del mundo de las galaxias, de imágenes del microscopio. Simbolismo del polvo — « confundirse con el polvo, he aquí la profunda identidad, es decir, la profundidad interna entre el hombre y la naturaleza » (Tao Te King) —, de la ceniza, de la tierra de donde surgimos y a donde volvemos, de la solidaridad que brota al ver que la diferencia que hay entre nosotros es la misma que hay entre dos granos de arena... Y la sorpresa más sensacional fue descubrir un día de repente que mis cuadros, por primera vez en la historia, se habían convertido en muros.

¿ Por qué extraño proceso había llegado a unas imágenes tan precisas ? Evidentemente, nada surge de la nada y todo había de tener una explicación. ¿ Era la culminación de un proceso de fatiga causado por la proliferación de un fácil *tachismo* en todo el mundo ? ¿ Una reacción para salir de todos los informalismos anárquicos ? ¿ Un intento de escapar de los excesos abstractos y un afán por algo más concreto ? ¿ Veía acaso con aquello la posibilidad de tocar terrenos aun más primordiales, los elementos más extremadamente puros, más esenciales de la pintura, que los maestros de la generación anterior me habían estimulado a buscar ? Quizás a otro artista todo le habría pasado más o menos desapercibido, o habría sido más o menos transitorio. Pero, ¿ cómo podía no marcarme a mí ? ¡ Curioso destino de mi nombre ! Parecía que se cumpliera en mí el extraño presagio que unos años antes había oído explicar a un adepto de las ciencias ocultas sobre la influencia de nuestro nombre en el propio carácter y en el propio destino. La cuestión es que en poco tiempo tomé consciencia de mi serie de posibles experimentaciones que, en años sucesivos, me apasionaron cada vez más y que sin duda tuvieron también sus frutos y su resonancia más o menos grande en todo el mundo del arte. ¡ Cuántas sugerencias pueden desprenderse de la imagen del muro y de todas sus posibles derivaciones ! Separación, enclaustramiento, muro de lamentación, de cárcel, testimonio del paso del

tiempo ; superficies lisas, serenas, blancas ; superficies torturadas, viejas, descrepitas ; señales de huellas humanas, de objetos, de los elementos naturales ; sensación de lucha, de esfuerzo ; de destrucción, de cataclismo ; o de construcción, de surgimiento, de equilibrio ; restos de amor, de dolor, de asco, de desorden ; prestigio romántico de las ruinas ; aportación de elementos orgánicos, formas sugerentes de ritmos naturales y del movimiento espontáneo de la materia ; sentido paisajístico, sugestión de la unidad primordial de todas las cosas ; materia generalizada ; afirmación y estimación de la cosa terrena ; posibilidad de distribución variada y combinada de grandes masas, sensación de caída, de hundimiento, de expansión, de concentración ; rechazo del mundo, contemplación interior, aniquilación de las pasiones, silencio, muerte, desgarramientos y torturas, cuerpos descuartizados, restos humanos ; equivalencias de sonidos, rasguños, rapaduras, explosiones, tiros, golpes, martillos, gritos, resonancias, ecos en el espacio ; meditación de un tema cósmico, reflexión mediante la contemplación de la tierra, del magma, de la lava, de la ceniza ; campo de batalla ; jardín ; terreno de juego ; destino de lo efímero... y tantas y tantas ideas que se me fueron presentando una tras otras como las cerezas que sacamos de una cesta. ¡ Y tantas cosas que parecían emparentarme con orgullo a filosofías y sabidurías tan apreciadas por mí !

Qué gran sorpresa tuve, por ejemplo, al saber posteriormente que la obra de Bodhidarma, fundador del Zen, se llamó : *Contemplación del muro en el Mahayana*. Que los templos Zen tenían jardines de arena formando estrias o franjas parecidas a los surcos de algunos de mis cuadros. Que los orientales ya habían definido determinados elementos o sentimientos en la obra de arte que inconscientemente afloraban entonces en mi espíritu : los ingredientes Sabi, Wabi, Aware, Yugen... Que en la meditación búdica buscan igualmente un apoyo en unas Kasinas consistentes a veces en tierra colocada en un marco, en un agujero, en una pared, en materia carbonizada...

¿ Puede seguirse llamando muros a mucho de lo que he hecho ?

Lejos del cliché que la gente se forma del artista, con todo su bagaje de necesaria originalidad, personalidad, estilo, etc., que hace que las obras hablen de puertas afuera, para el autor hay, ante todo, un núcleo de pensamiento más anónimo, colectivo, del cual sólo es un modesto servidor.

Es seguramente la zona donde está depositada la sabiduría que en realidad se encuentra por debajo de todas las ideologías y las fatales contingencias del mundo. Es el impulso de nuestro instinto de vida, de conocimiento, de amor, de libertad, que ha sido conservado y vivificado por la sabiduría de siempre. Las formas en que se concreta, imprescindibles sin duda para la captación de sus mensajes, son el episodio obligado de las propias leyes de crecimiento que tiene el arte en cada momento dado. La imagen del muro, con todas sus innumerables resonancias, constituye, natural-

mente, uno de estos episodios. Pero si alguna importancia tiene en la historia de los encadenamientos estilísticos, no puede ser otra que la de haber reflejado por un momento este patrimonio común que todos los hombres creamos en momentos de profundidad durante el curso de los siglos y sin el cual la cosa artística sería siempre superflua, banal, pretenciosa o ridícula. Y donde los estilos, las escuelas, las tendencias, los ismos, las fórmulas y los mismos muros no son, par sí solos, ninguna garantía de una expresión auténtica.

Antoni Tàpies

por Carlos Franqui

El pintor auténtico nos descubre un nuevo modo de mirar los objetos, el paisaje, el espacio, las cosas, el mundo, los seres humanos, a nosotros mismos.

Visión diferente que conduce los ojos por mundos desconocidos.

Tapies, ¿qué nos incita a mirar?

¿Qué me descubren sus ojos y su mano?

Múltiples visiones.

Espacios, paredes, muros, fragmentos de universo, la ciudad.

Relación del hombre y el espacio, el muro, la ciudad, y el mismo.

Los ojos miran. Las imágenes hacen pensar.

El tiempo es un obrero anónimo que trabaja esa pared anónima, creada por otro obrero anónimo. Belleza viva de ese muro que se destruye y se recrea.

Otros obreros : la materia — obrera ella misma que hace y se deshace.

Albañil — constructor — creando el muro dejó allí su mano pie.

Rojo sobre piedra, materia roja — sangre o color.

Mano de obra, ciudad, muro, pared.

Materia = obrera del tiempo.

Materia que se juega : mar, tierra, viento.

Materia nacida de materia.

Altamira — casa — ciudad — España y lo otro. Signos : geografía de un pie, mano solitaria, dedos martillados en el muro.

Pintor que trabaja y crea con materia nuevos materiales.

La pintura de Tapies no es aristocrática, divina. concepción burguesa de la materia, la ciudad, el hombre.

Es una mirada humana. Popular, sobria, universalista.

Naturaleza que se hace a cada instante.

Se dibuja : filo de agua sobre la arena, que otro filo de agua desaparece, y aparece, y uno y uno más.

Todo se cambia a sí mismo. No sólo forma o color.

Agua se vuelve piedra, piedra se hace polvo, hoja convertida en tierra, arena en piedra.

Tapies grafía el pintar de la naturaleza.

Tapies nos dice el pintar de albañiles, carpinteros, hombres anónimos.

Con la mano pintan los pintores.

Con los ojos todos podemos pintar.

Basta mirar. Imaginar.

Mirar el juego que propone el pintor. Y hacer entonces nuestro propio juego.

El pintor moderno no es un rey que miramos allá arriba, sobre su trono celeste, ante quien inclinamos la cabeza, bajamos los ojos, doblamos las rodillas y besamos la mano.

Es un igual a nosotros que nos propone un juego libre, de igual a igual.

Quien observe con atención y sin prejuicio ciertas obras de Tapies, puede recomponer su juego plástico y hacer que el viento, las hojas, el polvo, el mar, la piedra o la tierra pinten para él.

Quien con «fijeza» mire otros cuadros suyos puede que no mire más con indiferencia ese muro anónimo — no la estatua, la casa o museo mitificado por la fama — el simple muro, la puerta, la yerba, la sogá, el material.

Allí se ve como belleza, arte, pintura están por todas partes.

También el albañil es creador.

Tantas veces noble creador.

No, no solo son los rasgos, los dibujos de los «genios». La creación es también colectiva.

Detrás de cada piedra hay una historia de esclavitud. Sobre la piedra una vida colectiva. En la piedra, dentro de cada piedra, una prisión, creación, una revolución.

Plazas, murales, fuentes, edificios, creados por muchos hombres.

Y también por noble materia nacida de la tierra misma.

Un observador sensible verá muchas veces manos, pies destrozados, marcados, rojos, esclavo — obrero, pueblo, hombre que parece, aprisionado en el muro.

Otras veces es geografía de España, realidad de España, que está en el muro.

Guernika 70.

Trazos simples, marcando con fuerza las heridas de un Guernika permanente.

No solo realidad de España. Realidad de cada mundo, de cada muro, de otras partes y de cada parte. De todos los muros. En el muro de Tapies el hombre lucha, es asesinado, se rebela, muere, crea.

La visión permite separar un muro de otro muro. Este paisaje humano de aquel. Un pedazo de ma-

teria o natura de otra.

No la nostalgia o el tiempo viejo.

Hay cosas bellas y otras feas.

Como hay cosas justas o injustas.

Libertad como esclavitud.

Rebelión y sumisión. Conservación, reacción. Revolución — creación.

Tapies propone una mirada crítica.

Debemos conservar aquello que en « justo tiempo humano » es bello.

Destruir, cambiar aquello que en el injusto tiempo inhumano es feo.

El fusil del pintor tiene dos mirillas.

Tiene el pintor ojos de buho de Goya, aire catalán, Gongorino — que ve día no, toro de Picasso y pájaro de la libertad de Miró.

España es su materia. El gatillo en su mano.

En tanto que dispara como el albañil que construye la pared, o el carpintero la puerta, o el mar o piedra que en tierra o viento se recrean, el pintor crea con materia y pintura su propio muro.

El cuadro, la materia o construcción tienen sus propias estructuras y leyes.

Las del cuadro se sintetizan para los ojos en imagen nueva y que permanece, aquello que el pintor descubre y nos descubre.

Cuando algo es creado auténticamente, se recrea cada instante a cada uno.

Tapies nos descubre un nuevo modo de mirar la materia.

De mirar el muro

de mirar la pintura,

de mirar la plaza,

de mirar la puerta,

de mirar España,

de mirar el mundo.

Y de mirarnos

y mirarnos

nosotros mismos

a nosotros mismos.

El hilo rojo del pie fusilado.

Huellas digitales, manos alienadas, piedra esclava.

Humor, violencia, sarcasmo, anarquía.

Quevedianamente como ese bello cuadro.

España defeca y la mierda es oro

(Poderoso caballero es Don Dinero).

España cagando oro.

Y que otra cosa podría defecar.

O ese retrato desnudo. Don Juan, poder, enano desnudo que lleva de la mano el lobo feroz — aut flage mastur —, macho, guardia civil y conquistador, el bravo toro, torero, caballo.

Pobre español arrastrado por las plazas.

Autoretrato quizás.

El pintor, como los otros mimetizado por la materia de la historia, de la realidad.

Rebelle aprisionado, el mismo se retrata en el muro.

No es siempre la suya alucinación, violencia, trágica visión. Puede ser trompetilla que estalle en la sala de un burgués.

Luego el pintor se serena, se sueña. Calma. Belleza pura. Furia. Sobriedad. Juegos de agua. Rastros de materia, rostros de materia : « agua clara con sonido ». Juegos. Incontaminados caminos de materias : mar, tierra, espacio, piedra, sol, azul, rojo, oscuro, ocre, blanco o amarillo.

Dibujos, sogas, paja, estiércol, fango.

Terrible fango negro del que caen hilos negros sobre el marco del cuadro, que Tapies llama :

1970.

Collages. Periódicos murales.

Tapies nos propone un grafismo mural, lenguaje histórico, rasgos anónimos, poesía y dolor popular, bellos dibujos que habitan y pueblan paredes y muros.

Montserrat.

Diarismo que marca en sus huellas el lenguaje silencioso de cada día, con letras o signos, que no están en los periódicos.

Juego que va más allá. Alegorías de la realidad : soga-pezcuezo-muro-cruz-capuchón-sombra negra-reminiscencia o inquisición-color que pinta intolerancia, carbón que diseña la geografía de una reja o prisión. Lucha-rebelión.

Erotismo, belleza, amor, sexo, vida, mujer.

Nalgas o senos o yerbas, agua, trenzas, juego.

El sol calienta la tierra

y el hombre la penetra.

Se compenetran

y vuelven materia.

« Los fusilamientos del 3 de mayo »

de Francisco Goya

Justa visión del crimen en un espectáculo de injusticia y delincuencia militares.

Este cuadro pieza histórica de la pintura, queda para mí como la obra maestra de un genio, siempre presente y vivo.

Vivo porque ha estado realizado en una sociedad que no puede superar su carácter represivo.

Y presente porque nosotros vemos hoy que cosa ha sucedido en Corea, el Congo, Santo Domingo, Vietnam, Cambodia.

La noche del 3 de mayo de 1808, anunciaba una constante indignidad cotidiana y universal.

Este cuadro es hoy para los espectadores un golpe que « despierta » nuestra memoria sobre un pueblo que ha defendido su independencia con coraje y heroísmo.

Eso que ha visto Goya, lo ha proyectado sobre la tela. La escena sangrienta de aquella noche de

« desastre », la carnicería de hombres, el exterminio indiscriminado de los invasores y de los soldados de la República, en la confusión y corrupción del poder bonapartista, que asesina los hijos del pueblo, no solo en España, también en Haití.

Este drama histórico no se concluye en sí mismo. El inicio de la tiranía impulsa la libertad siempre incrita en un devenir sin fin para superar la tiranía misma.

Admiro ese cuadro, de la serie « Horrores de la guerra », donde más que nunca la pintura es de una elocuencia extraordinaria y expresa los motivos que han inspirado su realización.

Por todas estas circunstancias yo amo el cuadro de Goya, que da en sí la obra de arte y creación, estimulación del espíritu, continuo desarrollo de la vida e irradiación de su misterio.

Mi lucha y experiencia creativas son basadas sobre motivaciones y realidad diversas.

Wifredo LAM
Albisola Mare, Italia.

La literatura latinoamericana en Francia

En Europa en general y en Francia en particular, el interés manifestado por la literatura latinoamericana va creciendo desde hace algunos años. Ya no se puede dudar de ello. El hecho que Gabriel García Márquez y Guillermo Cabrera Infante hayan obtenido el Premio del Mejor libro extranjero para los años 1969 y 1970 respectivamente lo muestra más aún. Este premio que fue creado en 1948 había sido otorgado anteriormente a escritores tan prestigiosos como Miguel Ángel Asturias (1950), Nikos Kazantzaki (1954), Alejo Carpentier (1956), Lawrence Durrell (1959), Yasunari Kawabata (1961), Gunther Grass (1962), Oscar Lewis (1963), Isaac B. Singer (1964), John Cowper Powys (1965), Alexandre Soljenitsyne (1968), etc. No volveremos sobre el éxito que tuvo en Francia la novela de García Márquez, *Cien años de Soledad*, iniciando este recuento de críticas que ofreceremos regularmente a nuestros lectores con algunos fragmentos de las que fueron dedicadas a *Tres Tristes Tigres*.

Se podría decir parodiando una fórmula célebre, que TTT es la intrusión de la novela policíaca en la semiología. El libro de la impresión de poder prolongarse al infinito; las palabras encajan las unas en las otras. Fascinado, irritado a veces por tanta virtuosidad, el lector espera el próximo « suspenso », el número siguiente.

Claude Fell (*Le Monde*)

Esta novela que en realidad no lo es se parece a una tormenta de lenguaje donde las figuras de estilo darían un rostro a héroes efímeros y ejemplarmente « habladores ». Sí! es una especie de monumento lírico.

Hubert Juin (*Les Lettres Françaises*)

Un bello libro que escapa a toda clasificación como a todo compromiso y que se lee con placer.

Jacques Fressard (*La Quinzaine Littéraire*)

De este desbordamiento corrosivo y delirante se desprende un sorprendente cuadro de Cuba, turbia, delirante, cerrada sobre sí misma, Babel en descomposición.

Robert Sabatier (*Le Figaro Littéraire*)

TTT es uno de estos textos que uno quiere siempre retomar y releer.

Jean Marc Dufour (*Les Nouvelles Littéraires*)

Los precursores de la nueva novela latinoamericana siguen muy en boga en Francia. Ultimamente los críticos hablaron sobre todo de tres de ellos : Miguel

Ángel Asturias, José María Arguedas y Jorge Amado.

De *Maladron*, última obra de Asturias, dijeron :

Pocos libros procuran al lector francés, y sin duda europeo, tanto desarraigamiento y tanta fascinación como los del gran escritor guatemalteco Miguel Ángel Asturias. Asturias escribe con abundancia, con fiebre, con lujuria. Asturias es pintor esmaltador, joyero cuando es paisajista, es novela, novela de aventuras y novelista de historia... Magia de escritor y de poeta.

Robert Kanters (*Le Figaro Littéraire*)

Más que nunca, Asturias es el cantor, el oráculo, el cuentista de su « tribu ».

Claude Fell (*Le Monde*)

Una de las piezas maestras de su obra de novelista.

Jean Michel Fossey (*Combat*)

De la novela de José María Arguedas, *Todas las sangres* :

Todas las sangres es una tentativa deliberada — quizás la última a este nivel en América latina — de literatura popular. Es también el ir más allá y el fin del mito literario del buen indio y del blanco malo.

Claude Fell (*Le Monde*)

La narración llana y natural, sin la menor búsqueda técnica, se impone al lector con una potencia digna de los grandes novelistas rusos.

Jacques Fressard (*La Quinzaine Littéraire*)

Y de la novela de Jorge Amado, *Os Pastores da noite* :

Familiar e insólito, desarraigante y cotidiano, el universo de Jorge Amado tiene algo de mágico.

(*Humanité Dimanche*)

Comedia, tragedia, humor lúcidamente tierno y sin mucha ilusión, esta novela es de un encanto incomparable.

(*France Nouvelle*)

Con Jorge Amado se redescubre el placer de la lectura.

Jean Michel Fossey (*Combat*)

El año 1970 fue marcado por la publicación en francés de una serie de obras de Jorge Luis Borges y de Pablo Neruda. Nos limitaremos a citar los títulos de dichas obras ya que en ambos casos la crítica abundó en superlativos :

De Jorge Luis Borges :

Obra poética (1925-1965) (Ed. Gallimard).
Evaristo Carriego (Ed. Le Seuil).
Crónicas de H. Bustos Domecq (en colaboración con A. Bioy Casares) (Ed. Denoël).
El Hacedor (reedición) (Ed. Gallimard).
Borges y Borges (texto de N. Ibarra) (Ed. de l'Herne).

Debemos señalar también la publicación de los ensayos que le consagraron Emir Rodríguez Monegal, *Borges par lui-même*, y Guillermo Sucre, *Borges el poeta* (Ed. Seghers).

De Pablo Neruda :

20 poemas de amor y una canción desesperada (Ed. François Réunis).
Residencia en la tierra (Ed. Gallimard).
Memorial de Isla Negra (Ed. Gallimard).
Esplendor y muerte de Joaquín Murieta (Teatro) (Ed. Gallimard).

También fueron publicados en los últimos meses tres libros de Octavio Paz :

Ladera este (Ed. Gallimard), *Renga* (libro colectivo, escrito en colaboración con Jacques Roubaud, Eduardo Sanguinetti y Charles Tomlinson) (Ed. Gallimard) y *Deux transparents* (Ed. Gallimard).

La fulgurancia barroca, el temblor pánico, el subconciente surrealista y la reflexión de la que India dió el ejemplo pueden formar en el mismo poeta un equilibrio o, por lo menos, una síntesis sin artificio. El

estremecimiento de Paz se acomoda a ello con facilidad y fecundidad.

Alain Bosquet (*Le Monde*)

Desde hace treinta años la obra de Octavio Paz ha sido para mí esta estrella de mar que condensa las razones de nuestra presencia en la tierra.

Julio Cortázar (*Le Monde*)

Todos los grandes temas, toda la potencia mítica de la literatura hispanoamericana de hoy están ahí.

Claude Fell

Terminaremos este breve recuento con fragmentos de las críticas aparecidas sobre la novela de José Lezama Lima, *Paradiso* (Ed. Le Seuil).

Prefiero decirlo inmediatamente : se trata de uno de los libros del siglo. Barroco : y por una vez la palabra, aplicada a cualquier novelista suramericano, a condición que estén florecidas sus coplas telúricas, tiene aquí toda su pertinencia (...)

Severo Sarduy (*La Quinzaine Littéraire*)

Este libro hará su lento y delicioso camino en el corazón de los que consideran la literatura como un viaje.

Julio Cortázar (*Le Monde*)

La sensación literaria de esta primavera.

Guy Le Clec'h (*Le Figaro*)

Con este libro el triunfo de las letras latinoamericanas parece completo.

Claude Durand (*l'Express*)

Miguel de Unamuno :

Diario Intimo

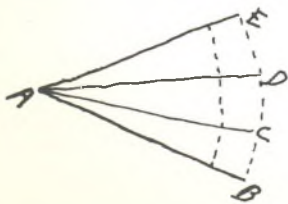
Alianza Editorial, Madrid, 1970.

La cultura española, tan desvalida en el campo de la ciencia y la filosofía, puede enorgullecerse en cambio de una brillante serie de especulaciones angélicas de indudable raíz castiza, en las que no sólo iguala sino supera las mejores lumbreras mundiales del saber etéreo. En el siglo XVIII (en el momento de la Enciclopedia) se discutía en nuestras universidades, según Sarrailh, la constitución de los cielos («¿están hechos del metal de las campanas o son líquidos como el vino más ligero?») en tanto que Andrés Piquer y Vicente Calatayud polemizaban sobre si los ángeles pueden o no pueden transportar seres humanos por los aires desde Lisboa a Madrid. En contra de lo que pudiera suponerse, ni la Revolución Industrial ni los sobresaltos políticos de los dos últimos siglos lograron interrumpir una tradición tan gloriosa. Recuerdo que en mi niñez, en el círculo de amigos de mi familia, se decía con gran respeto de un cierto colaborador del «Diario de Barcelona» que era «El mejor especialista del mundo en el Espíritu Santo» y, por las mismas fechas, el entonces ministro de Información y Turismo — fallecido después y muy santamente sin duda — afirmaba, con una precisión que haría palidecer de envidia al más chulo de los computadores norteamericanos, que, gracias a su pródiga gestión, «España era el país de Europa con menor porcentaje de condenados a las penas del infierno».

En la línea de los ejemplos citados deberemos incluir en adelante esta página del recién publicado «Diario íntimo» de Miguel de Unamuno :

«¿Qué fantasías no se nos ocurren!

He dado en imaginar que la gloria y la felicidad de los bienaventurados es creciente, que su vida consiste en un continuo aumento de felicidad y de divinización, que van divinizándose cada vez más, acercándose cada día más a Dios por eternidad de



eternidades, siendo Dios su límite inasequible. Ese deseo de Dios, a quien se acercan sin cesar, es el acicate de su vida eterna.

Y guardan diferencias de bienaventuranza. Porque si suponemos diversos ángulos, de diversos grados, que van prolongándose abrense cada vez más y cada vez se hace mayor el arco en cada uno de ellos, pero guardando siempre su relativa gradación. Los ángulos más obtusos crecen en mayor proporción, menos los más agudos, pero todos tienden al arco de la circunferencia infinita. Prolongándose las líneas de los ángulos BAC, BAD, BAE crecen sus arcos respectivos, en mayor proporción el del ángulo más abierto, pero acercándose cada vez más todos al infinito. Así crece la bienaventuranza de todos los bienaventurados tendiendo a Dios, a su divinización, pero crece más la de los más elevados en goce. Y es la misma la gloria final de todos.»

Por una vez estamos de acuerdo con él : ¿Qué fantasías se le ocurrían a don Miguel de Unamuno!

Juan GOYTISOLO.

Jesús Fernández Santos :

Libro de las Memorias de las Cosas

Ediciones Destino. Col. Ancora y Delfín
Barcelona, 1971.

El Premio Nadal 1970 a Jesús Fernández Santos ofreció a la atención fugaz del lector español la imagen recién descubierta del que parecía, sin serlo, un novelista nuevo, el ya clásico descubrimiento anual enfocado por las luces de la televisión. Salvo el breve grupo de los especialistas, algunos críticos y el coro silencioso de los lectores fervidos, muy pocos conocían a Jesús Fernández Santos como novelista cuajado, en posesión de un mundo y de una obra que, hasta la noche del Nadal, al parecer, sólo había merecido una atención minoritaria.

Así, el resignado lector fuera del juego, saturado de televisión alienante y víctima del confuso montaje de los premios literarios españoles, pudo contemplar el perfil austero y cansado de un escritor cuyo camino había empezado años atrás, exactamente con el anuncio y el logro de *Los Bravos* (1954), una de las novelas más representativas del tiempo narrativo español denominado «era del realismo social» y sobre cuya quiebra tanto se está escribiendo hoy, generalmente de forma desorbitada e inexacta.

Fernández Santos, con Rafael Sánchez Ferlosio, Ignacio Aldecoa, Ana María Matute y Juan Goytisolo, forma parte de una promoción narrativa de alto grado de interés, inmersa en una problemática que el propio Fernández Santos logró definir en forma novelasca con acierto sobrio y cuidado en su novela *Los Bravos*, obra muy clara, junto con *Juegos de manos* y *El Jarama*, para una comprensión cabal de esta «generación del medio siglo» : formación y

aventura universitaria, ruptura con esquemas cerrados, vocación de apertura europeista, preocupación por la realidad española, constantes puntos de equilibrio en la tensión literaria, profundidad y dominio del lenguaje, amplio conocimiento sobre la condición social e histórica del escritor en España.

Sin ninguna tendencia al artificio estilístico, libre de esquemas simples y dogmáticos, sin el vértigo por la técnica, con caligrafía esmerada y de espalda a la figura del novelista virtuoso, la obra de Jesús Fernández Santos, centrada en sus dos obras iniciales en torno al análisis del medio rural, sufrió sin embargo un evidente descenso o un declive de cansancio (Fernández Santos podría definir la naturaleza de ciertos «apartamentos» en algunos escritores españoles), pese a un excelente libro de relatos, *Cabeza rapada* (1958). *Laberintos* (1964) es una obra menor, borrada con la publicación de *El hombre de los santos* (1969), una novela excelente, un verdadero retorno.

Libro de las memorias de las cosas no es pues un descubrimiento, sino el punto último, por ahora, de una andadura narrativa muy despaciosa y honesta, trabajada con ejemplaridad y conciencia.

Pablo Gil Casado, en su libro *La novela social española* agrupa por unidades temáticas las obras más representativas del dilatado período comprendido entre 1942 y 1968 : novela de la abulia, del campo, del obrero y el empleado, de la vivienda, libros de viaje y novela de la alienación. En esta división está comprendida, más o menos, toda la temática de la novela social española ; y en este apartado figuran los novelistas españoles más representativos de los últimos años, desde Ignacio Aldecoa a Martín Santos.

La puesta en duda del realismo social y su posterior descalificación llevaron a los novelistas a un nuevo planteamiento, a diversas búsquedas, al afinamiento o cambio de métodos narrativos en función de nuevas concepciones del género : Goytisolo inicia su tensión parriocida y estilística con *Señas de identidad* y escritores como Juan Benet o Guelbenzu apenas si tienen ya contactos o dependencias con el espíritu y los modos anteriores. Dentro de un tiempo de crisis, el novelista español — algunos al menos — inicia un nuevo rumbo.

Esta voluntad de evolución o cambio aparece en *Libro de las memorias de las cosas*, cuyo tema central es la presentación, desde planos diferentes, del protestantismo en España, problema, según creemos, inédito o al menos de gran originalidad en nuestra novela. El análisis de situaciones religiosas no cuenta con referencias válidas en la última narrativa española, aunque tenemos que decir que la novela de Fernández Santos no es una obra de tesis religiosa.

Las constantes de Fernández Santos, presentes en sus obras anteriores, su sobriedad a veces esquemática, aparecen aquí vertidas en una decantación esencial, en una seguridad estilística y narrativa de primera mano, ajena al verbalismo barroco o hermético en

el que han caído algunos narradores españoles actuales. El autor se reencuentra de nuevo con el escenario rural, cuyas claves el novelista conoce hasta el fondo. El dualismo campo-ciudad, con sus respectivas significaciones, eco quizá de las influencias de Fernández Santos (Pavese, la novela italiana), presentes en sus primeras novelas, aparece de nuevo en esta obra. Los personajes, en efecto, se mueven entre el pueblo y la ciudad ; seres aparentemente grises, españoles marginados que van formando lentamente un mapa, un dibujo secreto y lineal apoyado sobre la desazón de una crisis, de una dispersión. Fernández Santos nos cuenta con absoluta sencillez la decadencia, los nuevos tiempos de una comunidad protestante, su vida ahogada por las dificultades, el recelo y la incultura. La novela aparece apoyada en dos planos principales : el que describe el comienzo, el núcleo antecedente y el que testimonia el presente. Toda la obra posee una evidente cortesía de claridad, un ojo narrativo abarcador y sistemático, un clásico punto de vista. Empleando el plano retrospectivo vemos la curva argumental de una historia narrada sin ocultaciones, con una gran honestidad técnica. Ceñida a lo sustantivo, la historia se va abriendo lentamente hasta llegar a la última fusión del problema religioso por un lado y del estrictamente humano por otro.

De índole vagamente barojiana, la novela admite una pregunta o duda : ¿ la elección del tema implica un cierto «marginalismo» ? Eugenio G. de Nora afirma que por su calidad y estructura las novelas de Jesús Fernández Santos se prestan difícilmente al comentario directo. Es cierto. Se trata de una pieza narrativa sólida, gráfica, concisa, de estudio psicológico fundido en las actitudes de los personajes. Junto a la época experimentalista que estimula a buena parte de la novela española — a veces sólo como barniz imitativo —, la obra de Fernández Santos resulta tradicional, llena de pinceladas algo lentas en función de un tratamiento de espalda a muchos logros evidentes. Esto, desde luego, no invalida la obra, que constituye un paso al frente, una excelente presencia, una variedad, el retorno, al parecer definitivo, de un escritor muy seguro.

Julio M. DE LA ROSA.

Carlos Blanco Aguinage
Juventud del 98

Siglo XXI de España
Editores, Madrid, 1970.

No creo que exista ambiente muy favorable en el mundillo intelectual español de hoy día para un trabajo como el que Carlos Blanco acaba de publicar. En

plena fiebre del recién «descubierto» neoformalismo, la vanguardia nacional de la crítica y las letras, con pasmosa agilidad para el cambio de «criterios», abandona precipitadamente las directrices de la sociología literaria para entregarse sin reservas — ni criterio — a la búsqueda de la *literaridad* de la literatura. Claro es que, afortunadamente, aquí los movimientos intelectuales difícilmente desbordan los domésticos cauces del café — convertido hoy en ibérico *pub* por obra y gracia de la revolución cultural española —, y poco importa el signo que la moda, siempre atrazada, les imponga.

El libro que brevemente vamos a comentar, más próximo a la historia de las ideas que a la sociología literaria propiamente dicha, surge en torno a una primera tesis: en los años que van de 1890 a 1905, es decir, durante su juventud, los escritores más tarde agrupados en la llamada «generación del 98» se enfrentaron con «el problema de España» desde perspectivas sociopolíticas radicales.

A la vista de la correspondencia epistolar de Unamuno y de las colaboraciones en la prensa obrera, analiza Blanco su participación activa en el socialismo español. Al llegar a Martínez Ruiz, busca en sus primeros y olvidados libros («pecadillos de juventud», como más tarde los calificaría el propio Azorín) al teorizante y propagandista del movimiento ácrata hispano. Dedicó un ensayo a *Hacia otra España* (1899) de Maeztu, en donde el que llegaría a ser gran defensor de la hispanidad y pionero del fascismo español se nos muestra como socialista más o menos «ortodoxo». En el primer Blanco Ibañez y en el Baroja de *La lucha por la vida* estudia la representación literaria de la historia española de fines de siglo concebida como lucha de clases. Cierra el libro un capítulo dedicado al paisajismo del 98 que, tras considerar lo que la naturaleza e invención literaria del paisaje castellano representan de escapismo y de refugio en una armonía intemporal, resalta «la gran excepción» de Antonio Machado.

Hasta hace escasos años, poco o nada se nos había dicho sobre estas aventuras de algunos de los noventayochistas, que con antipática gravedad han venido pesando sobre los españoles de la postguerra. Manuales de la literatura y «completas» ediciones han silenciado y excluido cuidadosamente de sus páginas el escabroso tema, quizá porque, en cierta manera, podría comprometer la por otra parte tan bien ganada fama de «representantes de la más genuina tradición española» que a la generación de ideólogos se le concede. Así pues, aunque sólo fuera por esta labor de rescate, tiene para nosotros marcado interés el libro de Blanco Aguinaza por cuanto significa y significará de confusión y denuncia en una política cultural que continúa censurando antologías del primer Unamuno, al tiempo que nos descarga el pesado yugo de las flechas y — después de la revolución cultural que al principio mencionamos —, el no menos cargante del consabido 98.

No pretende el autor con este libro abarcar todos los componentes de la generación durante su época de juventud, y apenas encontraremos mención en este trabajo de nombres como los de Valle Inclán y Manuel Machado. Es de lamentar que puestos a señalar «grandes excepciones», no se hayan dedicado algunas páginas a la obra de Valle, aunque Blanco apunta en el prólogo la posible conexión de la bohemia madrileña de fin de siglo con la rebeldía política de los Martínez Ruiz y Maeztu. Posiblemente aquí es donde se nos presentan mayores dudas sobre ciertas tesis que en el libro se defienden y, de forma especial, sobre la perspectiva desde las que estas cuestiones se tratan. ¿Como enjuiciar, por ejemplo, la obra del primer Valle y su carácter revolucionario sobre la base de analizar su compromiso ideológico con una situación política determinada? ¿No será, precisamente, la trayectoria estética que desde un principio inicia el inventor del esperpento lo que le sitúa a nuestros ojos como la máxima excepción? Estas y otras muchas preguntas podrá y deberá formularse el lector de *Juventud del 98* aunque, no olvidemos, suscitadas por un capítulo curiosamente olvidado de la literatura española que Carlos Blanco nos reconstruye.

Antonio Ramos Gascón.

Antonio Gálvez
Buñuel

Editions Eric Losfeld, Paris, 1971.

En la obra de Goya titulada «El invierno», unos hombres caminan delante de una mula encima de la cual va un cerdo atado; los del grupo central, aunándose en abrigo, se defienden del frío y la borrasca; un chucho algo pintojo, con el rabo metido entre sus patas, redondea el cortejo, ladra o acaso escarba entre la nieve; las colinas blancas, el cielo gris y la arboleda cenicienta albergan este ritmo — este retorno — patético, vilordio y a un tiempo inaplazable. La mirada de Gálvez también sabe de inviernos. En plena carretera castellana, una familia nómada, mustia, feroz o a lo mejor impávida, posa a pie firme ahora para los cienmil ojos del fotógrafo errante; imposible alcanzar el color turbio de lejanas colinas o el del cielo más próximo; los árboles son mudas siluetas en la curva ya atrás; un perro merdellón resuscita a los pies de tanta infamia.

Goya arrancaba el clima — la estación — de una anécdota nimia: la vuelta del mercado. Y, contra un aire hostil, los hombres perseguían un destino. La andadura como rebelión. Gálvez logra otro clima — la estación del calvario — a partir de una ráfaga me-

nor. Contra la injusticia (que la cámara asume/asoma desvergonzadamente), la rigidez excelsa. Lo yerto como inquebrantable fe — en la venganza. Etc. Ese además compacto da el tono, el «clima» adiantado de las tres estaciones en que un mito — Buñuel — es amorosamente herido. Fases del ritual: confesionario, meteisaca y piojos. Mediante un simbolismo primitivo y a menudo arbitrario, Gálvez monta sus pesadillas personales sobre la nuca austera del cineasta aragonés. Y, de esta suerte, traza un autorretrato que quisiera anular toda palabra impura. Monjas cachondas, cerdos mitrados, pichas rocosas, rememoraciones proféticas y brizas de cultura general apoyan este sueño de prófugo satánico. Entre olores a azufre y a coño chamuscado, la erección del viacrucis buñuelesco hace temblar las nalgas de la ferviente madre Espagne.

Primera estación. — Erase un sacerdote llamado don Luis, el cual regia con gran temor de Dios una iglesia que le era encomendada. Y estando allí una mujer virtuosa que tenía cargo de la ropa y de las cosas de la iglesia, él la amaba como a hermana; mas guardábase de ella como de enemiga, y así por ninguna vía permitía que se llegase a él, con lo cual había quitado toda ocasión de familiaridad y comunicación, ca propio es de los santos varones, por estar más lejos de las cosas ilícitas, apartarse aún de las que son lícitas, y por esta causa no consentía que ella le sirviese en ninguna necesidad. Pues este venerable sacerdote, siendo de mucha edad, y pasados ya cuarenta años de sacerdocio, vino a tener una tan recia enfermedad, que llegó a lo postrero, y estando en este estado, llegó aquella buena mujer a poner los oídos cerca de sus narices para ver si respiraba o si era ya difunto. Lo cual, como él sintiese, indignándose mucho de ello, con toda la fuerza que pudo dió voces a la mujer, diciendo: «Apártate, apártate de aquí, mujer, porque todavía el foguezuelo está vivo: quita la paja.» Y apartándose ella, y esforzándose él más, comenzó a decir con gran alegría: «En hora vengan mis señores; en hora buena vengan. ¿Cómo tuviste por bien venir a este tan pequeño siervo vuestro? Ya voy, ya voy. Muchas gracias, muchas gracias.» Y repitiendo él estas palabras muchas veces, preguntáronle los que allí estaban con quien hablaba. A los cuales él, maravillado, respondió: «¿Por ventura no veis aquí los bienaventurados apóstoles San Pedro y San Pablo?» Y volviéndose a ellos tornó a decir: «Ya voy, ya voy.»

Segunda estación. — Considera también, oh mirón lelo, que este halagüeño vicio tiene muy dulces principios y muy amargos fines, muy fáciles las entradas y muy dificultosas las salidas. Por donde dijo el Sabio que la mala mujer era como una cava muy honda y un pozo boquiangosto donde, siendo tan fácil la

entrada, es dificultosísima la salida. Porque verdaderamente no hay cosa en que más fácilmente se enreden los hombres que en este dulce vicio, según que a los principios se demuestra; mas después de enlazados en él y trabadas las amistades y roto el velo de la vergüenza, ¿quién los sacará de ahí? Por lo cual con mucha razón se compara con las nasas de los pescadores que, teniendo las entradas muy anchas, tienen las salidas muy angostas, por donde el pez que una vez entra, por maravilla sale de ahí.

Tercera estación. — No quieras, ¡ay hermano!, amar el destierro más que la Patria; ni de los aparejos y provisiones para caminar hagas estorbos del camino; ni amando mucho la claridad de la luna desprecies la luz del mediodía; ni conviertas los socorros de la vida presente en materia de muerte perpetua. Vive contento con la suerte que tienes, acordándote que dice el Apóstol: «Teniendo suficiente mantenimiento y ropa con que nos cubramos, con esto estamos contentos.» Busca primero el reino de Dios y su justicia, y todas las otras cosas te serán concedidas, porque Dios, que te quiere dar las cosas grandes, no te negará las pequeñas. Acuérdate que no es la pobreza virtud, sino el amor de la pobreza. El libro edificante de Antonio Gálvez exhibe estos ejemplos y consejos para favorecer el estallido de la gran lechada. Las manos de Buñuel, dándole a la sagrada manivela, proyectan el manjar hacia el sagrario. Y millones de lenguas drogadicatas lamen con saña santa el ara. Pues ya dijo el Profeta: «Lloverá Gálvez lazos sobre los pecadores.»

José-Miguel ULLAN.

«Siete representaciones» de oscuridad poética

Entre los distintos procedimientos de expresión empleados por José Angel Valente a lo largo de su obra poética, existe uno que, si bien no aparece en su primer libro: *A modo de esperanza*, ha venido adquiriendo especial importancia en el autor llegando a ser una de sus formas preferidas. Al menos eso cabe pensar hoy ante la frecuencia de su empleo. Dicho procedimiento aparece por primera vez en *Poemas a Lázaro* (concretamente en el poema «Sobre el lugar del canto») y consiste, no en describir el contenido del poema, sino en encadenar una serie de símbolos lingüísticos que por su alcance semántico lleguen a despertar en el lector la sensación de ese mismo contenido. Los efectos semánticos del lenguaje orientados hacia los más sensibles registros perceptivos van predisponiendo la sensibilidad del lector hasta lograr que éste descubra por sí mismo la materia eludida del

significado. Según el propio Valente ha dicho en alguna parte, la función del poeta aquí consiste en utilizar una especie de «reclamo», equivalente al del cazador, capaz de atraer al lector a una situación desde la cual pueda percibir el alcance del poema. Pues acaso sea ésta la única vía posible a través de la cual el lector llegue al conocimiento del poema mediante la aproximación a la experiencia intelectual que dio origen al mismo. He aquí, por tanto, una función verdaderamente social de la poesía, donde el poeta abandona su actitud omnipotente, obligándonos a romper nuestra pereza mental para participar activamente en la creación misma del poema. Por supuesto, no es éste un procedimiento novedoso. En realidad parece ser el punto alrededor del cual ha venido girando la poesía occidental desde mediados del pasado siglo, y que según la conocida definición de Mallarmé consiste en «no pintar la cosa, sino el efecto que produce». Sin embargo, se trata de un procedimiento peligroso, que exige una profunda reflexión sobre el lenguaje. El menor desacierto puede neutralizar toda posibilidad comunicativa. Así, cuando la orientación semántica no alcanza la intensidad necesaria, o la tensión individual de los símbolos deja de responder a la visión plenaria del poema, la comunicación sólo llegará a despertar en el lector ciertas inquietudes tanteantes acabando por perderse en la oscuridad de su propia expresión. Rigor éste al que no escapan algunos poemas de Valente, aunque el autor haya empleado en este tipo de composiciones una inteligente cortesía que sirve de clave al lector en su necesaria orientación. Dicha clave suele hallarse en forma más o menos explícita en alguno de sus versos o en el propio título del poema. Ambas cosas coinciden por ejemplo en «Sobre el lugar del canto», donde el título y los cuatro versos finales son suficientemente reveladores como para que el lector reconozca la intención del poema. Claro que este poema resulta primario al compararlo, desde esa perspectiva, con otras composiciones posteriores donde dicho procedimiento ha alcanzado el pleno desarrollo de sus posibilidades.

Nos hemos detenido sobre este aspecto de la poesía de Valente porque a esa forma expresiva parecen responder las siete representaciones poéticas que, bajo ese mismo título, integran uno de los últimos libros de ese autor. La única excepción sería el poema V, cuyo tratamiento obedece a cierta reflexión narrativa de la que ya nos hemos ocupado en otra parte. En cuanto a la materia de estos poemas puede afirmarse que es continuación de ese aspecto metafísico o religioso (uno de los más constantes en la poesía del autor) que representa la preocupación de Valente por el lado oscuro de la realidad. A continuación transcribimos la representación de la gula. De su resultado tal

vez pueda deducirse si nuestra observación se aproxima al verdadero sentido del poema :

*Estaba allí,
craso y enorme, prenatal, inverso
y vagamente rebajado,
sin precisión, el sexo oblicuo.*

*Hórrido el vientre,
hórrido y terráqueo,
adiposa la sangre,
sorda y reverencial su preeminencia.*

*Una mujer, no importa, alimentada
a un concesivo y acomodaticio
vientre capón con húmedas caricias...*

Aunque la misión del poeta aquí consista en comunicar al lector el contenido alegórico de los siete temas elegidos, la visión de los mismos responde a una actitud radicalmente personal. Así, para aquellos que conozcan la poesía de Valente, no les será difícil descubrir en dichos poemas su intención crítica y desmitificadora. Además en este libro los siete temas elegidos ofrecen al poeta la oportunidad de enfocar bajo esa óptica aspectos particularmente significativos de la conducta humana. De ahí que por su condición temática sea el último poema el que acaso se revele con fuerza más actual y necesaria. En ese sentido dicho poema resulta especialmente desmitificador respecto a aquella tendencia denominada entre nosotros como «poesía social»; pues implica algo que no por elemental deja de invalidar la actitud supuestamente revolucionaria de esa tendencia, es decir, aquella que reclama

*el día en que los niños
certainamente apunten
con un fusil de sangre a los tiranos.*

Porque esa reivindicación social, reclamada a través de tantos versos, sólo podrá ser alcanzada : *el día de la ira.*

Sin embargo no es infrecuente que, dada la naturaleza de esta poesía, el lector se sienta rechazado en un primer esfuerzo de interpretación. Por ello, desde el punto de vista de esa posible interpretación, los siete poemas que forman este libro habrán de ser entendidos como *Siete representaciones de oscuridad poética.*

Florentino MARTINO.

J. Corrales Egea

1789 : un nuevo teatro de acción política

Aunque los famosos sucesos de Mayo del 68 fueron mucho más un aborto que un alumbramiento; una rebelión improvisada más que una revolución organizada, no por ello han dejado de marcar su influencia en algunos sectores de la vida francesa; por ejemplo, en los medios culturales y juveniles. Probablemente sin aquella crisis no podrían explicarse — o se explicarían sólo parcialmente — los esfuerzos realizados para fraguar nuevas formas de arte, y particularmente de teatro, que permitan una acción política directa sobre el público, aunque para ello se trastornen los supuestos establecidos, incluso los que se tuvieron por más avanzados en su época.

En los años que siguieron a la segunda guerra, se llevaron a cabo varios intentos encaminados a la creación de un teatro popular, asequible a un público amplio y heterogéneo, abierto a muchedumbres de espectadores : teatro de comunicación y de comunión — lo que equivalía hasta cierto punto a un retorno a las fuentes del arte dramático a la invención misma del teatro. Es cierto que este empeño iba unido casi necesariamente a otro : el de insuflar a ese nuevo teatro algunas inquietudes de orden ideológico, para lo cual se procuraba escoger aquellas obras que reflejasen más o menos bien, con mayor o menor claridad, conflictos y luchas sociales. Un teatro que de alguna manera respondiese al compromiso o «engagement» — término que, alrededor de 1950, se hallaba todavía en pleno auge y vigencia.

La reforma tenía que empezar por el derrocamiento del mandarín ejercido por París, lo que suponía una descentralización previa. Esto habría de correr a cargo de los primeros centros dramáticos regionales con sus compañías de jóvenes; mientras en París mismo se creaba un Teatro Nacional Popular en pleno centro de la ciudad, dotado de un local adecuado y permanente. En poco tiempo, bajo la dirección de Jean Vilar, el T.N.P. se convertiría en una brillante institución al servicio del arte escénico, transformando el espacioso local en una auténtica Casa de la Cultura en la que se daban cita todas las artes. Tal fue su primera etapa, de 1951 a 1963. En su haber : más de tres mil representaciones ante más de cinco millones de espectadores pertenecientes a todos los estratos sociales. El sucesor, Georges Wilson, supo ser el continuador de la obra realizada, preservándola en lo posible del deterioro que ya por los comienzos de la década del sesenta empezaba a amenazar el arte escénico : segunda fase que dura hasta 1968, año en que hace crisis toda una serie de valores y supuestos considerados como básicos por la sociedad establecida, pero sin que lograra desembocar (por falta de cohesión y de repuestos ideológicos) en otro orden de cosas, sucediendo entonces lo que tenía que suceder : la irrupción de una oleada de retorno, que una contramarea restauradora no sólo del *statu quo ante*, sino incluso de una mentalidad que retrotrae a aquella época que bautizaron de «bella» los que la disfrutaron... Esta contraoleada viene arrollando y

amenazando en su existencia y funcionamiento numerosas Casas de la Cultura con sus compañías juveniles. Las dificultades del T.N.P. y el cierre melancólico del Odeón ilustran, por la importancia adquirida por ambos teatros, la situación a que me refiero, y representa el momento álgido de la fiebre de 1968, tras el cual la inundación empezó a volver a sus cauces.

Esta contraofensiva, en la que se traduce un asustadizo y vulgar recelo ante la juventud, ha servido y está sirviendo en definitiva para enconar las heridas, radicalizando las actitudes. Así estamos asistiendo a una radicalización de la literatura en general, y del teatro en particular, desde el momento en que han de hacerse y crearse dentro de circunstancias poco rítmicas, y bajo una dominante hostil. De ahí que lo que se tuvo por progresista y hasta revolucionario hace unos años, parezca a muchos jóvenes, ahora, moderado y reformista. Experiencias como la del T.N.P. y similares pertenecen a una fase de búsqueda teatral muy interesante, pero perfectamente respetuosa en lo que atañe a ciertas premisas escénicas y literarias. Para gran parte del público juvenil aquellas preocupaciones de corrección (en la palabra o en el espectáculo), de medida, de experiencia técnica, pertenecen a otra época, y casi a otro mundo rebasado por los acontecimientos. Los términos de *burgués* y de *aburguesamiento* se dilatan, rompen sus límites habituales, englobando cosas que se habían tenido hace algunos años por innovadoras, audaces... Desde la perspectiva actual, son muchos los que consideran gran parte de la labor realizada en pos de un teatro popular como simple reformismo y modificación que deja, sin embargo, incólumnes los principios tácitamente aceptados. Reunir las multitudes para hacerlas participar de un espectáculo teatral reservado antes para pocos; abrir las puertas del teatro a la inmensa mayoría que no podía traspasar sus umbrales, resulta una aspiración parecida (aunque de orden distinto) a la que anima la sociedad llamada *de consumo*, que también está por una mayor extensión del disfrute de sus bienes, lo que no impide que permanezcan intactas las bases injustas y represivas sobre las que se apoya. Frente a esta participación pasiva del espectador o consumidor de teatro, se viene afirmando un teatro esencialmente protestatario, de acción claramente política, unas veces basado casi esencialmente en el espectáculo; otras en la incondicional libertad del texto. O bien sumando los dos aspectos : espectáculo y texto libres.

Después de haber desempeñado un papel más bien adjetivo en el repertorio escénico de la mayoría de los teatros populares, en el nuevo teatro de contestación la acción política pasa a primer plano, a ser lo único importante y substantivo : el motor de la obra y de su representación. Teatro — se dirá — que suele darse en los procesos históricos revolucionarios, como algo espontáneo. Lo curioso es, precisamente, que se desarrolle dentro de un contexto no revolucionario.

De este teatro de acción política y de participación activa se han venido dando muestras en los últimos años. A este género pertenecía ya, por ejemplo, *Ils passèrent des menottes aux fleurs* de Arrabal, y más recientemente el espectáculo *Operation*, cuyo título mismo reivindica la operación política de un comando ideológico. Pero el mayor logro conseguido hasta ahora en esta categoría de teatro, es sin duda la obra que bajo el título «1789» se viene representando en Vincennes por lo Compañía del Teatro del Sol desde principios de temporada.

Esta compañía dirigida por Ariane Mnouchkine, se constituyó hará media docena de años de una manera y según un procedimiento insólitos: como cooperativa obrera. Su primer triunfo, que equivalió a su descubrimiento, lo obtuvo con el montaje de *La Cocina*, de Wesker (de lo que me ocupé largamente en su momento en otra revista). A la escenificación de *La Cocina*, siguió la del *Sueño de una noche de verano*. Tarea ambiciosa y arriesgada si tenemos en cuenta las enormes dificultades de todo género que la compañía tuvo que sortear, empezando por la carencia de un local adecuado. Las dos primeras representaciones tuvo que hacerlas en la pista del antiguo circo Medrano; la tercera (*Los Payasos*) hubo de montarlas en un destartado local de Montmartre; la cuarta, en suma (o sea la actual «1789») ha tenido que crearla en una especie de hangar perdido entre las arboledas de Vincennes: en la antigua fábrica de balas del Castillo. En estas cuatro creaciones citadas se percibe una progresión. En las dos primeras, la compañía se atiene a un texto escrito, de autor, fijado de una vez para siempre y que los actores tenían que aprenderse de memoria y repetirlo ante el público. *Los Payasos* (Les clowns) inicia un giro. La compañía da un paso adelante hacia un teatro de creación colectiva y de participación creadora. En los *Payasos* no había ya un texto de autor determinado, fijado por él. El espectáculo es el fruto de una emanación colectiva, en la que han participado todos. Esta obra, lograda solo a medias, en la que el mero espectáculo ocupa la mayor parte, sin participación activa del espectador, representa una transición. «1789» representa, en cambio, la culminación de ese proceso dramático. En ella se aúnan perfectamente espectáculo y texto, mimo y palabra, actores y marionetas. Teatro «total» en el mejor sentido de la palabra. ¿El autor?... La colectividad. No sólo la de los actores, sino la de los personajes que vivieron los acontecimientos que se evocan.

«1789» es un relato extenso de una primera revolución malograda; la historia de un intento revolucionario que va a servir, por el momento al menos,

a una fortificación de la burguesía, que se apodera del poder y se adjudica algunos principios que no le pertenecen. En el fondo, algo de lo que pasó en 1968, en donde hubo sus resabios de 1789.

El relato no es lineal en su cronología. Empieza con la fuga del rey y su detención en Varennes (cosa que acaece en Junio de 1791) y de allí se retrocede a los momentos en que toma cuerpo la revolución dentro de una situación insostenible. Las palabras que oímos no son casi nunca de pura invención: han sido arrancadas de la boca de los que las pronunciaron, y a través de los actores del drama están los protagonistas auténticos. La miseria, la opresión, el hambre se evocan en cortos ejemplos. El hambre lleva al canibalismo. Unas pocas escenas bastan para crear una sensación de horror inolvidable.

La obra se representa sobre cuatro rampas; en medio, hay un amplio espacio vacío al que se invita a ir a los espectadores que quieran participar en la obra desde más cerca aún; no sólo sin candilejas ni proscenios separadores, sino además prácticamente mezclados entre los espectadores. Estas, abandonando sus asientos, se transforman en pueblo — algo semejante al pueblo que siguió en la historia real los acontecimientos desde la calle, directamente algunos, referidos otros. Por ejemplo, la toma de la Bastilla es relatada por los actores diseminados por la sala, empezando por un murmullo y terminando en un ruido tumultuoso, conforme la noticia se va difundiendo... Por lo que atañe a disposición escénica, estructuración y técnica, el *Orlando Furioso* montado por Luca Ronconi, y presentado hace apenas un año por la compañía del Teatro Libero de Roma, es sin duda un precedente de «1789». Les separa, sin embargo, una diferencia fundamental. El *Orlando* de Ronconi es un espectáculo inteligente e impresionante, una valiosa experiencia teatral dentro de un teatro de participación, sin separaciones escénicas; pero carece de la carga política de «1789». Se queda a nivel muy intelectual, muy «artístico». Su revolución es, ante todo, formal.

Creo que la Compañía del Sol ha ganado plenamente la apuesta que constituía el montaje de «1789» — al que según parece habrá de seguir un «1793», como es lógico... El público no se ha engañado. A pesar de la distancia, de la incomodidad de las comunicaciones; a pesar de la nieve y del frío riguroso (combatido en el destarlado local por varios calentadores de butano), viene llenando diariamente el local transformado ocasionalmente en teatro. «1789» ha sido calificada, justamente, como el acontecimiento teatral del año en París.

el PREMIO BIBLIOTECA BREVE en SEIX BARRAL

el día 14 de mayo, dentro de la
SEXTA SEMANA BIBLIOTECA BREVE
se ha adjudicado el
PREMIO BIBLIOTECA BREVE 1971
a la novela de
NIVARIA TEJERA, *Sonámbulo del Sol*

PREMIOS BIBLIOTECA BREVE

1969	<i>Una meditación</i> , JUAN BENET.	150
1968	<i>País portátil</i> , ADRIANO GONZÁLEZ LEÓN.	150
1967	<i>Cambio de piel</i> , CARLOS FUENTES.	
1965	<i>Últimas tardes con Teresa</i> , JUAN MARSÉ.	150
1964	<i>Tres tristes tigres</i> , G. CABRERA INFANTE.	200
1963	<i>Los albañiles</i> , VICENTE LEÑERO.	130
1962	<i>La ciudad y los perros</i> , MARIO VARGAS LLOSA.	150
1961	<i>Dos días de setiembre</i> , J. M. CABALLERO BONALD.	130
1959	<i>Nuevas amistades</i> , JUAN GARCÍA HORTELANO.	120
1958	<i>Las afueras</i> , LUIS GOYTISOLO.	100

novedades de MAYO

BIBLIOTECA BREVE

NOAM CHOMSKY, <i>El lenguaje y el entendimiento</i> .	120
FÉLIX GRANDE, <i>Biografía</i> .	150
CLAUDE SIMON, <i>La batalla de Farsalia</i> .	160
MONIQUE WITTIG, <i>Las guerrilleras</i> .	100

NUEVA NARRATIVA HISPÁNICA

A. F. MOLINA, <i>El león recién salido de la peluquería</i> .	135
---	-----

BIBLIOTECA BREVE DE BOLSILLO / LIBROS DE ENLACE

JORGE EDWARDS, <i>El peso de la noche</i> .	50
ILIÁ EHRENBURG, <i>Julio Jurenito</i> .	100
JUAN GOYTISOLO, <i>Fin de fiesta</i> .	50
TERENCI MOIX, <i>Crónicas italianas</i> .	100

EDITORIAL SEIX BARRAL, S.A.

Provenza, 219. Barcelona, 8.



**LOS LIBROS
MENCIONADOS
EN
LIBRE
PIDALOS
A**

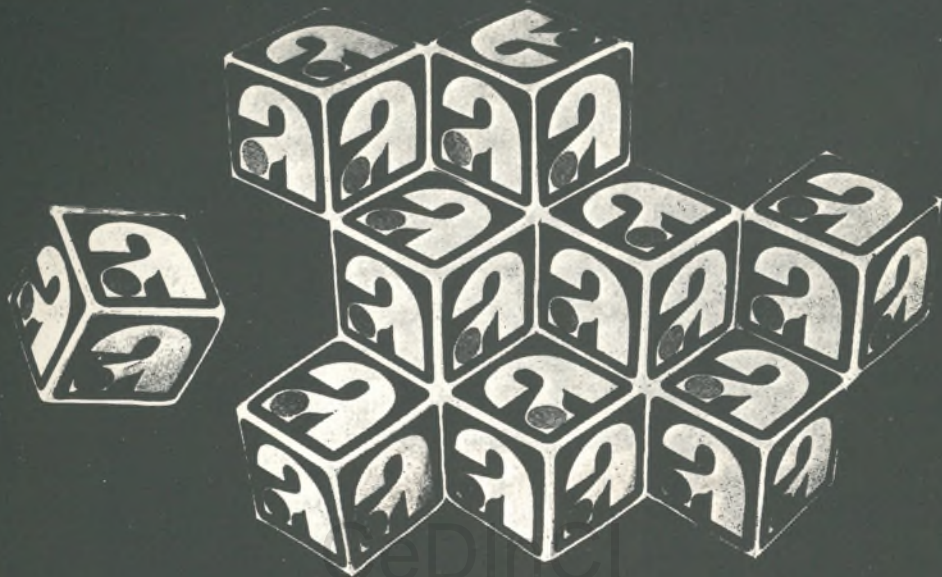


libreria import-export

*26 rue monsieur le prince,
paris 6*

**EDICIONES
HISPANO
AMERICANAS**

el libro proximo, antes...



NOVEDADES :

Mario Benedetti
GRACIAS POR EL FUEGO
(6a. ed.)

La novela que muestra el desgarramiento generacional en la sociedad latinoamericana.

German Espinosa
LOS CORTEJOS DEL DIABLO (2a. ed.)

Una historia de brujos e inquisidores en la América mítica y colonial narrada con lenguaje mágico.

Henry Miller
DIAS TRANQUILOS EN CLICHY

Miller y Montmartre en los nostálgicos recuerdos rabelesianos del sexo cotidiano en un París feliz.

Herbert Marcuse

LA AGRESIVIDAD EN LA SOCIEDAD ACTUAL

El fenómeno social actual y su violencia bajo el análisis implacable del pensador político más polémico del momento.

PROXIMOS TITULOS :

George Pendle
HISTORIA DE LATINOAMERICA

La trayectoria del continente en un manual eficaz, desde los Incas a la Revolución Cubana.

LeRoi Jones
EL SISTEMA DEL INFIERNO DE DANTE

La vida de un negro en los arrabales de Newark, en Estados Unidos ; un inventario de violencia y sordida poesía.

Mario Benedetti

LA TREGUA (7a. ed.)

La vision del desamparo existencial bajo una anecdota de amor frustrado.

Adonias Filho
EL FUERTE

Una casa poblada de duendes y de historia que durante tres siglos sirve de trinchera, hospital y asilo de la poética recreación de la ciudad de Bahía.

EDITORIAL

alfa s.a.

Ciudadela 1389
MONTEVIDEO
Uruguay

casterán

**œuvres de la littérature
latino-américaine**

CHOISIES PAR CLAUDE DURAND ET SEVERO SARDUY

JOSE LEZAMA LIMA

Paradiso

REINALDO ARENAS

**Le monde
hallucinant**

JORGE-LUIS BORGÈS
Evaristo Carriego

G. GARCIA MARQUEZ

**Cent ans
de solitude**

Prix du Meilleur livre
étranger 1970

HEBERTO PADILLA

Hors jeu

J. GUIMARÃES ROSA

Buriti

**Les nuits
du Sertao**

Hautes plaines

ERNESTO SABATO

Alejandra

SEVERO SARDUY

Gestes

Ecrit en dansant

aux Editions du Seuil 27, RUE JACOB-PARIS 6°

Sumario

- 2 Libre.
- 5 Libre y América Latina.
- 6 Che Guevara
Textos inéditos o poco conocidos.
- 19 Teodoro Petkoff
La división del Partido Comunista en Venezuela.
- 38 Mario Vargas Llosa
El novelista y sus demonios.
- 46 Julio Cortázar
Lugar llamar Kindberg.
- 51 Carlos Fuentes
Nowhere.
- 64 Octavio Paz
El Simio Gramático.
- 67 Luis Goytisolo
Celeste.
- 69 Antología
Nueva poesía española.
- 73 José Donoso
Entrevista.
- 77 Juan Nuño
Revisión de la dialéctica.
- 86 Documento
La tortura en el Brasil.
- 89 Francisco S. Carrillo
Resistencia palestina.
- 95 Documentos
El caso Padilla.
- 146 Theotonio dos Santos
Chile : La Unidad Popular.
- 154 Hugo Santiago
Entrevista.
- 156 Antoni Tapies
Comunicación sobre el muro.
- 159 Carlos Franqui
Antoni Tapies.
- 162 Jean Michel Fossey
La literatura latinoamericana en Francia.
- 164 Notas de lectura.
- 169 J. Corrales Egea
1789 : Un nuevo teatro de acción política.

Libre

Revista crítica trimestral
para el mundo de habla española.

Información y publicidad :

26, rue de Bièvre, Paris 5^e, tél. 325 26-45.

Suscripciones :

Para los países de América Latina :
Oficina de Información : 26, rue de Bièvre, Paris 5^e,
tél. 325 26-45.

Para otros países :

Editions du Seuil, 27, rue Jacob, Paris 6^e, tél. 326 84-60,
por giro postal CCP 3.042.04 Paris, o por cheque bancario,
o por mandat lettre.

Revista trimestral

Valor del número : 18 F. o U.S. \$ 3.

Suscripciones para cuatro números : 70 F.
América Latina \$ 13.

Agente en la Argentina :
Librería Galerna. Tucumán 1425, Buenos Aires.

Advertencia

Salvo mención contraria, los materiales publicados en Libre son inéditos en español. Se prohíbe su reproducción total o parcial sin autorización previa. Todas las colaboraciones deben ser dirigidas a la oficina de información, 26, rue de Bièvre, Paris 5^e. La revista no se hace responsable de manuscritos no solicitados. Las opiniones expresadas en los textos firmados sólo comprometen al autor.

CeDInCI

CeDInCI

Septiembre, Octubre, Noviembre/1971